

# *Selecta*

Iris Romero Bermejo



*Y si tú me perdonas*  
*Trilogía Alana 3*

# *Selecta*

Y si tú me perdonas

Alana 3

*Iris Romero Bermejo*

# megustaleer



| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

*Para mi Ángel de la guarda,  
que duerme cada noche a mi lado  
y vela por mis sueños.*

## Prólogo

*Madrid, hace veintitantos años*

El timbre suena, y los niños empiezan a ponerse en fila para salir de clase.

Roberto, uno de los más malos, me tira de las coletas y me empuja hasta que consigue que sea la última de la fila.

Aprieto los labios y tiro de las asas rosas de mi mochila para que no se me caiga. Salgo por la puerta y busco a mamá entre toda la gente. Me pongo de puntillas mientras Susana, mi profe, me sujeta por el hombro para que no me mueva.

—Espera, Alana, vamos a ver dónde está tu madre.

Como casi todos los días, me lleva de vuelta a la clase y me dice que me siente en el pupitre a esperar. Cojo los lápices de colores y mi cuadernillo y me pongo a pintar enfadada. Siempre llega tarde. Es un rollo, ¿por qué tiene que trabajar tanto?

—¿Qué es lo que estás dibujando? —me pregunta la profe Susana, arrodillándose a mi lado.

Tapo el dibujo con el brazo y bajo la cabeza. Este dibujo no es para ella, es para mamá. De repente la puerta se abre, y veo a mamá entrar corriendo.

—Cielo, lo siento. No he podido salir antes del trabajo.

Guardo el cuadernillo y los lápices en la mochila y me la cuelgo en la espalda.

—Cariño, vamos a casa —dice poniendo una mano en mi espalda.

Salimos por el patio del colegio y me da la merienda. Quito la servilleta y pongo cara de asco.

—No me gusta. Lo quería de Nocilla.

—Mañana te lo prepararé así.... Pero no puedes estar todo el día comiendo chocolate, que se te van a caer los dientes.

De repente me toca en el cuello y me encojo.

—¿Y esto? ¿Otra vez te han arañado?

—No.

Tira de mi mano y se agacha. Junta su cara con la mía.

—Alana, si los niños se portan mal contigo, se lo tienes que decir a la

profesora —me dice muy seria.

—Ya se lo he dicho, pero no me hace caso.

—A ver, ¿qué ha pasado hoy?

—Dicen que no tengo papá porque soy rara y no me quiere —digo, empezando a llorar. Me suelto de su mano y empiezo a correr. Me coge antes de llegar al semáforo.

—Tu mamá te quiere por los dos. ¿Eso se lo has dicho?

—No. No quiero hablar con los niños. Son malos.

—No todos son malos —dice sonriendo. No sé por qué sonrío—. Algún día, uno de esos niños crecerá, y te querrá muchísimo.

—Puaj, qué asco.

Suelta una carcajada y me da mi botellita de agua.

—Algún día, un niño te dirá que te quiere, y tú se lo dirás a él. Y te cuidará, y te protegerá de todas las cosas malas.

Bebo un poquito de agua y me da la mano para cruzar cuando los coches se paran.

—Yo solo quiero que me cuides tú. No quiero a los niños. Son unos guarros.

Vuelve a reírse otra vez. Levanto la cabeza y la veo sonreír mirando no sé a dónde.

—Algún día, Alana. Algún día.

## Capítulo uno

### *Un crucero en mitad del Mediterráneo*

—¡Alana! ¡Alana! —grito, golpeando el cristal mientras la veo hacerse más y más pequeña en la costa. Gruesos goterones van descendiendo por mis mejillas, y una rabia y un dolor ya conocido se instala en mi pecho.

Siento a Ricardo a mi lado, posando una de sus galantes manos en mi hombro.

—Reina mía, ¿qué os ocurre?

El placer de escuchar su voz se ve atenuado por la sensación de traición que ciega mis ojos anegados en lágrimas. Nos ha mentido. Una vez más, nos ha engañado, ocultándonos sus verdaderas intenciones. Y para colmo, nos ha embarcado en un navío prácticamente en contra de nuestra voluntad para enfrentarse ella sola a la bruja malvada.

Me giro y frunzo los labios.

—Amado —gimoteo, intentando controlar los temblores que sacuden mis hombros sin cesar. Cojo un mechón de pelo y lo manoseo nerviosa, preocupada—. Nuestra amiga Alana nos ha engañado.

Se acerca hasta sujetar con delicadeza mi rostro. Uno de sus dedos limpia mi mejilla, allí donde verdaderas lágrimas están mojando el suelo de este mugriento camarote para sirvientes.

—Nos os entiendo, perla preciosa. ¿Es que no son de vuestro agrado los aposentos que nos han sido concedidos?

Cierro las manos en dos puños y las luces parpadean. Mi querido esposo contiene tal bondad en su interior, que es incapaz de distinguir actos viles en buenas personas. Por suerte no es mi caso, y eso será lo que impida a Alana salirse con la suya.

Sujeto su mano y la retiro de mi mejilla con brusquedad. Estoy muy disgustada.

—He visto a Alana sacar de su bolso la cajita plateada —le explico, susurrando—. Pretende liberar a Madame Ardelean ella sola, sin nuestra necesaria ayuda. Tiene la intención de presentar batalla a Aragón, mientras nosotros nos pudrimos en este infecto mar. Y si algo le pasara, estaremos

condenados a vagar en este inmundo barco el resto de la eternidad.

Abre los ojos y enmudece ante mis palabras.

—Pero, amada mía, eso no es posible —farfulla, negándose a creer en mis acertadas palabras.

—Claro que sí. Es tan estúpida que piensa que no nos necesita —aseguro, volando por la habitación. Me detengo frente a la diminuta cama de sábanas mal planchadas—. Y lo peor de todo, pone en riesgo nuestro hogar, nuestra querida casa.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ella sola no podrá salir victoriosa. ¡Nos ha alejado de nuestro hogar, Ricardo! —grito, presa de una furia incontrolable. Las luces parpadean varias veces, hasta que las bombillas explotan.

Vuela con presteza y celeridad hasta mi lado y me abraza, intentando tranquilizarme. Pero escapo de sus queridos y fuertes brazos y comienzo a dar vueltas por el camarote.

—¡Maldita estúpida! —grito, congelando con mi estela todo a mi paso—. ¡Acabará muerta! ¡Muerta y engullida por la bruja malvada! ¡Y nosotros aquí, encerrados por siempre!

Voy hasta la cama y me poso a varios centímetros de la colcha. Cuando me enfado el frío me invade, así que observo con los ojos convertidos en dos rendijas, que el cristal ovalado está totalmente empañado y agrietado, y que en la pared de madera se empieza a formar una fina película de escarcha.

Unos pasos apresurados por el pasillo nos ponen alerta. Ricardo vuela hasta mí y coge mi mano, tirando de mi cuerpo hasta el libro. Niego con la cabeza.

—Alguien viene —me susurra—. Debemos escondernos.

—Ve tú, yo me quedo.

Se incorpora de golpe y pone la espalda en tensión.

—Pero acaso eterno, te verán...

—Dentro del libro no escucho nada —le explico, levitando hasta la pared—. Y te aseguro, como me llamo Liliana, que nuestra amiga traidora no podrá escapar de nosotros tan fácilmente.

La puerta se abre y Ricardo desaparece dentro del libro. Yo deshago mi imagen espectral bien pegada a la pared de madera. Entra una chica. Debe ser a la que Alana le dio el libro. Intenta encender la luz, pero frunce el ceño al ver los cristalitos de las bombillas diseminados por el suelo.

—¿Pero qué ha pasado aquí? —murmura, sin atreverse a dar otro paso



adelante. Se abraza el cuerpo con los brazos y empieza a tiritar ostensiblemente—. Qué frío hace...

Me pego más a la pared y desaparezco. Tan solo mis ojos quedan a la vista, porque no me quiero perder detalle.

Al final decide a entrar y se dirige directa al cristal ovalado. Pasa sus dedos inquietos por encima y se lleva consigo el vaho que provocamos Ricardo y yo. Se la ve preocupada, y no es para menos. Ata cabos deprisa, debe ser inteligente, porque en dos zancadas llega hasta el libro y lo sujeta con manos temblorosas. El uniforme espantoso que lleva puesto, algo manchado y mal planchado, tiembla al ritmo de su cuerpo. Levanta la vista y me ve. Son mis ojos los que provocan que caiga de espaldas al suelo. Permito que mi cuerpo se vuelva visible y me acerco a ella despacio, con mis pies desnudos sin rozar el suelo, dejando que mi camisón ondee a mi paso. Coloco algunos cabellos rebeldes tras mis pequeñas orejas mientras no me quita la vista de encima.

—Respira si no quieres morir —digo, dejando que mi voz inunde el camarote.

Me obedece, y al exhalar, veo vaho salir de sus atemorizados labios, maquillados sin gusto. Sus ojos son vulgares, sus facciones tan comunes que me provocan rechazo. Un pinchazo en mi interior me recuerda a Alana, a mi amiga traidora. Ella es más graciosa, más guapa, aunque parece que no lo sabe, y más valiente también. Me necesita. Y por muy estúpida e hilarante que pueda ser, le prestaré mi valiosa y necesaria ayuda.

—¿Qué quieres? —balbucea, al borde del desmayo.

Mis labios se alzan en una sonrisa cruel. Disfruto un segundo del momento en el que sus ojos comprenden que no puede escapar. Y aunque no pretendo hacerle el menor daño, no se lo diré, porque ha sido cómplice de este burdo secuestro. Porque, aunque desconozco lo que Alana le ha dicho para llevarnos con ella a través del mar, ella ha accedido, ha colaborado en la traición.

Y deberá pagar por ello.

—¿Qué quieres? —repite, encogiéndose en el suelo.

—No deberías haber traído contigo ese libro —aseguro, acercándome poco a poco.

—Me dijo que no había nada, solo restos de las cenizas de su difunto padre —lloriquea, encogida en un rincón.

—No deberías haber confiado en ella, suele mentir —comento dolida, llegando hasta casi rozar su rostro con mi nariz perfecta—. Los libros son

compañeros peligrosos, porque si abres sus páginas sin cuidado, una parte de ti se queda encerrada para siempre dentro de ellas.

Asiente temblando.

—Lo tendré en cuenta —murmura, encogiéndose más y más—. Dime lo que quieres y déjame, te lo ruego.

—Tu cuerpo. Eso es lo que quiero.

## Capítulo dos

—¡Gabriel! —grito, arañándome la garganta y alargando una mano al horizonte, como si con ese gesto pudiera traerle de vuelta hasta mí, como si el tiempo que hemos pasado separados y olvidados no contase.

Me encojo un segundo ante la ominosa opresión que siento en el pecho, de tal fuerza que amenaza con dejarme sin respiración, y me apoyo en la barriga de Edgar para salir de la cama. Me mira y hace ademán de seguirme, cuando me inclino y le acaricio con cariño la mejilla rechoncha.

—Quédate tumbado y descansa.

Cojo el móvil y corro por el pasillo descalza hasta llegar al salón. Tropiezo con una mesita baja y casi caigo de bruces al suelo. La bruja no se digna ni a dirigirme un segundo la mirada, absorta entre las páginas del libro.

—¡Tengo que ir a buscar a Gabriel! —grito, pensando que estoy hecha un esperpento—. ¡Me voy!

Estoy dando media vuelta, cuando se levanta y me sujeta con fuerza, obligándome a girarme de nuevo. Me aprieta tanto los brazos que reprimo un gesto de dolor.

—¿Es que estás loca, niña? —sisea acercando su boca a la mía. Por un segundo quedo cegada ante el brillo de su diente de oro—. No te puedes mover de aquí. Aragán nos está buscando.

Me revuelvo con brusquedad hasta que consigo soltarme.

—Le tengo que ver —balbuceo con unas ganas tremendas de llorar—. Debo encontrarle.

Acorta la distancia entre nosotras de nuevo y me agarra por la muñeca.

—Es peligroso. ¿Es que quieres que nos maten, estúpida? Piensa, niña tonta, piensa —dice, golpeándome con un dedo en la sien—. Lo que no entiendo es cómo has sobrevivido todos estos años, porque parece que tu existencia está abocada a un trágico y ridículo final prematuro.

—Pero necesito verle —gimoteo, directa hasta la ventana. La intento abrir para saltar, así, a lo loco. Haré lo que sea necesario, como si tengo que volver a encerrarla, aunque solo sea un ratito, en la maldita cajita de plata.

—He lanzado un hechizo de protección a todo el bloque, así que no malgastes energías —dice, sentándose de nuevo en su butaca—. Es lo único

que impedirá que Aragón entre por la noche y nos corte el cuello. Y eso implica que hasta que yo lo considere necesario, no puedes salir de aquí. No hace falta que me des las gracias, niña desagradecida.

Me separo de la ventana y empiezo a llorar de rabia. ¿Cuánto tiempo estaré aquí encerrada sin poder reencontrarme con el amor de mi vida? ¿Cuántas noches pasaré en vela?

—¿Qué ganabas jodiéndonos la vida? ¿Es que acaso disfrutas con el dolor ajeno? —ataco, cogiendo el libro de su regazo y tirándolo al suelo para que me preste un poco de atención.

—¡No toques el libro!

—¡Déjame salir!

—Me es totalmente indiferente tu vida amorosa, créeme, pero si no te has dado cuenta, cada vez que le veías, el hechizo surtía efecto y me intentabas liberar. Solo la fastidiosa de la niña fantasma impedía que me sacaras de ese incómodo joyero de plata. Y ahora déjame tranquila. Estoy trabajando.

Cierro la mano en dos puños y me dan ganas de partírla la cabeza en dos.

Pero no puedo, un juramento nos une, y por desgracia, me impide tirarle de los pelos.

—Iré a buscarle aunque me vaya la vida en ello, bruja —aseguro frente a ella, con las uñas clavándose en las palmas de mis manos—. Tendrás que impedírmelo con tu vida, porque solo así me podrás retener entre estas cuatro paredes.

Se agacha con dificultad para recoger con mimo el libro del suelo y me lanza una mirada cargada de menosprecio.

—Eres la cosa más estúpida que he visto en mi vida.

—¡Todo esto es por tu culpa! ¡Bruja, más que bruja! —grito, perdiendo los nervios. Ahí fuera está Gabriel, el amor de mi vida, y la maldita mujer que tengo ante mí no me permite verle de nuevo—. ¿Cómo eres tan cruel y retorcida? ¿Era necesario que nos condenases con esa maldición?

—Tenía que asegurarme de que me liberarías —explica tan tranquila, como si no se me fuera la vida con cada exhalación que doy—. No me diste más opciones.

—¿Acaso tú sí me distes opciones a mí, perra desalmada? ¿Convertirme en un fantasma para comerme por los pies, son opciones? ¿Dejar a mi madre en coma también lo es? Lo único que hice fue defenderme. Así que me lo debes.

Si aún existe humanidad en tu interior, dejarás que vaya a verle aunque sea

por última vez, antes de que consigamos resolver todo esto.

Cierra el libro y suspira. Algo cruza por su mirada, rauda y veloz. Parece un recuerdo doloroso, o quizás es tan solo principio de cataratas.

—Te concedo una hora —cede el fin—. Pasado ese tiempo no podrás entrar de nuevo en el bloque. Estarás sola, y te aseguro que no me importaría lo más mínimo si Aragán se ceba con tu esquelético y esmirriado cuerpo. Te lo estás buscando, de hecho.

—Me vale. En una hora estoy aquí —aseguro sonriendo.

Me doy la vuelta y corro por el pasillo. Justo cuando estoy cerrando la puerta a mi espalda escucho su voz, tajante y apremiante al mismo tiempo.

—¡Espera un segundo!

Me cruzo de brazos y contengo el aliento hasta que la veo aparecer por el pasillo.

—Acompáñame —masculla, visiblemente enfadada.

Bajamos los escalones en silencio. Cuando voy a salir por la puerta, me pega un grito que hace que de un brinco.

—¡Por ahí no, estúpida! Aragán podría verte —me reprende, acercándose hasta los buzones.

Me encojo de hombros, porque no hay otra puerta por la que salir a la calle.

De repente, y con una parsimonia que me está sacando de quicio, va abriendo uno a uno todos ellos. Cuando llega al último escucho un sonido metálico, como de engranajes moviéndose, y la pared se desplaza a un lado.

—Sigue este pasadizo. Te llevará a una puerta que da a la calle de atrás —me indica, haciéndose a un lado—. Cuando abras tendrás que mover un cubo de basura, que utilizo para tapar la entrada. Vuelve a colocarlo en su sitio en cuanto salgas.

Joder, esta mujer tiene pasadizos en todos lados.

—¿Y cómo vuelvo a entrar?

—Tanto en la puerta de la calle como en esta verás un pequeño botón. Solo tienes que presionarlo para que se abran.

—De acuerdo —asiento, nerviosa, impaciente por ver de nuevo a Gabriel.

Atravieso un corredor angosto y nada iluminado. Voy toqueteando las paredes, cuando escucho que la puerta a mis espaldas vuelve a cerrarse de nuevo. No me gustan los espacios cerrados, y menos si huelen a humedad y a viejo. El aire comienza a faltarme en mi pecho y, tremendamente agobiada, muevo las manos como una loca, rezando para que la puerta esté cerca. Tras

dos insoportables minutos más, toco algo metálico.

Busco el manillar, o algo con lo que pueda abrir. En cuanto lo encuentro lo muevo con impaciencia. Se nota que la puerta ha estado mucho tiempo sin ser usada, porque parece que las bisagras están algo oxidadas. Así y con todo, consigo abrirla despacio. Y tal y como me ha dicho la vecina, me encuentro con un cubo de basura taponando la salida.

Lo empujo hacia un lado y salgo al exterior. Como siga así voy a sufrir claustrofobia dentro de poco tiempo. Y terrores nocturnos también. Porque cada vez que cierro los ojos, una muñeca bañada en la sangre de Edgar se abalanza sobre mi asustado cuerpo.

De repente, recuerdo el motivo de mi excursión y pego un grito.

—¡Gabriel!

Cruzo la calle corriendo y me doy cuenta, por el frío que hace y la débil luz en el cielo, que no deben de ser más de las siete de la mañana. Son pocas las personas con las que me cruzo en mi frenética carrera. En hora punta me habrían atropellado al menos cinco coches, porque cruzo sin comprobar si está en rojo o en verde. Corro y corro sin importarme mis pulmones ardiendo a punto de estallar, o que los músculos de mis piernas protesten por el sobreesfuerzo que les estoy obligando a hacer.

Nada me importa.

Lo único que me motiva a seguir respirando es contemplar de nuevo su rostro, sus hoyuelos traviosos, su mirada canalla. Tocarle, aspirar su aroma particular y único, mezcla de su suavizante, su perfume, y él.

Atravieso Madrid como un rayo, con los ojos bañados en lágrimas y una sonrisa tan grande que me duelen las mejillas.

Llego a su portal, exhausta, y por suerte, una mujer sale con un portátil, seguramente rumbo a una gris y triste oficina sin nombre. Lo sospecho por su traje de chaqueta soso y anticuado, su cabello recogido en un simple moño a la altura de la nuca y sus ojos cansados, hartos de vivir media vida.

Me deja la puerta abierta y le doy las gracias hiperventilando. Aunque verle es el motor que me ha impulsado a correr por la ciudad como si me persiguiera una horda de zombis hambrientos, me tengo que sentar un segundo en los escalones para recobrar el aliento.

Me concedo dos segundos, me levanto de golpe y asciendo por la escalera con el corazón en un puño. Llego hasta su puerta y levanto la mano para pulsar el timbre. Cierro los ojos y tomo aire. Estoy despeinada, ojerosa, sin una gota de maquillaje, seguramente con aliento mañanero porque no me he lavado los

dientes, ahora que lo pienso, con el vestido arrugado a más no poder, ya que lo he utilizado de pijama, y con un surco de sudor bajo los brazos, gracias a la carrera paraolímpica que me he dado.

—Vamos, Alana.

Mi corazón galopa incesante cuando levanto el dedo y presiono el timbre.

Cierro los ojos de nuevo y me peino de prisa el flequillo. Muevo las manos, doy saltitos nerviosa y me muerdo el interior del carrillo.

Unos pasos acercándose.

Ay Dios, es ÉL.

Alguien descorriendo el pestillo.

Mi amor, mi amor, ya estás aquí...

Y aparece la rubia de los cojones.

—¡Mierda! —grito, sin importarme en mantener las apariencias—. ¡Me había olvidado de ti, joder!

Ladea el rostro sin entender quién coño soy y qué narices hago llamando a estas horas intempestivas de la mañana. Le hago un escáner ocular veloz, y me doy cuenta de que acaba de salir de la cama. Su pijama de algodón immaculado, prenda que yo habría podido llevar puesta a la boda de mi prima, de lo monísimo de la muerte que es, y su rostro limpio, sin una mácula de imperfección que lo mancille, me confirman que la malnacida ya pasa aquí las noches.

—¿Otra vez tú? —pregunta, ladeando el rostro cuando recuerda que nos hemos visto hace poco, bajo la lluvia. Ella diciéndome que estaba con Gabriel mientras yo me quería morir, sin saber por qué. Ahora lo sé, y me sigue doliendo igual, si no más.

—He venido a ver a Gabriel —digo, pasando por completo de los formalismos, convencionalismos y demás patrañas de la sociedad. Me dan ganas de gritarle hasta quedarme afónica que Gabriel me quiere a mí, que es mío, si es que la gente es propiedad de otras personas, cosa que nunca he pensado.

Suelta una risotada nada refinada y me lanza una mirada de superioridad.

Mirada que me dan ganas de borrarle de la cara con un sopapo con la mano bien abierta, para que se escuche bien.

—No está. Se ha marchado hace una media hora —me informa, cruzándose de brazos, mirándome por encima del hombro, desafiándome a ponerlo en duda.

—¿Tan pronto? Él no suele madrugar... —comento, intranquila—. ¿Te ha

dicho dónde iba?

—Pues no, pero si lo supiera, tampoco te lo diría. —Se aleja del marco de la puerta para acercarse más. Me llega un ligero aroma a Chanel número 5. Lo detesto, así que arrugo un poco la nariz—. Déjale en paz. Deja de acosarle.

Recibo sus palabras como si me hubiera caído un jarro de agua fría.

—¿Puedo hacerte una última pregunta? —susurro, dando un paso adelante. No espero su confirmación, porque no me queda mucho tiempo—. ¿Desde cuándo estáis juntos?

Se toca un momento el pelo, nerviosa, ocultándome algo. Pero después alza la mirada y me atraviesa con ella.

—Salimos durante varios años en el instituto —me explica altiva—. Nuestras familias son íntimas. Su padre es como mi padre. ¿Y tú? ¿De qué le conoces? El otro día se lo pregunté, y me dijo que no eras nadie. Que no te conocía de nada.

Reprimo un escalofrío, porque parece incesto, joder. Seguro que Gabriel le tiraba de las trenzas mientras ella le pegaba con su Barbie Malibú.

Y claro, la don nadie, que soy yo, se da la vuelta y empieza a bajar las escaleras con una lagrimilla asomando por el ojo. ¿Qué pensaba que iba a ocurrir, joder? Que sea el hombre de mi vida no significa que yo sea la mujer de la suya. ¿Me he creído tan especial para él? ¿Tan jodidamente insustituible? No llevábamos ni tres meses cuando nos borraron la memoria.

¿Tres meses son suficientes para enamorar a alguien como él? ¿Yo, que soy patética?

Cuando estoy de nuevo en la calle me obligo a respirar con tranquilidad y pedir a mi agitado corazón que se calme, que aún le necesito para otra carrerita más. Empiezo a trotar de nuevo rumbo a mi maldita casa ocupada por un psicópata, porque acabo de comprobar que tengo el móvil sin batería y no puedo avisarle de que no se le ocurra poner un pie dentro si no quiere acabar con cucharitas de café clavadas a traición en los muslos, cuando al cruzar la esquina me choco contra algo duro y de aroma familiar, para después caer al suelo de la forma más ridícula posible.

Unas masculinas manos me alzan, sujetando mi cadera con determinación.

Alzo la mirada y veo sus ojos azules traspasando los míos. Me ayuda a ponerme de nuevo en pie, y allí donde están sus manos, la piel me quema.

—Alana —susurra, rasgando el aire con el aliento contenido. Escuchar mi nombre escapando de entre sus labios es música para mis oídos—. He llamado a la puerta de tu casa, pero nadie me ha abierto, y tu móvil tampoco



me daba señal.

«Gracias a Dios», pienso, peinándome el flequillo. Alarga la mano y me acaricia un mechón con ternura.

—Gabriel —murmuro, hipnotizada por su mirada. Sus manos siguen tocándome, nuestros cuerpos tan cerca, el uno del otro, que podría acercarme unos centímetros más y besarle.

Tenemos tantas cosas que decirnos, tantas palabras que pronunciar, que se me atascan en la garganta. Solo quiero que se quede así para el resto de mi vida, sin soltarme, sin alejarse de mi lado. Las mejillas me empiezan a doler de lo tirantes que las tengo, porque la sonrisa se ensancha más y más en mis labios, inflamando mi corazón de una felicidad que había olvidado sentir. De repente, sus ojos comienzan a humedecerse y se abalanza sobre mí, abrazándome tan fuerte que me deja sin aliento.

—Dios santo, Alana, te he echado tanto de menos... —susurra en mi oído, regalándome suaves besos en el cuello.

—Y yo. —No puedo decir más, un nudo en mi garganta me lo impide. Me deposita de nuevo en el suelo, acariciándome la mejilla distraído. Su mirada comienza a oscurecerse, a nublarse, y como si se avecinara tormenta, me suelta despacio y da un paso atrás.

—No acudiste a nuestra cita —me recrimina cruzándose de brazos—. He estado a punto de hacer una locura.

Estoy tan inmersa en su océano particular que tengo que parpadear varias veces para entender qué quiere decir.

—¿Cómo? —balbuceo, dando otro paso adelante, acortando la distancia entre nosotros, distancia que él está marcando.

—Nuestra cita. No viniste —repite, acusándome—. Te juro que te estuve esperando más de dos horas, buscándote como un loco por la terraza. Te necesitaba, maldita sea.

Doy un paso más y busco sus manos. Tiro de ellas y las aprieto con fuerza, buscando su calor.

—¿Qué locura?

—Estaba preparándolo todo para irme un tiempo con mi hermano a Australia. Necesitaba salir de aquí. Es como si me faltase algo, y necesitaba... huir. ¿Por qué no viniste a la cita?

—Lo siento —susurro con los ojos entornados, encogida de solo pensar que se podía haber ido al otro lado del mundo, que se habría alejado de mí—. Estaba metida en un buen lío, y cuando me quise dar cuenta, ya me había

retrasado más de cuatro horas. ¡Pero fui! Llegué muy tarde, y ya te habías ido, pero fui a buscarte.

Algo en su semblante me obliga a soltarme, devolviéndole sus duras y cálidas manos.

—¿Qué ocurre? —pregunto, secándome la primera lágrima. La garganta me arde, los labios me escuecen por no sentir los suyos, a pesar de que estamos a pocos centímetros.

—Alana... Yo... —empieza a decir bajando la mirada—. Míranos, parecemos idiotas. Como ya sabes...

—Lo sé, acabo de encontrarme con tu novia —respondo tajante—. ¿La quieres, es eso? ¿Quieres estar con ella?

Frunce el labio y chasquea la lengua contra el paladar.

—Yo solo te quiero a ti.

Me tiro a sus brazos y nuestros labios se rozan. Me coge en volandas y rodeo su cintura con mis piernas. El corazón me va a explotar ahora mismo.

—Alana... —susurra, justo antes de besarme con pasión. Le aprieto tanto el cuello que se separa un poco y empieza a reírse débilmente—. Me estás asfixiando.

Relajo los brazos y le doy un mordisquito en la mejilla.

—Te he echado mucho de menos —le confieso, poniendo morritos—. Incluso sin acordarme de ti, sentía que me faltabas.

Juntamos nuestras frentes y suspiramos. Empieza a abrazarme más y más fuerte, hasta que mis costillas protestan.

—No te vuelvas a ir. No me abandones, te lo suplico —susurra en mi oído—. Todo este tiempo sin ti no hacía más que tener pesadillas por las noches, era como si te viera en todas partes y en ninguna al mismo tiempo, ¿sabes a lo que me refiero?

Asiento, rodeando su rostro con mis pequeñas manos. Me recreo en su barba de tres días. Echaba de menos la sensación de tocar su piel.

Cierro los ojos y aspiro su aroma. De repente, tomo aire lentamente, hasta que me siento en casa. En mi verdadero hogar.

—Te quiero —susurro, comenzando a llorar. Ahora mismo el mundo podría explotar en mil pedazos, que no me importaría, con tal de morir a su lado.

Me deja en el suelo con delicadeza y me peina el flequillo sonriendo de medio lado.

—Cada vez que te veía entre el público me daban ganas de bajar del ring

para peinarte este flequillo tan ridículo —reconoce con una sonrisa de medio lado que le marca los hoyuelos. Pero de repente parece recordar algo, porque su mirada se oscurece—. ¿Quién era ese que decía ser tu novio?

Alzo una ceja y le miro a través de las pestañas.

—Ya te he dicho que me acabo de encontrar con tu novia —le recuerdo poniendo los brazos en jarras—. Por lo visto ya duerme contigo, y según ella, vuestras familias son íntimas.

De repente, un golpe figurado en el pecho me deja sin respiración.

—Estás prometido. Prometido de verdad —digo, recordando de golpe.

—¿Prometido? —pregunta, aturdido. Alza una ceja y se empieza a reír.

—Yo no le veo la gracia ¿Me echas en cara no acudir a una cita, cuando mi vida corría grave peligro, y tú te has prometido? —le pregunto, elevando poco a poco el tono de voz.

—¿Cómo que tu vida corría peligro? —quiere saber acercándose de nuevo para sujetarme las manos con fuerza—. ¿Qué es lo que ha pasado en todo este tiempo? ¿Qué me he perdido?

Sus ojos indagan y buscan la verdad en los míos. Durante unos segundos bajo la mirada, pero después me vuelvo a enfadar.

—¿Qué me he perdido yo! ¿Es que la has dejado embarazada? ¿Es un matrimonio de conveniencia orquestado por vuestros respectivos padres?

—¿Que no estamos prometidos! ¡Paula está loca, joder! Si sabe que estaba preparando todo para irme.

—¿Cómo dices?

—¡Porque mis padres me presionaron para que pasara unos días conmigo y que lo intentáramos de nuevo! Todo para evitar que me fuera —explica, con los ojos inflamados de rabia—. Porque tenía un vacío aquí, en el pecho —dice, llevando mi mano hasta el lugar que ocupa su corazón—, que no podía llenar con nada.

—Gabriel...

—Hasta que te vi en la terraza, cuando te di el bolso —recuerda, sonriendo con dulzura—. Y después en uno de los últimos combates, cuando me desconcentré por tu culpa. Cuando volví a verte en mi combate de despedida pensé que era una señal, que debíamos vernos a solas. Pero no apareciste.

—Ya te he dicho que lo siento.

Hace un ademán con la mano para quitarle importancia.

—Y como conocí a tu novio, me diste plantón y te juro que pensé que me

estaba volviendo loco... —Se pasa la mano por el cabello, dejándose adorablemente despeinado—. Alana, qué quieres que te diga. Fui a lo fácil.

Accedí a lo que mis padres llevan años intentando. Ya había tomado la decisión de dejar el boxeo, solo por ellos y por mi hermano. Y también consentí en volver a verla. Pero no estamos prometidos, te lo juro. No cuando ya tengo la maleta preparada.

Me coge en brazos y me besa con pasión.

—Porque las noches siempre fueron tuyas. En sueños y pesadillas, pero solo tuyas.

—Pero... ya no te vas, ¿no? —pregunto, con un nudo en la garganta.

Sonríe de medio lado y arquea la ceja.

—No, ya no me voy.

Doy un gritito y le arañó la cara sin querer de la emoción. Cuando me estoy quedando sin respiración de nuevo, me deja en el suelo y se pone serio.

—Y ahora ya me estás contando en qué lío andas metida ahora.

Como quiero desviar el tema de mis acuciantes problemas todo el tiempo que me sea posible, recargo la pistola imaginaria con la sonata nupcial.

—Entonces, ¿de verdad que no te vas a casar con ella?

—Me lo ha pedido, es cierto. Y mis padres insisten. Pero le he dicho que no —asegura, muy serio.

—¿Así que ella va diciendo que estáis prometido sin estarlo? —suelto, haciendo aspavientos con las manos—. ¿Pretendes que me lo crea?

—Está obsesionada conmigo desde que tenemos quince años.

—Así que estáis juntos desde nuestra...

—¿Ruptura? —dice, terminando mi frase con un toque de ironía en la voz.

—No fue una ruptura. Simplemente nos olvidamos —digo con la voz tirante y cargada de algo parecido al resentimiento—. Pero yo te busqué, Gabriel. Te buscaba cada vez que me dormía, cada vez que despertaba, a cada combate que iba, solo acudía para verte una vez más.

—Y yo te propuse una cita, y te recuerdo que no apareciste —replica, enfadado. Sus ojos también brillan, sus manos tensas, a punto de estallar—. Yo también te buscaba, también soñaba contigo. Y por eso quería verte de nuevo, porque era mi último combate, y jamás podría encontrarte si tú no me ayudabas.

—¡Lo siento! ¡Siento no acudir a nuestra cita! —grito, presa del pánico.

Pánico a que se vaya, me deje sola de nuevo y se lleve consigo mi corazón.

—¡Más lo siento yo, joder! —responde igualando mi tono.

Me pongo a hiperventilar. Me comienzo a marear. Y cuando me quiero dar cuenta estoy de nuevo entre sus brazos.

—Te estabas cayendo —dice, preocupado, con sus labios cerca de los míos y sus manos rodeando mi cintura.

Estoy tan saturada por todo que me tapo el rostro con las manos y empiezo a gimotear.

—No llores —me pide, arrastrándome hasta un banco. Nos sentamos y volvemos a alejarnos un poquito. Alarga la mano y retira varias lágrimas de mi mejilla—. No soporto verte llorar.

—¿Por qué? ¿Por qué estás con ella? —No soporto pensar que han compartido la cama, que se han besado—. Me prometiste en el hospital que no me olvidarías, que nuestro amor era más fuerte que esa maldición.

Su mirada vuelve a oscurecerse. Tensa los hombros, aprieta las manos en dos puños. Hasta la vena de su cuello se hincha.

—Tú también estás con otro, no lo niegues —ataca, crujéndose los nudillos y frunciendo el ceño—. Tú también me olvidaste.

—Le dejé antes de recordarte de nuevo —le aseguro—. Le dejé porque solo podía pensar en ti. Nunca estuve en realidad con él, no podía, porque cada vez que me besaba y cerraba los ojos, te veía. ¡A ti! —grito, dejando salir mi rabia contenida.

—¡Y qué te crees que me pasa cada vez que me besa!

Nos quedamos en silencio, lamiéndonos las heridas.

—Parece que nuestro destino es estar separados —murmuro, poniendo mi mano sobre la suya. He de irme, porque la puerta estará a punto de bloquearse y no quiero meter a Gabriel en todo este embrollo.

Una vez más postergo nuestro final feliz para cuando todo acabe, y quizás, solo quizás, podamos estar juntos por fin.

Me zarandea con suavidad y me obliga a mirarle de frente.

—Y una mierda con el destino. Te quiero, maldita sea. Ya no importa lo que haya pasado, nos hemos reencontrado de nuevo.

El brillo de sus ojos me pone sobre aviso. No puedo meterle de nuevo en mis problemas. Ya ha sufrido bastante, no se merece ser hundido en el fango de nuevo. No se merece estar en peligro por mi culpa.

—Tengo que irme, Gabriel. Y no sé por cuánto tiempo. No vayas a mi casa, es peligroso.

Le pego un manotazo a la mano que me tiende para retenerme un poco más

y corro calle abajo con un calor ya conocido abrasándome las entrañas. Pero sus piernas son más largas y están más entrenadas, así que me alcanza con suma facilidad y me coge en volandas.

—¡Suéltame! ¡Deja que me vaya! —grito, gimoteando como una estúpida.

—¡No me voy a ir, joder! ¡Cuántas veces te lo tengo que repetir!

Me deja en el suelo y me inmoviliza con las manos. Acerca su rostro al mío y sisea, tan enfadado que se le marcan todas las venas del cuello.

—Te conozco como la palma de mi mano, Alana. Y estás actuando exactamente igual que cuando te estabas convirtiendo en un fantasma y la bruja intentaba matarte. Así que ya me estás contando la verdad.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y hago un puchero.

—No me queda tiempo. Tengo que irme ya.

—Te acompaño.

—Gabriel, no, es muy peligroso...

Me coge la mano con fuerza.

—No te pienso soltar.

Debería impedirselo. Debería deshacerme de él, como ya hice antaño. Pero soy egoísta. Y aunque no está bien, lo olvido todo cuando vuelvo a mirarle a los ojos.

## Capítulo tres

Muevo el cubo de basura y busco el botón en la puerta trasera con Gabriel a mi espalda. Cierro los ojos, rezando al universo para que aún siga abierta, que no haya pasado la hora. Suelto el aire cuando consigo abrirla.

—¿Qué es esto, Alana? —pregunta, asomándose al oscuro pasillo.

Le cojo la mano y entramos.

—Confía en mí.

Le guío por el pasadizo utilizando mis temblorosas manos para avanzar.

Escucho su respiración entrecortada. Por lo visto no soy la única a la que no le gustan los espacios cerrados y oscuros.

Llego hasta la siguiente puerta, y por suerte, encuentro a la primera el botón. Lo presiono y nos echamos hacia atrás cuando escuchamos los engranajes moverse.

—Joder, Alana. Contigo no hay quien se aburra. ¿Dónde me estás llevando?

Salimos al interior del portal y subimos las escaleras en silencio. Nos detenemos en el segundo piso.

—¿Dónde estamos?

Le ignoro. Llamo con los nudillos, y aunque no escucho nada, decido que es mejor que entremos de una vez.

—¿Me vas a contar ya lo que está pasando? —me pregunta Gabriel impidiéndome el paso, apoyado en el marco de la puerta. Y

—A su debido tiempo. Ahora tengo que comprobar si tu llegada supone algún problema para ella —digo pasando a través de su brazo extendido.

—¿Ella? ¿Quién?

Me sigue por el pasillo mirándolo todo a su paso. Llegamos hasta el salón sin cruzarnos con Madame Ardelean.

—¿Dónde estamos? —quiere saber, empezando a ponerse nervioso—. ¿De quién es este piso?

Le empujo hasta el sofá y le pido que se siente.

—Te voy a resumir la situación, y por favor, no me interrumpas hasta que haya acabado.

Asiente crujándose los nudillos y con todo el cuerpo en tensión. Siente

que el peligro acecha, pero por desgracia no se hace una idea de hasta qué punto.

Tomo aire y me lleno los pulmones de oxígeno para relatar mis penurias. Una parte de mí sabe que esto está mal, que no debería exponerle a tales riesgos.

La otra parte mantiene a la primera maniatada y con un calcetín en la boca para que se calle.

Me siento a su lado y le cojo la mano intentando sonreír.

—Cuando nos separamos liberé por error a un espíritu maligno que juega con las artes oscuras y le gusta ir matando gente. Se me fue de las manos, y terminó poseyendo a Hugo, ese chico con el que me viste ese día en el combate. —Sus cejas se van alzando hasta tal punto que creo que se le van a juntar con el nacimiento del pelo—. Indagué un poco para ver cómo le podía detener, y mis investigaciones me llevaron hasta un libro de hechizos. Por error leí uno de ellos, y desperté a un muerto que tuve que enterrar en mi jardín.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Te he pedido que no me interrumpieras —le recrimino, frunciendo los labios.

—No me jodas, Alana. ¿Has enterrado un puto cadáver? ¿Y qué pasó con la vecina? ¿Qué hiciste con ella?

—La emparedé bajo las escaleras —susurro, intentando poner ojitos de cordero degollado—. La cuestión es que convertí al muerto en un zombi esclavo, que solo me obedece a mí. Se llama Edgar, ya verás qué simpático es.

—Me estás vacilando.

Escucho un ruido en el pasillo y aguzo el oído, por si ya vuelve la bruja.

Pero no, creo que es Edgar, que se está revolviendo en la cama.

—No, ahora le vas a conocer.

—Continúa, por favor. Estoy intrigado por ver qué más ha ocurrido en mi ausencia. —No me pasa desapercibido el toque de ironía.

—Embarqué a Lili y a Ricardo en un crucero para alejarles de aquí y que no sufrieran ningún daño, y liberé a la bruja.

Se levanta tan rápido que casi me da con el hombro en la cara.

—¿Qué has liberado a esa mujer? —pregunta entre horrorizado y enfadado—. ¡Con lo que nos costó encerrarla!

—Sí, está libre de nuevo.

—¡Con lo que le hizo a tu madre! ¡Y a ti! —me recuerda, con los ojos



saliéndose de las órbitas—. ¿Estás loca, pequeña? ¿Por qué has hecho eso?

La puerta del salón se abre de golpe y ambos giramos la cabeza al unísono. Es ella.

—Porque soy la única que puede acabar con Aragón —dice muy seria.

—¿Quién coño es ese? —pregunta Gabriel poniéndose delante de mí, como intentando protegerme de ella.

—Aragón es el asesino más despiadado que conocerás jamás. Y tu querida novia le liberó de su cárcel —explica entornando los ojos—. Cárcel en la que yo, y solo yo, conseguí encerrarle.

Gabriel se pasa las manos por el pelo con desesperación y la increpa, señalándola con un dedo.

—La estoy vigilando, vieja. Si intentas jodernos la vida de nuevo...

—Eso no es necesario —le interrumpe—. Alana y yo ya hicimos un pacto con sangre de no agresión. No tengo la menor intención de dirigir mis fuerzas contra vosotros, no ahora, que Aragón campa a sus anchas.

—Está utilizando mi casa como su cuartel general —le digo tirando de su mano para que se siente de nuevo a mi lado—. Y nos está buscando. Nos quiere matar.

—Antes acabaremos con él, querida. Te lo aseguro —susurra la bruja acercándose con cuidado hasta dejarse caer con un gemido en la butaca.

—Pero debemos salvar a Hugo —les digo muy seria—. Él no tiene la culpa de que Aragón haya escogido su cuerpo.

—Mira, niña —suelta Madame Ardelean abriendo el libro en su regazo—, esa es la menor de mis preocupaciones.

—¡Debemos salvarle también a él! —grito, levantándome como un resorte—. Es inocente.

—Ese chico ya está muerto —asegura, concentrándose entre las páginas.

Como no me hace caso le quito el libro de las manos. Se lo iba a tirar a tomar por culo para hacerla de rabiar, pero me quedo embelesada ante su contacto. Acaricio las tapas de cuero envejecido, el título en relieve, de letras más negras que el corazón de una bruja que yo me sé.

«Las aventuras y andanzas del pirata oscuro», por Amadeo Barnabotti.

—¿El pirata oscuro? —releo en voz alta con el ceño fruncido. Menudo título de mierda.

—¿Podrías dejar de manosear el libro? —dice la bruja a mis espaldas—. Es el único ejemplar que queda.

Pego un respingo y «el único ejemplar» cae irremediabilmente al suelo.

—Perdón.

Se inclina y me empuja para recogerlo del suelo.

—Id a la habitación y dejadme leer tranquila —dice, sentándose de nuevo en el tresillo desgastado.

—Te podemos ayudar —digo, reprimiendo un escalofrío abrasador cuando Gabriel posa una de sus manos en mi muslo.

Levanta la vista del libro y sonrío cínica.

—Sí, ayudarme a morir, ¿no es eso? El bastón me servía para mantenerle a raya mientras estaba encerrado. El libro de hechizos me indicaba lo que debía hacer para que no escapara. Por tu culpa, he perdido ambas cosas, así que no, prefiero que no me «ayudes» más.

—¿Qué quieres decir con que el libro de hechizos te indicaba lo que tenías que hacer? —pregunto interesada. Gabriel se revuelve inquieto a mi lado.

—Ese libro está en blanco —responde suspirando—. Por como tienes encadenado a ese infeliz putrefacto, estoy segura de que ya lo sabes.

—¿Se está refiriendo a mi? —pregunta Gabriel, señalándose.

—¡No! —contestamos las dos al mismo tiempo.

—Sí, pero los conjuros... —insisto a la vecina—. El árbol con ojos me dijo que usted había encontrado la clave para derrotarle en el capítulo siete.

—El libro te muestra los hechizos que necesitas y más te convienen en cada situación. Tú tenías un muerto cerca, y necesitabas protección... ¿me equivoco?

—No...

—El libro de hechizos tan solo me mostraba la forma de retenerle, pero no de acabar con él para siempre. Y lo que debemos hacer es destruir su alma inmortal, cueste lo que cueste. Porque si no lo hacemos, encontrará la forma de regresar una y otra vez. Todos nuestros esfuerzos serán en vano si no lo conseguimos.

—¡Qué cojones estáis diciendo! —suelta de repente Gabriel, más pálido que de costumbre.

—Entonces, estamos en un callejón sin salida —digo, apretando su mano para que se tranquilice.

—Hay otra forma. No es sencilla, y no tengo garantías de que vaya a funcionar, pero es lo único que tengo, por ahora —nos dice la mujer—. Nunca lo había considerado porque estaba sola, y todo mi poder se consumía en la tarea de mantenerle encerrado. Que haya escapado puede sernos de utilidad, ya que ahora puedo concentrar todas mis energías en matarle de una vez por

todas.

Nos muestra el libro que lleva toda la noche leyendo en su regazo. Es muy antiguo. Un mapa dibujado con tinta oscura en su reverso.

—Hace muchos años, Aragán llegó de tierras lejanas. Borracho de poder y ego, contrató los servicios de un escribano para que plasmara sus victorias.

Pero debían estar camufladas dentro de una historia más liviana, para que nadie pudiera sospechar quién era en realidad.

—¿Por qué?

—Porque si conoces las últimas palabras que una persona dice antes de morir, conoces su alma, los restos de ella que se mantienen con vida, perpetuados a través de esas palabras. Si una persona quiere acabar con un ser inmortal, suspendido entre la vida y la muerte, debe conocer esas palabras.

Con ellas le podemos convertir de nuevo en mortal, y acabar con su vida para siempre.

—¿Cómo sabes que él es inmortal?

—Es tan inmortal como yo, como Liliana, como Ricardo. Como todas esas almas desgraciadas que me he visto obligada a beber durante años — reconoce, bajando un momento la mirada.

—No creo que nadie te obligara a comerte fantasmas —comento, levantando una ceja.

—Ni a convertir a Alana en uno de ellos —apunta Gabriel.

Frunce el ceño y mueve la mano, como quitándole importancia.

—Narró sus atrocidades al escribano, y este, totalmente turbado y atemorizado, hizo lo que Aragán le ordenó. El maldito diablo quería que nada de lo que estuviera escrito pudiera conducir a ningún lector hasta su verdadera identidad, pero el escribano, rebelándose, convencido de que era necesario acabar con tal maldad, fue dejando sutiles pistas a lo largo de la narración. Lo que llevo intentando hacer desde anoche, es ir recopilando los lugares y las pistas más importantes —me explica, con un brillo intenso en su mirada oscura.

—Pero... —balbuceo, sin terminar de comprender a dónde nos lleva todo esto.

—Pero es lo único que tenemos.

Se levanta y me pide que la acompañe. La noto como cansada, como más vieja. Cojea un poco al andar y parece que le duelen mucho las rodillas, por como reprime una mueca de dolor a cada paso. Nos levantamos los dos, pero señala a Gabriel con desdén.

—Tú no. Quédate aquí y vigila.

—Yo voy donde va ella —dice, pasando su brazo por mi hombros en un gesto protector.

Me deshago de su abrazo y le beso con delicadeza en los labios.

—Tranquilo, no me va a hacer daño. Tiene razón, quédate y vigila.

Apresa mi rostro con sus manos y me besa con devoción. Me estoy deshaciendo por dentro cuando la voz de la bruja nos sobresalta.

—¡Dejad eso para la noche!

—Vuelvo enseguida —le aseguro, separándome de su mano con pesar.

—Te espero. —Se acerca hasta Madame Ardelean y le agarra del codo sin miramientos—. Como le pase algo...

—Tranquilo, estará a salvo. —Se suelta y va hasta la estantería—. Debemos ir al pasadizo.

Me sobresalto al escuchar sus palabras, porque el pasadizo de las narices quedó como un mercadillo con todo rebajado a mitad de precio. El «huracán Alana» llegó y destrozó todo a su paso. Y no la quiero enfadada ahora mismo, porque no tengo a dónde ir. Y no, la casa de mi madre en el pueblo o el piso de mis amigas no son opciones viables, si no quiero que acaben muertas.

—No creo que en su estado le convenga bajar todas esas escaleras... —comento, con un nudo en la garganta.

Suelta una risotada cruel y se gira para taladrarme con la mirada.

—Ya sé que rompiste todas mis cosas. No es a ese pasadizo al que tenemos que ir. —Encuentra la vela que estaba buscando y me agarra del brazo.

—¿Cómo sabes todo lo que ocurrió mientras estabas encerrada? —pregunto confusa, siendo arrastrada sin remedio a través del pasillo, despidiéndome desde la distancia de Gabriel.

—Ya te lo dije, no pienso revelarte todos mis secretos. —Para en el baño y me empuja dentro.

Descorre la cortina de la ducha y presiona un azulejo que parece que está a punto de caerse. Me echo hacia atrás asustada, cuando toda la pared se desplaza hacia un lado.

—Qué cojones...

—Esa boca —me regaña, entrando por la oscura abertura que aparece ante nosotras. Enciende la vela con los dedos haciendo magia de la suya, y desaparece a través de la pared.

Me lo pienso un segundo, porque sigo sin fiarme por completo de ella.

Pero no me queda más remedio que ir tras sus pasos. Acorto la distancia entre nosotras y me pego a su espalda intentando no sentir claustrofobia, procurando que mis pulmones cojan todo el oxígeno de este angosto y estrecho túnel de escaleras. Descendemos hasta lo que parece el mismísimo infierno, por el calor asfixiante que hace.

—Deja de tirar de mi camisa, que me la estás arrugando —se queja, con una mano alzando la vela, y con la otra palmeando el lado derecho de la pared de piedra.

No le hago caso, de hecho, me pego tanto a su espalda que se me meten sus negros pelos en la boca. Me da igual, ya lo escupiré luego, cuando vuelva a un espacio abierto y salubre.

Las escaleras terminan y comienza un estrecho y largo túnel que parece no acabar nunca. No se ve el final, aunque tampoco gozamos de una iluminación en condiciones.

—¿A dónde conduce este pasillo? —pregunto, sujetando la tela de su camisa con fuerza. No me pienso soltar, a ver si la voy a perder y me quedo aquí sola, ciega y sin poder encontrar el camino de vuelta. De solo pensarlo se me cierran los bronquios y dejo de saturar oxígeno. Y sí, durante un tiempo estuve engancha a «Anatomía de Grey». De ahí viene mi hipocondría, y eso que me dijeron que era una serie romántica.

De repente se detiene y presiona una de las piedras. En el último momento veo que está marcada con una X en color rojo sangre. Todo retumba a mi alrededor y reprimo un gritito asustado.

—¡Que me dejas sorda!

Paso de ella, tan absorta que estoy contemplando las piedras, moviéndose y dejándonos un hueco para que podamos pasar.

Entramos y respiro de nuevo. Es una estancia bastante más agradable que el pasillo oscuro y húmedo que hemos atravesado. Utiliza la vela para encender un candil, y la habitación se ilumina de repente.

Una alfombra antigua, varios sofás de madera labrada y algunas estanterías vacías. Tan solo una vasija de cristal con un particular humo dentro. Joder, es un fantasma encerrado.

La puerta se cierra a nuestras espaldas. Pego un respingo y la veo sonreír, mostrándome el diente de oro en todo su esplendor.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunto, pegando mi espalda a la fría pared. Es en estos momentos cuando echo en falta a un zombi guardaespaldas, a mis dos amigos fantasmas y a Gabriel. Le hemos dejado arriba mano sobre

mano, con lo que bien que me vendría ahora mismo.

—No seas necia, no voy a hacerte daño alguno —responde, cogiendo la vasija con ambas manos—. Necesito alimentarme. Y te he traído porque quiero que alguien conozca estos pasadizos, por si me pasara algo.

Doy dos pasos y estiro el brazo con una expresión de incertidumbre en el rostro.

—¡No irás a comértelo aquí, delante de mí! —chillo horrorizada.

—Pues sí, es lo que tenía pensado hacer —confirma tan tranquila—. Y debemos actuar con la mayor celeridad posible, porque es el último que me queda. Después de él, tengo un mes a lo sumo para cazar a otro.

—¿Y qué pasa si no consigues otro fantasma antes de ese tiempo?

—Que me iré deshaciendo poco a poco hasta desaparecer —responde con un hilo de voz grave. Me mira por encima de las pestañas y chasquea la lengua—. Y no nos podemos permitir ese lujo, ¿verdad, querida?

—¡Pero por qué narices me tienes que traer! ¡Habértelo comido en la más estricta soledad y a hurtadillas, como hacen los diabéticos con el chocolate!

Me lanza otra de sus miraditas mientras abre con cuidado la tapa de cristal.

—No me fío de lo que puedas hacer ahí arriba. Y no es necesario que lo rebatas, a las pruebas me remito.

No tengo respuesta ante eso. La asquerosa tiene razón. Me cruzo de brazos y la observo mientras deja la urna en una mesita auxiliar y se retira un poco.

Pero tengo que cerrar los ojos y taparme los oídos cuando unos gritos de angustia vital se cuelan en mis oídos. Abro un poco el párpado derecho y veo que el fantasma de una mujer se va introduciendo poco a poco en la boca de la bruja, que está concentrada sorbiendo el alma robada. Los femeninos ojos del espíritu me suplican ayuda, entonando una melodía desgarradora.

Me doy la vuelta y me sujeto a la pared de piedra. No puedo verlo. Esto es un *fantasmicidio alimenticio*.

Cuando el silencio se instala de nuevo a nuestro alrededor, abro los ojos.

Todo ha vuelto a la más inquietante calma. La veo en una esquina rejuveneciendo sutilmente ante mis ojos: las arrugas se suavizan, el contorno del rostro se alza, disimulando algo de flacidez, la piel se muestra más tersa, más sonrosada, deja el ligero encorvamiento y estira la espalda, ganando unos centímetros, y hasta parece que los pechos se vuelven un poco más turgentes.

«¿Habrán fantasmas crece-tetas?», pienso durante un segundo.

—No es todo lo que esperaba, pero tendrá que servirme —comenta

encendiendo de nuevo la vela y apagando el candil—. Vamos, regresemos al piso.

El camino de vuelta se me hace insoportable.

—No sé quien coño diseñó estos túneles, pero vamos, se le olvidó poner rejillas de ventilación —me quejo, tropezándome cada poco con piedrecitas. Ahora vamos más deprisa, porque la bruja se ha hecho un rejuvenecimiento *fantasmil*—. Y tampoco habrían venido mal salidas de emergencia.

—¡Te quieres callar de una vez! ¡Virgen santa! ¡Es que no te callas!

Pongo los ojos en blanco y cierro la boca. No tengo a Edgar cerca para defenderme como es debido, y no la quiero enojar, a ver si me va a dejar un ratito aquí sola en plan «el rincón de pensar».

## Capítulo cuatro

Y Cuando regresamos al piso a través del baño, voy directa al salón. No encuentro a Gabriel allí, así que corro por el pasillo hasta la habitación. Me lo encuentro de pie, frente a la cama donde descansa Edgar.

Le toco un segundo la espalda para que sepa que ya he vuelto. Gira el cuello y me lanza una mirada extraña.

—¿Quién coño es este? —pregunta, señalando a mi zombi.

—Este es Edgar —explico, acercándome a la cama para tocar su rechoncha cara un segundo—. El hombre que Aragán mató, yo tuve que enterrar, y después desperté de nuevo por error.

—Es la cosa más horrorosa que he visto en mi vida, Alana —musita, frunciendo los labios.

Sonrío. Yo también le veía así al principio. Pero ya solo veo la amistad que nos une, si es que ser un muerto viviente obligado a hacer todo lo que le digo se puede considerar eso. Supongo que no, pero a mí me gusta pensar que sí, porque así no me siento tan culpable por lo que le estoy haciendo al pobre hombre.

—Edgar, levántate.

Voy hasta el lado de Gabriel y cojo su mano, apretándosela con fuerza para que no se asuste.

El susodicho abre los ojos de repente y empieza a parpadear y a boquear exageradamente. Se incorpora como hacían los vampiros en aquellas antiguas películas, con toda la espalda recta y de un solo movimiento.

—Joder... —masculla, asombrado.

—Tranquilo, es inofensivo —le aseguro, acercándome a su brazo torneado.

Apoyo mi mejilla en él y aprecio la dureza de sus músculos, que ahora mismo tiene en tensión.

Edgar, por su parte, termina de levantarse de la cama y se acerca con pasos torpes pero decididos. Como el pobre no entiende eso del espacio personal, se queda tan cerca de Gabriel, que este le empuja, o al menos lo intenta, con el brazo que tiene libre.

—Eh, tú. Aléjate un poco.



Lo que insufla vida a mi zombi son fuerzas oscuras, así que Gabriel no consigue alejarle ni un ápice.

—Edgar, te presento a Gabriel —digo despacio, para que me entienda.

Enfoca sus globulosos y acuosos ojos hasta mi rostro y deja de parpadear.

—¿Qué le pasa? —pregunta Gabriel.

Me encojo de hombros.

—Nada, él es así —digo acercándome al zombi y acariciando un momento su mejilla con ternura.

—No hagas eso, me da grima —se queja Gabriel.

De repente escucho que Madame Ardelean nos llama desde el salón.

—Vamos, Edgar, síguenos.

Enfilamos nuestros pasos hasta el final del pasillo y nos encontramos con la bruja de pie, justo en el centro de varios círculos de sal, velas e incienso, formando una especie de estrella extraña.

—¿Qué es todo esto? —quiere saber Gabriel.

—Estoy preparando una sesión de espiritismo —explica la mujer, concentrada, comprobando que todo está en su sitio—. Necesito todas las manos disponibles para conectar con el espectro adecuado.

Gabriel y yo nos lanzamos una mirada de advertencia mutua, y el pobre de Edgar parpadea como si nada de lo que vivimos fuera realmente con él.

—Vamos —nos apremia la bruja—, que cada uno de vosotros se siente en uno de los puestos que he marcado con un pequeño círculo.

Termina de encender las velas y nos mira expectante, esperando que hagamos lo que nos ha pedido.

Me quedo donde estoy sin terminar de saber de qué va todo esto. Sí, convivo con dos fantasmas y un zombi. Pero eso de jugar con el espiritismo me da muy mal rollo. He visto demasiadas películas de miedo.

—Yo no pienso participar en esta güija —aseguro, cruzándome de brazos.

—Esto no es como cuando niñas como tú os ponéis a hacer el idiota —dice ella, con la voz cargada de algo parecido al hastío más absoluto—. Yo guiaré el viaje, no temáis.

—Estoy con Alana —interviene Gabriel—. No me parece una buena idea.

Además, yo en dos horas me tengo que ir a trabajar, y he oído que en estas cosas, hasta que el espíritu no se quiere ir, no te puedes mover.

La mujer suelta una carcajada ronca y nada agradable.

—Siempre se me olvida con qué clase de personas me rodeo últimamente. ¡Sentaos de una santa vez! ¡Es absolutamente necesario que lo hagamos!

Posamos nuestros traseros donde nos indica con un dedo furioso. Y

—Y el infeliz putrefacto también —me ordena, haciendo sonar todas las cuentas y demás abalorios que lleva en las muñecas, moviéndolas frenética—. No tenemos tiempo, niña. Que se siente ya.

—Edgar, siéntate ahí —le ordeno, señalando el último puesto, aún vacío.

Al pasar tira varias velas encendidas y desplaza parte del dibujo de sal.

Gabriel y yo contenemos la risa mientras que la bruja se va desesperando más y más. Se levanta y lo coloca todo de nuevo entre blasfemias subidas de tono. Regresa a su sitio y se sienta de nuevo.

—Debemos convocar a Amadeo Barnabotti, el escribano y autor de este libro —explica, señalando el libro del pirata oscuro—. He intentado descifrarlo, pero sin su ayuda me es imposible.

Todos asentimos, menos Edgar, que tiene un dedo suspendido demasiado cerca de la llama de una vela. Cuando empieza a oler a pollo frito le doy un empujón.

—¡Edgar! ¡Deja de jugar con el fuego!

La mujer carraspea, mirando con una ceja levantada a mi amigo zombi.

—Empecemos ya, que el tiempo apremia —dice, haciendo sonar todas las pulseras de sus muñecas—. Juntemos las manos. —Extiende las suyas, y reprimo una mueca de desagrado cuando mi mano izquierda se ve envuelta entre la suya. Mi derecha sujeta con fuerza la de Edgar, que me resulta reconfortante. Eso sí, su dedo chamuscado sigue caliente, dato que me está dando dentera.

—¿Puedo cambiarme de sitio? —pregunta Gabriel, cruzado de brazos.

—¿Tienes algún problema? —quiere saber la bruja.

—Ehmmm, pues sí. No le pienso dar la mano a esta cosa —dice señalando a mi Edgar—, y tampoco a usted.

—Pues ya me dirás cómo lo vamos a hacer, querido, porque somos cuatro.

Gabriel frunce ostensiblemente el ceño y pone los ojos en blanco, extendiendo las manos.

—Bien, ya estamos casi preparados —susurra Madame Ardelean—. Poned la mente en blanco, dejad que vuestro espíritu salga, que recorra el mundo astral hasta encontrar a nuestro invitado, y permitid que podamos traerle hasta este plano.

Me suelto las manos y la miro con cara de pocos amigos.

—No pienso dejar que mi espíritu salga de mi cuerpo, a ver si luego no quiere volver a entrar —aseguro, cruzándome de brazos—. Y no creo que

Edgar ni siquiera tenga nada dentro. Por no tener, ya no tiene ni sangre.

—Sí, yo tampoco quiero perder mi alma, bruja —me secunda Gabriel, soltándose también. Por lo visto Edgar no le devuelve su mano—. ¡Que me sueltes!

—Edgar... suelta la mano de Gabriel.

De repente, la bruja se levanta con ímpetu y da tal patada en el suelo que nos echa a todos de espaldas. Los oídos comienzan a pitarme y de repente la cabeza me da vueltas.

—¡No solo nuestras miserables vidas están en juego! —grita, con los ojos totalmente blancos, como poseída por un demonio sin pupilas—. ¡Es el mundo entero quien tiembla ante tal maldad! ¡Haremos lo que sea necesario para acabar con él! —Sus ojos vuelven a la normalidad y sonrío, mostrándonos su diente de oro—. Así que callaos de una vez, y juntemos las manos.

Creo que hasta Edgar se ha hecho caca encima.

Muy obedientes, hacemos lo que nos pide.

—Bien, empecemos. Relajad los músculos, tomad aire. —Como si estuviéramos en una clase de yoga, todos aspiramos con fuerza. Incluso Edgar parece que boquea más fuerte de lo normal—. Y soltadlo. Cerrad los ojos.

Imaginad que estamos en un campo de...

Ninonino, ninonino, ninonino.

—¡Y ahora qué pasa! —grita la mujer, perdiendo la poca paciencia que le queda.

Abrimos los ojos, soltamos las manos y veo a Gabriel sacándose el móvil del bolsillo. Le lanza una mirada de disculpa a la bruja y se pone el teléfono al oído.

—Paula, ahora mismo estoy ocupado —dice, tapándose la boca con la mano—. Que me pillas en mal momento, que ahora no puedo hablar. —Gritos al otro lado, amortiguados por la distancia—. ¿Qué? ¿Qué coño hacen mis padres en casa?

—Cuélgale —suelto molesta.

Me hace un gesto con la mano, y suspira —¡No!... Sí, mamá... No, mamá... ¡Mamá! ¡Que te he dicho que no me voy a casar con ella, joder! ¡Me cago en Dios!

Y cuelga.

—¿Has acabado ya? —pregunta la bruja, con un rictus extraño en el rostro—. ¿Podemos continuar?

—Pero que sea rapidito, que tengo que pasar por mi piso antes del trabajo

—dice, cogiendo la mano de Edgar con cara de asco. Después me lanza una mirada de disculpa—. Luego te lo cuento, pequeña.

—¡Cerrad los ojos y visualizad un maldito campo! —grita la mujer, perdiendo definitivamente los estribos—. Repetid conmigo: Escribano, Ostende te nobis.

—Escribano —repetimos Gabriel y yo sin esperar que Edgar nos secunde—, Ostende te nobis.

—Ostende te nobis —canta la bruja como si fuera un mantra.

—Ostende te nobis —repetimos obedientes. Abro un poco el ojo para espiar a Gabriel. Me pone su voz, qué le vamos a hacer. Me deleito con la imagen de sus piernas cruzadas, enfundadas en un vaquero que le marca un...

—Alana —me reprende la mujer con los ojos en blanco y la cara mirando al techo. Pego un respingo en el sitio—, no te desconcentres.

Cierro los ojos de nuevo y siento como si mi cuerpo se relajara por completo. Un gran peso, de repente insoportable, se desprende de mis huesos y se eleva, saliéndome por el pecho en una exhalación. Quiero abrir los ojos, soltar la mano de la bruja y salir de este círculo, pero no puedo mover ni un dedo. Me he quedado petrificada. El corazón comienza a bombearme a un ritmo frenético, y creo que me está dando un ataque de pánico.

—Alana, relájate —dice de nuevo Madame Ardelean—. Ya viene. Ya se acerca.

Un frío intenso me golpea el rostro y aunque me hubiera gustado protegerme con el brazo, no puedo hacerlo. Mi cuerpo ya no me obedece.

—Gracias por acudir a nuestra llamada, Amadeo —se presenta la mujer, muy educada.

—No me las des —dice de repente una voz a nuestro alrededor. No suena muy simpática, más bien parece molesto—. Me habéis forzado a acudir.

—Es importante. Debemos descubrir los secretos que ocultaste en tu libro, escribano.

Un momento de silencio seguido de una especie de alarido.

—No quiero que me encuentre...

—Nadie dará contigo, no temas, escribano. Estás entre amigos —asegura la bruja, con voz de encantadora de serpientes.

Una risa seca invade la estancia durante un instante.

—No hay amigos cuando se trata de él, sanadora —dice el espectro en un tono de advertencia—. Mucho te has alejado de tu destino. Caminos oscuros has tomado, y mira a dónde te han llevado.

—No estamos aquí para hablar de mí —afirma con voz tajante—. Necesitamos que nos digas cómo podemos descubrir las últimas palabras que Aragón pronunció antes de que su primigenio cuerpo diera el último aliento de vida.

—No le reconozco con ese nombre. En mi tiempo y lugar, usaba otro que no me atrevo a pronunciar.

—Dinos, escribano. Dinos las palabras —insiste la bruja.

—Desconozco esas palabras, pues no las entonó en mi presencia.

—Desvélanos entonces el momento en el que murió —presiona Madame Ardelean.

—Ese es otro de los secretos que no me reveló.

Siento un golpe a mi lado, y creo que la bruja ha dado una patada al suelo.

Parece que ella aún tiene el control de su cuerpo, no como el mío. Creo que mi alma ha pasado de mí y se ha ido definitivamente a Punta Cana a tomarse esos mojitos que tanto tiempo llevo prometiéndole.

—Dinos entonces cómo podemos descubrirlas —dice la mujer.

De repente, una corriente de aire empieza a girar y dar vueltas a nuestro alrededor. Parece que un tornado amenaza con hacernos volar, y a pesar de que no puedo abrir los ojos, mi cuerpo siente la violencia con la que nos está golpeando. A lo lejos, a través del ensordecedor ruido que nos envuelve, escucho las palabras del espíritu.

—Bajo cada título, en todos y cada uno de los capítulos, hay unas marcas.

Es código Morse. Indica el lugar y el momento exacto de las andanzas y aventuras de ese demonio. En uno de ellos murió, pero no me reveló en cuál —entona con el característico sonido metálico, muestra inequívoca de que está en otro plano distinto al nuestro.

—¿Qué debemos hacer para descubrirlo? —pregunta a mi lado la mujer, apretándome la mano con fuerza para que el círculo no se deshaga.

—Debéis viajar en el tiempo, sanadora.

—Pero cómo, escribano —insiste la vecina.

—Los gitanos. Son los únicos que tienen ese poder. Encontrad al patriarca Don Juan, él os ayudará. Curandera Alina, conoces a una de su clan, ya sabes a quién me refiero.

Un intenso remolino me golpea en la cara y caigo de espaldas, soltando la mano de la bruja y la regordeta mano de Edgar. Abro los ojos y me incorporo, comprobando que nos ha pasado lo mismo a todos. A todos excepto a Edgar, que sigue tan pancho, sentado, con la mirada perdida y los brazos extendidos.

—¡Edgar! ¡No respire!

Me incorporo y me acerco hasta él para sacarle un palito de incienso que se le ha metido en la nariz, seguramente durante el torbellino.

—Ya está, que se te estaba metiendo para dentro.

## Capítulo cinco

Me miro las manos robadas, y compruebo que puedo mover los dedos con gracia y facilidad. Toco el rostro que ahora ocupo, pero bajo los brazos con rapidez y disgusto, porque esta piel es grasa y desagradable al tacto, no como la mía cuando aún estaba viva, que era tersa, suave y perfecta.

Me acerco hasta el libro y susurro entre sus páginas:

—Ricardo. Puedes salir.

Me retiro unos pasos, pero mi marido no hace acto de presencia.

—Ricardo —digo más alto—. Sal de una vez, que soy yo, a pesar de no ser mi voz la que escuchas. Soy Lili, tu esposa.

Una estela va ascendiendo, y poco a poco, la imagen espectral de mi amado marido se va formando ante mis robados ojos.

Me mira y ladea el rostro, muy apuesto.

—¿Liliana? ¿Eres tú?

—Sí, amor. Soy yo.

—¿Cómo es posible que no sea tu voz la que escuchan mis oídos?

Me encojo de hombros. Ignoro el motivo.

—¿Y cómo eres capaz de moverte con tanta naturalidad dentro del cuerpo de esta joven tan poco agraciada? —insiste, acercándose. Me tengo que retirar un poco, porque es realmente molesto el frío que desprende. La piel se me pone de gallina y los pulmones me arden.

—No lo sé, mi amor. Solo sé que tengo mucho sueño... Estoy cansada —digo preocupada, porque es una sensación que hace tanto tiempo que no siento, que ya se me había olvidado lo desagradable que es.

—Tumbate en la cama y descansa.

—No hay tiempo, esposo. Voy a buscarte un cuerpo —le digo, rechazando la mano que me tiende. Cuando se acerca de nuevo para posar sus labios en los míos, le intento apartar. Sin embargo, mi mano atraviesa sus atractivas facciones sin que pueda llegar a tocarle. Miro mi mano un segundo y gimoteo asustada. Se me está quedando dormida.

—¡No te acerques más a mí hasta que no te haya traído un cuerpo! —le grito chocándome contra la mugrienta pared.

—Pero ocaso mío... Soy tu esposo —murmura apenado.

—Sí, pero ahora mismo no me resultas nada agradable. Estás congelado. Y me duele la piel cuando me tocas.

Se lleva una mano a la frente y finge un desmayo, suspendido en el aire.

—No es momento para eso, mi amor —digo, acercándome a la cama.

Debería ir a buscar un cuerpo, pero los ojos me pesan demasiado...

Despierto sobresaltada con Ricardo levitando a mi lado. Estoy tiritando, y siento mucho frío.

—¡Ricardo! ¡Me he quedado dormida! —grito, despertándome de golpe.

Me levanto y voy corriendo hasta la puerta—. He perdido demasiado tiempo, esposo. Aguarda, que voy a buscarte un cuerpo.

Me lanza un beso en la distancia esperando que lo aprese al vuelo. Pongo los ojos en blanco y salgo del camarote, cerrando con fuerza a mis espaldas.

Paseo distraída por el pasillo, arrugando con disgusto la nariz. Los techos demasiado bajos, el suelo sucio y descuidado. En cuanto veo una escalera, subo los peldaños deprisa, deseando escapar cuanto antes de este lugar infecto de pobreza y *plebeyidad*.

Unos cuantos pasajeros se cruzan conmigo, y no muestran ni una pizca de respeto por mi persona. Pasan a mi lado sin saludarme, sin inclinar la cabeza al menos, y porque no tienen sombrero que quitarse ante mi paso, porque si así hubiera sido, les habría dicho unas cuantas cosas sobre las normas de conducta apropiadas ante una dama.

Alzo la barbilla y les lanzo una mirada por encima del hombro a modo de advertencia. Parece que uno de ellos, el más mayor, se acerca con un amago de sonrisa. Seguro que va a disculparse, tal y como dictan los necesarios protocolos sociales.

—Disculpa —dice tocándome el brazo—. ¿Nos traes toallas limpias? Y llévate las sucias. Habitación 304.

Doy un paso atrás y le miro de arriba abajo.

—¡Pero qué se ha creído, caballero! ¡En mi vida me han dado semejante orden!

Alza las cejas claramente sorprendido. Pero más lo estoy yo. ¿Es que el mundo ha dejado de tener sentido? ¿En qué momento se perdieron las buenas costumbres, los modales, las clases sociales?

—¿Perdona? Solo quiero toallas, nada más —insiste, encogiéndose de hombros.

Su ropa algo arrugada, el cabello ligeramente grasiento. En mi época, habría sido mi sirviente, y no al contrario. Pero creo que he escogido el



cuerpo equivocado para poseer, porque noto que mira mi atuendo, así que le imito.

¡Voy con un vulgar uniforme de criada! ¡Y sucio, nada menos!

Con el enfado de ayer ante la traición de Alana no he reparado lo suficiente en qué nauseabundo cuerpo me metía.

—Si me disculpa —murmuro dando media vuelta y apretando el paso por el pasillo.

¡Por Dios! ¡Qué lugar más claustrofóbico! Me voy cruzando cada dos pasos con pasajeros. Abren sus puertas y salen. Y entran. Esto parece un laberinto de ratas. Busco las escaleras más cercanas y llego hasta una planta un poco más amplia. Decido que seguiré buscando un cuerpo para mi esposo por aquí, cuando veo a una mujer entrada en años con el pelo teñida de un rosa espantoso.

¡El mundo ha perdido la cordura!

Apresuro mis pasos y encuentro unos ascensores. Nunca he utilizado uno.

Conozco este maravilloso invento por las series de televisión que veo cuando Alana duerme y cuando necesito estar sola, lejos del intenso pero encantador y locuaz marido que tengo.

De repente las placas metálicas se abren, y pego un respingo hacia atrás.

Varias personas salen del cubículo, dejándome sola ante el peligro. Adelanto un pie con temor a que las placas se cierren de improviso y me amputen una extremidad. Una vez dentro, veo unos botones. En las películas los tocaban, y el ascensor se movía.

Presiono la que tiene el número diez. Justo cuando se van a cerrar las puertas, un grupo de ancianos invade el angosto espacio. Tengo que taparme la nariz para no aspirar su espantoso olor. Ya no recordaba estos hedores que desprenden los ancianos.

—Buenos días —dice uno de ellos mirándome con descaro el delantal. Un momento... no es el sucio harapo que luzco lo que está llamando su atención, sino algo más carnal, más deplorable.

—¡Aparte la vista de mí! —grito, tapándome el torso con rapidez.

Presiona un botón y el ascensor se detiene de repente. Lo que parece que es una puerta se abre, y salen deprisa sin mirar atrás.

—Ya no existen los caballeros, el único que queda es mi amado esposo —comento, mirando con repugnancia el rostro que llevo ahora mismo en el espejo del ascensor. Tengo que deshacerme de él en cuanto pueda, y encontrar uno para Ricardo.

Un agudo pitido y el ascensor para de nuevo. La puerta se abre y veo el número diez en una de las paredes bajo un letrero con gusto y refinamiento.

Salgo maravillada de lo que aquí se puede apreciar: música clásica de fondo, suelos de mármol, paredes rematadas con gusto, obras de arte perfectamente iluminadas.

Paseo por un amplio corredor maravillada, reconociendo al fin el lugar que me pertenece. Unas puertas labradas enormes con amplios cristales tallados me dejan entrever una estancia inmensa, donde gente con buen gusto y de clase alta disfruta de una velada agradable mientras les veo tomar té, bebidas alcohólicas bien dispuestas... Estoy entrando en el paraíso, cuando alguien toca mi espalda.

—Oye —dice un hombre que parece que va disfrazado de taquillero—. No puedes estar aquí —me indica conciso y sin el menor rastro de cortesía.

—Para trabajar aquí veo que no te han ofrecido una buena clase de modales —objeto, levantando el mentón y dejando la puerta entreabierta.

—Que te largues, que este no es tu sitio —repite moviendo con desdén una mano, señalándome la salida—. Como te vean mis jefes te van a despedir. O te mandan a fregar platos, tú verás.

Los ojos se me abren hasta el infinito. No existe hombre que me diga lo que debo hacer, y mucho menos amenazarme con trabajar de esclava en las cocinas de este enorme naviero.

Así que doy media vuelta y corro a través de las exquisitas puertas que prometen el paso a un mundo mejor. Un lugar con normas, reglas y distinciones marcadas por el apellido y el dinero. No puedo imaginarme un sitio mejor donde encontrar un cuerpo para mi amado esposo.

Lo que no me esperaba es que el hombre saliera tras de mí, agarrándome con fuerza del brazo.

—¡Suéltame! ¡Desvergonzado! —grito tirando las copas de una mesa donde unas gentiles señoras intercambian una partida de... ¿Qué es lo que están haciendo? ¿Jugando con el aparato que siempre lleva Alana encima?

¿Ese que asegura es como el teléfono? ¿A pesar de no llevar un cable conductor de electricidad?

—¡Seguridad! —grita una de ellas con el aparato mojado en la mano.

Me veo acorralada. Por un lado las señoras me azuzan al hombre. Y por el otro, el susodicho intenta atraparme.

Y como si alguien me concediera una segunda oportunidad, una joven perfectamente vestida y peinada, alta, de buen talle, mirada regia y rostro de

dulces facciones, pasa por mi lado.

He de intentarlo.

Tengo que salir de este cuerpo cochambroso y vulgar.

Así que alargó la mano y cojo la suya. Gira el cuello para mirarme asustada, pero ya es demasiado tarde para ella. Ya estoy dentro.

En una fracción de segundo ocupo su cuerpo y respiro profundamente, conectando mi estela fantasmal con ella. De repente siento sus manos algo frías, los pies doloridos, la cabeza tirante debido al peinado, un débil mareo, y por encima de todo eso, un rugido en el estómago que me indica que lleva mucho tiempo sin comer.

Perfecto. Ahora sí que estoy en el cuerpo de una verdadera dama.

Mi anterior cuerpo cae redondo al suelo, llevándose consigo lo poco que quedaba en la mesa. La gente comienza a gritar y se acercan para comprobar que la chica está profundamente dormida.

Me hago un hueco entre los curiosos que se van agolpando alrededor del cuerpo inerte y chabacano de la muchacha mientras me aliso el vestido.

Paseo con rapidez la mirada por toda la sala. Busco a un hombre que esté a la altura de mi esposo. Alguien a quien no me importe tocar, a quien me atreva a besar. Porque a pesar de que estará poseído por mi gran amor, el cuerpo que habito lo siento como mío. Las sensaciones son tan reales, tan intensas, que me da miedo habituarme a ellas y convertirme en una ladrona de cuerpos. Me da miedo escoger uno para mi esposo que me provoque rechazo, y no poderle tocar tan siquiera la mano.

Pero todos mis temores se acallan cuando encuentro, en contra de todo pronóstico, al candidato ideal. Alto, de porte elegante, adecuadamente vestido, no supera la treintena y tiene una mandíbula varonil. No es Ricardo, pero no puedo pedir más, porque sé que jamás encontraré a alguien tan apuesto y perfecto como mi esposo. Así que, hasta que consigamos regresar a casa me conformo con él.

Fijo mi mirada en sus ojos castaños. Se incorpora y deja de escuchar lo que le está diciendo otro hombre a su lado. Ladea la cabeza y me sonrío. Le imito.

Cruzo la sala despacio, caminando lentamente, haciendo ondear el vestido de seda. El caballero deja la copa en una de las mesas y le pide un segundo a su compañero.

En cuanto nos acercamos lo suficiente como para quedar impresionado por mi belleza, coge mi mano y me la besa.

—Os llevo observando todo el día —dice, aspirando el aire a su alrededor.

—Sois muy amable —convino con una ligera inclinación de cabeza.

¿Dónde está un abanico cuando se necesita?

—¿Puedo invitaros a un café? —pregunta sujetando mi delicada mano con suavidad.

—Prefiero que me acompañéis un momento a mis aposentos, si no os importa —respondo intentando que no se me sonrojen las mejillas.

Alza las cejas claramente sorprendido, y asiente con rapidez.

—Por supuesto —accede, para mi sorpresa. Qué fácil ha sido engañarle...

—Tú primero —dice, dejándome pasar.

Entramos en la máquina que llaman ascensor y me entra pánico de repente.

Estoy perdida. No sé en qué habitación se encuentra mi esposo... He salido tan rápido que no he podido ver el número, y ni siquiera tengo la llave. La tiene ella, la vulgar.

—¡Espera un momento! ¡Regreso enseguida! —digo corriendo de nuevo hasta el gran salón.

Me hago paso a empujones y consigo acercarme hasta la chica. Aprovecho la confusión y el caos para meter una mano en su bolsillo y coger la llave de su habitación. Cuando regreso al ascensor el chico me está esperando, tal y como le he pedido.

—Muchas gracias —murmuro bajando la mirada—. Eres muy amable.

—Y tú eres preciosa —dice, acorralándome en una esquina. Parece que me va a besar, por lo mucho que está acercando su rostro al mío, cuando le muestro la llave y se la pongo en sus narices.

—¿Me llevas a esta habitación, por favor? —pregunto intentando poner distancia entre nosotros.

Sus labios se van alzando hasta que me muestra una sonrisa inmensa.

—Por supuesto.

Varios minutos más tarde atravesamos el angosto y sucio pasillo, por desgracia, lugar donde supuestamente me alojo.

—¿Tu habitación está en esta planta? —pregunta un paso por delante de mí, comprobando en la llave el número de puerta correcto.

No me digno a contestarle, porque resulta humillante.

Para delante de una de los compartimentos y me muestra la llave un segundo.

—¿Seguro que no prefieres que vayamos a la mía? —propone con un

brillo que no sé identificar en sus apuestos ojos—. Es una suite.

—¿Llevas la llave contigo? ¿De la suite? —pregunto simulando ser inocente y algo atolondrada.

—Claro —responde señalándose el bolsillo de su pantalón.

Ahora la que sonrío soy yo.

—¿Tu llave también tiene el número de habitación marcado en ella?

Se encoge de hombros y asiente en silencio.

—Pasemos un momento a la mía para recoger una cosa, y después, iremos a la tuya.

Me da la espalda para abrir la cerradura. Le observo con los ojos entornados y el labio fruncido. Mi querido Ricardo disfrutará de lo lindo dentro de este espécimen bien cuidado.

Estoy segura de ello.

## Capítulo seis

—¿Cómo que tenemos que viajar en el tiempo? —pregunta Gabriel, levantándose del suelo.

—Por lo visto —dice la bruja recogiendo el círculo de velas e incienso—, debemos ir a cada momento que se relata en la novela. Y descubrir el momento preciso donde su primer y verdadero cuerpo conoció la muerte.

Tuvo que decir unas últimas palabras, porque solo así pudo volverse inmortal.

Esas palabras serán las que le condenen para siempre.

Veo cómo Gabriel traga saliva y la mujer asiente. Doy un paso adelante, después otro, hasta me pongo a su lado y le abrazo.

—¿Sabes cómo viajar en el tiempo, Madame Ardelean? —pregunto interesada.

—Yo no, pero el espíritu del escribano nos ha dado una pista. Debemos ir a ver a una amiga —responde, ajustándose el fular.

Gabriel inclina la cabeza y me regala un beso atormentado.

—Vete a casa y soluciona las cosas con tus padres —le digo en cuanto nuestros labios se separan.

—No pienso dejarte a solas con ella. Ven conmigo —me pide muy serio—. Que sea ella quien vaya a visitar a su amiga.

La bruja carraspea a nuestro lado.

—Bueno, cuando he dicho «amiga», no lo estaba diciendo en el sentido tradicional de la palabra... —comenta con las cejas arqueadas.

Pongo los brazos en jarras y frunzo el ceño.

—¿Y eso qué coño quiere decir?

—Que no creo que se alegre mucho de verme. Pero forma parte del clan liderado por Don Juan —asegura con una sonrisa dorada. Señala a Edgar con un movimiento de cabeza algo despectivo, lo que me molesta sobremanera—. Tráete a tu esclavo, que seguro que nos será de mucha utilidad.

—Edgar no es mi esclavo, es mi amigo —aclaro, sintiéndome ofendida mientras me atuso el flequillo—. Y que te quede bien claro que no me das órdenes.

Alza las manos pidiendo tregua. Relajo los hombros y tomo una decisión.

—Ve con tu familia —le digo a Gabriel—. Yo me iré con Madame Ardelean y con Edgar.

Niega con la cabeza y apresa mi mano con fuerza.

—De eso nada. Me acompañas.

—¿Y qué pasa con el trabajo?

—No te preocupes por eso. El bar es de uno de mis mejores amigos.

Me quedo pensando un segundo... Veamos, o voy con la bruja a buscar la forma de viajar en el tiempo, o me voy con Gabriel a pelear con otra arpía rubia y curvilínea y con sus padres, que seguro que me mirarán mal, porque ya han escogido a la candidata perfecta para su hijo. Y da la casualidad que no soy yo.

A ver, a ver... ¿Qué prefiero?

—Me voy con Madame Ardelean —respondo de inmediato. Prefiero luchar contra una serpiente de dos cabezas que contra una víbora de cabellera rubia.

Parece que lo está reconsiderando un momento. Se nota que no me quiere dejar sola con la bruja, pero también debe ir a su casa, porque las cosas están muy calentitas por allí. Le ayudo, dándole el último empujón.

—Edgar, saca a Gabriel del piso. Ponte en la puerta y que no pueda volver a entrar —digo muy seria.

—¿Pero, Alana? ¿Por qué? —pregunta el pobre escapando de los torpes y lentos pero decididos brazos de Edgar.

—Porque te quiero, y debes irte —respondo, cruzándome de brazos. Y porque no quiero que corra ningún riesgo. Pero eso me lo callo, porque si lo digo, ni siquiera Edgar conseguirá que se marche.

—¡No me obligues a irme! —grita desde la puerta, huyendo de las rechonchas manos de Edgar.

—¡Sal por el pasadizo abriendo todos los buzones! ¡Y vuelve a colocar el cubo de basura delante de la puerta!

Se escucha un portazo. Me cruzo de brazos sonriendo cuando Edgar regresa tan tranquilo como siempre.

—Todas deberíamos tener a un Edgar —comento distraída observando que su piel se está poniendo cada vez más grisácea. Le acaricio el rostro, ensimismada, con la mirada perdida y la mente en blanco, cuando me doy cuenta de que tengo un dedo dentro de su oreja—. Vaya, perdona.

Joder, qué asco. Me acerco y veo que sus antaño acuosos ojos ya no tienen tanto de «acuoso». Los tiene más secos que el culo de un mono. No sé ni cómo

ve.

—Recuérdame que tengo que comprarte lágrimas artificiales, Edgar. Que en uno de tus parpadeos se te quedan pegados.

Ni siquiera se digna a mirarme, el pobre.

—Déjate de tonterías —dice la bruja poniéndose el libro bajo el brazo—. Debemos irnos ya.

La sigo por el pasillo con Edgar a mis espaldas.

—Oye, vecina —murmuro colgándome el bolso en el hombro—, tengo hambre. Deberíamos parar un momento para picotear algo.

Abre la puerta con energía y me lanza una mirada fría y despiadada.

—No hay tiempo para eso. El tiempo corre en nuestra contra.

—¡Claro! ¡Como tú te has puesto las botas con el fantasma! ¡Pues yo tengo hambre! ¡Y me pienso comer un bocadillo de calamares con una Coca-Cola bien fresquita en cuanto encuentre una terraza a la sombra, que no quiero que Edgar se me quemé, que mírale lo blanca que tiene la calva!

Se gira y me recorre entera con su mirada oscura.

—Si te comes el dichoso bocadillo, ¿dejarás de gritar?—. un helado de chocolate con cucurucho —digo con la boca pequeña, frunciendo el ceño.

Murmura algo en rumano y salimos al descansillo. La puerta secreta se está volviendo a colocar. Activamos de nuevo los engranajes, y salimos por la calle de atrás. Desoyendo los gritos de la vecina, doblo la esquina corriendo y me asomo despacio. Necesito ver un momento mi casa. Comprobar que sigue en pie.

Todas las persianas están bajadas, así que no puedo ver si el cabrón con nombre de detergente está asesinando a gente y colgándola del techo con un gancho, a modo pata de jamón serrano, o si bien los está descuartizando en mi queridísima bañera de patas antigua.

Siento a la bruja y a Edgar a mis espaldas.

—Ya podemos irnos —digo al fin, cerrando los ojos. Madre mía, cuando todo esto acabe mi madre acabará conmigo. Porque como una sola pared tenga un desconchón, la ira *madril* arrasará el universo conocido.

Cruzamos la calle corriendo, lo que eso significa que yo voy dando saltitos de mongola mientras giro la cabeza a cada poco para ver si el asesino está a mis espaldas, Edgar con pasos torpes y apresurados, con los ojos perdidos en la lejanía y la baba colgando, y la bruja prácticamente corriendo con la falda levantada por encima de las bulbosas rodillas.

Menudo trío...



Varias manzanas más, encuentro una terraza de mi gusto. No doy oportunidad a la bruja, me siento en una silla y le digo a Edgar que plante el panderero en la que tengo al lado.

—Esto nos retrasará —se queja Madame Ardelean, ajustándose el pañuelo.

—¿Qué parte de que tengo hambre no entiendes? —suelto, muy chula—. Por el bien de todos, déjame que coma, porque con el estómago vacío soy como un pitbull. Y no me refiero a ese calvo con gafas de sol y traje de chaqueta en pleno agosto, haciendo que canta. Me refiero a...

—¡Que sí, cansina! ¡Que te he entendido! —grita, perdiendo los estribos.

Se sienta de mala gana y deja el libro en su regazo, bien sujeto con ambas manos.

Le voy a explicar que es de muy mala educación interrumpir a la gente en medio de una explicación totalmente necesaria, y nada gratuita, cuando un camarero nos pregunta qué queremos tomar.

—Yo una Coca-Cola con hielo y una bocadillo de calamares, por favor —digo, casi saltando en la silla. Dios, me muero de hambre—. Después tomaré un helado de chocolate.

—Muy bien... —susurra anotando mi pedido en su libreta—. ¿Para ti? —pregunta dirigiéndose a Edgar. Por supuesto mi amigo ni se inmuta.

—Un batido de chocolate —digo de inmediato para que no se le quede mirando más tiempo de lo normal. Ya han pasado muchos días desde que le desperté, y a plena luz del sol, pues, a ver cómo lo explico... Que se le está viendo cada más pocho. Es lo que tiene estar muerto, que a mejor no vas, precisamente.

—¿Y para usted? —pregunta el camarero, desviando lentamente la mirada de mi Edgar hasta la bruja. El ceño fruncido no se le quita cuando mira a nuestra compañera, con el diente de oro y un atuendo salido de otra época.

—Yo no quiero nada, gracias.

Sale escopetado al interior del bar. Seguro que le cuenta a sus compañeros que somos un grupo de raritos, a cada cual peor. Porque yo no me libro.

Tengo el pelo sucio, no me he lavado los dientes esta mañana, y mi vestido está más arrugado que el cuello de la vecina.

Regresa con las bebidas, pero dice que el bocadillo sale enseguida.

Reprimo las ganas de explicarle a gritos que no recuerdo la última vez que me llevé algo sólido a la boca. Que mi acompañante está fiambre, y aún así, tiene más calorías en el cuerpo que yo.

Doy un sorbo a mi Coca-Cola y me quedo mirando a Edgar, con su batido de chocolate intacto.

—Venga, Edgar, bebe. Que mal no te vendrá —digo, mirándole de reojo mientras me enciendo un cigarrillo—. Supongo...

La bruja pasa de nosotros y se pone a leer el libro.

—Deberías comprarte unas gafas de vista cansada, porque te vas a dejar los ojos —comento entrecerrando los míos—. Ah, no, es verdad. No necesitas gafas, tan solo víctimas inocentes para utilizar como colágeno.

—Calla, niña —es lo único que consigo que salga por su boca. Ni siquiera se digna a levantar la mirada de la página.

Siento unos pasos detrás, y el delicioso olor de unos calamares fritos inunda mis fosas nasales.

—Aquí traigo tu...

Pero deja el plato a medio camino entre su mano y la mesa, porque se queda mirando a Edgar. Mi querido zombi se lleva el batido a los labios y va vaciando el contenido en el interior de su boca, pero sin tragar, lo que provoca que el oscuro líquido, denso y delicioso, se le empiece a salir a borbotones por las comisuras de los labios.

—¡Edgar! —grito, descompuesta.

Hasta que no vacía por completo la botellita de cristal no se detiene. Para después escupirlo lentamente, haciendo un ruido extraño, como si gruñera.

Una cascada chocolateada desciende por su barbilla llamando la atención del resto de las mesas.

El camarero se echa hacia atrás, asustado, y se lleva las manos al pecho.

—¡Ay, Dios mío! ¡Pero qué le pasa! —grita, sacando todo el ramalazo que lleva dentro. Le falta girar el pie y torcer la muñeca. Por suerte deja el bocadillo encima de la mesa, a buen recaudo, y no sobre mi cabeza.

Me incorporo y le doy golpecitos en la espalda con mirada de loca.

—Venga Edgar, deja de hacer el tonto... —murmuro cuando veo que toda la terraza nos está mirando—. ¡Edgar! ¡Para!

El líquido termina de salir, así que cojo un puñado de servilletas hechas con plástico repelente de suciedad, porque no absorben, escupen. Le intento secar la cara gris y fofa lo mejor que puedo, pero lo único que consigo es restregarle, más si cabe, el batido por la piel. Ahora parece que tiene bigote.

—¿Se encuentra bien? —pregunta una mujer, sentada en la mesa de al lado.

Pongo los ojos en blanco, porque, vamos a ver, ¡menudo país de cotillas!

Te caes de cabeza escaleras mecánicas abajo con salto mortal incluido en un centro comercial cualquiera, y ni pestañean. Pero se atraganta un zombi con un batido de chocolate, y todos ponen el grito en el cielo.

—Sí, es que es... —baluceo casi para mi cuello.

—¿Cómo dices, chiquilla? —insiste un viejo tres mesas más allá.

—¡Que es intolerante a la lactosa! ¡Les voy a poner una hoja de reclamaciones ahora mismo! —grito, cogiendo la botella—. ¡Te he dicho sin lactosa, y me traes leche de vaca recién ordeñada! ¡Lo ha tenido que escupir, que si no, se le hincha la lengua! ¡Mírale! ¡Pero mírale!

El camarero no sabe dónde esconderse, así que cojo el bocadillo de calamares al vuelo, saco la cartera y tiro un billete de diez euros encima de la mesa. Me cuelgo el bolso del brazo con dignidad y hago una seña a la bruja, que nos mira con una ceja levantada.

—Vámonos de aquí, Edgar. Levántate —ordeno cuando dudo si me está entendiendo—. Tendremos que irnos, porque por lo visto, los intolerantes no somos bien recibidos. ¡Nazis! ¡Más que nazis!

En cuanto salimos de su campo de visión, suelto el aire que estaba conteniendo.

—Deberías trabajar de payasa —comenta la bruja un paso por delante de mí.

Ignoro su comentario, pero no puedo negar que mi corazoncito se encoge apenado.

—Maldita arpía milenaria... —murmuro entrecerrando los ojos y con la boca llena de calamares y pan—. Y encima me he quedado sin el helado.

—Casi hemos llegado.

Bajamos la calle Montera sorteando turistas. Cuando me quiero dar cuenta, una de las prostitutas agarra a Edgar de un brazo reteniéndole contra su voluntad.

—¡Vecina! —grito para que pare y me espere. Se gira y hace aspavientos con las manos. Me encojo de hombros y señalo a Edgar, muy quietecito al lado de la chica.

Me acerco y recupero de un manotazo la mano de mi zombi. La señorita me saca dos cabezas porque va subida a unas plataformas de infarto.

—Déjale en paz —le digo enfadada—. Vamos, Edgar, sígueme.

—¡Cómo que Edgar! —suelta la chica—. Se llama Luis, y es uno de mis clientes habituales —. Hace un movimiento de cadera y ladea la cabeza extrañada—. Pero está raro. Luis, ¡Luis!

Le zarandea un poco para que «Luis» le mire, le hable o saque la cartera, no lo sé. Joder. Venir tan cerca de donde estaba este hombre cuando aún latía su corazón ha sido un error bien gordo.

—Luis está enfermo —digo cogiéndole con fuerza del brazo—. Le estoy llevando al hospital.

—¿Y tú quien coño eres?

—Su hija bastarda. Vamos Luis, vamos.

Tiro de su cuerpo, pero el maldito no se mueve. Parece que recuerda un poco a la chica, porque de repente le lanza una miradita tierna e intenta sonreír. Me da penita, pero como descubran que en realidad es un muerto, se me cae el pelo del estrés como poco.

Y de repente, el desvergonzado eleva los brazos embutidos en el mono color caca diarreica, que por cierto ya empieza a oler mal, y pone sus rechonchas manos en los pechos de la chica.

—Toca, toca —dice ella sin apuro—. Pero ya sabes que no es gratis.

—¡Edgar! ¡Sígueme! —grito en voz autoritaria. Solo así me hará caso.

Parpadea y se mueve al fin. Me lo llevo pitando, escuchando con los ojos entornados lo que la prostituta grita en la distancia:

—¡Que se llama Luis!

—Luis... —mascullo enfadada—. Menudo nombre más común. Mucho mejor Edgar, dónde va a parar.

En cuanto llegamos a la altura de la vecina, le suelto y levanto un dedo señalándole.

—¡Como te vea otra vez hablando con alguna pelandrusca de por aquí, te castigo un mes de cara a la pared!

El pobre boquea y parpadea sin ton ni son, y por segundo pienso si en su cabecita hay más inteligencia de la que me hace creer la mayoría del tiempo.

—¿Podemos continuar? —pregunta la vecina, impaciente.

—¿Dónde vamos? —pregunto, limpiando la cara embarrada de chocolate de mi zombi salido con la mano cubierta por mi saliva—. ¡Dios santos, Edgar! Es que das más trabajo que un hijo tonto.

No contesta, continua andando deprisa, haciendo ondear su falda rumana.

Llegamos a una de las entradas al metro, justo en la plaza de Sol. Me inquieto cada vez que veo pasar un coche patrulla. Porque ya no sé ni los delitos que llevo cometidos, y para más inri, el cuerpo de un asesinado me acompaña. Y si te fijas bien en él, y sabes mirar, es más que obvio que el tío está más muerto que vivo.

Consigo alcanzar a la vecina, que para justo enfrente de una gitana que reparte romero.

En cuanto la gitana posa su mirada en ella, pega un brinco hacia atrás y se santigua.

—¡Tus muertos! ¡Te dije que no quería verte más! —grita la mujer, intentando espantarla con el matojo de romero que lleva entre las manos.

—Necesito que me lleves hasta el patriarca de tu comunidad —dice la vecina, sin inmutarse.

La gitana mira a ambos lados de la calle, como si quisiera huir.

—Ay... no puedo —se lamenta. Mete la mano en su generoso escote y saca una ristra de cadenas de oro—. Pero te puedo vender estos colgantes de oro.

La bruja mueve la mano enfadada y la increpa con rabia.

—No tenemos mucho tiempo, gitana. Debemos ver a Don Juan de inmediato.

Por un segundo pienso que la pobre mujer saldrá corriendo, pero parece que tiene coraje, porque le planta cara. Alza el mentón y escupe a un lado.

—Te voy a echar un mal de ojo, que quieres mangarme de nuevo. ¡Ay no!

A un gitano no se lo roba. ¡Mis muertos que no se lo roba!

Cierro la mandíbula, porque casi me la pisa un guiri al pasar por mi lado, y me acerco ojiplática. Sujeto del brazo a la vecina y casi cojo su cabeza para que la gire y me preste atención un segundo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, con los ojos como platos—. ¿De qué la conoces? ¿Y qué le has robado?

—Esta señora intentó engañarme —empieza a decir mirándome de medio lado, sin perder de vista las manos de la gitana—. Y se lo hice pagar.

La gitana se acerca y me da un manojo de romero. Lo rechazo, pero es insistente. Me coge la mano y se pone a leerla, sin pedirme permiso primero.

—Guapa, la muerte te acompaña allá donde vas. —Lo primero que me dice. Muchas gracias.

Retiro la mano y la miro con desconfianza. Ella alarga la suya.

—No te pienso pagar por lo que acabas de hacer —digo molesta.

—Ay, paya, que tengo quince hijos. Un mal de ojo que te voy a echar...

—¡Llévame con el patriarca! —grita la bruja—. Y devuélveme el anillo que me robaste.

—Ay, que no lo tengo —gimotea la gitana—. Me lo quitaron los guardias.

De repente, casi más rápida que mis ojos, la bruja se abalanza sobre ella y la tira al suelo. La inmoviliza con sus fuertes piernas y mete una mano en el

escote de la gitana. Saca una cadena de oro, y colgado de ella, un anillo. Me giro un poco, viendo que los transeúntes se comienzan a parar, hambrientos de un espontáneo espectáculo circense.

—Con que no lo tenías... —masculla la vecina, sonriendo de medio lado, mostrando su diente dorado—. No deberías intentar engañar a una bruja de verdad, porque puedes salir muy mal parada. Ya lo sabes.

Una horda de gitanas se acerca hacia nosotras con sus zapatillas de andar por casa, su mandil ajustado a la cintura, sus pinzas en el pelo en un moño deshecho y su mala leche.

—¡Madame Ardelean! —grito para prevenirla—. ¡Que vienen!

Sigue con la mirada la dirección que apunta mi dedo y entorna los ojos. Le arranca sin piedad y de un solo tirón el anillo de la cadena, y se levanta con la rapidez propia de una «come fantasmas».

Las gitanas se acercan romero en mano, listas para atacar. Gritan improperios e insultos, y creo que hasta Edgar se pone en tensión, preparado para la guerra.

Antes de que consigan llegar hasta nosotros echamos a correr, y nos camuflamos entre un grupo de muñecos. A mi lado tengo a Pepa Pig, Dora la exploradora y Pocoyó. Me asomo a través del cabezón amarillo de Winnie the Pooh y veo que nos buscan entre el gentío.

—¿No deberíamos salir para intentar dialogar con ellas? —susurro a la vecina, que está a mi lado, observando el objeto con interés—. Por cierto, ¿por qué tenía ella este anillo?

—Dejé que me lo robara hace tiempo para espiarles. Los gitanos practican la magia desde hace siglos, y me interesaba mucho conocer los conjuros que utilizan. Pero esa mujer se lo escondió en el escote, y como comprenderás, poco puedo ver desde esa posición —me explica, girándolo con curiosidad entre sus dedos.

Vuelvo a asomarme, y compruebo con alivio que las gitanas se van en la dirección opuesta a la nuestra. Tenemos una oportunidad para salir.

—Están subiendo por la calle Montera, vamos a seguir las —les digo, pegando un respingo cuando Pocoyó me toca el culo.

Le pego un manotazo con la mano abierta, lo que provoca que se le salga el cabezón.

—Mami... —dice un hombre mayor que mi madre, escondido en un personaje para niños de menos de un año.

Cojo la mano de Edgar y tiro de él para irnos antes de que le ordene

sacarle la cabeza de verdad a este perverso.

Nos ocultamos entre el gentío, observando cómo intentan vender el romero a los turistas desprevenidos e inocentes.

—¿Estás segura de que su patriarca sabe cómo viajar en el tiempo? —le pregunto, asomada en una esquina, sin perderlas de vista. Me resulta muy fácil, porque sus pinzas de pelo no pasan desapercibidas.

—Ya has oído al escribano. Si los gitanos tienen ese poder, el patriarca nos dirá la forma de hacerlo. Espera aquí —me pide adelantándome—. Voy a hablar con ella de nuevo, a ver si entra en razón.

Se aleja con paso decidido y con las manos en alto en señal de tregua. Las gitanas empiezan a hacer aspavientos y a escupir en el suelo, pero parece que les dice algo que provoca que sus miradas se vayan suavizando. Tras unos minutos de inquietud, donde no hago más que apretar la mano de Edgar, la vecina se da la vuelta y me hace una seña con la mano para que nos acerquemos.

—Vamos, niña —dice sonriendo.

Las gitanas encabezan la marcha saliendo de las calles principales, y entrando en callejones desconocidos, sin luz y poco transitados. Alzo la vista y los edificios son más viejos y descuidados, la ropa tendida en hileras, a la vista de todo el mundo.

—Vecina —susurro, pegándome a su lado—, ¿qué les has dicho para convencerlas?

—Que el mayor asesino que ha conocido la ciudad anda suelto de nuevo, y que solo yo puedo detenerle. Pero para eso, necesito hablar con su patriarca.

También he dejado caer que nunca ha sentido mucha simpatía por su raza, y que ellos serían los primeros en caer.

—Ah, vale.

Las mujeres se detienen en un portal cochambroso y que parece que está a punto de derrumbarse. Abren la puerta y se hacen a un lado, silenciosas y con una expresión de cautela en el rostro que me pone los pelos de punta.

—Le encontraréis sentado en el patio, al final del pasillo —dice una de ellas—. Llamadle Don Juan, o no saldréis vivas de aquí.

Trago saliva y me abrazo al grueso brazo de Edgar. Dejo que la vecina sea la primera en entrar, y secundo la marcha con mi amigo muerto cubriéndome la retaguardia. Tengo que entrecerrar los ojos para ver por dónde piso. Una luz al fondo del angosto pasillo me indica que el patio interior no está muy lejos. Arrugo la nariz porque huele como a cuadra, y en cuanto salimos al aire libre,

entiendo el pestazo. Hay un burro atado a un árbol. Y en una esquina, un hombre muy mayor vestido con sus mejores galas y golpeando el suelo con un bastón muy brillante y cuidado.

—¿Don Juan? —pregunta la vecina, muy respetuosa.

El hombre alza la vista y fuerza sus enrojecidos y gastados ojos para ver quién le reclama.

—¿Quiénes sois? ¿Os han dejado pasar?

—Nos han traído unas amables mujeres —explica Madame Ardelean, acercándose. Yo me quedo en un segundo plano sin soltar el brazo de Edgar.

Escucho ruido sobre mi cabeza y, en cuanto alzo la vista, me encuentro con varios gitanos asomados a las ventanas, claramente vigilándonos.

—¿Y qué queréis? Debe ser importante sin un par de payas se atreven a entrar en mi casa.

—En efecto, Don Juan. Es un asunto de vida o muerte.

Abre los ojos y se atusa el bigote. Un sombrero le protege la cabeza del sol y su camisa blanca e impoluta resalta con la oscuridad de su piel.

—Sentaos. Y decidme qué os trae por aquí.

Acercamos tres sillas de madera que me recuerdan a las que usaba mi abuela en el pueblo, y hacemos un corrillo a su alrededor. Más y más cabezas oscuras se asoman al patio, y por un segundo pienso, que si ellos quieren, de aquí no salimos y no se entera ni Dios.

—Es una larga historia —empieza a decir Madame Ardelean—, pero seré breve. Un espíritu maligno ha escapado de su encierro, y tal y como hizo antaño, se dedica a robar vidas humanas para hacerse más y más fuerte.

—¿Un espíritu, dices? —pregunta el hombre inclinándose hacia delante.

—Ahora se hace llamar Aragán, pero en Madrid se le ha conocido por otros nombres a lo largo del tiempo.

Se atusa el bigote y niega con la cabeza.

—Ese nombre no me resulta familiar.

—Ha utilizado muchos para esconder su verdadera identidad.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros?

—Otro espíritu me ha dicho que ustedes, los gitanos, tenéis el poder de retroceder en el tiempo —dice la vecina con su típica voz de embaucadora—. Necesitamos esa habilidad para destruirle. Por eso estamos aquí.

Se quita el sombrero, tira el bastón a un lado y por poco no se cae de la silla hacia atrás.

—¡Como sabes eso!



—Nos lo ha dicho un escribano muerto en la güija —le explico, poniendo los ojos en blanco.

—¡Los payos no pueden descubrir nuestro mayor secreto!

—Ella no es paya, es como vosotros pero con acento rumano —digo, intentando templar los ánimos.

—Vuestro secreto seguirá siendo eso mismo, un secreto —asegura la vecina sin parpadear—, siempre y cuando nos ayudéis.

Cierro los ojos y espero a que los gitanos salten desde las ventanas para matarnos. Pero no, se muestran respetuosos, tranquilos, esperando las órdenes de su jefe. Y me empiezo a tranquilizar hasta que veo que uno de ellos saca una pistola.

Le voy a decir a la vecina que Edgar y yo nos vamos a ir a dar una vueltecita, cuando el patriarca de esta comunidad de gitanos se levanta y se queda a un palmo de Madame Ardelean, que continúa sentada y tranquila, sin inmutarse ni por un segundo.

—¿Me estás amenazando?

La vecina sonríe confiada.

—En absoluto, te estoy advirtiéndolo. —Levanta la mirada y le reta con ella—. Quizás no hayas escuchado el nombre de Aragón, pero seguro que el mío sí que te resulta familiar. —Se levanta y se quedan a dos palmos de distancia.

Él un poco más alto, ella más gorda—. Soy Madame Ardelean, o Alina la bruja, si has vivido tanto tiempo como yo.

El hombre da dos pasos atrás y escupe en el suelo.

—Sé quién eres. Todo el que es alguien en esta ciudad te conoce, bruja. Por mis muertos que las mujeres que te han traído se van a llevar unos cuantos palos.

—No les he dado elección, como tampoco te la estoy dando a ti. Dinos cómo podemos viajar en el tiempo, y te prometo que no sufriréis daño alguno.

El hombre hace un gesto con la mano, y todo se revuelve a nuestro alrededor. Aparecen mujeres, niños en pañales, adolescentes en edad de merecer, hombres atractivos, mujeres explosivas disfrazadas de amas de casa... Cuando nos queremos dar cuenta nos han arrastrado hasta el interior de la casa. Nos empujan hasta una especie de salón estilo rococó llevado al extremo, que es decir mucho, y el patriarca aparece por una de las puertas.

Lleva una especie de colgante de oro muy grande entre las manos, rodeado por gemas y piedras preciosas.

—Este es nuestro mayor tesoro —dice despacio, sentándose en una

especie de trono. Unas mujeres llegan con unas sillas y nos empujan hasta que nuestros traseros dan con ellas. Pero hasta que no le ordeno a Edgar sentarse, no desaparecen por la puerta tranquilas—. Nos permite observar nuestra cultura y nuestros valores, tan importantes para nosotros.

—¿Cómo funciona? —pregunta la vecina, directa al grano.

El hombre señala un orificio justo en el centro.

—Una sola gota de sangre y pensar en el momento y el lugar al que queréis viajar.

Asentimos en silencio. Pues no parece tan difícil. Sin embargo, el patriarca levanta un dedo.

—Tres normas. No se pueden incumplir.

Pongo los ojos en blanco. Siempre hay un «pero».

—La primera es que no podéis cambiar nada del pasado. Si viajáis, debe ser como espectadores, sin interactuar.

—Es razonable —murmuro, mordiéndome una uña.

—¡Segunda! —dice el gitano levantando la voz—. Nunca, jamás, traer nada del pasado hasta nuestro tiempo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, cruzando las piernas.

—Ni modificar —insiste abriendo mucho los ojos—, ni robar nada al pasado.

—Vale.

—Y la tercera y más importante —continúa guardando silencio unos instantes—, es que no se puede viajar a tu propia vida pasada. Nunca, bajo ningún concepto.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar, fastidiada. Con lo bien que me vendría cambiar algunas cosillas de mi época de adolescente moñas. Ah, no, que tampoco puedo modificar lo que ya ha pasado.

Se encoge de hombros y da un golpe de bastón.

—Los gitanos somos un pueblo que mantiene y perpetúa las costumbres de nuestros antepasados. Cuando me nombraron patriarca me legaron este colgante y me indicaron las normas, pero no me explicaron por qué. No necesito saberlo, ni me interesa tampoco. Se acatan, y punto en boca.

«Pues vaya...», pienso, mordiéndome la lengua para no decir alguna gilipollez.

—¿Cómo regresamos a nuestro tiempo? —pregunta la vecina.

—La gota de sangre es lo que impulsa la magia. Es la vida lo que provoca el viaje al pasado. Cuando la gota se consume, el colgante trae de vuelta al

portador de esa sagrada ofrenda. El brillo de la gema roja y el calor que desprenderá el colgante os indicará que vuestro tiempo en el pasado se agota.

—Así que el colgante quiere sangre, ¿no? Qué típico —suelto sin poder contenerme.

Recibo dos miradas reprobatorias y simulo una cremallera en mi boca. La vecina alarga la mano, pidiéndole tan poderosa joya. Pero el viejo sonrío mientras se atusa el bigote.

—Ay no, bruja. Tú no puedes usarlo. No te queda sangre ni vida propia en tu interior —susurra con maldad.

—Pues será mi compañera quien viaje por mí —suelta, convencida de que voy a hacer lo que ella diga.

El viejo dirige su mirada hasta mi rostro, que debe estar pálido.

—El colgante te quita un poco de vida con cada gota que le ofreces. Debes saberlo si quieres utilizarlo —me avisa.

—¿De cuanta vida estamos hablando?

—Depende —dice dando otro golpe de bastón—. ¿Días, meses?

—Fumo desde que tengo diecisiete años, así que no me voy a poner en plan hipócrita ahora —mascullo, mirando el colgante de reojo. No me gusta que me roben la vida, joder. Pero parece que de una forma u otra, voy a acabar muerta antes de tiempo.

—Una gota de sangre vertida equivale a media hora en el pasado —explica enumerando con los dedos—. Dos gotas, una hora de viaje. Tres gotas, un día en tiempos lejanos.

—¿Y si echamos cuatro gotas? —pregunto con curiosidad.

—Tres normas, tres gotas a lo sumo —responde con seriedad—. Nadie debe viajar más de un día al pasado. Y si necesitáis un poco más de tiempo, siempre podéis añadir una gota durante el viaje.

—¿Nadie lo ha probado? ¿Nadie ha intentado estar más de un día? —insisto incrédula. Dicen que las normas están para romperlas, pero parece que este hombre nunca ha escuchado ese dicho.

—Nadie —responde tajante—. Y ahora, el precio a pagar por el préstamo solicitado. —El gitano se levanta y se ajusta la chaqueta. Vuelve a ponerse el sombrero y se atusa el bigote. Veo la uña del dedo meñique más larga que las demás y reprimo una mueca de asco.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta la mujer a la defensiva.

—Tu pluma. Esa pluma más negra que tu alma.

Madame Ardelean se estira en su silla. Está conteniendo el aliento, algo

que nunca he visto que haga.

—Es el único legado de mi estirpe.

—Y posee el poder de la curación, algo que nos vendría muy bien.

Lo medita. Casi escucho a su cerebro trabajar más rápido de lo normal.

Baja la cabeza y sus hombros descienden con pesar. Parece que ha tomado una decisión.

—De acuerdo. Si el colgante nos es de utilidad, la pluma de mis antepasados será tuya —conviene con una máscara de inmensa tristeza en su rostro.

—Primero la pluma, después el colgante.

—No me vais a intentar engañar dos veces, gitano —suelta enfadada—. Te haré si así lo deseas un juramento de sangre, pero la pluma permanecerá en mi poder hasta que todo esto haya acabado. Regresaré y te daré lo único que en realidad poseo y no merezco, y te devolveré tu colgante. Pero no antes, puesto que quizás la pluma sea lo que marque la diferencia entre la victoria y la derrota.

Se retan, se miden, pero al final, el patriarca accede.

—No es necesario un juramento, puesto que tu palabra me vale. Al fin y al cabo, tus antepasados eran gitanos también.

Le tiende el colgante, que la vecina corre a esconder en el interior de su escote.

—Destruye a ese ser de oscuridad y regresa con mi colgante y con tu pluma. Los gitanos somos generosos con aquellos que nos ayudan, y si es cierto lo que dices, tu victoria será también la nuestra.

Salimos de la casa y tardamos casi una hora en encontrar el camino de vuelta. Llegamos de nuevo al piso de la segunda planta y me dejo caer rendida en el sofá antiguo.

—Menuda mañana...

La mujer no me escucha. Se ha sentado en el tresillo y se ha puesto a observar el colgante de nuevo.

—Ya estamos un paso más cerca de derrotarle, niña estúpida —dice sacándose del bolsillo de la falda la pluma negra—. Madre, perdóname una vez más —susurra para sí, cerrando los ojos con fuerza.

## Capítulo siete

—¡Ricardo! ¡Deja de moverte así! —grito histérica, con una voz que no es la mía.

Mi querido marido no hace más que tambalearse, ya dentro del cuerpo de ese joven, como si estuviera ebrio.

—Amada mía, no soy capaz de controlarlo —escucho que dice con su auténtica voz, sin que los labios del muchacho se muevan un ápice.

Me acerco hasta este cuerpo sin coordinación alguna y le sujeto por los hombros para encontrar su mirada.

—Deja de intentar moverte como si fueras un fantasma —le explico, un tanto disgustada ante su aspecto. Los ojos le bailan en las cuencas, la mandíbula le bailotea—. Relájate e invade su mente también.

— *Ooocaaaasoooooooo* —gruñe, poniendo ojos de loco.

Pego un grito y le suelto.

—¡Ricardo! ¡Deja de hacer el tonto! —le ordeno, andando hacia atrás.

Se acerca de nuevo con movimientos extraños. Me coge una mano, o al menos lo intenta, porque le suelto un manotazo.

—No me toques...

—*Cieeeloooo, nooo pueedoooo*. —Los dientes le chasquean como si estuviera masticando un trozo de carne. Los ojos le bailotean sin conseguir enfocar a un punto concreto—. Ñañañañañañañañaña —murmura, tirándose encima de mí.

—¡Ahhhh! —grito, cayendo al sucio suelo con el cuerpo ocupado de mi marido encima del mío—. ¡Ricardo, por el amor de Dios! ¡Controla al muchacho!

De repente apoya las manos en la mugrienta madera y alza el torso, dejándome libre de cintura para arriba.

—Creo que... —gira la cabeza en una posición extraña, hacia un lado, y abre los ojos en una muda súplica—. Casi... lo... tengo...

Pongo los ojos en blanco. Virgen Santa, qué exagerados son los hombres. A mí me hizo falta un instante para ocupar el primer cuerpo, y después el otro.

Incluso en el segundo, prácticamente salté desde el cuerpo de la chica vulgar, ya cayéndose al suelo, para entrar en el que ahora llevo, que se estaba

alejando, tan solo tocando su mano.

Le miro y está moviendo la cabeza de un lado a otro, como si le estuvieran electrocutando, igualito que en una película que vi una madrugada. Así que le empujo hasta la cama y le obligo a que se tumbe.

—Muy bien, amor —empiezo a decir, con voz suave y relajante—. Cierra los ojos, cariño.

Toco sus párpados.

—Bien, ahora, relájate —susurro empezando a deslizar un dedo por su sien—. Es tu cuerpo ahora, siéntelo. Piensa en tus nuevos pies. Intenta moverlos despacio, muy despacio... Ahora, siente tus manos. Cada uno de tus dedos, cada falange, cada uña, son tuyas ahora.

Acaricio sus sienes, algo tensas. Se relajan ante mi contacto. Paso por el puente de su nariz, recta y elegante. Rodeo la comisura de sus labios, húmedos y esponjosos, con mis temblorosos dedos.

—Perfecto, mi amor —le felicito cuando observo que su respiración es más acompasada.

Pongo ambas manos en su pecho y comienzo a deslizarme primero por sus anchos hombros, para llegar hasta su firme pecho. El latido de su agitado corazón palpita junto al mío cuando desciendo hasta su estómago. El traje chaqueta está abierto, por lo que la camisa que lleva debajo se tensa bajo el baile de mis caricias. Percibo su ombligo, los endurecidos músculos que hay bajo la tela. Me humedezco los labios y continúo.

—Así, mi cielo. Así —dice, moviendo los labios al fin. Ya no es la voz de mi amado esposo la que escucho, y aunque le extraño, es mejor así. Porque debemos regresar al lado de Alana, y para eso debemos ocupar con éxito un cuerpo.

De repente, y sin previo aviso, comienza a crearse un bulto en su entrepierna.

—Pero... Ricardo...

No abre los ojos, y busca mi mano en el aire.

—Sigue, ocaso eterno, es tremendamente agradable —dice, moviéndose un poco en la cama.

Me acerco y observo que el abultado pantalón palpita. El cuerpo habitado por Ricardo abre los ojos asustado y se incorpora, siendo consciente de lo que está ocurriendo. Doy dos pasos atrás sin poder apartar la vista de su pantalón.

—Atardecer —susurra consternado—. No pretendía importunaros, estoy... Estoy tremendamente avergonzado.

—Ricardo, eres mi esposo —empiezo a decir, sintiendo las mejillas enrojecidas—. Mi virtud sigue intacta, por lo que no debes disculparte. O quizás sí, ya que sigue intacta a pesar de habernos casado.

Me mira con cara de no entender nada. Se levanta y me encuentra dando dos pasos. Sujeta mi mano y se arrodilla a mis pies.

—Soy vuestro humilde esclavo —afirma, atormentado—. Decidme qué deseáis, y eso será lo que haga, mi diosa.

Besa mi mano con adoración, devoción, y hasta podría decir, con sumisión.

Pero lo que yo necesito es un hombre. Me he casado para sentirme protegida, amada y comprendida.

Me alejo de su contacto y me doy la vuelta, enfadada y avergonzada al mismo tiempo. Lo que quiero es un esposo.

—Pero mi amanecer en llamas —escucho que dice a mis espaldas—. ¿Qué os ocurre? ¿Qué os apena?

—¡Que no tengo que pedir las cosas! —grito frustrada—. ¡Debes descubrirlas tú mismo!

Tuerce el gesto y ladea la cabeza, totalmente confundido.

—¿Es que acaso me estáis pidiendo que os lea el pensamiento para adelantarme a todos vuestros deseos?

—¡Eso es justamente lo que quiero! Creo que no es pedir demasiado.

Acorta la distancia entre nosotros y me dirige una mirada suplicante.

—Por mi honor de caballero os juro que seré clarividente de todos vuestros anhelos —canta, con una rodilla hincada en el suelo y una mano en el pecho, justo encima del corazón—. Y que desaparezca en el olvido si miento.

Se levanta y apresa mi rostro rozando sus labios con los míos.

—No sufráis, bella dama —susurra en mi oído—. Tan consciente soy de vuestra inmaculada virtud, que no la mancillaré con mis pecaminosos y carnales deseos.

Me regala un dulce beso en los labios y se aleja mi gallardo y totalmente estúpido marido. Pongo los ojos en blanco y acallo ese dulce dolor en mi vientre, cada vez más latente.

—Vamos, Ricardo —le llamo andando hasta la puerta—. Vayamos a nuestro camarote.

—¿Pero...? —dice mirando alrededor, señalando las viejas y grotescas paredes.

—No, amor —digo con cansancio—. Busca en el bolsillo de tu pantalón.

Trago saliva cuando introduce la mano tan cerca de su entrepierna, y con un gesto tremendamente masculino, la revuelve en su interior para sacarla y mostrármela con una sonrisa auténtica.

—Esa es, cariño —digo sintiendo seca la garganta que ahora habito—. ¿Qué número se muestra en ella?

—El 69.

—Perfecto —murmuro abriendo la puerta—. Vayamos a comprobar si de verdad es una suite.

Salimos por el pasillo cogidos de la mano. Su calor me reconforta, pero me inquieta al mismo tiempo. Porque deseo que me bese hasta dejarme sin aliento, que recorra con esas mismas manos cada rincón de mi prestado cuerpo. Cuerpo que me permite disfrutar de sensaciones prohibidas para un fantasma inmortal.

Llegamos hasta el ascensor. Pulso el botón y suelto su mano.

—Esposa, ¿sabes cómo funciona este armario?

—No es un armario, Ricardo. Se llama ascensor —contesto de mala gana.

Las puertas se abren y mi marido da un paso atrás asustado.

—¿Qué es este aparato?

Le empujo adentro y pulso el número diez. Empezaremos buscando la habitación por esa planta.

El ascensor se mueve y Ricardo busca mi cuerpo, claramente asustado. Me rodea con sus brazos y me dejo abrazar disfrutando de su contacto. Paramos y las puertas se abren.

En cuanto salimos nos recibe el mismo hombre disfrazado de taquillero.

Ahora nos sonrío educado, no como cuando iba en el cuerpo de la chica vulgar.

—Buenas tardes —saluda cortés.

Miro a través de las elegantes puertas de cristal y compruebo que ya se han llevado mi anterior cuerpo. Espero que despierte en unos días, cuando hayamos conseguido que este crucero dé media vuelta y nos deje en puerto, y no ahora, dando la voz de alarma, gritando a los cuatro vientos que este barco está poseído.

—Disculpe, caballero —digo llamando su atención—. ¿Podría indicarnos dónde se encuentra la habitación 69?

—Por supuesto. Sigán este pasillo —dice señalando a la izquierda—. Y la encontrarán a la derecha.

—Muchas gracias, fiel sirviente —suelta Ricardo haciendo una



reverencia.

El hombre levanta la ceja, claramente consternado.

Apreso la mano de mi esposo y tiro de él a través del pasillo. Nos cruzamos con varias personas elegantemente ataviadas y con lujosas joyas. Inclinan levemente la cabeza al pasar. Les imitamos intentando disimular. De repente, el número 69 aparece, tal y como nos ha dicho el sirviente, al lado derecho del pasillo.

Ricardo introduce la llave y abre la puerta despacio. La habitación se ilumina en cuanto ponemos un pie dentro.

—Amada mía —susurra Ricardo—. Es realmente increíble.

Le tengo que dar la razón. El camarote es amplio, de enormes ventanales, con suelo de madera de calidad y una cama donde podríamos dormir cinco personas al menos. Incrustaciones doradas en las esquinas, alfombras persas inteligentemente colocadas para definir los espacios.

Ricardo se aleja y me llama entre gritos.

Le sigo, y me llevo las manos a la boca cuando veo el aseo: bañera espectacular, lavabos de mármol, espejos impresionantes. Voy hasta el tocador y comienzo a toquetear y oler los diferentes jabones que se exponen.

Cojo una cajita de sales para la ducha que huelen al mismísimo cielo, y pienso que los utilizaré más tarde, cuando me regale un buen baño.

Estoy comprobando mi aspecto frente al espejo, pensando que mis verdaderos ojos son más bonitos que los que me devuelven ahora mismo la mirada, cuando escucho que llaman a la puerta con los nudillos. Me pongo en tensión, lista para huir.

—Voy a ver quién es, mi vela titilante —dice Ricardo lanzándome un beso desde la distancia.

Escucho que la puerta se abre, y una voz femenina inunda el espacio. Una especie de forcejeo, unas risas ahogadas, la voz del cuerpo que ocupa mi marido diciendo cosas inconexas.

Salgo del aseo y me cruzo de brazos ante la imagen que se muestra ante mí.

Una chica ligera de ropa encima de la cama sobre el cuerpo de mi marido.

Le está besando, o lo intenta al menos, porque veo que Ricardo lucha por escapar.

—Andrés, quiero que me la metas hasta que me corra —dice la desvergonzada en la oreja de mi marido. Le da un mordisquito en el lóbulo para después sacar la lengua y pasársela, sin pudor alguno, por el cuello.

—Señora —dice apurado—. Os ruego que os apartéis.

La chica se inclina un poco, lo suficiente para bajarse la parte superior del vestido y quitarse el sujetador con presteza.

—Andrés, me pone mucho que me hables así. Pero no me llames señora, que me recuerdas a mi marido —dice, poniéndole los pechos en la cara.

Esto es demasiado. Si tuviera mis poderes la lanzaría a través de la ventana para que se ahogara en el mar, como la sucia ramera que es. Pero creo que no puedo hacer uso de ellos mientras habito un cuerpo, así que me muerdo la lengua hasta sentir el sabor metálico de la sangre en la boca y carraspeo furiosa.

La mujer gira la cabeza y me ve. Pega un grito y se separa de mi marido, tapándose los pechos con el vestido.

—Le agradecería que dejase de manosear y pervertir a mi esposo —digo, pronunciando en exceso cada palabra—. Váyase ahora mismo si no quiere que la expulse con mis propias manos.

—Yo... —balbucea sorprendida—. No sabía que estaba casado...

—Lo está —afirmo, sin importarme que en realidad no es cierto. Ignoro si la verdadera persona que habita mi marido, si «Andrés», está casado o si por el contrario es libre de cometer actos lascivos con la esposa de otro hombre.

La mujer sale por la puerta escopetada sin mirar atrás. Me acerco a Ricardo, tirado en la cama, sin chaqueta, con la camisa desabrochada, dejándome ver su atractivo pecho, su abdomen musculado, que ahora asciende y desciende presto debido seguramente a la excitación del momento.

Tengo que contenerme para no tirarme encima y recorrer, como ha hecho la impía mujer, mi lengua por la línea de vello que recorre su torso desnudo.

Pero entonces miro más allá, y compruebo que su entrepierna vuelve a tener un abultamiento prominente.

Abro los ojos acusándole con mi expresión. Al principio su rostro se muestra desconcertado, sin entender qué ocurre, pero después sigue mi mirada y se tapa el pantalón con las dos manos.

—¡Mi amor! —grita, levantándose de la cama. Corro hasta el baño y le cierro la puerta en las narices—. ¡Mi amor! ¡No lo controlo! ¡No era mi intención!

Me apoyo en el lavabo con la respiración agitada. Vuelvo a mirarme en el espejo y veo que mis mejillas están enarboladas, los labios hinchados y húmedos, los ojos brillantes. A pesar de no recordar tocarme el peinado, los cabellos se muestran algo despeinados, como intentando escapar de las horquillas que los mantienen presos.

Me llevo la mano al corazón, que galopa incesante. Y sin darme cuenta de lo que hago, bajos las manos hasta el vientre, allá donde siento un dulce dolor que exige ser acallado con urgencia.

—Lili, mi dulce Lili —gimotea Ricardo, al otro lado de la puerta—. No soy digno de vuestra perfecta e inmaculada presencia. Una vez más os ruego que perdonéis a este enamorado, que tan solo respira por vos.

Chasqueo la lengua ante sus palabras y me toco los labios. Están deseosos de ser besados, lo siento hasta en el alma. Y mi piel grita a los cuatro vientos ser tocada, mimada y deseada.

—Mi bella Liliana —continúa el pesado de mi marido al otro lado—. Decidme algo, o tendré que arrojarme al océano para que me concedáis el privilegio y el honor de vuestra atención.

Pongo los ojos en blanco y voy hasta la puerta. La abro de sopetón, lo que provoca que le golpee con ella sin remedio.

—¡Ricardo! —gimo, cuando veo que le comienza a sangrar levemente la nariz—. ¡Perdóname, mi amor! ¡No sabía que estabas tan cerca de la puerta! —miento un poquito, porque sí sabía que estaba cerca, pero no pensaba que le fuera a golpear tan fuerte con ella.

—No... no pasa nada... mi dulce verano otoñal de invierno... —balbucea con las manos en el rostro. Ya no sabe ni lo que dice. La sangre le recorre los dedos y desciende por las manos.

—¡No te mires las...!

Demasiado tarde. Observa con horror el brillante elixir rojo, se queda pálido de repente y cae hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo.

Corro a moverle para que la alfombra persa que tiene debajo no se manche, y le doy suaves golpecitos en la mejilla.

—Amor, Ricardo...

Dios santo. Debemos regresar de inmediato junto a Alana y míranos, no hacemos más que retrasarnos en nuestro cometido.

Pongo su cabeza entre mis piernas y le acaricio un segundo la mejilla. Así dormidito está muy guapo. Me distraigo un segundo al ver su estómago ascender y descender relajado, y sin saber muy bien por qué, pongo una mano sobre su ombligo. El calor que desprende me provoca tal latigazo entre las piernas, que durante un instante me he quedado sin respiración.

Virgen santa, es demasiado tentador...

Compruebo que sigue dormido, y poso una mano primero muy suave, y después más contundente, sobre su entrepierna. Hay algo, lo noto. Pero la cremallera me impide discernir qué, exactamente. Así que tomo aire, me humedezco los labios, e introduzco una mano bajo los pantalones.

Contengo el aliento cuando siento por encima de la ropa interior eso que el Padre Santiago decía que era pecado tocar. Y bajo mi mano comienza a moverse, palpitando y creciendo poco a poco. Me asusto, porque mi marido sigue dormido, ajeno a lo que estoy haciendo, entonces...

¿Es que acaso eso que los hombres poseen goza de voluntad propia? ¿Es ajeno e independiente al resto de su cuerpo?

Sin saber lo que estoy haciendo comienzo a acariciarlo lentamente, y parece que le gusta, porque me responde con más latidos y palpitaciones. Me asusto un momento cuando lo siento más duro que una piedra, y vuelvo a mirar el rostro de mi esposo, que sigue plácidamente dormido.

¿Me atrevo a mirar? ¿Me atrevo a bajarle los pantalones y la ropa interior y comprobar, de una vez por todas, qué es eso de lo que siempre me ponía sobre aviso mi querida y amada madre? Eso que era pecado nombrar, eso que nunca he visto con mis propios y grises ojos.

Estoy levantando la tela apretada poco a poco con temor y ansiedad con mis temblorosos dedos, cuando las piernas comienzan a moverse con lentitud y siento que los labios de mi esposo empiezan a gemir.

—Liliana. ¿Qué estás haciendo? —dice Ricardo, despertándose de su letargo.

Pego un grito y me echo hacia atrás en el suelo. Su cabeza golpea la

madera sin remedio. Me llevo las manos a las mejillas, que están ardiendo.

Me levanto y voy hasta la cama, dejándome caer en ella sin aliento.

Se incorpora y mira la cremallera bajada, la ropa interior algo descolocada.

Y ese bulto prominente casi erguido. Trago saliva al verlo de nuevo.

—Lili... ¿Qué hacíais? —pregunta, cerrándose la cremallera de golpe y levantándose del suelo, algo atontado. Se lleva las manos a la nariz que, aunque por suerte ha dejado de sangrar y ya no le gotea, sigue manchada.

—¡No te toques! —grito, levantándome de golpe. Atravieso la habitación y, presta, cojo una toalla del aseo. La humedezco con un poco de agua y regreso para limpiarle los restos de sangre, que ya empiezan a secarse—. Cierra los ojos si no quieres desmayarte de nuevo.

Hace lo que le pido, pero no sin antes dirigirme una mirada acusadora.

—Me parece, ocaso mío, que sois una dama un tanto curiosa —comenta, con los ojos cerrados y una sonrisa algo ladeada—. Pensé que solo era mi cuerpo el que ardía en secreto por vos.

Paso con suavidad la toalla por la comisura de unos labios que ahora se me antojan prohibidos.

—No os entiendo, esposo —murmuro con aire inocente.

—Yo creo que sí lo hacéis, querida esposa —responde, abriendo los ojos, atravesándome con su mirada.

Doy dos toquecitos más en la mejilla para eliminar el último rastro de sangre y encojo los hombros nerviosa, dándome la vuelta para esconder mis mejillas sonrosadas.

—No...

No me deja terminar, ni siquiera permite que me aleje de su lado, porque tira la toalla al suelo y me rodea con sus brazos.

—Os daré el sol y la luna si así lo quisierais —asegura—. Pero no me obliguéis a doblegarme, puesto que deseo hacer las cosas bien.

—¿Qué queréis decir? —ronroneo, frotándome con su cuerpo con disimulo.

—Que estos cuerpos no nos pertenecen —explica muy serio sujetando mi cintura con decisión, demasiado pegada a la suya—. Y no deseo mancillar nuestro primer encuentro. No sería a vos a quien en realidad tocara.

Para mis manos, que le estaban recorriendo el torso con deseo.

—Pero...

—No, esposa. No os tocaré mientras no sean vuestros verdaderos ojos los

que pueda admirar con adoración.

Me muerdo el labio y gruño, algo poco apropiado para una dama. Se aleja unos pasos y se abrocha la camisa despacio, con el ceño fruncido. Busca la chaqueta, tirada en la cama. Se la cuelga en el brazos y me tiende la mano, haciendo una reverencia.

—Es la hora de comer, querida. ¿Seríais tan amable de acompañarme?

Le miro por encima de las pestañas y voy hasta la puerta. No quiero tocarle porque su mano es demasiado tentadora.

Me alcanza en el pasillo y toma mi brazo en un gesto caballeroso. Nos abren la puerta de cristal dos sirvientes bien educados y entramos en el gran salón, ese donde abandoné mi primer cuerpo. Otro sirviente nos acompaña hasta una de las mesas tras preguntarnos si seremos dos para cenar.

Ricardo separa la silla para que pueda sentarme primero. Le quiero dar las gracias, pero tengo la garganta demasiado seca para poder hacerlo. Tomo asiento y miro a mi alrededor. En otra mesa, junto con su marido, se encuentra la mujer que intentó aprovecharse del mío lanzándome una mirada acusadora.

No sé con qué cara la miro, porque pega un respingo en su silla y observa su plato concentrada.

Ricardo alaga el brazo y toma mi mano, pillándome por sorpresa.

—Desearía ver vuestro verdadero rostro ahora mismo, mi encantadora esposa —afirma galante—. Os añoro tanto, que mi verdadero corazón se está encogiendo del inmenso pesar que siento.

—Ricardo —digo separándome de su contacto—. Debemos ponernos serios y decidir qué vamos a hacer para regresar a tierra firme.

Su rostro se ensombrece un segundo por mi rechazo, pero se recupera rápido.

—Deberíamos esperar los diez días que nuestra amiga nos ha concedido —dice, doblando la servilleta de la forma adecuada—. Quizás nos estamos precipitando.

Doy un golpe en la mesa.

—¡De eso nada! —digo, elevando el tono de voz más allá de lo que se considera socialmente aceptable—. ¡Alana nos necesita! ¡Estoy segura de que ha liberado a la bruja!

—Baja la voz, mi amor —susurra Ricardo—. Estamos llamando la atención.

—¡Me da igual! ¡Esto es importante! —grito, mirándole a los ojos.

Mi marido carraspea, porque llega un camarero con la carta. La acepta

dándole las gracias. Yo se la arranco de las manos con fastidio porque tengo mucha hambre, pero las damas no deben comer en presencia de los hombres.

—Tomaré la lubina, por favor —pide Ricardo, devolviéndole la carta.

—Lo mismo.

Nos sirve una copa de vino blanco y se aleja.

—Ricardo —digo llamando de nuevo su atención. Está muy concentrado catando su copa, visiblemente ajeno a los problemas que tenemos—. Debemos regresar a nuestro hogar.

—Y lo haremos, cuando Alana nos recoja en pocos días —comenta tranquilo y relajado saboreando el vino—. Por todos los santos, mi dulce Lili, ya no recordaba lo que era paladear este delicioso brebaje.

—¡Alana es tan estúpida que olvidará el día! ¡No podemos depender de ella! —grito, haciendo que los demás comensales dirijan su atención a nuestra mesa—. Esposo, cree cuando te digo que Alana tiene problemas y que nos necesita.

—Eso no lo sabes —dice, concentrado en su copa, ignorándome por completo.

—Tú no la conoces tanto como yo —insisto, con ganas de llorar de repente.

Virgen santa, vivir en un cuerpo es como luchar constantemente contra los instintos más primarios—. Es tan estúpida que se cree que no nos necesita.

Nos ha dejado en este barco para alejarnos de Madame Ardelean y de Aragón.

Y no tengo muy claro que esté entre sus planes volver a por nosotros.

—No te detendrás hasta verte de nuevo en tierra firme, ¿verdad, amanecer en llamas?

—No pararé hasta que estemos en casa de nuevo, amor mío —aseguro cogiendo mi copa, apretando el cristal poco a poco sin darme cuenta—. Y haremos lo que sea necesario para conseguirlo —afirmo, rompiéndola bajo mis dedos.

## Capítulo ocho

—Madame Ardelean... —empiezo a decir con la mente a mil por hora—. ¿Y si voy al momento en el que liberé a Aragán de la petaca, y le dejo encerrado en vez de liberarle? Podríamos ganar tiempo, y mientras tanto, descubrir esas palabras con tranquilidad, no vigilando nuestros hombros todo el rato.

—¿Pero es que ya has olvidado las normas del colgante? ¡No se puede retroceder en la propia vida! ¡No se puede modificar lo que ocurrió en el pasado! ¡Si no han pasado ni dos horas desde que nos lo han contando!

—Joder, es verdad...

—Además, ¿qué harías? ¿Me dejarías encerrada en el joyero, emparedada de por vida? ¿Es que piensas que tú sola puedes destruirle? —pregunta en tono malicioso.

—¿Qué quieres decir? No te sigo —murmuro, tocándome el flequillo.

Suelta una carcajada y se inclina hacia delante en su tresillo. Creo que ya debe tener la forma de su gigantesco pandero.

—Pongámonos en el caso de que descubres las palabras que dijo justo antes de morir... ¿Qué harías?

Me muerdo el interior de la mejilla pensando.

—Pues...

—Se necesita magia, chiquilla. Y tú no tienes nada de eso en tu ridículo y minúsculo cuerpo.

No me está gustando el rumbo que está tomando la conversación.

—Ambas nos necesitamos, no lo olvides, vecina. Sin mí, el colgante no te sirve para nada, ni siquiera para decorar tu arrugado cuello.

—Tenemos la novela del escribano —dice, con un brillo especial en los ojos, dejando a un lado el tono agresivo—. Debemos averiguar sus últimas palabras antes de morir. Y después, enmendar el daño causado. El destino nos ha unido por algo, Alana.

Asiento despacio, dejando libre a mi mente un segundo, pensando en todas las cosas que podría cambiar de mi vida tan solo retrocediendo unos años. Lo primero sería darme una auto-ultra-bofetada el día que decidí estudiar una carrera nada útil. Después iría ex novio por ex novio, y les daría una patada en



los huevos.

—Deja de pensar, Alana —me reprende la vecina—. Que en tu caso pensar es muy mala idea.

Le lanzo una mirada de odio ancestral y me voy al baño pensando que tengo que darme una ducha urgente. Y no, no es mala idea. Si me agacho un poco puedo olerme ahí abajo.

Media hora después estoy berreando porque solo he encontrado una triste pastilla de jabón de las que hacía mi abuela con sosa. Gracias al agua fría con la que he tenido que ducharme salgo renovada y con los nervios crispados, también hay que decirlo.

Envuelta en una toalla apolillada voy hasta la habitación donde está Edgar, tumbado boca arriba con toda la cara pringosa. Frunzo el ceño y atravieso el pasillo hasta llegar al salón, donde la bruja sigue investigando en el libro.

—Necesito ropa nueva y productos de higiene personal —suelto en un tono exigente fruto de la falta de agua caliente—. Y comida, café y tabaco.

Levanta un segundo la mirada del libro y me atraviesa con ella.

—A a mí qué me cuentas. No soy tu madre, niña.

Pego un grito en plan adolescente malcriada y regreso a la barriga de Edgar, enfadada y con ganas de llorar. Creo que la toalla se me ha abierto y se me está viendo el potorro.

Me levanto para ajustarme el sucio trapo que llevo anudado al pecho, porque vamos a ver, no me pienso volver a poner el tanga, que juro que se ha puesto a andar y me ha dicho que si nos vamos a tomar una cerveza, que invita él, y el vestido, que parece sacado de la película del Exorcista, y no cuando la niña aún era adorable y mona. No, cuando estaba más verde que un moco rancio y echaba espumarajos por la boca.

Estoy pensando si llamaré demasiado la atención si entro desnuda a Zara y les digo que me vistan de los pies a la cabeza, incluyendo el perfume y el maquillaje, cuando la vecina entra a la habitación sin llamar primero a la puerta.

—Abre a tu proyecto de esclavo número dos. Intenta entrar.

—¿Cómo dices? —pregunto ajustándome la toalla.

—Que ese chico rubio está en la puerta.

—¿Cómo lo sabes?

—Os arranqué un pelo de la cabeza sin que os dierais cuenta y lancé un hechizo de protección a todo el edificio. Somos los únicos que podemos entrar y salir de él. Y me avisa cuando uno de vosotros entra.

De repente escuchamos aporrear la puerta de la entrada.

—¡Alana! ¡Soy yo! —grita Gabriel desde el descansillo.

—¡Voy!

La vecina se aleja por el pasillo, pero no sin antes dirigirme una mirada de hastío. Sé que no le gusta Gabriel, que preferiría que hiciéramos esto solo las dos. Y una parte de mí también, porque no le quiero poner en peligro.

Abro la puerta y me da un beso en los labios.

—Te acabas de duchar —dice, mirándome de arriba abajo.

—Y tú te vas a tener que ir a hacerme unos recados importantes —le digo, sonriendo de medio lado—. No te lo pediría si no fuera absolutamente necesario —le aseguro poniendo morritos y de puntillas para robarle un beso más.

Media hora más tarde sale del piso de la vecina con la lista de la compra más larga que he hecho nunca.

—Creo que en un mes estaré de vuelta —dice, antes de cerrar la puerta.

Me siento en el sofá cruzando las piernas y me enciendo un cigarrillo observando a la vecina. Es que no levanta la vista del libro.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —pregunta, claramente molesta.

—Pues no.

—¿Quizás limpiarle la cara al mongólico de tu amigo, por ejemplo?

—¡Joder! ¡Edgar!

Corro a través del pasillo y le pido que se levante. Le llevo hasta el baño y le enchufo con la ducha en la cara. Se le mete el agua por todos los orificios, incluidos los tres agujeritos que le hizo el tenedor incrustado en su abultada frente. Pero es que es un cielo, ni se queja ni deja de parpadear a pesar de que el agua le entra con fuerza en los ojos.

—¡Pero qué bueno que es, madre!

Le seco con la esquina de mi toalla y le digo que se vuelva a tumbar.

—En cuanto tenga algo que ponerme te prometo que te llevo de compras, Edgar —le digo mientras acaricio su calva brillante.

En menos de una hora aparece Gabriel con varias bolsas. Me tiro a sus brazos con tanta fuerza que casi le tiro hacia atrás.

—Te quiero —susurro, con la mejilla pegada a su abdomen.

—Alana... —se queja entre risas—. No puedo respirar.

Llevo las bolsas a la habitación y lo tiro todo encima de Edgar.

—Edgar, no te muevas —le ordeno, colocando con mimo las prendas encima de su cuerpo, incluyendo su cara.

Un vestido de la nueva temporada de H&M, unas sandalias monísimas de la muerte, maquillaje, champú, ropa interior bastante provocativa, un pijama de seda, mi perfume preferido, dos cepillos de dientes. Café y comida... Todo lo necesario para sobrevivir en un Apocalipsis de Edgars, versión Z come cerebros.

Me giro cuando rebusco y no encuentro lo que...

—Lo tengo yo —dice tendiéndome varios paquetes de tabaco.

Me tiro encima de él, caemos en la barriga de Edgar, rebotamos, y terminamos en el suelo.

—Eres el mejor —digo, dándole un juguetón beso en la mejilla. Mi cuerpo está encima del suyo, tan solo tapada a medias por la toalla. Posa sus manos con cariño en mi espalda y me tapa el culo con la tela húmeda.

—Y tú la cosa más bonita que he visto en mi vida —responde, haciendo lo mismo. De repente algo oscuro se cruza en su mirada, pero no me da tiempo a preguntarle qué le pasa, porque alguien nos sorprende.

—Y yo la mujer con menos paciencia —suelta la vecina desde el marco de la puerta—. Dejad de hacer el tonto. Alana, vístete de una vez y venid al salón. Es urgente.

Pongo los ojos en blanco y me levanto. Ayudo a Gabriel tirando de su mano hacia arriba.

—Esta mujer es insufrible —me quejo, apartándome un mechón mojado del rostro.

Se acerca y me peina el flequillo despacio, como deleitándose en cada caricia. Me traspasa con su mirada, arrancándome un gemido de anhelo.

—Te juro que no te dejaré escapar de mi vida otra vez —me promete con el ceño fruncido.

Me levanta en vilo y enrosco las piernas en su cintura. Juntamos nuestras frentes y sonreímos. Se me escapa una risita nerviosa, porque aún consigue acelerar mi agitado corazón con su presencia. Aspiro su aroma a suavizante.

Y me siento en casa.

—Te quiero —confiesa una vez más, tocando sus labios con los míos despacio, saboreándolos.

—Lo sé —suspiro, pensando una vez más que le pongo en peligro tan solo por estar cerca de mí.

Me deja en el suelo y va hasta la puerta. Se apoya en el marco y frunce el ceño. Algo le pasa.

—Vístete —dice, cerrando la puerta.

Tomo aire, porque siempre que estoy junto a él, es como si dejase de respirar. Cojo el vestido nuevo perfectamente colocado encima de la cara de Edgar. Sonríe como una niña ante un caramelo mientras me lo pongo. Quito la etiqueta de la ropa interior, pensando que Gabriel tiene un gusto exquisito y nada barato, y mientras me subo las braguitas de encaje negro, pillo a Edgar mirándome de reojo.

—¡Pero bueno! —grito asustada—. ¡Edgar! ¡Cierra los ojos!

Con las prisas olvido ponerme el sujetador, además, por desgracia no lo necesito, ya que mis tetas son tan pequeñas que no necesitan sujetarse. Me enfundo las sandalias nuevas y estreno el perfume.

—Edgar, quédate aquí quieto —le ordeno, saliendo por la puerta.

Llego hasta el salón y me encuentro con Gabriel de pie en una esquina, y con los brazos cruzados.

—Ahora que estamos todos —empieza a decir la vecina, sentada en su tresillo—, me gustaría que tomarais asiento y me escucharais, por favor.

Vamos hasta el sofá y nos sentamos juntos, entrelazando nuestras manos.

—Tras dialogar y salir con vida de la casa de los gitanos, Alana y yo... — empieza a decir, cuando Gabriel gira la cabeza y me lanza una mirada nada pacífica.

—¿Qué has hecho qué?

—Tenía que hacerlo —me defiende, mirándole a través de las pestañas.

—¿Me voy unas horas y vuelves a ponerte en peligro? ¡Pero qué es lo que tengo que hacer para que sepas cuidar de ti misma!

—Tenía que hacerlo —me secunda la bruja—. Y gracias a ello tenemos una oportunidad.

—¡Corra usted los riesgos, señora, que para eso es una bruja! ¡Pero no meta a Alana en esto! —grita, soltando mi mano. Se va a levantar, pero le detengo.

—Por favor, escucha lo que nos tiene que decir —le pido.

—Alana es la culpable de que ese asesino ande suelto —nos recuerda la mujer—. Y debe correr riesgos si quiere enmendar el daño causado.

Bajo la cabeza y suspiro. Joder, parece mi madre cuando con dieciocho años estrellé su coche contra una pared.

—Ese asesino —dice Gabriel con la vena hinchada en la sien—, por lo visto se está cargando a media ciudad.

—¿Qué?

—¿Cómo dices? —pregunta la mujer inclinándose hacia delante.

—Como no tenéis televisión ni internet, no os habéis enterado. Pero mi madre me ha dicho que ya han encontrado más de treinta cadáveres en el Manzanares. No ha sido difícil verlos dado el caudal que tiene. Y un testigo asegura que era un chico moreno de metro ochenta. Es él, estoy seguro.

Me llevo las manos a la cabeza y cierro los ojos.

—Dios santo... —susurro, con ganas de llorar. Todo esto es por mi culpa.

Tengo que poner a cargar la batería del móvil y comprobar que Nerea y Lucía están bien.

—Y serán más si no le detenemos —asegura la mujer, recomponiéndose casi de inmediato por la noticia.

—Alana no va a hacer nada —dice, levantándose y tirando de mi mano—. Cariño, nos vamos. No voy a permitir que estés tan cerca de ese loco.

Arrugo la frente y niego con la cabeza. Me suelto y me cruzo de brazos.

—No, Gabriel. No me voy a ir.

—¡Estás loca! ¡Está justo enfrente!

—¡Está en mi casa!

—¡A la mierda la casa! ¡A la mierda con todo, Alana! —grita enfurecido.

Apresa mi rostro temblando y acerca sus ojos a los míos—. No voy a permitir que te ocurra nada, ¿lo has entendido?

Me enfado, porque nadie me dice lo que tengo que hacer. Comprendo su postura, y le quiero por ello, pero vamos a ver, si cedo en esto, mañana me dirá que planche sus camisas, y... ni de coña lo voy a hacer.

—¡No me puedes dar órdenes! —aseguro, elevando el tono de voz. Me revuelvo y me alejo unos pasos—. Te quiero, pero no me digas lo que tengo que hacer.

Su semblante cambia, suavizándose por momentos. Después sus ojos me muestran el miedo y la tristeza que siente, y yo también me vengo abajo.

—Alana —susurra con tristeza—. ¿No entiendes que es demasiado peligroso?

—Claro que lo entiendo. Lo que no entiendes es que yo tengo la culpa de todo esto. Y no puedo huir sin más. ¡Está en mi puta casa, Gabriel! Además —continuo bajando el tono—, no puedo escapar de él. Me encontrará allá donde vaya, y ni tú ni nadie podrá impedirselo.

—Pero...

—Mi única opción es acabar con él antes —aseguro muy seria—. Y eso es precisamente lo que voy a hacer.

## Capítulo nueve

—Si tú no te vas —dice Gabriel—. Yo me quedo.

Se sienta de mala gana en el sofá cruzando las piernas. Voy hasta su lado y me siento también, con una opresión en el pecho.

—Yo no tengo opción —susurro, mordiéndome una uña hasta hacerme sangre—. Pero tú sí. Y jamás me podría perdonar si algo malo te ocurriese por mi culpa.

—Si ya habéis acabado con el patético espectáculo —dice la vecina, cruzándose de brazos—. Prestad atención, que es importante.

Siento una mano sujetando la mía. La coge y la junta con la suya sobre su pierna.

—Somos todo oídos —suelta Gabriel con su habitual toque de ironía.

La mujer se agacha y nos muestra el libro. La novela que narra las hazañas y aventuras de un pirata oscuro. Un asqueroso pirata, que ahora se hace llamar Aragán.

—He leído la novela de arriba abajo, y estoy casi segura de que ni el primer ni el último capítulo son relevantes. En ninguno de ellos murió. Sin embargo, he encontrado indicios en el segundo, el noveno y el décimo.

Gabriel y yo asentimos en silencio. Su pierna pegada a la mía, desprendiendo calor. Su brazo junto al mío, aportándome seguridad. Por un segundo pienso que no es justo. Debería poder abalanzarme sobre él y comérmelo a besos, no estar aquí, escuchando lo que tiene que decirnos una bruja milenaria sobre un asesino en serie con poderes sobrenaturales.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —pregunta Gabriel estirando la espalda, como si se estuviera preparando para un combate. Me suelta un segundo la mano para crujirse los nudillos.

—Yo empezaría por el segundo capítulo —sugiere la mujer abriendo la tapa y pasando las hojas con rapidez. Se detiene cuando lo encuentra, posando un dedo sobre el título—. Año del Señor 1763, en las Antillas Españolas. 15 de Septiembre. Galeón «Estrella del mar» —dice despacio descifrando lo que el escribano dejó escrito sutilmente escondido y traducido en código Morse, para que alguien, en este caso nosotros, pudiera utilizarlo.

Trago saliva. Gabriel se tensa a mi lado. La mujer levanta la vista y sonrío.

Un destello dorado me deja cegada por un instante.

—Preparaos, porque os vais al Caribe.

—Estás de coña —susurra Gabriel, creo que solo para él.

Sujeto el brazo de Gabriel con fuerza. Al final parece que sí que me voy a ir a Punta Cana, pero no en el siglo adecuado.

—Coge el colgante —ordena la mujer.

—¡Espera un momento! —grito asustada—. Pensemos con calma lo que estamos haciendo...

—¿Es que acaso no estás de acuerdo con el plan? —me reta la mujer.

—No es eso —contesto molesta—. Lo que iba a decir es que no podemos presentarnos en el siglo de la tana vestidos así—. Señalo mi monísimo vestido y mis sandalias nuevas. Ni de coña me estropeo el modelito en un sarnoso barco que seguro que tiene la peste. Joder, no debería haber visto todas las temporadas de *Outlander*. Pero claro, quién se puede negar, estando Jamie en primer plano sin camisa. Maldito seas, Jamie. Malditos tú y tus músculos marcados...

Regreso a la realidad parpadeando como una tonta. Me enajeno de nuevo al ver los ojos de Gabriel, pero una bofetada mental me espabila.

—¿Suele poner esa cara cuando está con la mente en otro lado? —le pregunta Gabriel a la mujer.

La susodicha asiente molesta.

—Nos tenemos que disfrazar —apunto, pegándole un pellizco en la pierna—. No voy a viajar en el tiempo así y que se piensen que soy una aficionada en lo referente a los viajes en el tiempo.

A Gabriel se le escapa una carcajada contenida.

—Estás loca.

Me levanto de golpe y me peino el flequillo. Tiro del brazo a Gabriel para que me imite.

—Nos vamos de compras —informo a la mujer, que alza los brazos en señal de clara discrepancia—. Estaremos de vuelta en un rato.

—Pero... —dice la vecina.

No me quedo a escucharla. Atravieso el pasillo y voy hasta la habitación.

—Edgar, nos vamos. Levántate —digo arrugando la nariz, porque mi querido zombi lleva puesto en la cabeza mi sujetador nuevo.

—¿Es que te lo vas a traer? —pregunta a mi espalda Gabriel.

—Le he prometido ropa nueva, y se lo merece. Pero mírale —digo señalándole mientras se levanta con dificultad—. No me digas que no es mono

—susurro quitándole el sujetador—. Edgar malo. Esto no es para la cabeza.

Media hora más tarde estamos en una tienda de disfraces en Santa Engracia. Deambulo por los pasillos sin encontrar nada adecuado. He encontrado varios que podrían valernos, pero son de tela barata, de esa que se transparenta y que parece que se va a romper si la miras más de dos segundos.

Edgar a un lado manteniendo la compostura, como siempre. Gabriel al otro, de mal humor.

—Aquí no hay nada, Alana.

Remuevo los disfraces en las perchas, y saco dos.

—Tendremos que conformarnos con estos.

Gabriel me los quita de las manos y me los enseña. Uno que se llama «Duquesa victoriana», el otro para hombre, azul y con chorreras doradas, titulado «Marqués azul».

—Ni de coña me pongo esto —afirma, apretando la mandíbula.

Le voy a decir que no tenemos tiempo para encontrar nada mejor, cuando veo a Edgar masticando una percha.

—¡Edgar! ¡Deja eso donde estaba!

Vuelve a colgar la percha en su sitio, pero no suelta un disfraz de oso. Me acerco e intento quitárselo, pero no hay manera, sus rechonchos dedos no sueltan la presa.

—¿Es que quieres este disfraz? —le pregunto, como si estuviera hablando a un niño de tres años—. ¿Te gusta?

Creo que parpadea más rápido de lo normal, lo que entiendo como un «sí».

—De acuerdo, pero vamos a cogerte la talla XXXL, que este no te cabe.

Acepta, porque me da el que lleva en la mano y coge otro que casualmente es el idóneo. Le miro de reojo, porque a veces me desconcierta.

—¿En serio le vas a comprar eso? —pregunta Gabriel a mi lado.

—Qué más da, llama tanto la atención que con suerte disfrazado de oso pase un poco más desapercibido.

Voy hasta el mostrador y pongo los disfraces encima. La dependienta me sonrío pasando los códigos con una pistola, pero la sonrisa se le borra de un plumazo cuando ve tras de mí a mi querido zombi.

Gabriel sale de la tienda antes de que haya pagado. Cojo las bolsas, le doy las gracias a la mujer, que no quita el ojo de encima a mi orondo amigo, y toco la espalda de Gabriel.

—Ya podemos irnos.

De vuelta al piso se muestra poco receptivo, pensativo y algo enfadado. Le



entiendo, supongo que todo esto es una locura. Pero si va a estar conmigo en esto le necesito un poquito más positivo.

—Gabriel...

—Dime —dice en tono cortante.

Me detengo en mitad de un paso de cebra y me cruzo de brazos.

—¿Qué te pasa ahora? Eres un gruñón.

Se gira y baja la mirada.

—Tengo miedo, Alana. Y no me gusta esa sensación. Me hace sentir débil. Toco su mano e intento sonreír.

—Yo también tengo miedo, es normal. Pero si no quieres, no tienes por qué acompañarme, Gabriel. No estás obligado. De hecho, preferiría que no lo hicieras.

Tensa la mandíbula y me sujeta por los hombros.

—No me da miedo por mí —me asegura, acercando su rostro al mío, inclinándose—. Me da miedo que te pase algo. Me da miedo que volvamos a separarnos. Y algo me dice que eso es precisamente lo que va a pasar.

Contengo una lágrima. No tengo tiempo para llorar.

—No volveremos a separarnos, te lo juro. Y no nos va a pasar nada —digo esperando que sea cierto.

Me regala un triste beso en los labios y sigue andando.

—Ojalá tengas razón —murmura, alejándose de mi lado.

Llegamos al piso de la vecina sin más interrupciones. Dejo los disfraces encima de la mesa y pongo los brazos en jarras.

—Ya estamos listos.

La mujer cierra el libro en su regazo y sonríe.

Media hora después salgo de la habitación tirando del vestido hacia abajo.

Es sumamente incómodo, pero no lo voy a reconocer en voz alta porque sé que Gabriel se va a hacer el listillo. Las costuras me pican, las sisas me tiran y no me dejan mover los brazos con total libertad. Menuda mierda de disfraz.

Llego hasta el salón sintiéndome totalmente ridícula, cuando contengo una carcajada al ver a Gabriel. Con el ceño tan fruncido que se le ve una sola ceja, cruzado de brazos y con el disfraz de «Marqués azul» enfundado en su atractivo y masculino cuerpo. Dios, está guapísimo. El color de la levita resalta sus ojos, el dorado de los remates lanza destellos a su cabello, casi del mismo tono. Cuando me ve entrar pienso que se va a reír de mí, pero me sorprende cambiando su habitual mirada irónica para abrir un poco los labios.

—Alana —susurra con el aliento contenido—. Estás preciosa.

Toqueteo la abultada falda que me llega hasta los pies y que me estoy pisando, y le devuelvo una tímida sonrisa.

—Tú estás muy guapo.

—Y yo ya estoy harta de tanto pasteleo —suelta la mujer. Menuda bruja que está hecha—. Alana, coge el colgante.

Me lo tiende y lo sujeto con cuidado, con miedo de que me explote entre las manos. Nos muestra el puñal que siempre lleva escondido en su falda rumana, y se lo tiende a Gabriel.

—Una sola gota, muchacho. Tan solo necesitáis media hora.

—¿Cómo dices? —pregunta Gabriel sin entender nada, aceptando el arma con manos inseguras.

Me acerco hasta su lado y le quito el puñal. Me pincho la yema del dedo con cuidado, y para que entienda lo que tiene que hacer, aprieto hasta que sale una gota dejando que entre dentro del colgante. La mujer se acerca y me lo saca del cuello.

—Poneos muy juntos, uno al lado del otro. —Se inclina para pasar la cadenita de oro por encima de nuestras cabezas—. Debéis estar así mismo cuando el colgante os avise de que se os acaba el tiempo. No regreséis hasta estar seguros de que no es en ese momento cuando el maldito murió diciendo sus últimas palabras. Así que si necesitáis más tiempo, verted otra gota en el colgante para tener media hora más.

Asentimos, casi rozando los labios del otro. Siento su respiración en mi mejilla, cada uno de sus parpadeos me hace cosquillas. Se incorpora y pego mi frente a su pecho. Por suerte la cadenita es larga.

—No os separéis —nos avisa levantando un dedo—, si no queréis quedar atrapados en ese momento de la historia. Y recordad: en el momento que el colgante comience a quemar, aseguraos de tener la cabeza dentro de la cadena.

Gabriel me quita el puñal y me imita introduciendo una sola gota en el colgante dorado. Se lo esconde en la cintura. La mujer se aleja varios pasos atrás abriendo de nuevo el libro.

—Cerrad los ojos y pensad en esto, solo en esto —nos ordena muy seria—. 15 de Septiembre de 1763 .Galeón «Estrella del mar» —recita con voz solemne—. Chicos —dice con voz apremiante—. No regreséis hasta estar seguros.

—Que sí —contesto con el corazón saltando en mi pecho.

—Ahora —nos ordena.

Siento la mano de Gabriel aferrándose a la mía.

—Vamos, nena, vayamos al Caribe —me susurra cerrando los ojos.

Tomo aliento, cierro los ojos y hago lo que me piden.

—Aragán se hacía llamar Madero —dice la bruja en el último momento—.  
Quedaos hasta que la batalla termine.

Abro los ojos asustada.

—¿Qué batalla? —pregunto, asustada, sintiendo que el suelo se abre bajo mis pies. Comenzamos a caer. Pero Gabriel no suelta mi mano, al contrario, me aprieta tanto que pienso que me va a partir un dedo.

De repente chocamos contra algo duro y húmedo. Abro los ojos y veo un listón de madera a varios centímetros de mi cara. Me intento incorporar, pero lo que parece una ola gigante rompe contra el casco a mi lado y caigo de nuevo al suelo, junto a Gabriel. Me saco el colgante, porque al final nos vamos a ahorcar con él, y se lo dejo puesto.

—Alana... —dice aturdido.

Me pongo de rodillas intentando mantenerme erguida a pesar del vaivén tan violento que nos azota, y le ayudo a incorporarse. Cojo el puñal escondido en la cinturilla de su pantalón y me pincho el dedo. En cuanto una gota sale, dejo que entre por el orificio el colgante. Cojo uno de sus dedos y repito el proceso.

—Esto nos dará tiempo. Avísame cuando comience a quemarte —le digo, escondiendo el colgante bajo su disfraz. Meto el puñal en mi inexistente escote.

Asiente y se sienta apoyando la espalda en unos barriles. Otra ola nos golpea con violencia y unas gotas saladas nos mojan la cabeza. Me acerco y le abrazo pensando que esto ha sido una muy mala idea.

—¿Dónde estamos? —me pregunta, protegiéndome con sus brazos.

—Espero que en el Caribe —respondo mirando al cielo con el ceño fruncido. Parece que se avecina una buena tormenta—. Deberíamos buscar a Aragán y...

No puedo terminar la frase, porque unas manos me sujetan por el cuello y me levantan en vilo. Me intento soltar, pero me agarran con decisión. Alargo una mano hacia Gabriel, también apresado por dos hombres de aspecto muy sucio y descuidado.

—Pero qué tenemos aquí —dice mi captor en español pero con un deje extraño—. Un par de polizones.

Me zarandea y me gira, dejándome a pocos centímetros de su asquerosa cara. Le faltan muchos dientes, y los pocos que le quedan están amarillentos y

con tanto sarro, que me dan ganas de regresar a mi tiempo y traerle hilo dental.

—¡Suéltala! —ruge Gabriel, sujeto por tres de ellos. Consigue liberar un brazo y no pierde tiempo, porque le asesta un puñetazo al despistado que casi le separa la cabeza del cuerpo. Los otros dos parece que se sorprenden, algo que mi acompañante aprovecha para meterle un cabezazo al que tiene detrás, rompiéndole como poco la nariz, y otro puñetazo al tercero, que a pesar de intentar esquivar el golpe de poco le sirve, porque recibe tal hostia que por poco no se cae de espaldas por la borda.

—¡Suéltala! —repite, enfurecido, avanzando hasta nosotros. El disfraz ya se le ha roto por las costuras de los brazos. Si es que estaba claro que han sido demasiado baratos como para soportar los movimientos de un boxeador enajenado.

Pero mi raptor es más listo que sus amigos, porque saca un cuchillo que no pasaría ni de coña los controles más laxos de calidad e higiene de mi antigua empresa de catering, y me lo pone en el cuello arañándome la piel con su roñoso filo.

—Da un paso más y le rebano el cuello —le avisa el hombre desdentado.

La oscuridad de su mirada no me deja muy claro lo que tiene en mente, así que intervengo.

—Gabriel —digo con dificultad casi sin poder tragar saliva—, hazle caso, porque a saber las vacunas que me voy a tener que poner como este cabronazo me corte. Y me han dicho que la del tétanos duele un montón.

—¡Cierra el pico, mujer! —grita el desdentado en mi oído, zarandeándome con fuerza.

—Si le haces daño —le avisa Gabriel con las manos en dos puños—, te mato. Ni se te ocurra ponerle una mano encima.

No podemos seguir con la educada conversación porque comienzan a rodearnos más y más desdentados. Varias manos llenas de roña agarran e inmovilizan a Gabriel tirándole al suelo. Nos gritan en varios idiomas que no entiendo, pero estoy casi segura que son insultos gratuitos, nos zarandean y empujan como si fuéramos políticos corruptos, y acabamos atados a un palo de madera. Uno al lado del otro y una soga del tamaño de mi brazo rodeándonos el cuerpo.

—Esta muchacha no se queda sujeta —dice uno de ellos, intentando apretarme más la soga a la altura de las costillas—, de lo escurrida que está.

Otro se acerca para ayudar. Levanta el brazo cerca de mi cara y contengo las nauseas. Por Dios, ¿en qué año inventaron el desodorante?

—Es tan flaca que solo vale para hacer sopa con sus huesos —comenta otro con un palillo entre los dientes.

—¡Sinvergüenza! —grito indignadísima. Me amordazan bajo las carcajadas de unos cuantos.

He de decir, y esto me lo llevaré a la tumba como el mayor de mis secretos, que una parte de mí se ha sentido defraudada al ver que ninguno de estos mugrientos piratas ha intentado verme un poco el escote. Nada, como si fuera invisible. Como si no fuera mínimamente deseable para unos asquerosos que seguro que han pasado semanas sin catar mujer.

Sí, es totalmente absurdo, pero estoy indignísima.

Muevo un poco un poco las manos y encuentro las de Gabriel.

Uno un poco más jovencito pasa por mi lado con un cubo y muevo la pierna intentando enseñar los tobillos. Pero nada, ni se inmuta. Un grupo atraviesa la cubierta gritando y corriendo al otro lado del barco. Y de repente, un profundo estruendo me deja sorda unos instantes. Gabriel se remueve a mi lado, gruñendo.

Joder, creo que nos están atacando, porque veo un cañón volar y por suerte pasar la cubierta de largo, para caer al mar. De repente todo son gritos, disparos y chocar de espadas a nuestro alrededor. Un gigantesco barco se pone al lado del nuestro y empiezan a tirar cuerdas y más cuerdas. Y como si esto fuera una invasión, comienzan a saltar a la cubierta un montón de hombres uniformados. Varias tablas de madera hacen de pasarelas, y el sonido de las botas en movimiento me empieza a marear.

Cierro los ojos cuando uno de ellos atraviesa a otro con una espada y el moribundo cae sobre mi cuerpo, desangrándose sin remedio. Saco pecho, a ver si se reanima, pero ni caso, cae a mis pies manchándome el disfraz. Me remuevo un poco y la soga se afloja. Como si fuera una lagartija me voy retorciendo hasta que consigo sacar un brazo fuera de ella. Saco el puñal escondido en mi escote y empiezo a cortarla deprisa.

—Alana —susurra Gabriel a mi lado—. ¿Qué estás haciendo?

Paro cuando un grupo de piratas pasan a nuestro lado armados hasta los dientes.

—Calla, disimula —es lo único que digo, ya que tengo puesta toda mi concentración en la maldita cuerda.

Otro cañonazo, esta vez más cerca, hace que el puñal se me resbale y caiga al suelo.

—¡Mierda!

Intento acercarlo con el pie, pero el vaivén del barco lo va alejando poco a poco. El cielo se vuelve negro. Levanto la mirada y veo que estamos debajo de una maldita tormenta. Me quedo cegada por un relámpago, y acto seguido, cierro los ojos cuando un trueno rompe el cielo en dos.

Empiezo a gimotear, y como no soy de las que solo lloran, me pongo a romper la cuerda con las manos mientras hago pucheros. Me dejo los dedos en el empeño, pero lo único que consigo es aflojarla un poco más. Así que giro la cabeza a un lado, pegándola todo lo que puedo al mástil y me voy escurriendo hacia abajo.

—¡Alana! ¡Qué coño estás haciendo! ¡Me estás ahogando! —se queja a mi lado.

No pongo los ojos en blanco a ver si se me van a enredar las pestañas.

Y cuando creo que me van a pillar, aunque bastante ocupados están ahora mismo, consigo salir por debajo de la cuerda, eso sí, tropezando con el vestido y comiéndome uno de los listones de madera del suelo.

—¡Ah! ¡Joder! —me quejo, comprobando con ambas manos que mi pequeña nariz sigue en su sitio.

Me arrastro por el suelo hasta cerrar la mano alrededor del puñal. Me levanto y me caigo varias veces debido al violento oleaje, pero consigo llegar hasta Gabriel, que me mira como si estuviera viendo a un fantasma.

—¿Cómo te has escapado?

—Estar esquelética tiene que tener su lado bueno, ¿no? —digo, aún molesta por las burlas de esos apestosos piratas.

Corto la cuerda, pero se me va la mano y le clavo un poquito el puñal en el brazo.

—¡Joder! ¡Qué dolor! —se queja Gabriel—. Dame eso —dice quitándome el arma—, que eres un peligro.

Tira los restos de cuerda al suelo y me abraza tan fuerte que creo que me acaba de partir una costilla.

—Venga, que nos vamos —dice apremiante sacando el colgante.

Retengo su mano y se lo vuelvo a esconder.

—Aún tenemos que encontrar a...

—Era algo como Madero.

—Eso. Hasta que no le encontremos no podemos irnos.

Va a protestar cuando el ruido a nuestro alrededor se calma. Un profundo silencio nos envuelve, y antes de que pueda decirle que algo va mal, nos tiran al suelo de nuevo.

—Se han vuelto a escapar —dice el que está sujetando a Gabriel. Lo único que impide que no le reviente la cabeza es que le está apuntando con una especie de pistola larga. ¿O es un mosquete?

—Seguro que ha sido esta —comenta con desprecio el que me está sujetando las manos en la espalda.

Nos arrastran por la cubierta. Cada poco compruebo que Gabriel está detrás de mí, caminando muy erguido con los puños cerrados. A mí me llevan prácticamente en volandas porque me tropiezo todo el rato con el largo del vestido. Nos empujan de rodillas al suelo y nos obligan a bajar la cabeza.

El suelo está cubierto de sangre. Miro un poco a la derecha y no veo más que cadáveres uniformados. El cuerpo de Gabriel me tapa la visión a mi izquierda, pero parece que el panorama es el mismo.

—Mostrad vuestro respeto al Capitán si no queréis ser pasto de los tiburones —nos dice el que lleva la pistola extra larga.

—¿En el Caribe hay tiburones? —pregunto extrañada. Una patada en el culo como respuesta hace que cierre el pico y mire al suelo, tal y como me han ordenado.

Gabriel se tensa a mi lado. Con la mirada le pido que se calme.

El resto de la tripulación empieza a gritar, a desgañitarse enseñando las armas, y un pasillo se abre para dar paso a un hombre en estado deplorable.

Le falta un brazo, la mitad del labio y un ojo. Está para el arrastre, el pobre. Y por alguna extraña razón, lleva un palo de madera en la mano que le queda tanteando el suelo.

Tardo unos segundos en comprender que además, está ciego.

Uno de los piratas se acerca y se arrodilla frente a él.

—Capitán, la batalla ha terminado.

—¿Y por qué continúan con vida dos de ellos? —pregunta con voz grave y profunda. Me recuerda a la voz de Dumbledore, el mago jefe de Harry Potter.

Levanto la cabeza y Gabriel me imita.

—¿Cómo sabes...? —empiezo a decir—. ¿Es que no estás ciego?

El que tengo al lado me pega con la culata de la pistola, tirándome al suelo con fuerza. Gabriel se gira, y hasta que no tiene un cuchillo en el cuello no se queda inmóvil de nuevo.

—Soy ciego, pero no sordo —contesta altanero—. Dime muchacha, ¿cómo te llamas?

—Mmmmm... María —contesto pensando si también este ciego es capaz de detectar las mentiras.

—¡María Magdalena no es, porque a este saco de huesos no le daría ni media moneda de plata por calentarme la cama! —grita uno entre el gentío, provocando las carcajadas de los demás.

Nos jalean, acercando sus repugnantes caras mugrientas a las nuestras. Yo bajo la cabeza enfadada, porque ya se están pasando con las bromitas, pero el que de verdad me preocupa es Gabriel; nunca le había visto tan tenso. Y supongo que la ocasión lo merece, pero debe mantener la mente fría y tranquila y no olvidar por qué estamos aquí, escuchando lo que unos indeseables dicen sobre mi esbelta figura.

—¡Silencio! —ruge el ciego, dando dos pasos hacia nosotros.

Todos se callan de repente, y tan solo me llega el romper de las olas contra el casco. Comienza a llover y las gotas van empañando poco a poco mis pestañas.

—¿Quiénes sois? —pregunta tanteando el suelo con su bastón.

Una mirada de Gabriel dirigida hacia su pecho me indica que tenemos problemas. Si el colgante se empieza a calentar sin estar yo dentro de su cadenita de oro, mi acompañante se larga de nuevo hasta nuestro siglo dejándome atrás.

—Madero —dice el que tengo apuntándome con la pistola. ¿O era un mosquete?—. Los hemos encontrado escondidos detrás de los barriles de pólvora. Pueden ser espías, mi Capitán. No decían más que palabras raras.

Ambos levantamos la cabeza mirando a Aragán, por primera vez en su verdadero cuerpo. Joder, normal que vaya robando los de otros. El suyo da pena.

Gabriel deja de disimular y me lanza una mirada de urgencia máxima. Es ahora o nunca.

—¡Maldito vejestorio cegato! —grito, levantándome de golpe—. Maldito barco de apestados que tienes.

Intento escupir en el suelo, pero la baba se me queda colgando de la comisura del labio.

Me increpan entre unos cuantos y, cómo no, Gabriel me mira como si hubiera perdido el juicio.

—Prefiero que me coman los tiburones —continúo rezando para que funcione—, antes que estar oliendo la peste que sale de vuestros sobacos.

Madero inclina la cabeza hacia atrás y comienza a reír. Los demás le imitan, entre ofendidos y lame culos del jefe.

—¡Al mar con ellos, pues! —ruge ante el clamor de sus súbditos—.



¡Dejemos que se los coman y nos escupan los restos!

—¡A ella nos la devuelven entera! —dice otro espontáneo.

—¡Me cago en tu puta madre! —grito, desorientada, tan solo viendo manos y sonrisas desdentadas acercándose.

Nos empujan hasta llegar a uno de los lados del barco. Gabriel a mi lado, mudo. Veo la gema roja brillar a través de su disfraz. Es el colgante, que nos avisa que no queda tiempo.

—¡Ahora! —grito dándole un codazo al que tengo detrás—. ¡Salta!

Me subo a la barandilla y me tiro con los ojos cerrados y casi de cabeza.

Me zambullo en el agua antes que él y muevo las piernas y los brazos frenética, luchando por sacar la cabeza a la superficie. Me arden los pulmones, los músculos me queman del esfuerzo. Y cuando consigo asomar la cabeza, siento a Gabriel al lado tomando profundas bocanadas de aire. Saca el colgante, que lanza destellos rojizos, y me lo pasa alrededor de la cabeza.

—Mi amor —dice con el aliento entrecortado escupiendo agua salada—. Estás más loca de lo que me pensaba.

Voy a acercarme para darle un beso cuando el mar se abre bajo mis pies.

## Capítulo diez

Terminamos la exquisita comida en silencio. Me quedaría sentada engullendo todos los deliciosos manjares que pudieran traerme si no fuera porque tenemos prisa. Ricardo me hace inclinaciones de cabeza, guiños cariñosos y demás tonterías, pero no es el momento para dejarme encandilar con sus encantos de hombre.

No.

Es el momento de hacernos con el poder de este barco y regresar a tierra firme.

—Acompáñame, Ricardo —le pido, limpiándome las comisuras de los labios con la servilleta e inclinándome un poco. Mi marido se levanta y corre a separarme la silla.

—¿Dónde vamos, mi tulipán?—. hablar con el capitán de este barco.

En las puertas intercepto a uno de los sirvientes. Le sujeto por la muñeca y levanto la barbilla.

—Plebeyo, dime dónde podemos encontrar al capitán.

—¿Disculpe?

—He dicho que dónde está el que navega este barco. El responsable de todo esto.

Ricardo me hace a un lado con delicadeza y se inclina, muy educado.

—No tome en cuenta a mi bella esposa. Seguro que ya sabe cómo son las mujeres.

Abro los ojos con estupor y permito que se me escape un sonido nada apropiado para una dama educada como yo.

—¡Ricardo! —grito olvidando las apariencias—. ¡Cómo te atreves!

Veo temor en los ojos de mi esposo, y solo por eso, le dejo hablar tranquilo.

—Pero, Lili, mi cielo. Le quería explicar a este mayordomo que solo si conoce a la más bella mujer como vos, podrá conocer la felicidad...

El plebeyo nos mira con cara de entender qué ocurre.

—Si no les importa...

Intenta escapar, pero mi marido le retiene sujetándole de un brazo.

—Deseamos ir al puente de mando para mantener una agradable charla con

el capitán —dice Ricardo guiñándome un ojo.

—Lo siento, pero solo parte de la tripulación puede acceder a esa zona — dice el camarero.

Ricardo se encoje de hombros hacia mí como si fuera a aceptar una respuesta como esa. Me acerco al sirviente hasta que nuestras narices se tocan.

—O me dices dónde puedo hacer que este barco dé media vuelta, o te poseo y te obligo por las malas.

Me mira de arriba abajo y creo que malinterpreta mis palabras, porque un brillo extraño en sus ojos recorre su mirada. Ricardo también lo percibe, porque se pone entre los dos deprisa tapándome con su cuerpo.

—Ya habéis escuchado a la señorita. Pero olvidad eso de que os va a poseer.

El trabajador asiente despacio.

—Por aquí, seguidme.

Atravesamos uno de los pasillos. Puertas. Entramos en una zona menos elegante y ya no encuentro gente bien vestida, tan solo plebeyos y sirvientes.

Los hombres me lanzan miradas nada apropiadas. Aprieto el paso y me sujeto del brazo de mi marido. Se detiene ante una última puerta. Pulsa unos botones numerados y la abre deprisa.

Creo que nos estamos acercando a las dependencias del capitán, cuando veo a varios agentes de seguridad armados con esposas y pistolas.

—Chicos —dice el sirviente en un tono que no me ha gustado nada—, estos dos pasajeros están dando problemas.

Los guardias se giran hacia nosotros de repente.

—¿Cómo dices, plebeyo deslenguado? —suelto, enfadada por este burdo engaño.

El susodicho me ignora, llega hasta ellos y nos señala con un dedo.

—Dicen que quieren ver al capitán, y me han... amenazado. Creo van colocados.

—¿Colocados? —pregunta Ricardo ladeando la cabeza.

Los guardias estiran la espalda y fruncen el ceño. Son dos hombres de gran envergadura. Por la fuerza, ni Ricardo ni yo podremos con ellos. Así que solo me queda una cosa con la que poder luchar.

Le hago un gesto a mi marido para que se mantenga al margen y sonrío.

Muevo las caderas tal y como he visto hacer a la amiga rubia y desvergonzada de Alana, e intento mover un poco las pestañas.

—Caballeros —empiezo a decir, acercándome hasta ellos—. No es cierto

que le hayamos amenazado, tan solo le hemos pedido poder ver al capitán. Es íntimo amigo de mi familia, y le prometimos visitarle una vez hubiéramos embarcado.

Intercambian una escéptica mirada decidiendo si creerme a mí o al sirviente. Parece que se deciden pronto, porque se ponen serios y se cruzan de brazos.

—Mire, señorita, si es cierto lo que dice —aclara uno de ellos, el más mayor—, el capitán se encargará de recibirles. Cuando les haga llamar, pero no antes. No molesten más y regresen a la zona de pasajeros.

Ricardo se acerca por la espalda y me sujeta por la cintura.

—Tulipán mío, hagamos caso a estos caballeros —empieza a decir, tirando de mi cuerpo.

Me revuelvo olvidando mis modales. No me están dejando más opciones, me temo.

Salgo del cuerpo de la muchacha revelando mi verdadero cuerpo fantasmal.

El sirviente y los dos guardias se echan hacia atrás con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada.

—¿Pero qué...? —empieza a balbucear uno de ellos.

El cuerpo de la muchacha se desploma sin remedio haciendo un sonoro ruido al chocar contra el suelo. Levito hasta llegar sobre sus cabezas abriendo los brazos, sintiéndome libre de nuevo. Y sonrío.

—¿Cuál de los tres quiere ser poseído? —pregunto, ladeando la cabeza—. ¿Tú? —digo señalando al plebeyo, que rápidamente mueve la cabeza—. ¿Quizás tú? —canturreo llevando mi dedo hasta la frente del más mayor. Le toco un segundo con ella y grita juntando más si cabe su espalda en la pared.

Siento a Ricardo tras de mí, hace el amago de tocarme pero retira su mano robada con rapidez.

—Lili, mi cielo —empieza a susurrar—. Deberíamos ser más discretos —me reprende con suavidad.

Muevo la mano con fastidio y les hago volar por los aires. Chocan contra la puerta cerrada y caen al suelo gimoteando como viudas.

—¿Dónde puedo encontrar al capitán? —bramo hacia ellos, utilizando mi voz más grave.

El sirviente se encoje en el suelo y comienza a parlotear.

—Ahora mismo está descansando en su camarote, en la habitación 21, en esta misma planta.

—Muchas gracias —susurro flotando a su alrededor. Se encoge cada vez que mi estela le acaricia las piernas—. No era tan difícil, ¿verdad?

—Lili... —me reprende mi marido a mi espalda apoyado en la pared.

Con otro movimiento de mi mano les dejo inconscientes a los tres. Regreso al cuerpo de la chica y entro en él sin dificultades. Me levanto del suelo con el dominio de su cuerpo de nuevo.

Me aliso el vestido y me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja. Con la caída me he debido despeinar.

—Toma mi brazo —se ofrece mi querido esposo lanzándome una mirada reprobatoria.

Poso mi delicada mano en su antebrazo y sonrío.

—Busquemos la habitación 21, querido.

La encontramos deprisa, no estaba muy lejos. Llamo a la puerta con los nudillos. Debemos actuar con celeridad ya que, tal y como dice mi amado esposo, estamos llamando demasiado la atención.

Se escuchan pasos acercándose, la puerta se abre, y aparece un hombre entrado en años ataviado con ropajes informales. Esperaba encontrar a un verdadero capitán de barco, joven, alto y fornido. No a este anciano.

—¿Qué desean? —nos pregunta educado.

—Deseamos que nos muestre el timón, señor capitán —contesto apretando el brazo de mi esposo.

Nos mira de arriba abajo claramente desconcertado.

—Lo siento mucho, señorita, pero esa zona no está autorizada para los pasajeros del crucero.

Resoplo harta de tantas negativas.

—Mire, necesito que cambie el rumbo, que demos media vuelta y que regresemos al puerto desde el que embarcamos —le pido intentando por las buenas que nos ayude—. Es muy importante, y no se lo pediría si no lo fuera, de verdad.

Sus ojillos empiezan a achicarse y suelta una carcajada. Ricardo a mi lado cierra los ojos porque me conoce y sabe que mi reacción va a ser desmedida.

Doy dos pasos y empujo la puerta hasta abrirla por completo. El hombre se echa hacia atrás, sorprendido.

—Podría obligarle —susurro, rechinando los dientes.

—Les voy a pedir que abandonen mi camarote —dice educadamente—. Olvidaré esta conversación si ustedes también lo dejan estar.

Ricardo adelanta dos pasos también. Giro un momento la cabeza para ver

su expresión, que es de pura resignación.

—Ojalá pudiera, caballero —dice con una reverencia—. Pero si no conoce a las mujeres, le voy adelantando que son de ideas fijas, y por mi alma inmortal le juro que lo que voy a hacer no es de mi agrado.

Dicho esto sale del cuerpo del chico, que se desploma como un muerto sobre la moqueta, y puedo contemplar de nuevo a mi querido marido. Sonríe, y mis ojos se iluminan al ver su atractivo rostro de nuevo.

—Dios mío... —dice el capitán, cayendo de espaldas al suelo—. Por favor, no me hagáis daño, por favor...

No dice más, porque Ricardo entra en su cuerpo por la boca abierta del hombre gritando y pidiendo ayuda. Se queda un segundo con los ojos en blanco, momento que aprovecho para arrastrar el cuerpo del chico dentro del camarote y cerrar la puerta.

—¿Mi amor? —pregunto acercándome con cautela.

Los ojos le bailotean en las cuencas hasta que, tras varios espasmos, consigue enfocar la vista y sonreír.

—Ya estoy aquí, margarita de luz —canturrea levantándose del suelo—. ¡Ay! ¡Qué dolor de rodillas tengo, flor de verano!

Cojea, se lleva la mano a los riñones, se pone a toser... Me cruzo de brazos y espero a que termine.

—Lili, mi amor invernal —dice arrastrando los pies. Me sujeta la mano y me la besa. No lo puedo evitar, hago una mueca de asco—. Me inclinaría ante vos, pero creo que si lo hago no podré incorporarme de nuevo.

—Da igual, Ricardo —contesto soltando su mano. Las arrugas de sus manos y su áspera piel me repugnan—, no es necesario.

Por suerte no es consciente de mi rechazo, porque se intenta peinar un poco los cuatro pelos blancos que le quedan en su brillante cabeza e intenta adoptar su natural y caballerosa pose. Pero en cuanto estira la espalda se queja encorvándose un poco hacia delante.

—Volvamos a casa, amor —dice haciendo ruidos raros con la boca, como si la tuviera muy seca—, antes de que me fallen las rodillas.

Salimos de la habitación con cuidado de no pillar la puerta con los pies del chico dormido y atravesamos el pasillo despacio, muy despacio. Este viejo no debería ser capitán a su avanzada edad, debería disfrutar de los pocos días que le quedan de vida tranquilo, balanceándose en una mecedora.

—Vamos, Ricardo —digo tirando de él a cada paso.

—No puedo ir más rápido, tulipán. Los callos me lo impiden —se queja.

Pongo los ojos en blanco y nos cruzamos con un guardia de seguridad.

—Capitán —saluda con un movimiento de la mano.

Ricardo recuerda quién es, y se estira un poco.

—Caballero —le llama mi esposo haciendo que se detenga—. Acompañeme hasta el puente de mando si es tan amable.

Se nota que el hombre no se esperaba esa petición, pero asiente decidido y da media vuelta caminando por delante de nosotros. Le seguimos lo más deprisa que podemos, parando de vez en cuando para que mi anciano esposo recupere el aliento. Cada pocos pasos nos cruzamos con desconocidos que no hacen más que saludarle con respeto, y poco a poco, contengo una sonrisa al darme cuenta de que Ricardo está disfrutando con la situación. Hasta en un par de ocasiones hace una reverencia para después pedirme, muy bajito, que le ayude a incorporarse de nuevo.

Atravesamos unas puertas muy pesadas, saludamos a varios agentes de seguridad, y llegamos hasta lo que parece que es una nave del futuro.

Inmensos ventanales horizontales desde donde puedo ver el mar juntándose con el cielo. Una especie de mesa gigantesca llena de pantallas, ordenadores y televisiones. Miles de botones con luces, y varias personas sentadas en unas sillas muy extrañas toqueteando cosas muy concentradas.

Tomo aire y mi garganta asciende y desciende en un acto reflejo. Ricardo fue marinero en su época, pero dudo que sepa cómo llevar esta gran embarcación a tierra firme.

—Mu... muchas gracias, caballero —dice mi marido tan impresionado como yo—. Ya puede retirarse.

—Capitán —dice el hombre haciéndole un saludo preparado y dando media vuelta.

—Flor de loto —susurra Ricardo a mi lado—, esto va a ser más complicado de lo que me pensaba.

De repente uno de los tripulantes gira en su silla y nos mira.

—Capitán, estamos llegando a Marsella según la hora prevista —dice sin prestarme atención.

—¿Marsella? —pregunto, pensando que estamos muy pero que muy lejos de nuestro hogar.

—En efecto, señorita —afirma sonriendo—. Si mira a la derecha podrá ver el puerto.

Voy hasta uno de los ventanales y apoyo las manos en el cristal. Está atardeciendo, y las luces de la ciudad se reflejan en el mar. En lo alto de una

montaña logro apreciar una especie de Catedral iluminada con luces doradas.

—Es precioso...

—Capitán, vamos a tomar un café. ¿Quiere acompañarnos?

—Pero... ¿Quién se queda al mando del timón? —pregunta mi marido, claramente desconcertado.

Los tres hombres se miran y rompen en carcajadas. Pues no entiendo el chiste, y parece que Ricardo tampoco.

—Muy bueno, señor. Enseguida volvemos, capitán.

Se levantan y van saliendo por la puerta.

—Esposo mío —murmuro preocupada—. Estamos solos.

Se acerca hasta la mesa llena de botones. Los mira con pavor meneando la cabeza.

—Esto no lo teníamos en mi época —murmura, sobrepasado por las luces parpadeantes.

Va hasta el timón y lo sujeta con fuerza, como si él solo pudiera controlar este monstruo de acero.

—Utiliza el timón y llévanos a casa, mi amor —le pido paseándome por la mesa de botones. Voy presionándolos todos distraída—. ¿Para qué servirán estos botones? ¿Es acaso un juego como los que salen en televisión?

—Lo intentaré, o caso en llamas —dice girando el timón. Una luz comienza a parpadear y un pitido se empieza a escuchar a nuestro alrededor.

—¿Qué sucede? —pregunto sujetándome en la silla con ruedas sin dejar de presionar botones, cuando siento que el barco comienza a girar a la izquierda, acercándose peligrosamente al puerto.

Ricardo se encoge de hombros girando el timón para la derecha.

—No tengo espacio para girar hacia ese lado, tendré que intentarlo por el otro —dice como si nada, como si no tuviera entre sus manos el poder de un gigantesco naviero.

La luz se intensifica, el pitido suena más y más fuerte.

De repente la puerta se abre y entran los tres hombres, cada uno con su taza de café en la mano. Abren la boca y los ojos cuando ven a mi esposo moviendo el timón sin descanso de un lado hacia otro.

—Capitán —dice uno de ellos—. ¿Qué está haciendo? ¡Ha hecho saltar el control de navegación!

Se le cae el café al suelo y corre hasta la mesa. Me hago a un lado, porque prácticamente me va a empujar.

—¡Salga ahora mismo de aquí! —me grita otro que se sienta en otra silla.



Mira las pantallas y se lleva las manos a la cabeza—. ¿Pero qué ha pasado aquí? —pregunta con pavor. Levanta la cabeza y me lanza una acusatoria mirada—. ¿Qué es lo que ha tocado?

Me encojo de hombros. Le diría que he tocado prácticamente todos los botones de la mesa.

—¡Capitán! ¡Un escollo en el radar! —ruge el primero señalando algo en una pantalla—. ¡Suelte el timón!

Mi querido y amado esposo mantiene la calma, levanta el mentón y vuelve a girar el timón. El barco cambia ligeramente el rumbo despacio, pero hasta en ese movimiento aparentemente tan sutil siento el suelo moverse bajo mis pies.

—¡Atravesé mares infectados de sirenas cuando tú aún no habías nacido, muchacho! —canturrea embargado de felicidad. Está eufórico, haciendo bailar el timón bajo sus manos—. ¡Soy el capitán de este barco, marineros!

¡Dejadme navegar a gusto!

Los hombres se miran entre ellos más pálidos que yo en mi verdadero cuerpo fantasmal y se levantan, corriendo a inmovilizar a mi querido esposo.

Las luces parpadean, y esta vez no soy yo quien lo está provocando. Una sirena se enciende, y junto al pitido, resuenan a nuestro alrededor como si esto se fuera a hundir.

—¡Capitán! ¡Suelte el timón! ¡Nos acercamos a un escollo!

Se tiran a por mi marido, que se revuelve, negándose a separar sus arrugadas manos de él.

—¡Soy el capitán! ¡El capitán! —grita, agarrado como una lapa.

Uno de ellos, el que tira de su cuerpo hacia atrás, mira a una de las pantallas y le suelta corriendo a toquetear un montón de botones al mismo tiempo.

Y justo antes de que el barco entero tiemble, miro a uno de los hombres directamente a los ojos. Su mirada me lo dice. Sus ojos me hablan, y no me gusta lo que me cuentan.

Vamos a chocar.

Un profundo golpe nos tira a todos al suelo. A todos menos a Ricardo, que sigue enganchando al timón.

Pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi, pi.

Tengo que taparme los oídos para no quedarme sorda. Corro hasta mi marido y le arranco los dedos de la madera pulida.

—¡Ricardo! ¡Ricardo! —le grito. Al final tengo que asestarle un bofetón para que me preste atención—. Mi amor, debemos irnos.

Su mirada se torna lúcida de nuevo y asiente. Salimos corriendo por las pesadas puertas escuchando los gritos de los marineros, solicitando la presencia y ayuda del capitán. La alarma alerta a todo el mundo, y en nuestra huida nos cruzamos y chocamos con hombres y mujeres corriendo por los pasillos.

Regresamos a la habitación del capitán y empujo a mi esposo dentro, porque sus piernas y sus rodillas no son capaces de correr con la velocidad que necesitamos ahora mismo.

—Lili... necesito respirar... pero los pulmones de este cuerpo no me lo permiten —dice entrecortadamente.

—Sal ahora mismo de ese cuerpo y regresa al del muchacho —le ordeno enfadada—. Menudo marinero que estás hecho, querido.

—No he sido yo quien ha tocado lo que no debía, querida flor —me recuerda saliendo el cuerpo del viejo, que se desploma en el suelo. Un pinchazo en el corazón me recuerda lo atractivo que es mi marido, así que salgo también del cuerpo de la chica y vuelo hasta sus brazos.

—Mi amor, tengo miedo —reconozco, apoyando la mejilla en su pecho—. Quiero volver a casa.

Las sirenas se intensifican, y una voz rompe el aire con un nefasto mensaje.

La voz nos informa que ha sucedido un accidente y que debemos ponernos los chalecos salvavidas y salir de nuestros camarotes de inmediato.

Me aprieto contra el pecho de mi esposo y cierro los ojos.

—Ricardo —baluceo con temor.

Apresa mi barbilla y me obliga a mirarlo. Sus ojos brillan, y su segura sonrisa me reconforta.

—No temas, flor de loto. Por mi alma inmortal te juro que regresaremos a nuestro hogar.

## Capítulo once

Caigo al suelo, empapada, con el disfraz pegado a mi cuerpo como una segunda piel. Escupo un poco de agua salada y tomo aire. Gabriel, a mi lado, se incorpora prácticamente arrancándose las mangas de su camisa. Se saca el colgante con rabia y se lo lanza a Madame Ardelean. Está sentada en su tresillo con el libro en su regazo. Acepta el colgante y guarda silencio.

—La próxima vez... —empiezo a decir, de rodillas en el suelo—, nos vas a contar todos los detalles del lugar al que vamos.

—Eso si es que hay una próxima vez —apunta Gabriel, tendiéndome una mano para que me levante—. Han estado a punto de matarnos.

Cierra el libro y entrecierra los oscuros ojos.

—¿Y bien? ¿Qué ha ocurrido?

Escuchamos pasos en el pasillo. Giramos la cabeza, alerta, por si algún pirata hubiera podido viajar en el tiempo junto a nosotros. Pero entonces veo una oronda barriga peluda, y aparece Edgar disfrazado de osito. Incluso lleva puesta la capucha con dos graciosas orejitas en la cabeza.

—¡Pero qué guapo estás! —digo, intentando sonreír. Aunque es naturalmente inexpresivo, me parece ver un brillo diferente en sus ojos. Se toca un momento la manga, como queriendo decirme algo. Me acerco y paso mis dedos por el tejido esponjoso y suave—. ¡Vaya! —digo, abriendo mucho los ojos—. ¡Pareces un osito de verdad!

Deja de parpadear y boquear un segundo y baja la cabeza como si le diera vergüenza. Voy a apretarle un moflete cuando la bruja me llama.

—Alana, si ya has terminado de hacer el tonto, podrías venir a contarme qué ha ocurrido —dice con la voz más tirante que un tanga.

—Pues hemos conocido a Aragán —empiezo a decir, sentándome en el sofá, disfrutando de la cara que pone al ver que un charco se empieza a formar bajo mis pies. Me coloco el empapado flequillo y retuerzo la falda del vestido sobre la tapicería, mojando todo a mi alrededor—. Es viejo, ciego, y le falta un brazo.

Gabriel se saca la parte superior de su disfraz, y tengo que tragar saliva. Se le marcan todos los músculos, incluyendo esos del abdomen que bajan por la cintura y se esconden bajo los pantalones.

—Alana —me reprende la vecina—, que te desconcentras. ¿Ha muerto Aragán en esta ocasión?

—Perdón —digo con la boca seca.

—No —responde Gabriel—. A menos que le mataran sus súbditos después de arrojarnos por la borda.

—Según narra el escribano, si murió, debió de ser en la batalla —puntualiza la mujer.

—Entonces no lo hizo —respondo escurriéndome el pelo encima de un cojín.

Madame Ardelean suspira.

—Bueno, sería pedir demasiado encontrar lo que buscamos en el primer intento —murmura, abriendo de nuevo el libro—. Le he pedido a tu mascota que preparara algo para cenar con lo que ha traído tu novio, pero lo único que ha hecho es pasearse por la casa con ese ridículo disfraz.

Me levanto y voy hasta mi amigo Edgar. Acaricio un segundo su rechoncha mejilla.

—No es mi mascota. Y no sabe cocinar —aclaro—. Además, solo me obedece a mí, así que no te acerques a él.

Ni se molesta en desviar la mirada de la página. Me hace un gesto con la mano, diciéndome sin palabras que cierre el pico y la deje leer tranquila.

—Vamos, Alana —dice Gabriel, cogiéndome de la mano—. Vamos a darnos una ducha caliente. Los dos la necesitamos.

De repente estornudo y toda la piel se me pone de gallina.

—Estáis bajo mi techo —suelta la bruja—. Que no se os olvide que os estoy vigilando —dice, mirándonos de reojo—. Así que contened esas hormonas, muchachos.

Doy media vuelta rebuznando. Menuda arpía está hecha.

Dejamos a Edgar tumbadito en la cama y vamos al baño. Él ya está desnudo de cintura para arriba, y sus tatuajes me recuerdan lo mucho que le quiero. Porque incluso bajo el cruel embrujo recordaba cada línea, cada toque de color que recorre su torneado brazo.

—Estás congelada —dice, cerrando la puerta—. Ven aquí.

Me dejo abrazar. Cierro los ojos y por un momento disfruto de la cercanía de su cuerpo rodeando el mío con su calor. De un solo movimiento rompe la cintura de la falda, que cae al suelo despacio, deslizándose por mis piernas.

Baja las manos y me rodea el trasero con ellas, apretando un segundo mis frías nalgas. Contengo el aire y trago saliva.

—Pórtate bien y levanta los brazos —susurra, con una mirada traviesa.

—Madame Ardelean ha dicho que...

—Esa bruja no tiene nada que decir —me interrumpe—. No le debemos obediencia.

Alza mis brazos y va quitándome la blusa encorsetada del disfraz. Sus dedos van acariciando mi piel en el movimiento, deteniéndose especialmente en la zona donde supuestamente deberían estar mis pechos y no estos pequeños e insignificantes montículos.

—Los piratas... —digo con la cabeza tapada por la tela, a medio quitar.

—Los piratas no te conocen como yo —suelta, sacándome por fin la parte superior del disfraz. Lo deja caer al suelo y rodea mi rostro con sus manos—. No te ven como yo te veo. No te desean como yo lo hago. No te quieren...

Junta sus labios con los míos con desesperación, como buscando un aire que solo yo puedo darle. Rodeo su cuello mientras me alza en vilo, apresándome entre sus fuertes brazos. Paso mis dedos por su pelo húmedo y despeinado. La piel se le eriza respondiendo ante mi contacto.

Entramos en la ducha besándonos como si el sol no fuera a salir mañana.

Como si fuera el último día de nuestra vida. Nos regalamos dulces promesas al oído, jurándonos la eternidad. Palabras entrecortadas por dulces suspiros, acelerando los latidos de un único corazón dividido en dos cuerpos.

Abre el grifo y el agua fría comienza a empapar nuestra piel. Cierro los ojos y pido un deseo, uno solo.

—Te habría encontrado —dice, besándome el cuello—, aunque no te hubiese recordado jamás.

Estuvimos tan cerca de caer en el olvido. Recuerdo lo que sentía la semana pasada, cuando sabía que algo me faltaba pero no conseguía identificar qué era.

Y de repente siento miedo. Un temor profundo y paralizante que me deja sin respiración. Y no, no estoy muriendo por congelación gracias a que no funciona la caldera.

Esto no puede ser real. Debe ser un reflejo, un destello que pronto se consumirá apagando mi vida con él. Porque desde que nos conocimos todo han sido zancadillas, pruebas, desastres a nuestro alrededor. Y a pesar de tenerle entre mis brazos, las experiencias pasadas me ponen en estado de alerta. Me recuerdan que esto no es la vida real. Que pronto o tarde, poco importa, el destino nos volverá a separar. Y me imagino a ciegas, buscándole en la inmensidad de la oscuridad con manos anhelantes, gritando su nombre a los

cuatro vientos. Gimo casi en silencio, porque el único final que soy capaz de imaginar es quedándome sin voz, sin encontrarle. Dando mi último suspiro, llamándole por última vez sin escuchar su respuesta.

Sujeta mi mentón y lo alza con suavidad, obligándome a que nuestros ojos se encuentren. Los entrecierro un poco. El agua congelada que cae sobre nosotros disimula las lágrimas que comienzan a recorrer mis mejillas.

—Daría mi vida por ti —asegura, secándome el rostro con delicadeza.

—Lo sé, y eso es lo que me paraliza —respondo temblando.

Me abrazo a su torso desnudo y me permito sentir miedo un poquito más.

Solo unos minutos. Y me odio por ello. Me odio por dejar que corra riesgos innecesarios, por no ser más fuerte y menos egoísta e impedir que algo le pase.

—No quiero vivir sin ti —gimoteo, paladeando las gotas saladas que recorren mis mejillas hasta llegar a mis hinchados labios—. Por favor, regresa a tu casa y espera hasta que todo esto haya acabado. No me quedan fuerzas para insistir, así que no me lo pongas más difícil.

Me separa y se agacha juntando mi frente con la suya.

—Te lo dije hace meses y te lo repito ahora. No me voy a ir. —Suelta una carcajada seca, como si le estuviera doliendo.

Nos secamos el uno al otro. Debería aprovechar estos momentos e intentar ser feliz. Pero el miedo gana de nuevo y donde debería haber bromas y risas contenidas, solo hay miradas de temor y angustia. El aire vuelve a faltarme en mi pecho y creo que no regresará en un tiempo.

Parece que no he nacido para llevar una vida tranquila y apacible.

Vamos hasta la habitación cogidos de la mano. Sonrío cuando veo a Edgar postrado en la cama como un gigantesco osito de peluche.

—Edgar, vete al salón y tumbate en el sofá.

Se levanta y sale sin dejar de mirar el suelo. Creo que se ha molestado.

Me quito la toalla y me pongo el pijama nuevo que Gabriel me ha comprado. La lencería sexy la dejo para otra ocasión, cuando no me sienta como si me hubiera pasado una apisonadora por encima.

—¿A dormir? —me pregunta, levantando una ceja y mostrándome sus maravillosos hoyuelos.

Asiento con una mirada traviesa. Se da la vuelta para ponerse unos bóxers y trago saliva al contemplar su culito prieto.

Se tumba a mi lado y me abraza por detrás, envolviéndome con su calor.

—¿Te acuerdas cuando pasamos la primera noche juntos? —susurra en mi

espalda—. ¿Recuerdas cómo te retorcías y te frotabas?

Le pego un codazo y suelto una risita.

—Eras tú el que me estaba metiendo mano —aclaro, cogiendo su mano y juntándola con las mías.

—De eso nada, yo estaba prácticamente inconsciente. Te aprovechaste de mí.

Me incorporo, divertidamente ofendida.

—¿Perdona? —pregunto sonriendo—. Te quedaste frito, intenté despertarte pero no había manera. Y por la mañana te comportaste como un capullo.

Me tumba de nuevo y me aprieta.

—Sí, es verdad. Es que consigues sacar lo peor de mí.

Cierro los ojos sonriendo. Baja una de sus manos hasta mi cadera y empieza a recorrerla despacio, subiendo y bajando por mi cintura.

Le voy a decir que pare, que estamos en el piso de la bruja. Pero el cansancio puede conmigo, y antes de que pueda desearle buenas noches caigo en un profundo sopor. Pero el último pensamiento consciente va para mis amigos fantasmas. Espero que estén disfrutando de su luna de miel.

## Capítulo doce

Las alarmas cada vez suenan más fuerte. Me tapo los oídos y tiro de Ricardo abriendo la puerta de la habitación.

—Tenemos que irnos, mi amor —digo, intentando hacerme escuchar por encima de este ruido infernal.

Salimos, y casi soy atropellada por un grupo de pasajeros corriendo por el pasillo con sus chalecos puestos. Nos unimos en su desesperada huída, juntos, fuertemente cogidos de la mano. Desaparecen por una esquina.

—Debemos actuar con celeridad, o caso —dice Ricardo.

Me abrazo a su cuerpo y gimoteo. No sé nadar.

—Necesito un chaleco, esposo.

Otro grupo nos increpa, empujándonos sin piedad para adelantarnos. Caigo al suelo de rodillas. Ricardo me levanta, fuertemente asida por la cintura.

—¿Estáis bien, mi amanecer eterno? —pregunta, colocándome un mechón detrás de la oreja.

Nos echamos a un lado cuando otra pareja nos adelanta: ella llorando y él gritando improperios.

—En marcha, amada mía —susurra mi esposo, apretando mi mano—. Busquemos una salida.

Llegamos hasta un ascensor y Ricardo presiona los botones. De repente las puertas se abren y me arrastra dentro.

—Ascenderemos raudos y veloces en esta máquina.

Me abrazo el cuerpo apoyada en un rincón.

—No sé si es buena idea con toda esa agua seguramente entrando —comento temblando—. Quizás sería mejor ir por las escaleras, esposo mío. No creo que...

—Tonterías —dice seguro—. Así adelantaremos a todos esos maleducados. —Se queda inmóvil mirando los botones—. ¿Dónde vamos, querida? Ya estamos en la décima planta, así que solo podemos ascender tres más.

Va a pulsar ese botón cuando las puertas se cierran de repente. Corre hasta mi lado y nos quedamos abrazados sintiendo que la máquina se mueve contra nuestra voluntad. Empiezo a ver que los números que se marcan en los botones



no son ascendentes, sino que ya marcan el número siete.

—Ricardo, creo que estamos descendiendo.

—Imposible. La máquina debe saber que estamos en un naufragio y que nunca deberíamos ir hacia abajo.

Levanto la ceja y le miro.

—Ricardo, no creo que los ascensores sean tan inteligentes.

Me suelta con delicadeza y va hasta las puertas. Dos bloques de metal totalmente cerrados, como si estuvieran sellados. Mete los dedos en las pequeñas hendiduras e intenta forzarlo.

—No temas, mi dulce Lili —escupe, con el rostro rojo por el esfuerzo—. Saldremos de aquí.

Los botones me dicen que estamos en el nivel dos. Miro a mi esposo, que está intentando en vano sacarnos de esta prisión metálica, y sé que no lo conseguirá, así que voy hasta los botones y los presiono todos, uno a uno, buscando alguno que por casualidad ordene que las puertas se abran.

—Ya casi... —farfulla Ricardo.

El número menos dos se ilumina. Contengo el aliento. Dios santo, estamos en la planta más baja, seguramente incluso por debajo del nivel del mar. De repente las puertas hacen un ruido y comienzan a abrirse.

—¡Ricardo! ¡Aléjate de la puerta!

No le da tiempo a girarse cuando se abren de golpe, y una tromba de agua nos arrolla. Pierdo el pie y choco contra la pared. Siento a mi esposo a mi lado, intentando levantarse del suelo. El agua nos golpea con fuerza en las piernas cuando nos incorporamos, y rápidamente va subiendo.

—Vamos, querida —dice, tirando de mi brazo—, salgamos de esta caja de cerillas.

Me cuesta andar. Los tacones me impiden avanzar a la velocidad que me gustaría, me resbalo constantemente, y lo peor de todo es que no sé nadar. El miedo comienza a paralizarme cuando veo que el agua me llega casi hasta la cintura.

Pego un grito de angustia en el momento en el que las luces se apagan y quedamos casi a oscuras, a excepción de unas lucecitas amarillas y parpadeantes. Miro a Ricardo con el rostro ensombrecido, con el cejo fruncido, el labio contraído en una mueca de determinación tirando de mi cuerpo a través de un pasillo casi inundado.

—Ricardo...

—Sigue andando, estrellita. No te detengas.

—Ricardo...

No se gira a mirarme, tan solo tira de mi brazo, arrastrándome por un pasillo en penumbra que creo que no lleva a ninguna parte.

—Debemos encontrar unas escaleras.

—Ricardo...

—¡Ocaso eterno! ¡Estoy intentando buscar una salida!

Es la primera vez que me levanta la voz. Suelto su mano y comienzo a gimotear. Creo que hasta estoy haciendo pucheros. Se detiene y me mira. Su expresión cambia, se suaviza y con dificultad llega hasta mi lado.

—Lo siento mucho, mi bella dama —comienza a decir casi sin dejar de mirar el agua, que ya está por encima de mi cintura—. Pero debemos salir de aquí lo más rápido posible, porque, mi amor, el barco se está hundiendo.

Arrugo la frente, enfadada.

—¡Ya sé que el barco se está hundiendo, patán! —grito, señalando a una de las paredes—. ¡En esa puerta hay un dibujo de unas escaleras! ¡Es lo que intentaba decirte! ¡Pero es que no dejas de parlotear como un loro!

Mueve la cabeza, asiente gallardo, y señala la puerta.

—¡Hacia allí, Lili! ¡Esa puerta nos llevará hasta la superficie!

Pongo los ojos en blanco y chapoteo como puedo. Ricardo hace alarde de sus prestados músculos tirando de la puerta hacia nosotros, impedido por la tromba de agua que nos asalta de repente.

Como si estuviéramos en un remolino, caemos al agua de espaldas. Intento hacer pie pero me resbalo, giro y pataleo sin conseguirlo. Unas manos me levantan y tiran de mi cuerpo hacia las escaleras.

Subo el primer escalón pensando que no podré dar un segundo paso. Este cuerpo limitante tiene los músculos de las piernas agarrotados, los tacones han desaparecido bajo el agua, el vestido se me pega a la piel y me ralentiza cada uno de mis torpes movimientos. Tan solo el ímpetu de mi marido impide que me ahogue en estas aguas infectas.

Llegamos al rellano y tengo que parar un segundo para recuperar el aliento.

El agua no está congelada, pero su temperatura tampoco es que sea agradable.

Comienzo a tiritar, ya que estoy literalmente empapada de arriba abajo. Mis cabellos no son más que una maraña de pelos ensortijados cayendo por mi esbelta espalda. Mis pezones están contraídos y, con una mueca de desagrado en el rostro, compruebo que se pueden ver a través de la tela del vestido. En

un acto inconsciente me los tapo con las manos antes de que mi esposo se percate de ello. Está de espaldas intentando leer un mapa del barco expuesto en una de las paredes.

—Si las indicaciones son correctas, deberíamos ascender por estas escaleras de servicio unas doce plantas, amor —dice, concentrado, utilizando su dedo como guía.

—Eso son muchas escaleras —me quejo.

—El mar nos engulle —asegura, girándose teatralmente. Se echa el pelo hacia atrás en un único movimiento de cabeza y me sonrío—. Y no debemos estar dentro de este navío cuando eso ocurra.

—No puedo, Ricardo. No puedo más... Había olvidado qué es habitar un cuerpo. Me duele todo. Tengo frío. Siento pánico, lo que me paraliza aún más —le explico avanzando hasta él. Baja la mirada y contempla, tragando saliva, mis erguidos pezones—. ¿Y si abandonamos estos cuerpos? Podríamos llegar a cubierta volando y atravesando el techo.

—Nos quedaríamos atrapados en el barco hundiéndose en el mar —dice negando con la cabeza—. ¿Es eso lo que deseas? ¿Ser una sirena por el resto de la eternidad? Además, ¿dejarías que estas personas inocentes se ahogaran? —pregunta señalándonos.

Suelto el aire con fastidio.

—Pues claro que no —respondo, levantándome la falda—. Vayamos hacia arriba por estas malditas escaleras.

No tengo que decirlo dos veces porque, de repente, el agua comienza a ascender cada vez más rápido.

Cada peldaño es una agonía, cada piso, un esfuerzo sobrehumano.

Corremos a contrarreloj escapando del agua que no se cansa, no se agota, y que se acerca peligrosamente acortando la distancia que intentamos imponerle, rauda y veloz.

Cuando llegamos de nuevo a la planta diez me dejo caer en el suelo, muerta de cansancio. Una pareja pasa a nuestro lado y casi me arrolla, pero Ricardo se lo impide.

—Vamos, mi amor —dice, tirando de mi brazo hacia arriba—. Aún nos queda un largo camino.

Me voy a poner a llorar para que me coja en brazos cuando el suelo se inclina hacia un lado y Ricardo pierde el equilibrio y cae hasta chocar contra la pared. Yo giro varias veces en el suelo, rodando como una pelota desgastada.

Las luces se apagan. Ya no se escuchan las alarmas. No hay voces masculinas indicando el lugar al que debemos ir. Me incorporo y veo que estamos solos. Nadie recorre los pasillos intentando escapar.

Me levanto con un dolor en el pecho. Me llevo una mano al torso y siento el corazón de la muchacha golpeándome sin piedad. No solo debemos escapar nosotros, es que tenemos la obligación moral de poner estos dos cuerpos a salvo. Me acerco hasta unas de las ventanas viendo que el sol se está poniendo en el horizonte. La ciudad que tenemos enfrente se ilumina, y a pesar de que no están muy lejos, necesitaremos un bote para llegar hasta la costa.

—¿Estás lista, ocaso bello?

Cojo la mano de mi esposo y corremos por el pasillo. Ambos descalzos sobre la moqueta aún intacta, sin conocer el aciago destino que le espera, y que se no hará esperar durante mucho más tiempo.

Nos chocamos contra una mujer de mediana edad. Con su chaleco puesto y con los ojos desorbitados debido al pánico.

—¡Ayúdenos, por favor! —implora, tirándose a los brazos de Ricardo.

—¿Qué ocurre?

—¡Mi marido se ha quedado encerrado en el baño! No puede salir, la puerta se ha atrancado cuando el crucero se ha inclinado. Todos se han ido ya...No puedo abandonarle... ¡Tenéis que ayudarme!

Nos miramos. No tenemos tiempo. Ni siquiera sé nadar, así que debería quitarle el chaleco. Pero mi esposo es un buen hombre, y jamás abandonaría a una dama en apuros.

—Indíquenos el camino hasta su marido —dice, estirando la espalda.

Toco su hombro temblando.

—Amor, la noche se cierne sobre nosotros —susurro, con la mirada entornada.

## Capítulo trece

Abro los ojos despacio. Gabriel a mi lado, abrazándome tan fuerte que me cuesta respirar. Muy despacio, voy escurriéndome por la cama con cuidado de no despertarle. Un ronroneo, un gruñido muy suave como respuesta me indica que está sumido en un profundo sueño. Saco los pies de la cama, pero en vez de tocar el frío y duro suelo, me encuentro con la barriga de Edgar recostado en una pequeña alfombra. Paso por encima de él y desconecto el móvil, ya con la batería cargada.

Salgo por la puerta de puntillas cerrando a mis espaldas. En la cocina, mientras estoy calentando un poco de leche en un cazo, enciendo el móvil distraída, pensando lo mucho que echo de menos la cafetera de mi casa. Pero los pensamientos regresan al aquí y ahora, cuando empiezo a ver la cantidad de mensajes y llamadas perdidas de Nerea, Lucía, e incluso de mi madre.

Cierro los ojos un segundo y tomo aire, lista para leer los reproches de mis mejores amigas: Nerea insiste en que ella y Lucía sigan con la empresa sin mí, y que me una a ellas cuando mi madre se haya mejorado de su caída, Lucía me insulta abiertamente, y me informa de que, o retomamos los eventos, o se verá obligada a asesinarme. Varios mensajes después me pide disculpas, y en un tono más serio si cabe, me dice que si seguimos así tendrá que abandonarme y buscarse un trabajo «de verdad».

La leche está hirviendo cuando levanto los ojos de la pantalla. Apago el fuego de la cocina y, con cuidado de no tirármelo por encima, vierto el contenido de la cazuela en una taza. Abro el bote de café soluble y empiezo a echar cucharadas. Esta mañana lo necesito bien cargado.

Me inclino en la encimera, y mientras se enfría un poco, sigo con los mensajes de mi madre. Ella es más escueta. Me pregunta por qué no respondo al teléfono y me indica que la llame cuando pueda, que quiere saber qué tal estoy.

—Vale, mamá —murmuro poniendo los ojos en blanco.

Lo único que me consuela de todo esto es que ni ella ni mis amigas están en peligro. Lo que me preocupa es que tanto Nerea como Lucía no volverán a confiar en mí, eso si sigo con vida el mes que viene.

Un ruido a mis espaldas me alerta. Es la bruja, apoyada en el marco de la

puerta.

—Acompáñame —suelta sin más.

Cojo la humeante taza de café y la sigo por el pasillo. Ya en el salón vuelve a sentarse en su tresillo gastado y me muestra el libro.

—Debéis ir al noveno capítulo. Sin falta.

Doy un sorbito, quemándome la lengua, y me siento en el sofá, cruzando las piernas. Giro la cabeza y veo a Gabriel con cara de dormido entrando por la puerta. Se deja caer a mi lado y me da un suave beso en la mejilla. Sonrío con malicia. Despeinado, con los ojos aún hinchados por el largo sueño, y ese característico calor que desprende el cuerpo cuando aún estamos más dormidos que despiertos.

—¿Has descansado? —pregunto, levantando una ceja. Algo en sus pantalones está muy, pero que muy marcado.

Suelta un gruñido y se pasa la mano por el pelo con fuerza.

—Parece que estabas a punto de decir dónde teníamos que ir —dice, mirando a la vecina, mientras posa una de sus manos en mi rodilla desnuda.

—Así es, muchacho. Pero esta vez tendréis que verter tres gotas de sangre en el colgante.

—¿Tres gotas? —pregunta Gabriel.

—¿Vamos a tener que estar un día entero en el pasado? —pregunto con la boca llena de café.

—Tengo una corazonada con este capítulo —murmura pasando las páginas—. Veréis —dice cerrando de repente el libro—. En 1766 en esta misma ciudad, hubo un levantamiento muy importante. Murió gente, hubo asesinatos, robos, allanamientos. El pueblo se moría de hambre, y muchos aprovecharon la situación para su propio beneficio.

—Déjame adivinar —suelta Gabriel—. El cabronazo al que estamos siguiendo fue uno de ellos.

—Eso parece —asiente la mujer—. Por lo que narra el escribano, Aragón y su grupo de fieles adeptos utilizaron el desconcierto y el caos para saquear y asesinar. Y tengo serias sospechas de que fue en ese momento cuando conoció la muerte.

Gabriel se levanta y se cruje los nudillos. Me quedo absorta contemplando su espalda torneada, sus brazos, su culo, su...

—¡Alana! —me reprende la mujer—. Presta atención, niña estúpida. — Ella también se pone en pie, deja el libro en el tresillo y va hasta la librería. Abre una de las puertas y saca una caja de puros. La abre, coge algo y me lo

tiende, dejándolo caer en la palma de mi mano—. He ido a buscarlos esta noche mientras dormíais.

Me quedo observando unas monedas antiguas.

—¿Adónde? —pregunto observándolas con detenimiento.

—A una de mis galerías secretas. Son cincuenta reales —explica la vecina dándome una pequeña bolsita. Meto las monedas dentro y la cierro—. Con esto deberíais tener más que suficiente para buscar ropa y pasar desapercibidos. Átatela a la cintura, escóndela entre tus ropajes.

Media hora más tarde estamos listos. A mi lado Gabriel, con unos pantalones vaqueros, deportivas y una camiseta de algodón blanca. Me sujeto a su mano y miro con tristeza mis preciosas sandalias, mi vestido nuevo.

Seguro que lo pierdo allá donde vamos. Edgar con su disfraz de osito sentado en el sofá con la mirada perdida, seguramente triste, porque he de abandonarlo una vez más.

—Edgar —le llamo para que me mire. Ni caso, como siempre—. No pongas esa cara, que estaré de vuelta muy pronto.

—¿Qué estás diciendo? —suelta Gabriel señalándole—. Si siempre está igual.

Le miro de reojo y chasqueo la lengua.

—Cómo se nota que no le conoces tan bien como yo. La acuosidad de sus ojos refleja tristeza.

—Alana —me reprende de nuevo la bruja—. Presta atención.

—Te escuchamos —dice Gabriel por mí, apretándome la mano.

Nos enseña una bolsa. La abre y saca dos capas negras. Nos las tiende haciendo sonar todas las alhajas que lleva en las muñecas.

—Os permitirán pasar desapercibidos hasta que encontréis un lugar donde poder comprar algo de ropa. Pero os aviso de que en esa época no se permitían capas tan largas, ni sombreros de tres picos. —Nos las ponemos cubriéndonos parcialmente el rostro con la capucha—. En cuanto lleguéis buscad un lugar seguro, puesto que las calles estarán invadidas por multitudes enardecidas. —Frunzo el ceño pensando que eso no suena muy bien—. Y antes de las cuatro de la tarde, tenéis que encontrar el cuartelillo de la plaza de Antón Martín. Será ahí donde Aragón se hará ver junto con sus secuaces.

—Vale —asiento tragando saliva—. Y después...

—Debéis espiarlos, e id tras ellos sin que os vean. Muchas cosas pueden suceder en el transcurso del día.

—¿Por qué crees que murió en ese momento? —pregunta Gabriel a mi

lado. Tan solo se distinguen sus oscuros ojos azules. El resto de su atractivo rostro está sumido en las sombras.

—Porque en los demás capítulos da detalles, se jacta de sus hazañas. En todos, menos en este —asegura la vecina—. Algo sucedió, algo que no quiso contar. Debéis estar allí cuando eso ocurra. Muy bien —dice sacando el colgante—. Tres gotas, muchachos.

Cojo el colgante y un alfiler de sus hinchadas manos. Me pincho la yema del dedo y aprieto la carne hasta que veo salir, reluciente y densa, la primera gota. Con cuidado dejo que entre en el colgante, el cual comienza a brillar.

—Dos más, niña —me alienta la mujer.

Hago lo que me pide, y cuando he terminado le paso el testigo a Gabriel.

Me imita, metiéndose la cadena por la cabeza. Me abraza y estira la cadena para que estemos dentro los dos.

Me abrazo a su pecho con un nudo en la boca del estómago.

—¿Estáis listos? —pregunta la mujer.

Gabriel emite una especie de gruñido como asentimiento y siento que su cuerpo se tensa de repente. Yo gimo muerta de miedo. No me gustan los levantamientos populares, al menos el nombre me incita a pensar en hombres y mujeres con azadas y cuchillos en alto listos para la guerra.

—Bien. Recordad, debéis pasar desapercibidos. Vais a viajar a un momento muy importante de la historia de esta ciudad. Al conocido «Motín de Esquilache». Buscad algo de ropa, deshacedos de las capas, escondeos hasta que sean las cuatro de la tarde, y a esa hora, regresad a la plaza de Antón Martín. Abrid bien los ojos porque Aragán hará acto de presencia en el cuartelillo. Seguía haciéndose llamar Madero, así que agudizad vuestros oídos.

—¿Algo más? —pregunta Gabriel rodeándome entre sus brazos y jugando con un mechón de mi flequillo.

—No digáis nada inapropiado, no os conviene enemistaros con el populacho.

—Entendido —asiento, levantando la cabeza—. Gabriel, no intentes hacer amigos. Puede que no entiendan tu irónico sentido del humor.

Me lanza un mordisco que esquivo con una sonrisa traviesa.

—No tortures a Edgar en nuestra ausencia —le digo, lanzando una última mirada a sus orejas peludas.

—Tened cuidado y regresad sanos y salvos —nos pide muy seria obligándonos a tomar conciencia de la situación y obviando mi último



comentario—. Cerrad los ojos y pensad en esto, solo en esto: Domingo, 23 de marzo de 1766. Plazuela de Antón Martín, Madrid.

Tomo aire y lo suelto despacio. Un delicado y rápido beso en la frente me indica que Gabriel se despide ya para que nos encontremos al otro lado, en el desconcertante y desconocido pasado. Cierro los ojos y pienso en las palabras de la bruja, grabadas a fuego en mi mente. Y cuando siento que me falta el aire de nuevo, el suelo se abre bajo mis pies y comienzo a caer. Mis dedos encuentran sus manos y se aferran a ellas con desesperación, con miedo a que nos separemos sin remedio, tal y como augura el cruel y despiadado destino.

Una vorágine de imágenes me asalta mientras caigo y caigo. Y de repente, todo se calma. Tengo los músculos de los brazos agarrotados, los ojos cerrados con fuerza y la cabeza dándome vueltas.

—Alana... —escucho que susurra Gabriel justo a mi lado, envolviéndome con su cuerpo—. Alana, abre los ojos.

Pestaño despacio, muy despacio. La luz incide con fuerza en mis pupilas.

Intento focalizar, y me veo en el suelo abrazada a Gabriel. La capucha se me ha ido hacia atrás, así que corro a taparme el rostro con ella de nuevo. Gabriel se incorpora y me tiende una mano para que me levante también.

—¿Dónde estamos? —susurro, ajustándome la capa.

—Parece que en un callejón —dice, contrayendo el rostro en una mueca de desagrado. Le imito, porque literalmente apesta. A nuestro lado, un cúmulo de desechos humanos, heces y orín. En la esquina más basura, comida pudriéndose dando energía a las ratas que, resueltas, corretean y saltan a nuestro alrededor.

Pego un grito cuando una de ellas me roza el pie. Pego un saltito al tiempo que Gabriel me coge en vilo, dejando que la capa se eleve desde el suelo.

—Joder —mascullo, con mis labios a pocos centímetros de los suyos.

Sonríe de medio lado y me guiña un ojo. Algo se contrae en mi interior ante ese gesto tan suyo.

—No me digas que te dan miedo unas cuantas ratas.

Me distraigo con la cercanía de nuestras bocas, ansiosa y desesperada por probar sus labios de nuevo. No es el momento ni el lugar, pero quién sabe qué pasará en un futuro del pasado más cercano, así que me acerco un poco más, salvando la corta distancia que nos separa, y le beso con desesperación.

Responde a mi contacto con un gemido contenido. Mueve los brazos y separa mis piernas, que ahora le abrazan por la cintura a horcajadas. Dos pasos hacia atrás y golpea la pared con su espalda mientras nuestras lenguas

bailan al son de una melodía que solo resuena en nuestras cabezas.

—Para, por favor —suplica, con suspiros entrecortados. No le escucho, no quiero detenerme.

—No —susurro, aspirando el olor de su cuello, lanzándole pequeños mordisquitos que hacen que su piel se enrojezca al paso de mis dientes—. Bésame —le pido, embargada por algo parecido a la desesperación.

Pero ladea el rostro hacia un lado y me lanza una mirada de advertencia.

—Alana —dice muy serio—. Ahora no, no es el momento.

Giramos las cabezas cuando escuchamos pasos muy cerca. El callejón se abre a una calle más amplia, que es tapada por lo que parecen dos policías.

Gabriel me baja al suelo y se pone la capucha, ocultando su rostro de nuevo.

Yo hago lo mismo con el corazón golpeando mi pecho sin piedad.

—Alto. ¿Quién va? —escucho que dice uno de ellos. Adelantan varios pasos mientras nosotros retrocedemos.

—Quédate quieta y haz lo que yo haga, ¿me has entendido? —susurra Gabriel a mi lado.

Mi respiración se corta cuando se acercan más y más. Con un uniforme azul y rojo, mosquetes al hombro y un gorro negro y alto en la cabeza, como si fueran un par de «Caraconos» disfrazados.

—Los alguaciles les cortarán las capas, caballeros —dice uno de ellos silbando. Miro la mía, que me llega hasta el suelo y que oculta mi vestido y mis sandalias del futuro.

—Pero... —empiezo a decir, recibiendo un codazo de Gabriel.

Uno de ellos entorna los ojos y se acerca despacio. Las botas negras resuenan en el empedrado de la calle provocando la huida de un grupo de ratas.

—Es una mujer —dice, cambiando el mosquete de brazo.

La cosa se empieza a poner fea. En cuanto vean lo que llevo bajo la capa, me arrestan y me quemán como bruja o prostituta. Bueno, la verdad es que no tengo muy claro lo que harían, pero no les doy tiempo a comprobarlo, porque saco la bolsita, que arranco de un tirón de mi cintura, y alargo el brazo mostrándoles el botín.

—Veinticinco reales —digo con la voz temblorosa—. Son vuestros si nos dejáis en paz.

Percibo un leve intercambio de miradas entre ellos. Debe ser una buena suma de dinero, porque uno de ellos asiente en silencio mientras el otro me

arranca la bolsa de las manos y se dan media vuelta.

En cuanto desaparecen por la esquina Gabriel me tira del codo.

—¿Estás loca? ¡Necesitábamos ese dinero!

Me suelto de un tirón y le enseño el escote. O el intento de escote.

—¿Qué haces?

Pongo los ojos en blanco e introduzco una mano en el sujetador. Cojo las monedas y se las enseño sonriendo.

—La bruja me ha dado cincuenta reales. Saqué la mitad de la bolsa y me lo escondí en el sujetador.

Un amago de sonrisa empieza a formarse en sus labios, pero se contiene a tiempo.

—De acuerdo, listilla —dice cruzándose de brazos—. ¿Qué hacemos?

Miro al suelo lleno de excrementos y suciedad. Las paredes no están mejor, enmohecidas y mugrientas. El callejón no tiene salida, una pared inmunda lo cierra a pocos pasos de donde estamos. Tan solo podemos salir hacia la calle más iluminada, quizás más limpia, pero con más gente. Y eso no me gusta.

—La bruja nos ha dicho que tenemos que quitarnos las capas, porque por lo visto no están permitidas —empieza a decir pensando en voz alta—. Así que lo primero que tenemos que hacer es encontrar una tienda de ropa. Y después comer algo y buscar el cuartelillo de la plaza de Antón Martín antes de las cuatro de la tarde. —Levanto la vista y veo que el sol está en lo alto del cielo.

No he sido *girl scout*, pero sé que no deben de ser más de las doce de la mañana.

Algo en la oscura e intensa mirada de Gabriel me hace contener el aliento un segundo.

—¿Qué? —pregunto, poniendo los brazos en jarras.

—Te pones muy guapa cuando te enfadas.

Sujeto la mano que me tiende y encaminamos nuestros pasos hasta el gentío, que va y viene por la calle, cada uno inmerso en sus propios problemas. Nuestra intención es pasar desapercibidos, pero la gente es muy bajita, tanto como yo, así que Gabriel parece un gigante de oscuridad, más aún con la capucha puesta. Los ojos de la muchedumbre se detienen en su presencia, nos recorren con la mirada de arriba abajo, incluso algunos se apartan de nuestro camino.

—¿Qué coño están mirando? —susurra Gabriel, claramente preocupado.

—Pareces Sauron. Le sacas dos cabezas a todos estos hobbits —comento, sacándole la lengua a un viejo que me señala con un dedo.

—Mira quién fue a hablar...

Atravesamos la calle con la mirada baja, mirando nuestros pies. Escucho los susurros, los murmullos del populacho, que se hacen eco tras nuestro paso.

De repente llegamos a una plaza, y justo frente a nosotros, lo que parece que es un pequeño cuartel.

—Antes de las cuatro tenemos que estar aquí —le digo, apretando su mano.

Nos vamos hasta una esquina, junto a la puerta de lo que parece que es una taberna. Estoy agotada, y eso que solo hemos atravesado una maldita calle.

Me encojo cuando veo aparecer de nuevo a los dos «Caraconos» disfrazados.

Nos ven, pero deciden dejarnos en paz. Parece que la bolsita con las monedas les pesa lo suficiente en el bolsillo. Vuelvo a soltar el aire cuando una mujer coge una lechuga podrida y se la lanza a uno de ellos desde el otro lado de la calle.

—¡Viva el Rey! —grita la mujer, secundada por unos cuantos—. ¡Viva España! ¡Muera Esquilache!

Los «Caraconos», o mejor dicho, «La guardia Valona», por los insultos que les lanza otro espontáneo, echan a correr entrando en el cuartelillo. Reciben más pan duro y fruta podrida antes de que puedan esconderse tras las puertas.

—Parece que la gente empieza a caldear el ambiente —comenta Gabriel, cerrándose la capa.

Sujeto del brazo a una mujer entrada en años, encorvada y con un raído pañuelo en la cabeza.

—Disculpe, señora —le digo educadamente—. ¿Nos podría decir dónde hay una tienda de ropa?

Me mira de medio lado y sigue su camino sin detenerse. Me encojo de hombros y miro a Gabriel.

—A lo mejor en esta época se llevaba más lo del sastre...

—Ven conmigo.

Le sigo por la calle pasando por delante de una panadería, una herrería y varios portales que podría jurar que son casi idénticos a los que veo todos los días cuando atravieso el centro de Madrid. Se detiene delante de una pareja que está apoyada en una farola.

—Disculpen las molestias —dice Gabriel, tapándose más con la capa. La pareja da varios pasos atrás asustados—. Os daremos diez reales si nos vendéis vuestra ropa.

Miro al chico. No más de veinte años. Pero le quedan pocos dientes, el pelo tan sucio que parece que lleva gomina, la piel tan curtida como un jornalero del campo, de los que trabajan de sol a sol. La chica no se queda atrás.

Peinada con una sencilla coleta y un pañuelo en la cabeza, una falda amplia hasta el suelo y un blusón que ha visto tiempos mejores.

—¿Estás seguro? —murmuro a su lado.

—¿Diez reales? —pregunta el chico con los ojos brillantes. Escupe a un lado y nos hace un gesto con la mano—. Por aquí.

Les seguimos calle abajo. Entran en un soportal parando delante de lo que parece una carpintería. Huele a madera, escucho una serreta a pocos metros, y el serrín invade el suelo a nuestro alrededor.

—Los reales primero —dice el chico, alargando una mano.

—Primero vuestra ropa, después el dinero —responde Gabriel tajante.

—Esperad aquí.

Desaparecen por una puerta de madera muy parecida a la que tenía mi abuela en el patio trasero. Cambio mi peso de un pie a otro, nerviosa. Un día son muchas horas, muchos minutos, y ese es exactamente el tiempo que vamos a estar encerrados en esta época.

—No sé si fiarme de ellos —comento preocupada—. A lo mejor han ido a por un par de serretas para descuartizarnos.

Gira la cabeza y suelta una carcajada contenida.

—Eres una exagerada. No te preocupes, no voy a permitir que nadie te descuartice.

La portezuela se abre y guardamos silencio. La pareja aparece con la ropa bajo el brazo, los pobres están vestidos con harapos y descalzos.

—Los reales —repite el chico, mientras ella nos lanza una mirada de desconfianza.

Introduzco la mano en el escote y saco las monedas. Cuento rápidamente y separo los diez reales. Alargo el brazo ofreciéndoles el dinero. Sus ojos brillan, y siento lástima por ellos. El chico me lo arranca de las manos y se lo guarda en el bolsillo. Le pasa la ropa a Gabriel hecha un ovillo.

—Muchas gracias.

Me quedo mirando los pies de la muchacha. Debe ser mucho más joven

que yo, pero tiene sabañones, seguramente debido al frío, y heridas mal curadas en los tobillos. Saco cinco reales más y se los doy directamente a ella.

—Para que te compres zapatos nuevos.

Me sonrío por primera vez. Tiene la dentadura casi perfecta. Solo le falta un colmillo.

—Dios le bendiga —me agradece, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—¿Podemos entrar un momento para cambiarnos de ropa? —pregunta Gabriel al muchacho.

—Por aquí.

Entramos en un establo. Veo varias ovejas en un rincón acomodadas sobre un lecho de paja.

—Rápido —nos apremia el chico—, antes de que padre nos escuche holgazanear.

Nos dejan solos en el establo. Miro a mi alrededor un momento para comprobar que no hay nadie por aquí. Las paredes de argamasa y madera nos dan algo de intimidad y, como no tenemos mucho tiempo, dejo caer la capa al suelo sin importarme si se mancha. Da igual, la pienso dejar aquí.

Gabriel me imita y, entre risitas, nos desnudamos. Uno frente al otro.

Lanzándonos miraditas traviesas. Trago saliva cuando se queda en bóxers.

Cuando se agacha. Y suelto una carcajada que tapo con mi mano cuando se ajusta el recién comprado pantalón, que le queda corto de pierna.

—¿Es que aquí son todos enanos? —maldice, poniéndose la camisa arrugada.

Por mi parte, mi falda «nueva» me queda un poco grande de cintura, la blusa también, porque los generosos pechos de la muchacha llenaban la tela.

A mí me queda holgada. Pero tendré que conformarme.

Por suerte los zapatos nos valen. Estaba un poco preocupada por si a Gabriel no le entraban los suyos y hubiera tenido que pasearse por las calles del siglo XVIII con sus zapatillas.

Hago un ovillo con toda nuestra ropa y utilizo una de las capas para improvisar una especie de bolsa, que me ato a un hombro.

—Andando —dice Gabriel, saliendo por la portezuela.

Nos despedimos de la pareja y regresamos a la calle, ya adecuadamente vestidos de esta época. Compruebo con satisfacción que Gabriel apenas recibe miradas, tan solo de todas las muchachas con las que nos cruzamos. Y es que, incluso con harapos sucios y descosidos, consigue atraer la atención

del género femenino.

—Deja de pavonearte delante de esas chicas —suelto con fastidio cuando incluso a una se le cae una manzana de la mano.

—Anda, ven aquí —susurra, ajustándome el pañuelo en el cuello. Me peina el flequillo mientras le miro a través de las pestañas con el ceño fruncido. Me sorprende con un rápido beso en los labios—. Pareces una figurita del belén.

—Y tú un gigante anormalmente atractivo —respondo, ajustándome más la cuerda que mantiene la cinturilla de mi falda en su sitio. Los pies me pican con estos zapatos.

El estómago me ruge de hambre, así que le convengo para que entremos en la taberna que hemos visto antes. Nos sentamos en una de las mesas y una moza de no más de quince años corre a atendernos. Le pone las pechugas en la cara a mi acompañante y tengo que carraspear para que Gabriel no se quede bizco.

—¿Qué os falta?

Pedimos cerveza y algo de comida. La especialidad de la casa. Mientras esperamos nos dedicamos a observar a la gente. La mayoría hombres de mediana edad bastante mejor vestidos que nosotros brindando con una pinta en la mano y hablando de política.

—No sé qué hora es —le digo, rascándome la cabeza. Creo que este pañuelo viene con piojos incluidos.

—Son las tres —responde, comprobándolo en su reloj de pulsera.

Nos traen dos platos hasta arriba de cocido. Huele que alimenta. Y sabe a gloria bendita.

—Joder —digo con la boca llena, metiéndome otra cucharada a presión—, esto está de muerte.

—Soy más de lentejas —responde, inclinado hacia delante en la mesa, dando buena cuenta de su plato—, pero este es el mejor cocido que he catado.

Diez minutos más tarde estamos inclinados hacia atrás en nuestras sillas con la tripa a punto de explotar. Seguimos escuchando el tumulto a nuestro alrededor. Los gritos de los ciudadanos quejándose por la desorbitada subida del precio del pan y por el recién alumbramiento de las farolas. Uno dice que por las noches su casa está en penumbra, mientras que en las calles parece de día. Un caballero entra con una capa larga y un sombrero que le oculta el rostro. El tabernero se apresura a decirle que se la quite, que no quiere problemas en su bar.

—¿Qué es un chambergo? —pregunto, repitiendo las palabras del dueño.

Se encoge de hombros y se limpia las comisuras de los labios con una servilleta de tela. Entrelazamos los dedos y pedimos café. Unos minutos más tarde lloro del gusto, cuando el mejor café que he probado en mi vida desciende por mi garganta. Me doy un manotazo en la frente cuando caigo en la cuenta de que me he olvidado mi paquete de tabaco en el futuro.

—¡Mierda! ¡El tabaco!

—Tranquila... —susurra Gabriel, enseñándome algo escondido en su manga. Veo un paquete de Marlboro, que corre a guardar de nuevo.

Como dos colegiales, pagamos y nos escondemos en un callejón para fumar.

—Lo tenemos que dejar —dice Gabriel, apoyado en la pared sujetando de una forma muy masculina su cigarrillo entre los dedos.

—Sí, ya va siendo hora.

Un grito en la calle principal nos alerta. Nos asomamos por la esquina y vemos a un encapuchado frente al cuartelillo provocando a dos guardias. De repente, saca una espada y los increpa con ella. La reacción de la gente no se hace esperar y, como si se hubieran sincronizado, un grupo de hombres armados aparece y los atacan entrando en el cuartel sin que nadie pueda impedirselo.

—Creo que está empezando —le digo, agarrándome a su brazo.

—Vamos —asiente estirando la espalda.

Corremos hacia el cuartel esquivando a hombres y mujeres armados con cuchillos y palos. Los gritos y el revuelo popular van en ascenso. Los carromatos nos cortan el paso, la gente abandona sus puestos en el mercadillo callejero para unirse a la revuelta. Chocamos a cada paso con algo, ya sea perro, hombre, niño o anciano. Me parece una eternidad cuando conseguimos acercarnos al edificio, y con suma dificultad, nos hacemos hueco en una de las ventanas para ver qué ocurre en el interior.

Gabriel me protege con su brazo mientras aguzamos la vista a través del sucio cristal. Se escuchan gritos, golpes de espada, disparos. Agacho la cabeza un segundo cuando parece que algo ha explotado en el interior. Y como si el tiempo se ralentizara, el caballero de la capa, el que ha iniciado esta revuelta, se deshace de ella y veo su rostro.

Es él.

Es Aragón.

Sin brazo, con la mitad del labio partido y con los párpados caídos. A



plena luz del día distingo una cicatriz que se los atraviesa y le llega hasta la comisura de la boca. Es como le hubieran quemado los ojos y cortado el labio.

—Gabriel...

—Ya le veo.

Sus compinches matan a los guardias colocados de rodillas en el suelo. Los van pasando uno a uno por la espada, y su filo se va salpicando de más y más sangre con cada vida que arrebatan.

Desvío la mirada, porque soy incapaz de presenciar algo así, y miro un segundo a la plaza de Antón Martín, donde se está reuniendo cada vez más gente, seguramente desesperada por el hambre y su precaria situación. No hay más que ver que todos van vestidos como nosotros, con simples harapos mal cosidos. Y la diferencia es ostensible con los caballeros que hemos visto en el interior de la taberna: gordos y redondos en su mayoría.

—Vamos, se están moviendo —susurra Gabriel, cogiéndome la mano con fuerza.

Uno a uno, los asesinos empiezan a salir con el botín y lo comienzan a repartir entre el gentío. Espadas, pistolas, cuchillos. La gente se llena las manos y parecen crecer ante mis ojos. Reconozco a algunos de los desdentados que nos azuzaron en el barco, así que bajo el rostro y me abrazo al cuerpo de Gabriel.

—Tenemos que seguirles —dice muy serio.

Y es así como prácticamente encabezamos, unos pasos por detrás de Aragán, una de las revueltas más famosas de la ciudad. Nos aseguramos de camuflarnos entre los hombres más altos y fuertes, que son pocos, por cierto.

Gabriel va andando algo encorvado para que su altura no nos delate. Miro hacia atrás, y mientras recorremos la calle, veo que una verdadera multitud se está uniéndose a nosotros.

—Tengo miedo —reconozco, apretando su mano.

—No te preocupes, no te pasará nada.

Me encojo cuando un grupo comienza a romper unos faroles. Cada pocos pasos alguien golpea uno, destrozándolo en el suelo.

—¿Pero qué hacen? —susurro atemorizada.

Al grito de «¡Abajo los esquilaches!», los faroles van estrellándose contra el suelo.

Seguimos de cerca a Aragán, que lidera la marcha en silencio y con claras dificultades para mantener el ritmo que la masa popular le está imponiendo.

Nos adentramos en la Plaza del Rey. Recuerdo haber tomado algo en una

de las terrazas. Nos dirigimos a la casa que en nuestro tiempo se conoce como «la de las siete chimeneas», y que dicen que está habitada por una mujer fantasma que recorre el tejado, de chimenea en chimenea, llamando a su amor perdido. Siempre he pensado que eran leyendas absurdas; ahora mismo me creo todo lo que cuenten. Si mañana llega Nerea y me dice que hay un *Leprechaun* olisqueándole las bragas, ni parpadeo.

Aguzo el oído y escucho a un grupo de atrás decir que aquí vive Esquilache. Llegamos a la puerta y empiezan a golpearla. Nos hacemos a un lado cuando la tiran abajo y ensartan con un cuchillo a un pobre sirviente asustado.

Entramos en el *hall*, empujados por la gente deseosa de destrozar todo a su paso. Gritan toda serie de insultos hacia ese hombre, se preguntan dónde están sus hijas y su mujer. Otros deciden ir hasta la cocina para llenarse el buche...

y yo solo sé que me estoy mareando. Arrastro a Gabriel hasta un salón vacío, increíblemente decorado, y me escondo detrás de un tapiz gigantesco que cubre toda la pared y llega hasta el suelo —No puedo más, creo que me voy a desmayar... —maldigo, pegándome a la pared oculta entre el tejido, en total oscuridad.

—¿Alana? Alana —me llama en un tono que denota preocupación—. ¿Dónde estás?

Saco una mano fuera del tapiz para que me vea. Se acerca y se pone a mi lado, quedando invisibles para el resto del mundo. Me abrazo a su cuerpo y estornudo. Supongo que la camisa que lleva tiene más pelos de oveja que de humano.

—Creo que tanta sangre me está poniendo el estómago del revés —susurro contenida, impresionada por lo que acabo de ver. Y eso que pensaba que ya era inmune desde el episodio surrealista de la muñeca acuchillando a mi Edgar.

—Shhhhhh, tranquila —susurra, meciéndome ligeramente, arropada entre sus brazos.

Nos quedamos sin respiración cuando escuchamos pasos muy cerca.

—Señor, no encontramos las joyas de esa furcia —dice uno de ellos—. El maldito rufián se las habrá llevado en la huida.

—Seguid buscando —ordena Aragón, tajante. No olvidaría su voz ni aunque hubieran pasado cien años. El maldito asesino que intentó matarme está a tan solo unos metros—. Pasaremos aquí la noche si es necesario.

Gruñidos y protestas. Alguien pasa a nuestro lado, muy cerca de nuestros

pies. Contengo el aliento y rezo para que no nos pillen.

—Este cuadro lo vamos a quemar —suelta a nuestro lado uno de los desdentados—. Y como no encontremos las joyas, la casa entera arderá.

Levanto la cabeza y veo que Gabriel se pone un dedo en los labios, pidiéndome silencio. El corazón galopa incesante en mi pecho, mi respiración entrecortada. Las manos comienzan a sudarme, y por un segundo pienso que me voy a desmayar de verdad.

—Manolo, no te precipites —le increpa Aragán—. Aquí las órdenes las doy yo, no lo olvides.

Un golpe seco. Supongo que ha sido el enorme retrato que he visto al entrar, que acaba de caer al suelo. Y el tal Manolo parece que se dispone a arrastrarlo, justo a nuestro lado, cuando Aragán le asalta de nuevo.

—¿He dado órdenes de que ese cuadro sea movido? —sisea enfurecido—. Que te quede claro, que no respiras si yo no te doy permiso. ¡Lo has entendido, maldita rata de cloaca! —chilla desgañitándose.

Hasta yo trago saliva, y eso que no va conmigo. Aguzo el oído y escucho cuchicheos, carraspeos de los demás, que supongo que se sienten tan intimidados y cohibidos como Manolo. De repente escucho que la puerta se abre de golpe.

—Capitán...

—¿Qué diantres pasa ahora?

—Las joyas no están, Madero. Mi capitán, la sirvienta nos ha confesado que la puta de la señora se las ha llevado consigo.

Puñetazos en la mesa, golpes y maldiciones.

—¡Silencio! —ruge Aragán.

Me aprieto al pecho de Gabriel y escucho su corazón agitado. Me abraza con fuerza, respirando muy deprisa.

—¡Nos habías asegurado que encontraríamos un verdadero botín! —se queja uno de ellos.

—¡Llevamos meses sin conseguir nada! ¡Hemos perdido el barco!

El sonido de una silla que cae hacia atrás. Varios golpes al suelo de madera, que juraría que provienen de su bastón. Ese del que, años después, se adueñaría Madame Ardelean. Ese que luego utilicé yo para romper la vasija donde estaba encerrado en el interior de una petaca brillante.

—¡Malnacidos comedores de estiércol! —grita a los cuatro vientos—. ¿De qué os estáis quejando? ¿No hay joyas? ¡Pues ya encontraremos algo más succulento!

—La guardia se acerca. Acabaremos ahorcados por esto, Madero —se queja otro—. Sabía que era mala idea alejarse del mar. Nos colgarán como conejos por seguirte, lisiado rufián.

Me encojo sumida en la parcial oscuridad que nos regala el tupido tapiz, pensando que si se dan cuenta de nuestra intrusiva presencia nos hacen tajos para después comernos.

—No ha nacido el hombre que se atreva a hablarme en ese tono —gruñe para sí.

Y el disparo resuena en toda la estancia. Creo que pego un gritito, pero por suerte, el estruendo del arma esconde el gemido que sale de mi garganta atemorizada.

—¡Lo has matado, capitán! ¡Has matado a Manolo!—. acabaréis todos muertos antes de que caiga la noche como os atreváis a dirigirme la palabra.

Me desprendo del fuerte abrazo de Gabriel, que lucha por no soltarme, y me voy hasta una de las esquinas del tapiz. Saco un poco la cabeza, lo suficiente para ver lo que ocurre.

De repente, uno de los desdentados desenvaina su espada y la dirige hasta Aragón, que se muestra tranquilo y sosegado sentado en la silla de nuevo con una pistola en una mano y el bastón fuertemente asido en la otra. Una cruel sonrisa atraviesa su deformado rostro, y por un momento podría jurar que está buscando pelea, sin importarle que está en desventaja, que cuatro desdentados le dirigen miradas de odio y rabia desde el otro lado de la mesa.

—¿Alguien más desea morir hoy? —les provoca, riéndose a carcajadas. Da un sorbo a una pequeña botellita de cristal, que vuelve a guardar en el interior de su chaqueta. El silencio invade la estancia. Trago saliva, porque la tensión se podría cortar con un cuchillo—. No sois más que un atajo de ineptos analfabetos. Ratas, eso es lo que sois. Desagradecidos bastardos. ¡Yo os saqué de vuestra atrevida ignorancia! ¡Cuando no erais más que unos cuantos asesinos a sueldo! ¡Yo os he convertido en los temidos piratas que hacen temblar el mundo! ¿Y así me lo pagáis? ¿No encontramos un puñado de joyas, y dudáis de mi capacidad?

Uno de ellos se inclina hacia delante, y con la frente perlada en sudor, susurra a oídos de todos.

—Hemos perdido el barco, Madero. Y a la mitad de nuestra tripulación.

Aragón da un golpe en la mesa con el puño, dirigiendo su ciego rostro al que se ha atrevido a hablar.

—¿Y quién ha tenido la culpa de eso? —sisea con desprecio—. Os pasaré

por el cuchillo uno a uno hasta encontrar el culpable, os lo aseguro. Hay una manzana podrida en nuestro saco, y por los ojos que me faltan juro que lo encontraré.

—Nadie nos ha delatado —dice otro, mirándose las manos con detenimiento—. Has sido tú. Tú eres el que busca nuestra ruina. Tú eres el que pretende enterrarnos en fango.

—¡Te estás llenando las manos de monedas a nuestra costa! —grita otro.

Aragán se levanta de golpe, dejando que la silla caiga hacia atrás y golpee el suelo. Los desdentados le imitan, desenvainando sus espadas. El capitán dirige la pistola hacia ellos, moviéndola sin cesar de uno a otro. Veo que va a apretar el gatillo, pero el que se ha mantenido al margen, callado y en segundo plano, saca una pistola de su pecho, apunta a Aragán, y dispara.

Pego un saltito y casi me caigo hacia delante. Gabriel es el que impide que quede a la vista de todos saliendo por uno de los laterales del tapiz. Vuelvo a sacar la cabeza, lo mínimo, lo justo y necesario para que mis ojos no se pierdan detalle de la escena.

Aragán se lleva una mano al pecho bañado en sangre y cae hacia atrás. No suelta el bastón. Lo abraza con fuerza mientras se va desangrando sobre la alfombra.

De repente la puerta se abre y otro de los piratas aparece de improviso.

Abre los ojos como platos y mira a sus compañeros, que no muestran arrepentimiento alguno por lo que acaban de hacer.

—Larguémonos de aquí. Se acercan los guardias —dice, escupiendo a un lado con desprecio.

Enfundan las espadas y dan la espalda a su líder, a su capitán. Van saliendo por la puerta mientras Aragán va perdiendo la vida gota a gota. Le escucho respirar con dificultad, con espasmos, atragantándose con su propia sangre.

Ladea el rostro hacia la puerta justo cuando el último de sus hombres la está atravesando. El bastón cruzado en su pecho, fuertemente asido entre sus temblorosas manos.

—Nunca me importó la muerte —susurra sujetando el bastón con los dedos amoratados—, puesto que siempre ha sido mi compañera más fiel. — Con grandes dificultades saca de nuevo la botellita, y le da un último trago entre estertores y convulsiones. Me aferro al tapiz abriendo los ojos y la boca.

Ladea la cabeza hacia un lado y deja escapar su último aliento de vida. Yo también aguanto mi respiración, al igual que Gabriel en mi espalda. Emito un gemido cuando una voluta de humo comienza a salir por la boca del cadáver

de Madero. Se eleva despacio, tímida, como si tan solo fuera el humo que asciende de una simple vela encendida.

Y poco a poco, comienza a introducirse en el bastón. Gabriel comienza a revolverse a mi lado, pero con un gesto le pido que se quede quieto un poco más, que aún no podemos hacer ruido. Pasan unos minutos hasta que la voluta de humo termina de introducirse en el bastón.

Así que es eso. Su alma está escondida en el maldito bastón.

Cierro los ojos y grabo a fuego en mi mente las últimas palabras de Aragón: «Nunca me importó la muerte, puesto que siempre ha sido mi compañera más fiel».

La puerta se abre de repente. Me vuelvo a esconder tras el tapiz dejando que mis ojos sean los únicos testigos. Un chiquillo de la calle, claramente perdido entre los tumultos y asaltos, aparece por la puerta despacio. Se lleva la mano a la boca cuando ve los cadáveres en el suelo, pero algo llama su atención.

Descalzo, desnutrido y seguramente hambriento, se acerca hasta Madero, y con sumo cuidado le arranca el bastón de los entumecidos dedos. Lo mira con interés, con la característica curiosidad de los niños. Pero de repente, los ojos del pequeño cambian de color, se vuelven blancos por completo durante unos segundos, y cuando recuperan la forma normal ya no es la mirada de un inocente lo que se esconde tras ellos.

Mira sus manos, sus piernas endebladas, como comprobando su cuerpo. Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada cruel.

Me vuelvo a esconder en el tapiz y me refugio entre los brazos de Gabriel.

Ha vuelto.

Aragón ha regresado de entre los muertos.

## Capítulo catorce

Tenemos que pasar varias horas más escondidos tras el tapiz, abrazados en el suelo, para que el colgante nos devuelva a nuestro tiempo, a nuestra vida.

No hablamos, tan solo nos miramos en penumbra mientras todo a nuestro alrededor cae como si fuera un castillo de naipes.

En cuanto el suelo vuelve a formarse bajo mis pies me deshago de la cadenita y me siento de rodillas frente a Madame Ardelean.

—Lo hemos visto, vecina —suelto deprisa, con demasiadas ganas de sacar toda la información que llevo dentro—. Aragán ha muerto desangrado.

Sus ojos oscuros se iluminan. Cierra el libro con cuidado y se inclina hacia delante.

—¿Y bien? ¿Cuáles han sido sus últimas palabras?

Es Gabriel el que se me adelanta, de pie a mi lado, quitándose con fastidio la camisa usada.

—Nunca me importó la muerte, puesto que siempre ha sido mi compañera más fiel —recita con solemnidad—. Y se nota que no le importa mucho, porque se dedica a quitársela a todo el que se cruza en su camino —comenta, con el rostro y los brazos cruzados sobre su torso desnudo. Trago saliva y desvío la mirada. No me puedo desconcentrar ahora.

—Perfecto —susurra la mujer—. ¿Estáis seguros que esas fueron sus palabras exactas?

Ambos asentimos con firmeza, sin un ápice de duda.

—Su espíritu está dentro del bastón, vecina. Justo antes de morir le dio un sorbito a algo que tenía en una pequeña botella, dijo esas palabras y murió —explico, quitándome el flequillo de los ojos—. Al segundo siguiente algo salió de su boca y se metió en el bastón.

Se levanta de un golpe haciendo chasquear sus hinchadas rodillas. Se la nota nerviosa de repente, excitada incluso. Va hasta la librería y empieza a abrir cajones sin ton ni son buscando algo con las manos temblorosas.

—Lo tenemos, muchachos —asegura, sacando pergaminos y papeles usados.

Extrae una daga del tamaño de mi brazo de una cajita y nos señala con ella.

Su diente de oro refulge. Sus ojos brillan tanto que tengo que desviar un momento la mirada para no quedarme ciega.

—Es el momento de mi ansiada venganza —sisea, exultante. Gabriel y yo damos un paso atrás y nuestras manos se encuentran en la distancia—. Por fin, después de tantos años, puedo resarcirme y vengar la muerte de mi esposo y de mi hija. Y si lo consigo, todo el sufrimiento habrá merecido la pena.

—Vecina...

—Dime, Alana —comenta distraída pasando un dedo por el filo de la hoja.

—Tú y yo tenemos un pacto de no...

—Tranquila —me interrumpe con una carcajada seca—. No tengo intención alguna de haceros daño. Me sois más útiles vivos que muertos, al menos de momento.

Gabriel y yo intercambiamos una mirada de advertencia mutua. La mía dice algo así como «no le pienso dar la espalda a esta bruja». La suya grita a los cuatro vientos «como se acerque, la mato a hostias».

—He dicho que no os alarméis —insiste, echándose un fular morado por los hombros—. Somos un equipo, ¿de acuerdo?

—No me fio de ti —suelta Gabriel, leyéndome el pensamiento.

—Ni falta que hace, muchacho —exclama divertida, conteniendo una carcajada. De repente su semblante se oscurece, poniéndose seria de nuevo—. Bien. Preparaos, porque esta noche vamos a hacerle una visita nada agradable a nuestro querido amigo Aragón.

Dejamos a la bruja en el salón elucubrando su plan de *revenge*. Camino por el pasillo con sentimientos encontrados. Por un lado estoy contenta de haber encontrado lo que estábamos buscando, pero por otro me da miedo lo que pueda ocurrir esta noche. No lo hace más sencillo el hecho de que Gabriel se niegue a quedarse aquí, en un lugar seguro.

Entramos en la habitación en silencio. Se quita el pantalón al lado de la cama, donde un gigantesco zombi disfrazado de osito observa el techo con detenimiento y pasmosa parsimonia.

—Deberías quedarte aquí —comenta Gabriel en ropa interior sacando sus vaqueros del ovillo que hice con la capa—, y esperar hasta que la bruja y yo regresemos.

Me saco la blusa, que me pica como mil demonios, y dejo caer la falda a mis pies. Me quedo tan solo con el sujetador y las braguitas, cruzada de brazos, enfadada por su intento de hacer las cosas justo al contrario de como



las quiero hacer yo.

—Ni de coña. Quien se va a quedar aquí eres tú.

Abre la boca y frunce el labio. Da dos pasos y tengo que inclinar la cabeza para mirarle a los ojos.

—Mira pequeña. Como si tengo que atarte a la cama —me amenaza, resuelto.

Me muerdo el labio inferior con rabia. Él hace lo mismo. Nos retamos en silencio unos segundos, atravesándonos con la mirada, luchando por no parpadear.

Dos horas más tarde prácticamente seguimos igual. Solo que vestidos y con los ojos más secos que el culo de un mono.

La puerta del dormitorio se abre de repente haciendo que pegue un brinco.

—Andando —nos ordena la vecina.

Voy a salir por la puerta con las sandalias y el vestido nuevo algo arrugado, cuando Gabriel me sujeta por el brazo.

—Por favor, Alana —me suplica—. Quédate.

Me suelto y contengo las lágrimas.

—Quédate tú. Esto no tiene que ver contigo —le recuerdo, una vez más.

Suelta un gruñido de frustración.

—Eres más terca que una mula.

—Pues tú no te quedas atrás.

Rodea mi rostro con sus manos y recorre mis facciones con la mirada, despacio, sabedor de que le dejaría contemplarme durante días tan solo por el placer de tenerle cerca.

—No soporto la idea de que pueda pasarte algo. —Sus labios, a escasos centímetros de los míos. Nuestras frentes unidas, así como nuestros corazones.

—Y yo jamás me perdonaría que te pusieras en riesgo por mi culpa —le recuerdo soltándome molesta—. Pero te da igual lo que yo sienta o quiera.

—¡Solo intento protegerte!

—¡Protege mi corazón, maldita sea! ¡Quédate aquí y mantenlo a salvo!

Porque si mueres, me muero contigo, maldito estúpido —susurro con los puños cerrados No podemos seguir con la conversación, porque Madame Ardelean nos reclama desde el pasillo.

—Vamos, ya estoy preparada.

Me acerca a su pecho y me besa con pasión, como si tuviera que saborear mis labios una última vez.

—Pero yo no lo estoy, aún no —susurra, vocalizando cada palabra

despacio, casi ausente.

Recorre con sus manos mi frente, sonriendo cuando peina mi flequillo.

Pasea un dedo por el puente de mi nariz, que arrugo ante su contacto, y termina en mis labios, hinchados por el beso que acabamos de darnos.

—Quédate detrás de mí —me pide, en un tono que admite réplica.

Asiento y dejo que salga primero.

—Vamos, Edgar —digo, empezando a tener la boca seca de la expectación—. Nos vamos a cazar demonios.

Rueda por la cama y se levanta despacio. Le ajusto las orejas del disfraz y le pellizco una mejilla, cada minuto que pasa más fofa y gris.

—Te prometo que haré lo mejor para ti, amigo. Cuando todo esto acabe, te haré libre de nuevo. Sea lo que sea lo que eso signifique.

No da muestras de entender lo que le digo, baja la cabeza y espera a que atraviere yo primero la puerta para seguir mis pasos.

Salimos a la calle por el pasadizo del portal. La vecina vuelve a colocar el cubo de basura tapando la puerta.

—Ahora escuchad —dice ajustándose el fular—. Entramos sin que nos vea, cogemos su bastón y lo partimos en dos. En cuanto su espíritu salga, invoco a la oscuridad para que le atrape. —Nos enseña una botella de whisky vacía—. Una vez dentro de ella, diré sus últimas palabras.

Me cruzo de brazos y ladeo la cabeza.

—¿Y qué pasará?

—El alma antinaturalmente inmortal de ese monstruo se consumirá por siempre. Cuando hayamos conseguido eso, debemos encontrar a ese infeliz de Hugo...

—¿Y? —pregunto con taquicardia. Creo que no me va a gustar lo que va a decir.

—Y le mataremos —concluye carraspeando.

—¿No le podemos salvar? Hugo es inocente —empiezo a decir con las palabras atascándoseme en la garganta—. No podemos matarle, Madame Ardelean. No podemos.

La mano de Gabriel en mi hombro pidiéndome que me calme. Me giro, y lo que me dicen sus ojos tampoco me gusta. Parece que soy la única que no había pensado que era inevitable. Bueno, no creo que Edgar haya estado meditando sobre ello.

—Mira, niña —suelta la bruja—. Aragán está dividido en dos partes. La primera se encuentra dentro del bastón, y la segunda, en Hugo. Si queremos

acabar con él debemos aniquilar ambas. ¿Lo entiendes?

El silencio de la calle, sin un alma. Tres cabezas que me miran esperando algo. Algo como que dé mi consentimiento para cometer un injusto asesinato.

—¿No podemos obligarle a que salga del cuerpo de Hugo? ¿No podemos matarle sin que tenga un cuerpo?

—No, niña. No se puede —niega con firmeza—. Es la única manera, te lo aseguro.

De repente la bombilla de mi flequillo se enciende. La señalo con el dedo acusándola.

—Has tenido ese bastón durante años sabiendo que era suyo —digo entrecerrando los ojos—. Lo has utilizado. Tú misma me has dicho que utilizabas su poder para mantener a raya a Aragán dentro de la petaca. ¡Tenías en tu poder tanto el bastón como a su espíritu encadenado! ¡Y nunca hiciste nada! —grito, perdiendo los nervios—. ¿Qué nos estás ocultando?

Gabriel se tensa a mi lado.

—No os he ocultado nada —asegura inclinándose hacia delante—. ¡Sabía que el bastón tenía poder, no que la parte de su alma que estaba buscando estaba encerrada dentro!

Suelto un bufido y me cruzo de brazos.

—Venga, por favor. No me mientas más —siseo haciendo aspavientos con las manos—. Ahora quieres que matemos a Hugo, y después a saber si también nos tendrás que matar a nosotros.

—¿Estás loca, niña? ¿A qué viene todo esto ahora? —pregunta lanzando rápidas miradas alrededor, como si le diera miedo que Aragán nos asaltase por la espalda.

—Nos ocultas algo, y hasta que no lo escupas, no me pienso mover.

—Yo tampoco —me secunda Gabriel, más tenso que un palo.

La mujer se lleva las manos a la cabeza desesperada.

—Os lo ruego —susurra—. No es el momento ni el lugar para discutir esto.

No sabía que se escondía en el bastón, como tampoco conocía sus últimas palabras. Ahora lo sé, y es ahora cuando tenemos que acabar con él.

Me muerdo el labio inferior. Busco apoyo en Gabriel, lanzándole una mirada interrogante. ¿Nos arriesgamos? ¿Confiamos en esta arpía? ¿Qué pasará cuando acabemos con Aragán, si es que lo conseguimos? ¿Seremos los siguientes?

—Mirad —suelta resuelta—. Sea como sea, me necesitáis. Solo yo puedo convocar a la oscuridad. Solo yo puedo encerrarle en esta botella.

—Yo también puedo —aclaro levantando el mentón—. Conozco el hechizo. Es el mismo que utilizamos contigo, por si lo has olvidado.

Da una patada en el suelo enfurecida.

—¡Ese triste conjuro no funciona con alguien tan poderoso como él! ¿Vamos a malgastar saliva discutiendo absurdos, o vamos a terminar lo que hemos empezado?

Empieza a caminar y desaparece al doblar la esquina, dejándonos atrás.

—Alana. No podemos confiar en ella —dice Gabriel despeinándose a manotazos—. Pero la necesitamos. No te separes de mí y todo irá bien. —Se aleja a zancadas.

El único que me espera es Edgar contemplando una polilla con interés.

—Regresemos a casa, Edgar.

Cruzo la plaza agazapada, con el zombi a mis espaldas. Tanto la bruja como Gabriel ya están en la puerta de la verja esperándome para entrar. Las piernas me flaquean al ver mi casa de nuevo. El tejado de pizarra gris saludándome desde lo alto, recordándome que solo él ha sido testigo de las atrocidades que seguro que se han cometido entre sus muros. Acaricio la verja de hierro un segundo y tomo aire, porque lo voy a necesitar.

Entramos en el jardín de puntillas. Todas las luces están apagadas, las cortinas cerradas, impidiéndonos ver qué pasa en el interior. Nos quedamos en silencio unos instantes pegados a la puerta de entrada. Aguzo el oído para ver si consigo escuchar algo. Unas pisadas, una respiración agitada... Nada. Solo oigo mi corazón, que late desbocado bajo mi pecho.

—Tranquila —vocaliza casi en silencio Gabriel. Debo de tener cara de loca desquiciada. Debo estar pálida, porque siento que me desmayo de un momento a otro.

La mujer me hace un gesto con la mano pidiéndome las llaves.

Las saco del escote con cuidado de que no suenen demasiado. Pero los nervios me traicionan y las dejo caer al suelo. Me quedo sin respiración, la bruja pone los ojos en blanco y Gabriel aprieta la mandíbula.

Me agacho con un puchero y las recojo. Se las tiendo sin mirarle a la cara, porque seguro que me está echando un mal de ojo ahora mismo. La introduce en la cerradura y gira. El inconfundible sonido del click me provoca taquicardia.

Nunca había tenido tanto miedo de regresar a casa. Ni cuando temía a Lili, ni cuando llegaba borracha por la noche, hace muchos años, y sabía que mi madre me estaba esperando con la zapatilla en la mano. Ni siquiera cuando

suspendí matemáticas, a pesar de que la pobre se había gastado todos sus ahorros en un profesor particular que no hacía más que quitarse el cerumen de los oídos con la tapa mordisqueada de un boli Bic.

La bruja empuja, y la puerta se abre poco a poco con un chirrido espelúznate. Gabriel me pasa un cuchillo, y lo empuño con un temblor que me comienza en el hombro, sigue por mi codo y llega hasta mis dedos. Sin saber por qué, meto la mano libre en mi escote y sujeto el colgante mágico. Es como si sentirlo entre mis dedos me infundiera valor, algo que me falta ahora mismo. No quiero que me vuelvan a clavar cucharillas en los muslos, ni que se los claven a Gabriel, ni a Edgar. Lo que le pase a la bruja me trae sin cuidado, pienso, mirándola con el ceño fruncido mientras se atreve a poner un pie dentro de la casa.

Me asomo despacio. La oscuridad me recibe como una cruel anfitriona.

Entrecierro los ojos y percibo las escaleras al fondo. Pero nada más. Ni un débil rayo de luna consigue atravesar el umbral para guiarnos.

—Seguidme —nos indica la bruja casi en silencio moviendo una mano.

Primero ella, después Gabriel, a pesar de que le niego varias veces con la cabeza, y después es mi turno. Nada más entrar, un pestazo me obliga a taparme la nariz. Retrocedo un paso y me choco con la barriga de Edgar, que no se separa de mi espalda.

En fila india, de puntillas, nos acercamos a la cocina. Abre la puerta despacio. Cada segundo en que los goznes protestan, voy cerrando más y más los ojos con la camiseta de Gabriel pegada a mi nariz.

Vamos entrando. La bruja enciende una vela, y gracias a ella, consigo comprobar el estado de mi querida cocina. El pestazo se va intensificando, y reprimo un gemido cuando veo en la encimera un cuchillo más largo que mi brazo. Me acerco despacio, hipnotizada por el brillo que desprende el filo.

Está manchada de sangre. Y no está seca, se podría decir que aún está caliente y brillante.

Me acerco a Gabriel y me escondo entre sus brazos.

—Tranquila —es lo único que se atreve a decirme. Pero los latidos acelerados de su corazón me indican que él no está precisamente lo que se dice tranquilo.

Le escucho tragar saliva. Giro la cabeza y veo una figura escondida entre las sombras. La bruja también la ve y corre a enfocarla con la llama de la vela. He de decir en su favor que su mano no tiembla cuando se acerca hasta ella con paso decidido.

Es un chico, y me resulta vagamente familiar. Tardo dos segundos en reconocerle. Es el pesado del tour de fantasmas. Está maniatado en una silla, con los ojos vendados y una cinta de carroceros en los labios. Se remueve inquieto y empieza a gemir asustado.

La vecina no se lo piensa dos veces, alarga la mano y le arranca la venda de los ojos. Los ojos del muchacho me asustan más que la propia escena, porque se abren hasta lo imposible y chillan sin tener voz. Empieza a menear la cabeza de un lado a otro, como queriendo decirnos algo.

—Te voy a quitar la venda de los labios —susurra la vecina—. Pero no puedes gritar ni hacer el menor ruido. ¿Lo has entendido?

El chico asiente enérgicamente gimiendo muy bajito. Se remueve intentando soltarse.

En cuanto la cinta de carroceros es arrancada de su boca empieza a gritar.

—¡Ayudadme, por favor! ¡Soltadme! —chilla histérico.

La bruja no se lo piensa dos veces, le mete tal guantazo que se le gira el cuello hacia un lado.

—¡Silencio! —le ordena.

—Por favor, os lo ruego... —suplica gimiendo, con un moco colgando—. Está loco. Va a volver, ayudadme. Ayudadme.

Me acerco con el cuchillo y empiezo a cortar la soga.

—Date prisa. No tardará —me azuza como si yo no estuviera también acojonada. El cuchillo se me resbala y me corto la palma de la mano.

—¡Me cago en la...! —me quejo, chupándome el corte. Al segundo tengo a Gabriel al lado, cuchillo en mano, serrando la soga con sorprendente rapidez.

En cuanto las cuerdas se sueltan, el chico nos enseña las manos, también atadas con cinta. De un solo corte queda liberado.

—¡Vámonos antes de que regrese! —grita histérico, corriendo hacia la puerta. La bruja se adelanta y la cierra en sus narices—. ¡Es un psicópata!

¡Déjame salir! —chilla, intentando pasar a través de la mujer, que está taponando la salida.

—Necesitamos que nos ayudes, muchacho —ordena tajante.

Va deslizándose hasta el suelo y se tapa la cara con las manos, llorando como un descosío. Con cada sollozo le tiemblan los hombros.

—Estáis locos. Todos —balbucea entre hipidos—. No deberíais haber venido. Está mal de la cabeza...

—Dinos dónde está —le ordena la bruja sin un mínimo de compasión.

Le zarandea, pero el pobre chico no hace más que mirar a todos lados con

una expresión de pánico absoluto y abrazarse las rodillas.

—Deja que se vaya —le digo a Madame Ardelean—. ¿No le ves? Está en estado de shock.

—Puede sernos de utilidad —niega la mujer.

—Sí, para delatar nuestra posición antes de tiempo —suelta Gabriel crujiéndose los nudillos.

—Pues nada, vete —sisea la bruja. El chico alza la cabeza, esperanzado—. Mucha suerte. La vas a necesitar si huyes tú solo.

La bruja va a abrir la puerta cuando el muchacho se agarra a su falda rumana.

—¡No me dejéis solo! ¡Me ha advertido que me encontrará si me atrevo a escapar! ¡Está como una cabra! ¡No hace más que untarme cosas raras por el cuerpo y hablar en una lengua extraña!

Un bufido de la mujer y un movimiento de la pierna hacen que el chico se suelte y caiga de espaldas al suelo.

—Mira, niño, estamos todos igual —sisea Madame Ardelean—. Así que tú mismo. Si te quedas, que sepas que vamos a matarle. Si te vas, nunca sabrás si en realidad lo hemos conseguido, por lo que te auguro noches en vela, terrores nocturnos y nunca, jamás, dejar de comprobar tras tu hombro que nadie te persigue.

El chico le mira embobado, moqueando y poniendo morritos.

—¡Vete ya! —grito cansada—. Huye, tú que puedes. No le hagas caso a esta bruja, que lo único que quiere es utilizarte de escudo humano.

—Yo me quedaría —comenta Gabriel apoyándose en la pared en pose chulesca.

—¡Vete! ¡Aprovecha que aún no ha llegado! —le insisto.

—Pues tendrá que tomarse Valium toda la vida —dice la bruja.

—Sí, tío —suelta Gabriel—. Quédate y ayúdanos. Así también te puedes vengar. ¿Te estaba untando aceite o algo así? Mira que si es un julandrón...

El chico no hace más que mirarnos, girando la cabeza cada vez que uno opina.

—¿Y él? —pregunta señalando a Edgar—. ¿No dice nada?

Pero pega un respingo cuando el zombi se gira con una cuchara sopera metida hasta el fondo por la nariz.

—Él no tiene criterio propio —explico, sacándole con una mueca de asco la puñetera cuchara—. Joder, Edgar, estate quietecito, que no es el momento para hacer tonterías.



Por desgracia no tenemos tiempo para seguir discutiendo, porque la puerta de entrada se abre de un portazo. Corro hacia Gabriel y me escondo en su pecho. Edgar da pasos tambaleantes y se pone en mi espalda custodiándome.

—Es él —susurra el chico temblando como un flan—. Ha vuelto. —Lloriquea, agarrándose otra vez a la falda de la mujer.

La vecina coge aire, y de un soplido apaga la vela, dejándonos de nuevo en una oscuridad total. Pero antes de eso se pone un dedo en los labios y nos ordena guardar silencio.

Se escuchan pasos acercándose, pero de repente cambian de rumbo, dirigiéndose hacia las escaleras y subiendo los peldaños hasta el primer piso.

—¿Hay alguien más en la casa? —le pregunta la mujer—. ¿Aparte de ti?

—Creo que ayer trajo a una chica, porque no hacía más que escuchar gritos arriba.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y se me instala en la nuca.

—Serás cobarde —murmura Gabriel—. Pensabas largarte y abandonarla a su suerte.

—Solo gritó un rato —explica despacio, paladeando cada palabra tan bajito que tengo que hacer un esfuerzo para escucharle—. Y después, dejó de gritar.

Cierro los ojos y pienso que ha sido una muy mala idea venir aquí. No estamos preparados para esto, joder. ¡Si voy armada con un triste cuchillo de cocina, de esos que se utilizan para cortar los filetes de pollo!

—Vamos —dice la vecina—. Debemos ir tras él.

—¡Estás loca! —gruño, con los dientes como una trituradora de lo mucho que me castañean—. Dios, necesitamos a Lili y a Ricardo. Soy estúpida, no tenía que haberlos dejado en ese crucero. Con lo bien que nos vendría ahora mismo su ayuda.

—Que eres estúpida ya lo sabemos —suelta Madame Ardelean.

—Cuidadito, bruja —responde Gabriel—. No te pases ni un pelo.

—¿Te está insultando? —pregunta el chico agarrado como una lapa a su falda—. ¿O es que eres una bruja de verdad?

—Sí, lo soy —refunfuña, intentando soltarse. No les veo, pero por los ruiditos que están haciendo, claramente luchan por la propiedad de la tela rumana—. Suéltame, niño. ¡Suéltame he dicho!

Abre la puerta despacio, y aunque apenas hace ruido, mi sensación es que está tirando fuegos artificiales y gritando a los cuatro vientos micrófono en mano que estamos aquí, y que hemos venido para matarle con cuchillos de

mantequilla.

Salimos al *hall* en fila india. El chico, rendido al fin ante la evidente muestra de indiferencia de la bruja, decide probar suerte conmigo. Así que se agarra a mi brazo e intenta sonreír.

—¿Qué tal? —me saluda muy bajito—. Me llamo Pablo.

—Y yo tu peor pesadilla como no cierres el pico —susurra Gabriel delante de mí, protegiéndome con su cuerpo.

Hago un amago de sonrisa e intento tranquilizarle dándole una rápida palmadita en la espalda.

—Este hombre raro se nos pega demasiado —se queja con la barriga de Edgar a un palmo.

—El único raro aquí eres tú, jodido friki —suelto molesta. Nadie se mete con mi zombi.

Llegamos hasta las escaleras tanteando la pared. Dios, nunca pensé que odiaría tantísimo mi propia casa. Ni cuando me di cuenta de que estaba embrujada, joder. Si salgo de esta, creo que no me va a valer pintar y cambiar las cortinas. Creo que jamás podré volver a pasar una noche aquí dentro.

—Seguidme —murmura la mujer, subiendo el primer escalón.

Nos disponemos a seguirla cuando una risa a nuestras espaldas nos sobresalta. Todos nos giramos y aprieto la mano de Gabriel.

—¡Pero qué tenemos aquí! —grita eufórico enfocándose el rostro con una de mis velas. Debería ser socia capitalista en la sociedad del cerumen.

Los ojos enardecidos, la boca torcida en una mueca macabra y siniestra. No es Hugo el que ven mis ojos. Es su cuerpo, son sus facciones, pero se ve totalmente transformado por la postura que nos muestra, por el brillo de un auténtico psicópata en sus velados ojos.

—¡Lo sabía! —se queja el chico a mi lado clavándome las uñas en el brazo—. ¡Tenía que haberme ido!

—Te lo dije —digo, sin apenas despegar los labios.

Saca algo de la espalda y nos lo muestra. Es el cuchillo gigante que estaba en la cocina. ¡Dios! ¿Por qué no lo cogí cuando estaba a tiempo?

—¿Quién quiere ser el primero? —pregunta en un tono que me provoca tal escalofrío en la espalda que por un segundo pienso que me he quedado tetrapléjica.

—¡Corred! —grita la bruja, ascendiendo los peldaños de dos en dos.

—¡Alana!

Gabriel se gira, coge mi brazo y tira de él con fuerza, prácticamente

llevándome en volandas escaleras arriba.

—¡Edgar! ¡Corre! —chillo cuando le veo al pobre ya muy cerca de Aragón subiendo torpemente las escaleras.

Atravesamos el pasillo a oscuras siguiendo los pasos de la bruja. Llegamos hasta el final y nos chocamos contra la pared.

—Estamos encerrados —murmura, secándose el sudor de la frente.

—¡Por aquí! —grito, señalando el baño.

—¡No... es mejor...! —está diciendo la bruja cuando es empujada sin remedio por todos nosotros.

Entramos prácticamente a la vez, algo casi imposible dadas las dimensiones del marco de la puerta. Edgar se acerca por el pasillo seguido de cerca por el maldito asesino. Podría cortarle en dos con ese cuchillo jamonero que tiene, pero parece que le gusta el juego del ratón y el gato, porque camina despacio, sin prisas, sabedor de que nos tiene donde quiere y que hará con nosotros lo que le plazca.

—Cierra la puerta —me ordena la bruja.

—Espera a Edgar —digo, con el corazón en un puño, con las pulsaciones a mil por hora, sin quitar la vista de esos rechonchos muslos embutidos en el disfraz de osito amoroso.

—¡Estás loca! —grita Pablo asomándose un segundo al pasillo—. ¡Que viene!

—No voy a abandonarle. Es mi zombi —murmuro, rezando para que el maldito Edgar mueva su orondo trasero con más gracia—. ¡Vamos, Edgar!

¡Vamos, bonito! —le llamo chasqueando los dedos.

Ay madre, que le pilla.

—¿Ha dicho zombi?

—¡Cállate! —gritan al unísono la bruja y Gabriel.

En el último segundo, justo cuando ya veía insertado en mi cráneo el filo de la hoja, Edgar entra y cerramos la puerta de un portazo. Echo el pestillo y me dejo caer en el suelo al lado de Gabriel.

—Perfecto. Estamos encerrados en la única estancia de donde no podemos escapar —maldice Madame Ardelean.

—Ahí hay una ventana —consigo decir entre jadeos.

—Por ese minúsculo cubículo no puedo pasar —explica muy seria.

—Pues no haberte comido tantos fantasmas —replica Gabriel.

—¿Perdona? —pregunta Pablo.

—¡Que te calles! —gritamos los tres.

Pum.

Un golpe nos hace enmudecer.

Pum. Pum.

Dos golpes. Menos mal que tengo el baño cerca, porque me estoy cagando.

Pum. Pum. Pum.

—Va a echar la puerta abajo —dice Gabriel, totalmente despeinado.

Aunque pretende parecer tranquilo y confiado, nadie en su sano juicio lo estaría en una situación así.

Pum. Pum. Pum. Pum.

—Aliiinaaaaa —canturrea Aragán al otro lado de la puerta—. Qué bien que hayas venido. Me has ahorrado el trabajo de tener que ir a buscarte.

Pum. Pum. Pum. Pum.

—Centrémonos —dice la mujer con la boca en un rictus extraño—. ¿Alguien ha visto el bastón?

Gabriel y yo nos encogemos de hombros.

Pum. Pum. Pum.

—Pues mira, no. No me ha dado tiempo a hacer un tour por la casa. Quizás si preguntamos a Pablo, que es especialista en ellos... —sugiero, apretándome más y más al pecho de Gabriel.

Pum. Pum. Pum.

—Si no encontramos el bastón moriremos en vano —dice Madame Ardelean.

Pum. Pum. Pum. Pum.

—No es una novedad para mí —contesto con la cabeza ida. En situaciones de estrés me da por evadirme de la realidad, qué le vamos a hacer. Ahora mismo, en mi mente enferma, estamos en una película cutre, donde Edgar es un payaso, yo una prostituta y la bruja una pitonisa venida a menos. Gabriel, por supuesto, es el apuesto caballero andante, y Pablo... un espontáneo. De los que suelen morir los primeros. Esos que prácticamente cobran como extras porque solo dicen unas cuantas frases sueltas.

Los goznes de la puerta se resienten. El marco se astilla.

—¡No quiero morir! —gimotea Pablo. En mi cabeza suma cincuenta euros por frase.

La bruja le suelta otro sopapo bien merecido y le zarandea por los hombros.

—¿Dónde está el bastón?

Pum. Pum. Pum.

—¿Qué bastón? —pregunta histérico, moviendo los ojos de la cara de la bruja a la puerta, que parece que se nos va a venir encima de un momento a otro.

—El bastón que siempre lleva consigo, ¡gilipollas! —escupe la mujer, fuera de sí. A mí me da por pensar gilipolleces, y a ella por dar rienda suelta a su agresividad hiriente.

—¡Pero si me tenía con los ojos vendados todo el día! —se queja ladeando la cabeza, huyendo del escrutinio de la bruja.

Madame Ardelean se da por vencida, soltándole y dejando que caiga al suelo como un muñeco de trapo.

Pum.

El marco se astilla por completo y nos saltan algunos trozos a la cara.

Pum.

La madera va venciéndose, agrietándose sin remedio.

—Tenemos que impedir que se nos venga abajo —nos indica Gabriel, empujando la puerta con su espalda.

Pum.

—Edgar, ponte ahí y no dejes que se abra —le ordeno mirándome las manos, que tiemblan ostensiblemente—. Dios, estoy ahora mismo como para robar panderetas.

Pum.

Nos unimos, cuerpo con cuerpo, resistiendo cada uno de las embestidas que arremete contra la madera.

—Como le dé por clavar el cuchillo —farfullo, con mis endebles piernas en tensión—. Nos ensarta como un pincho moruno.

Pum.

—Alana —dice Gabriel, rojo por el esfuerzo—. Cielo, deja de decir lo primero que te viene a la cabeza. Que me entra la risa y pierdo las fuerzas.

—Aliiinaaa —canturrea de nuevo haciendo que los pelos de los brazos se me pongan de punta—. ¿Recuerdas cómo chillaba tu hija? ¿Te acuerdas de cómo suplicaba clemencia tu esposo?

Miro un momento a la vecina, que cierra los ojos y aprieta la mandíbula.

Pum.

—Es que esto no tiene sentido —me quejo, cerrando los ojos con cada golpe que asesta—. ¿Qué coño vamos a hacer cuando consiga abrir la puerta?

Pum.

—Pues matarle. Eso es lo que tenemos que hacer —escupe Gabriel con

todas las venas del cuello hinchadas. ¿Se le pondrán así cuando le está dando al tema?

—No, insensato —suelta la bruja—. Primero el bastón, luego el cuerpo que habita. Si matamos a ese chico ahora, su espíritu ocupará el que tenga más a mano.

Los tres nos quedamos mirando a Pablo un segundo, haciendo que empuja también, cuando en realidad está con los ojos abiertos como platos, con la mirada perdida y la boca abierta.

—Me tenía que haber ido cuando tuve la oportunidad —se lamenta, soltando un chillido con cada golpe que nos sobresalta.

Pum.

—Vamos a tener que salir por la ventana —digo muy bajito, para que no me escuche Aragón al otro lado.

—Yo no puedo, mis caderas no son tan estrechas —repite la bruja.

—Pues las mías sí lo son —contesto elucubrando un plan en mi embotada mente estresada—. Salgo por la ventana y recorro la casa buscando el bastón aprovechando que está entretenido intentando echar la puerta abajo.

—Alana —me llama Gabriel—. Yo tampoco puedo pasar por ese ventanuco. La única lo suficientemente pequeña eres tú.

Pum.

—Pues voy yo sola —respondo, sorprendiéndome de mi repentino valor.

Pum.

—Ni de coña —niega Gabriel—. Ni lo pienses.

La puerta se viene abajo. Lo impiden Gabriel y Edgar, poniendo todas sus fuerzas en sujetarla.

—Si no lo hago, moriremos para nada.

Me alejo de la puerta y entro en la bañera descorriendo la cortina.

Pum.

—¡Alana! —grita Gabriel intentando alejarse de la puerta para ir tras de mí, pero sin dejar de empujar, porque se nos viene encima.

—Calla, o descubrirá el plan —le ordena la mujer.

—Por favor.

Pum.

—Te lo suplico —me pide con los ojos abnegados en lágrimas—. Me prometiste que no nos separaríamos.

Pum.

O me voy ya o la puerta se viene abajo sin conseguir lo que hemos venido

a buscar. Mi segunda parte del plan la mantengo en secreto, porque si la llego a verbalizar, Gabriel deja de empujar y me tira por la ventana para que salve la vida mientras ellos mueren.

Pum.

Y eso no lo voy a permitir.

—Te quiero —digo, justo antes de sacar la cabeza por el ventanuco. Le escucho gritar mi nombre, pero no hay tiempo.

Hay una distancia considerable hasta el suelo, pero eso no fue impedimento en el pasado, y tampoco lo será ahora. Me arrastro como puedo sacando el cuerpo por la estrecha ventana. Por suerte el alféizar es ancho y puedo tirarme de pie y no de cabeza. Tiro el cuchillo primero para recogerlo del suelo en cuanto me tire yo. Tomo aire, lo suelto despacio, cierro los ojos y me lanzo al vacío.

En cuanto mis pies tocan el suelo me hago una bola y ruedo intentando amortiguar el golpe. Pero para qué nos vamos a engañar, ha dolido.

Me levanto con lágrimas en los ojos y cojeando. Creo que me he dislocado un tobillo, porque veo las estrellas cada vez que lo apoyo. Como no me puedo permitir el lujo de hacerme la herida, cojeo por el lateral del jardín y llego hasta la puerta abierta.

—Joder —me quejo, guardándome el cuchillo en el bolsillo del vestido.

Entro despacio arrastrando el pie. Por un momento pienso en ponerme a cuatro patas y hacerme pasar por un perro, por si me encuentro con Aragón.

Pero ya no es ciego, así que desecho la ridícula idea. Voy hasta la biblioteca.

Utilizo la mesa como guía, justo en el centro de la sala. Apenas hay luz, tan solo la que entra por la puerta de entrada y que proviene de las farolas de la calle.

Regreso al *hall* y miro hacia arriba. Trago saliva. Tenía la esperanza de encontrar el bastón en la planta baja y facilitar las cosas. Pero no. Me va a tocar subir y pasar por delante de las narices de Aragón, habitación por habitación hasta encontrar el maldito bastón de los cojones.

Ahora sí que me pongo a cuatro patas, porque el tobillo me está matando.

Utilizo las manos y las rodillas para ascender y, a pesar de la situación, la parte más maruja de mi cerebro se escandaliza al comprobar que el muy guarro no ha pasado la aspiradora ni una sola vez, porque se me están pegando pelos y pelusas en las palmas de las manos.

—Dios —me quejo, limpiándome cada poco las manos en la tela del

vestido—, qué asco.

En el último escalón asomo un poquito la cabeza, enfocando al final del pasillo. Me vuelvo a agachar deprisa cuando distingo la figura de Aragón empujando con todas sus fuerzas la puerta. Vuelvo a asomarme y veo que el cuchillo está en el suelo, justo a sus pies.

Tomo aire, cierro los ojos y pienso que, o me muevo ya, o los que están dentro del baño morirán en pocos minutos.

Pum.

—¿En cuántos trozos quieres que te descuartice, Alina? —pregunta Aragón, distorsionando la voz de Hugo.

«Maldito psicópata», pienso, con un nudo en la garganta.

A cuatro patas, prácticamente arrastrándome, subo el último escalón y corro a pegarme a una de las paredes. Intento camuflarme entre la oscuridad, pero el menor ruido alertará al maldito. Así que como si fuera un gato que intenta cazar una mosca, me muevo con una lentitud pasmosa conteniendo la respiración, temiendo que los latidos de mi corazón me delaten de lo fuerte que resuenan en mi pecho. Las sienes me palpitan, las rodillas me tiemblan tanto que creo que en cualquier momento voy a perder la facultad motora y me quedaré tirada en el suelo sin apenas poder pestañear. Tendré que pedir una pajita para alimentarme justo antes de morir con un tenedor en el corazón.

Veó coger impulso a Aragón al final del pasillo y estrellarse contra la puerta. Cierro los ojos y me encojo en el suelo.

Pum.

«Venga, Alana», pienso llegando casi hasta mi habitación. Alargo una mano y compruebo que la puerta está entornada. Por suerte no tendré que levantar la mano para girar el pomo, tan solo colarme por el hueco que queda abierto.

—Pablo —dice Aragón estrellándose de nuevo contra la madera—. No deberías haberte ido con ellos, muchacho. Te cortaré en filetes si no sales ahora mismo.

Pum.

Un grito sale del interior del baño. Desde aquí distingo la voz de Pablo chillando como una nenaza. Pongo los ojos en blanco colándome en mi querida habitación.

La persiana está parcialmente abierta, así que puedo distinguir mi cama deshecha, las cortinas arrancadas, la jaula rota en una esquina y mis adorados vestidos tirados por el suelo como si fueran simples harapos.



—La madre que le parió —susurro, entrecerrando los ojos y agazapándose en el suelo.

En una esquina bañada por la luz de la luna hay una persona. Es una chica, por los generosos pechos que prácticamente me saludan escondidos bajo una camiseta. Tiene una bolsa de arpillera en la cabeza. Como el niño ese, creo que se llamaba Tomás, que no hacía más que jugar al escondite con una asustada Belén Rueda.

Me acerco despacio y recorro con la mirada el bulto que se encuentra ante mí. Está maniatada a una silla, tal y como estaba Pablo.

Si no me da un ataque al corazón ahora mismo, soy inmortal.

Me acerco sin sentir los labios, como si fuera flotando por el sucio suelo.

Me da un derrame cerebral. Porque desde aquí no puedo ver si la chica sigue viva, si respira aún. Pero cuando estoy a un palmo de ella reconozco sus zapatos. Tengo que llevarme una mano a la boca para no gritar.

Es Nerea.

Reconocería esos zapatos entre un millón. Me tuvo todo el santo día de compras, para terminar escogiendo los primeros que vio de la primera tienda en la que entramos.

Pero, por si me estoy precipitando en mis conclusiones, observo su ropa.

Esos vaqueros Levis también son suyos, rotos por las rodillas. La camiseta que lleva incluso me la he puesto yo en varias ocasiones.

Dios mío.

¿Qué hace aquí Nerea?

Me levanto con dificultad y me acerco sin hacer ruido. Mi corazón vuelve a latir cuando la escucho respirar. Sin previo aviso gira la cabeza hacia un lado.

Parece que ha sentido mi presencia.

—Nerea —susurro muy, muy bajito.

Se echa hacia atrás e intenta gritar. Tan solo me llegan una suerte de sonidos extraños, supongo que amortiguados por la mordaza y la bolsa que le tapa toda la cabeza.

Me mojo los labios histérica.

—Soy Alana. No hagas ruido, por favor.

Vuelve a girar la cabeza en mi dirección.

—¿Annnannna?

—Sí, soy yo —susurro, comprobando que nadie traspasa el umbral de la puerta—. Te voy a soltar, pero no hables ni te muevas, por lo que más quieras.

Aragán está al final del pasillo y nos puede oír Pum.

Mueve la cabeza de arriba abajo deprisa, nerviosa.

La mano me tiembla cuando le quito la bolsa de arpillera que tiene en la cabeza. Una maraña de cabellos rubios me asalta. Tengo que echarle toda la melena hacia atrás para poder ver sus ojos, abiertos hasta la extenuación. Un trozo de cinta de carrocero le tapa los labios.

Pum.

Dios, la puerta debe estar a punto de venirse abajo.

Antes de quitarle la cinta me llevo un dedo a los labios. Se revuelve nerviosa en la silla. De un solo tirón se la arranco, y cierro los ojos cuando veo que ha estado a punto de pegar un chillido monumental.

—Te acabo de hacer la depilación del bigote gratis —bromeo muy bajito.

Ale, ya se me ha ido la cabeza otra vez.

Obviamente no le hace ni pizca de gracia, tan solo levanta una ceja preguntándome en silencio si soy subnormal.

Saco el cuchillo del bolsillo y corro a cortar las cuerdas que la mantienen pegada a la silla. En cuanto caen al suelo se levanta como un resorte y se tira a mi brazos, lloriqueando casi en silencio.

Pum.

—He pasado tanto miedo —balbucea temblando de la cabeza a los pies—. Hugo está loco, en serio. No voy a volver a confiar en los hombres nunca más.

Pum.

—Escúchame con atención —digo, tirando de su cuerpo hacia abajo, ocultándonos a un lado de la cama—. Tienes que salir a gatas y bajar las escaleras agachada, para que no te vea Hugo. Sal por la puerta y vete corriendo sin mirar atrás.

Pum.

No creo que le quede mucho a la puerta.

Nuestros rostros están tan cerca que percibo su perfume. Tiene un ojo morado, la mejilla enrojecida y sangre en la nariz. El muy malnacido la ha golpeado, y como me llamo Alana que las pagará todas juntas.

—No te voy a dejar sola con él —susurra decidida—. Va a por ti, Alana.

Por eso me tendió una trampa anoche. Me ha dicho que te va a descuartizar.

Aprieto la mandíbula con fuerza.

Pum.

—¿Y Lucía? —pregunto observando con horror un corte que le llega desde

el codo hasta la muñeca.

—Está a salvo. Hugo no tiene su teléfono —me explica acelerada—. El mío sí —se lamenta, secándose una lágrima que desciende por su dañada mejilla—. Me llamó, Alana, y me dijo que quería verme.

—¿Qué te ha hecho? —siseo, cerrando los puños y clavándome las uñas en la piel.

Baja la cabeza y frunce los labios, conteniendo un gemido.

—Solo quería saber dónde estabas —me explica muy bajito—. Por supuesto no le he dicho que estabas en el pueblo con tu madre. —Ahora la que baja la cabeza soy yo. Joder, me paso media vida mintiendo, y la otra media a punto de morir—. Además, sabía que en cuanto se lo dijera, me mataría.

Pum.

—No nos queda tiempo —digo, mirando la puerta y sujetando sus manos—. Necesito que me digas, si es que lo sabes, dónde está un bastón. Uno que siempre lleva consigo.

Pienso que me va a decir que no, que no ha visto nada parecido. Pero sus ojos se iluminan, y por un segundo reconozco a mi querida amiga, tan vivaz como siempre.

—Está debajo de la cama. El maricón me ha cortado con él.

Por primera vez en lo que llevamos de noche siento que aún tenemos un atisbo de esperanza.

Pum.

Me agacho y alargó el brazo. Es sentir el tacto de su mango y mi corazón explota de anticipación y felicidad.

«Te tengo, asqueroso malnacido», pienso, sacando el bastón con una expresión triunfal en el rostro.

—Ahora vete. Huye —le ordeno con las manos alrededor del alargado objeto.

—Solo si tú vienes conmigo.

—No puedo dejar a mis amigos... Tengo que distraerle, Nerea. Aprovecha y huye.

—¿Qué amigos tienes tú que yo no conozca?

—Confía en mí, joder. Necesito un poco más de tiempo para acabar con él y salvarlos.

Me llevo una mano al flequillo desesperada. Tengo a Aragán tirando la puerta abajo, acabo de encontrar el maldito bastón, y ahora Nerea no quiere huir. ¡Dios! ¡La tiro por la ventana! ¡Es que la tiro!

De repente un golpe resuena en todo el pasillo.

Es la puerta.

Ha caído.

Los chillidos del tal Pablo me taladran los oídos.

—¡Yo quería quedarme! —dice el chaquetero—. ¡Han sido ellos los que me han obligado! ¡Les he pedido que me dejaran atado a la silla, y ni caso me han hecho!

Pongo los ojos en blanco. Empujo a Nerea, con el corazón a punto de saltar de mi pecho.

—¡Necesito que te vayas! ¡Ya!

—Has dicho que necesitabas distraerle —susurra a mi lado.

Voy a salir de la habitación con el bastón en la mano para llamar su atención, buscando ganar un poco de tiempo para que ellos puedan huir, cuando Nerea pasa por delante, me da un beso en la mejilla y me empuja al suelo.

Se planta en mitad del pasillo y se pone a chillar como cuando se pone pedo e intenta pegar a los puertas de las discotecas.

—¡Asqueroso lameculos! —grita con todas sus fuerzas—. Acabo de tirar tu bastoncito de los huevos por la ventana, y en cuanto lo coja, lo pienso vender por Wallapop.

No sé lo que hace Aragón al otro lado del pasillo, solo veo que Nerea pone cara de susto, da media vuelta y desaparece escaleras abajo. Al segundo siguiente Aragón corre tras ella pasando por delante de la puerta como un rayo.

«Corre, Nerea», pienso sufriendo por mi amiga. «Corre y no mires atrás».

Me levanto del suelo y me asomo. Ambos han salido al jardín, así que aprovecho para rescatar a los demás.

En cuanto aparezco por la puerta, Gabriel me señala con el cuchillo, la vecina con un puñal, y Pablo... Ay, Pablo, me dan ganas de volver a atarle en la silla. Encogido en un rincón como una cucaracha.

—¡El bastón! —grita la vecina.

No me da tiempo a decir nada cuando tengo a Gabriel rodeándome entre sus brazos.

—No vuelvas a separarte de mí —me pide, frunciendo el ceño—. Prométemelo.

Madame Ardelean se acerca y me quita el bastón de las manos.

—El tiempo apremia, muchachos.

—Tenemos que ayudar a Nerea —les digo, envuelta entre los brazos de Gabriel—. Seguro que ya la ha cogido.

—Tu amiga sabe cuidarse ella solita —suelta la bruja—. Rápido, debemos regresar a mi piso.

Me deshago de los brazos de Gabriel y me pongo en la puerta impidiéndoles el paso.

—Y una mierda. No voy a abandonarla.

Miro a la bruja. Tan solo tiene ojos para el bastón. Gabriel, pálido, inmóvil, sin saber qué hacer. Edgar en un rincón, a unos centímetros de Pablo, observando con interés las manos del chico. Parece que intenta hacer un nuevo amigo.

—¡Déjame! —se queja el chico—. Aléjate un poco...

No hay tiempo que perder. Como veo que nadie se interesa por el bienestar de mi querida amiga, doy media vuelta y atravieso el pasillo cojeando. El tobillo me duele demasiado. Estoy bajando las escaleras sin ver ni por dónde piso cuando Gabriel me alcanza.

—Vamos a encontrarla —dice adelantándome.

Salimos al jardín. El silencio de la noche nos arroja y amenaza con ahogarnos. Me olvido de que lo más inteligente en este caso sería ir con cautela.

—¡Nerea! ¡Nerea! —grito, saliendo a la calle. Recorro la plaza con la vista, con un nudo en la garganta que me impide respirar—. ¡Nerea! —gimoteo, con varias lágrimas descendiendo por mis mejillas.

Nada. Ni un ruido que corte el aire, tan denso que me cuesta inhalarlo.

Entrecierro los ojos mirando a la lejanía, donde la plaza termina y cruza una calle principal. Ni un alma que la recorra.

Una mano en mi espalda me intenta consolar. Me giro y dejo que me atrape entre sus brazos.

—La he perdido, Gabriel —me lamento con profundos sollozos.

Con taquicardia me libero y cojeo de nuevo lo más rápido que puedo, atravesando la plaza con las manos en el pecho. Al llegar a la esquina me giro de un lado a otro, intentando encontrarla en la lejanía de la calle principal.

Ha desaparecido. La muy tonta se ha esfumado.

Me dejo caer de rodillas en el asfalto cuando mi móvil comienza a vibrar.

Lo saco del bolsillo del vestido y miro la pantalla anonadada. Es ella. Es su nombre el que estoy leyendo. Contesto con manos temblorosas.

—¿Nerea?

—¡Alana!

Alzo la mirada y me levanto.

—Estoy bien, tranquila —me asegura al otro lado del auricular. El suspiro de alivio que doy me retumba en el pecho—. Le he despistado en la boca del metro.

—Gracias a Dios, Nerea. Pensaba que estabas muerta. ¿Cómo has conseguido el móvil?

—Sabes que siempre lo llevo en el escote. Hugo no se dio cuenta. No sé qué mierda pasa, pero voy a llamar a la policía —dice resuelta—. Y tú deberías salir cuanto antes de allí. ¿Me estás escuchando?

Me llevo la mano al flequillo. Gabriel se va acercando despacio con las manos en los bolsillos. Pero le conozco lo suficiente como para saber que bajo esa pose de aparente tranquilidad tiene todos los músculos en tensión, listo para atacar en cualquier momento. No hace más que recorrer la calle con la mirada esperando que Aragán aparezca de repente.

—Nerea, por favor. No lo vas a entender ahora mismo, pero te aseguro que la policía no puede hacer nada.

—Hay que denunciar a ese cabronazo.

—¡Escúchame, por Dios! Si llamas a la policía solo conseguirás que los mate —le explico despacio, intentando convencerla—. Te juro que hay otra forma, pero ahora mismo no te lo puedo explicar.

—Sal ahora mismo de ahí, Alana. Te cuelgo. Voy a llamarles.

Me quedo mirando la pantalla del móvil como una gilipollas. Lo que nos faltaba. Ahora tengo que preocuparme por más inocentes en peligro.

—¿Qué pasa? ¿Era Nerea? —quiere saber Gabriel sin mirarme. No quita la vista de las esquinas, atento a cada sutil movimiento. A cada hoja que mece el viento.

—Está a salvo. Dice que va a llamar a la policía.

Me muerdo el labio inferior, preocupada. Y cada vez más nerviosa, porque no sabemos dónde narices se ha metido Aragán.

—Tenemos que salir de aquí. Vamos.

Empezamos a andar, bueno, yo a cojear, cuando nos encontramos con los demás. Pablo parece que no tiene casa, porque no se va.

—Rápido —apremia Madame Ardelean guiándonos hasta su portal.

—¿No utilizamos la entrada secreta? —pregunto gimiendo con cada paso que doy. Voy sujeta por un lado de Gabriel y por el otro de Edgar. Pablo se queda en un segundo plano con la mirada perdida y masajeándose

compulsivamente las manos.

—No hay tiempo. —Escueta, empuja la puerta del portal y desaparece en el interior.

Subimos hasta el primer piso. Al lugar donde la conocí, donde intentó cortarme el cuello cuando rescaté a Ricardo. Con mis antiguos retratos apilados en el salón. Con la librería aún abierta, dejando el paso libre a las escaleras de caracol que marcan el camino hasta la sala secreta donde destrocé todo lo que se me puso por delante.

Una vez que nos reunimos todos en el salón, la vecina nos muestra el bastón con un brillo especial en los ojos.

—Por fin lo he recuperado —dice para sí. Levanta la cabeza y nos devuelve una mirada un tanto siniestra.

Estoy sentada encima de las rodillas de Gabriel, pero en cuanto la veo cambiar el semblante me levanto asustada.

—Madame Ardelean...

—Dime, niña —dice como ausente, recorriendo con los dedos la empuñadura.

—Debemos partirlo en dos para acabar con el espíritu de Aragón.

No me escucha. Tan solo lo contempla con algo parecido a la devoción. Me acerco hasta ella cojeando y le arranco el bastón de entre las manos.

Parpadea volviendo en sí.

—Es tan poderoso... —dice, llevándose las manos a la frente—. Pero sí, no nos desconcentremos.

Un carraspeo nos hace mirar en la dirección donde se encuentra Pablo, apoyado en un rincón.

—Deberías volver a tu casa —le digo, cruzándome de brazos—. Créeme, esto no va a ser agradable. Además, deben estar preocupados por ti.

—Hasta que no vea con mis propios ojos que ese loco no va a volver a por mí, no me pienso despegar de vosotros. Y no, comparto piso con dos estudiantes de intercambio que se pasan todo el día fumando porros en el salón —balbucea, haciéndose un ovillo en el suelo—. Creo que no me atrevo a dar ni dos pasos solo.

La mujer empieza a sacar cosas de un baúl escondido bajo la mesa.

Voy a ofrecerle mi ayuda cuando mi móvil vuelve a vibrar en el bolsillo. Es Nerea otra vez. Le enseño la pantalla a Gabriel un segundo antes de contestar.

—Nerea —digo con el corazón en un puño—. ¿Estás bien?

Una respiración entrecortada al otro lado me alerta tanto que me llevo la mano libre a la boca.

—Alana —dice al fin.

—Joder, qué susto me has dado.

—¿Dónde estás? —pregunta muy seria.

—Estamos en el portal de la plaza. Saliendo de mi casa, a mano izquierda.

En el primer piso —le explico deprisa por si necesita esconderse aquí con nosotros—. ¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?

Pero ya me ha colgado.

Me quedo mirando un segundo el móvil.

—Alana —me llama Gabriel, apoyado y con los brazos cruzados en el otro extremo de la habitación—. ¿Qué ocurre?

—Era Nerea. —Su expresión me pide más información—. Creo que viene hacia aquí —termino diciendo con un sabor extraño en la boca. De repente me he quedado sin saliva.

Pero Madame Ardelean me saca de mis pensamientos exigiendo la atención de todos nosotros.

—Apartaos del centro del salón —nos ordena, concentrada. Lleva un puñado de sal en la mano que va repartiendo con cuidado mientras forma un círculo justo delante de la librería abierta—. Sal para impedir que el espíritu de oscuridad escape —murmura cerrando el círculo.

Me acerco hasta Gabriel rodeando la línea de sal y entrelazamos nuestros dedos, demasiado asustados para hablar. Miro a mi izquierda y pillo a Edgar moviendo el pie con lentitud retirando un poco de sal, abriendo el círculo.

—¡Edgar! ¡Estate quieto!

El pie para a medio camino sin parpadear.

—¡A la esquina!

Da media vuelta y se pone mirando a la pared. Me da un poco de penita, hasta que le veo jugar con la tela de la cortina.

—Este hombre es muy raro —comenta Pablo mientras la vecina retoca el círculo allí donde Edgar lo ha abierto—. ¿Tiene alguna deficiencia mental?

Todos los que estamos en la sala, creo que incluyendo a Edgar, ponemos los ojos en blanco.

—Bien —murmura la vecina, obviando, como todos, el comentario de Pablo—. Ahora alejaos un poco, porque no sabemos lo que nos vamos a encontrar cuando rompa el bastón.

No nos hacemos de rogar. Vamos hasta la puerta, y desde allí, me sujeto al



fuerte y torneado brazo de Gabriel para no desmayarme. La vecina frente al círculo con las manos extendidas y sujetando el bastón como si fuera una sagrada ofrenda. Cierra los ojos y veo que pone todo su cuerpo en tensión. La cara comienza a enrojecerse, gruesos goterones empiezan a descender por sus sienes hinchadas. Hasta que de repente, vemos cómo el bastón se parte en dos liberando una especie de humo negro.

Me tapo la cara con las manos abriendo los dedos para no perderme detalle, por supuesto. A mi lado Gabriel me rodea los hombros con el brazo, apretándome bajo su pecho mientras respira agitado. Pablo empieza a andar hacia atrás hasta que se choca con el quicio de la puerta.

Madame Ardelean deja caer al suelo los restos del bastón y también retrocede unos pasos. El humo negro comienza a girar, intentando escapar del círculo. Por el momento parece que lo consigue retener dentro, pero me temo que no sea por mucho tiempo, ya que la vecina corre a destapar la botellita de cristal. La deja en el suelo con rapidez dentro del círculo. Retira rápidamente la mano cuando el humo intenta atrapar sus enjorjados dedos.

—Tenebris —comienza a decir moviendo sus manos en círculos, con las cuencas de los ojos dadas la vuelta—. Et beatos vos. Veni ad me, et capiunt impidium dicitans meam. Furatus fuerit essentia ejus in sempiternum.

Un sonido familiar, casi olvidado por mi mente consciente, comienza a formarse a nuestro alrededor. Es como si un enjambre de abejas asesinas estuviera cerca, listo para atacar. Gimoteo y escondo un segundo el rostro en el pecho de Gabriel, pero tengo que mirar, tengo que ver qué va a pasar.

—Pero qué... —balbucea Pablo a mis espaldas.

—Joder —masculla Gabriel—. Otra vez no.

Y como si de repente recordara una de mis peores pesadillas, el agujero de oscuridad aparece en una esquina. Justo donde está mi Edgar jugando distraído con las borlas de la cortina.

—¡Edgar! ¡Ven aquí! —grito, histérica, pensando que mi pobrecito será engullido sin remedio por esa mancha negra que se está haciendo más y más grande ante nuestros ojos.

El zombi se gira y mira al suelo con sus orejitas de oso meciéndose ante la fuerza que desprende la oscuridad, justo tras su espalda.

—¡Qué vengas! —repito moviendo una mano en mi dirección.

Da un paso, después otro, y claro, como no podía ser de otro modo, pisa un poco de sal y abre el círculo.

Los ojos de la vecina se le dan la vuelta y podemos volver a disfrutar de la

visión de sus pupilas negras.

—¡Estúpido! —sisea enfurecida.

No entiendo lo que pasa porque solo tengo ojos para mi Edgar, que casi se le está comiendo ya la cabeza la asquerosa oscuridad de los huevos, cuando comprendo que la he cagado de nuevo.

Porque el alma de Aragón, encerrada e impedida dentro del círculo, empieza a girar sobre sí misma y escapa por esa pequeña fisura, allí donde la sal ha sido desplazada.

Las manos de la vecina se mueven rápidas, enfocando a su presa. Y muy obediente, la mancha de oscuridad sigue a su objetivo por la habitación.

Edgar mueve sus regordetas piernas enfundadas en el disfraz y se esconde detrás de las espesas cortinas. Tan solo un bulto en el centro, fruto de su oronda barriga, podría revelar que hay algo tras ellas.

—¡Aaaaahhhh! —grito cuando el alma del psicópata viene hacia nosotros.

Nos tiramos al suelo y Gabriel protege mi cuerpo con el suyo.

Tanto el alma negra de Aragón como la mancha de oscuridad están sobre nuestras cabezas viviendo una lucha encarnizada. El zumbido de las abejas me obliga a taparme los oídos y entrecerrar los ojos. Miro un segundo a Pablo, encogido en el suelo, hecho un ovillo y maldiciendo el buen día en que decidí hacerse guía turístico.

—Esto no lo contempla el contrato —gimotea, temblando de pies a cabeza.

El calor que desprende el cuerpo de Gabriel a mi lado me infunde los ánimos suficientes para levantar la vista. Poco a poco, la mancha de oscuridad va engullendo el alma de Aragón, fundiéndose en un solo ente que, muy obediente, viaja por el techo a través del salón y se introduce en la botellita de cristal a los pies de la bruja. Ella se agacha y le pone el tapón mientras las volutas de humo negro chocan enfurecidas contra el cristal.

El silencio regresa. Denso, opaco. Tan solo nuestras respiraciones agitadas lo enturbian creando una atmósfera de tensión contenida. Me levanto despacio, temblando, con el tobillo hinchado y dolorido. Me fundo en un abrazo con Gabriel, encajando nuestros cuerpos a la perfección.

—Ya está, pequeña —me susurra al oído entre los desordenados mechones de mi pelo—. Ha acabado.

Abro los ojos y contengo la respiración.

«Ojalá», pienso, con el corazón encogido. Aún nos queda encontrar el cuerpo de Hugo con la otra mitad de Aragón en su interior, y... Bueno, tal y como dijo la vecina... Me estremezco de solo pensarlo. No seré yo quien le

mate, porque ya he visto demasiada sangre, demasiado dolor y violencia. No podría vivir tranquila el resto de mi vida pensando que soy una asesina.

Me separo un poco y dejo caer una lágrima.

—Aún no. —Acerca la mano y seca mi mejilla con dulzura, ladeando la cabeza.

En mis ojos lee el dolor, la angustia que me está dejando sin respiración.

Esa duda que se refleja en mi alma. Esa pregunta que no sé qué respuesta tendrá.

¿Cuándo acabará todo esto?

—En efecto —dice Madame Ardelean, lanzándonos una sonrisa triste—. Aragón sigue por la ciudad. Esto solo es el principio.

Y sin previo aviso, levanta la botella y se traga el contenido. Abro tanto los ojos que pienso que después tendré que recogerlos del suelo. Gabriel suelta una palabrota desde el fondo de la garganta y Pablo, algo ausente, y creo que aún en estado de shock, da dos pasos atrás y se cae de culo.

—¿Qué has hecho? —pregunto horrorizada—. ¿Por qué?

Empieza a convulsionar, se deja caer de rodillas y se sujeta el estómago con una mueca de dolor en su extraño rostro rumano. Gorgojea en una muda súplica, inclinándose hacia delante, retorciéndose con sufrimiento.

Me acerco hasta ella cojeando y me siento a su lado con una mano en su espalda.

—¿Vecina? ¿Madame Ardelean? —Levanta la cabeza y me coge con fuerza del brazo. Sus globos oculares se han teñido por completo de negro azabache, perdido todo rastro de humanidad. Su boca se levanta en una mueca extraña y desagradable.

Gabriel da un paso adelante y extiende su mano preocupado.

—Alana —me llama muy serio—. Ven aquí, aléjate de ella.

Niego con la cabeza. Hemos llegado muy lejos para terminar así. No entiendo qué le ha impulsado a tragarse la maldita mitad del alma de Aragón, pero no lo está pasando especialmente bien por cómo gruñe de dolor a mi lado.

—Madame Ardelean...

Su cabeza se levanta y, en un rápido y brusco movimiento, arquea la espalda arrastrándome con ella. Caigo de lado y me echo hacia atrás mientras su cuerpo se retuerce enloquecido. Abre la boca y comienza a chillar. Gabriel no tarda ni dos segundos en ponerse a mi lado y tirar de mi brazo.

—Nunca me importó la muerte —empieza a decir Madame Ardelean en

una mueca extraña rugiendo desde el fondo de su garganta—, puesto que siempre ha sido mi compañera más fiel.

Y como si todo sucediera en cámara lenta, saca un puñal bajo su falda, lo levanta por encima de su cabeza y se lo clava en el corazón.

Pego un grito y me tapo la boca con las manos.

Dios mío.

No puede ser.

La sangre comienza a salpicar el suelo. Es negra. Tan negra como sus ojos, que poco a poco empiezan a tener el aspecto normal. Cae de espaldas con los miembros desmadejados, me libero del abrazo protector de Gabriel y me arrodillo a su vera, sujetando sus manos frías como témpanos.

—Vecina. —Una lágrima tras otra comienzan a empañarme la vista. Me las secaría a manotazos, pero no quiero soltarla, no cuando se está muriendo a mi lado, joder—. ¿Por qué?

Una débil sonrisa cruza su semblante contraído. Los espasmos se van suavizando, pero cuando veo que le comienza a salir sangre negra por la comisura del labio, sé que todo ha acabado para ella.

—Era necesario, niña —me explica entre estertores—. Era la única manera.

Contengo un sollozo y niego con la cabeza.

—No nos puedes abandonar. Aragán sigue ahí fuera.

Ladea el rostro y enfoca. Me traspasa con su mirada. Aún en su lecho de muerte es capaz de intimidarme.

—Lo más difícil ya se ha hecho —asegura, tosiendo bruscamente. Aprieta sus manos con las mías y me infunde valor—. Solo queda matar al cuerpo que habita, y todo habrá acabado por fin. Recuerda, debes pronunciar las últimas palabras de ese engendro justo antes de que muera.

Cierra los ojos y me inclino sobre su pecho. Sus manos ya no ejercen presión, han perdido la fuerza. Pero de repente los abre de nuevo haciendo que contenga el aliento.

—En el bolsillo de mi falda está la pluma negra —dice con claras dificultades. La mirada le va y viene, confusa entre el mundo de los vivos y de los muertos—. Se la tendrás que entregar al gitano, tal y como prometí.

—Enséñame cómo y te curaré —suplico, recordando la magia tan especial que posee.

Niega despacio, con la barbilla llena de sangre oscura.

—Hace muchos años que ya no tiene poder sobre mí, querida —se lamenta

con un amago de sonrisa—. El precio a pagar ha sido alto, pero por fin puedo descansar con la conciencia tranquila.

Levanta la vista al techo. Su cuerpo tirado sobre el suelo del salón bañado en una mancha negra que va ganando terreno. La falda manchada y arrugada sobre sus rodillas hinchadas. Sus ojos buscando lo que parece que es una muerte por mucho tiempo anhelada.

Me dirige una última mirada cargada de determinación.

—Termina mi venganza, Alana. Termina con mi condena y por siempre te estaré agradecida. Ahora me encontraré con mi hija, por fin, después de tanto tiempo —susurra con la voz rota, dando su último aliento.

—¡No! —lloriqueo encima de su pecho manchándome las manos—. ¡No nos abandones!

Siento unas manos que tironean de mi cuerpo, pero me deshago de ellas y sigo llorando.

No es justo. No puede morir ahora. No es justo, porque el peso de la responsabilidad cae sobre nuestras inexpertas espaldas y nos obliga a enfrentarnos a algo que está muy por encima de todos nosotros.

Solo ella fue capaz de encerrarle.

Y solo ella era capaz de matarle.

Pero se ha ido, ya no está.

—¡Maldita bruja! —grito, golpeando el suelo—. ¡Nos abandonas cuando más te necesitamos! ¡Hicimos un trato! ¡Lo prometiste!

—Alana —susurra Gabriel de rodillas, intentando consolarme—. Tenía que hacerlo, lo ha dicho —me recuerda con suavidad.

—¡Y una mierda! ¡Es una cobarde! ¡Nos ha abandonado! —escupo fuera de sí—. Seguro que habría otra forma... —gimo, sorprendiéndome de lo mucho que me duele su partida—. Seguro que esto no era necesario...

—Ya está, pequeña. Ya está —repite, acariciándome el cabello.

Contemplo un segundo mis manos. Tan negras como nuestro destino. Tan brillantes como sus ojos, sedientos de sangre.

## Capítulo quince

—Ricardo, tenemos que salir de aquí —suplico, totalmente atemorizada.

Él no me hace caso, ni siquiera me escucha, va dando grandes zancadas tras la mujer.

Entramos en una habitación. Los golpes y los gritos de un hombre retumban en las paredes torcidas. Por lo visto se ha quedado encerrado en el baño y no consigue salir.

—Tenéis que ayudarle —gimotea la mujer, con las manos tapándose el rostro.

Mi esposo no se lo piensa dos veces, mira a su alrededor y arranca una de las tablillas de madera que decoran las paredes. Intenta hacer palanca con ella, pero se parte al segundo intento. Lo tira al suelo claramente frustrado.

—Necesitaremos algo de hierro —murmura bajo la presión de los gritos del hombre.

Voy hasta la cama de matrimonio y veo que el cabecero está hecho de algo metálico. Tiro de uno de los pesados barrotes y lo saco. Se lo muestro a Ricardo, que me sonrío complacido.

—Esto servirá.

Lo intenta de nuevo mientras el suelo se va inclinando más y más bajo nuestros pies. Desesperado, termina dándole golpes al pestillo, haciendo alarde de una fuerza increíble mientras se le contrae el rostro del esfuerzo. Y cuando pienso que no lo va a conseguir, el pomo salta por los aires.

—¡Eugenio! —grita la mujer—. ¡Ya te sacamos!

Ricardo empieza a empujar la puerta con el hombro, cada vez con más ímpetu, hasta que la madera cede y se abre. Al otro lado, un hombre de mediana edad, asustado y aliviado al mismo tiempo, nos recibe con una sonrisa forzada y corre a encontrarse con los brazos de su mujer.

—¡Vamos! ¡Salgamos de aquí!

Y sin despedirse siquiera, tan solo un vertiginoso «gracias» a mi esposo, salen huyendo por la puerta del camarote sin mirar atrás.

—¡Lili! ¡Corre!

Ricardo tira de mi mano para que huyamos también, pero de repente el suelo se inclina más aún y la puerta del camarote se cierra ante nuestras

narices. Las paredes crujen y se astillan ante nuestros ojos.

—Esposo mío, esto es una pesadilla.

El barco se va hundiendo sin remedio poco a poco, pero puedo apreciar que a cada minuto que pasa estamos más cerca del agua. Me asomo al ovalado cristal y veo que los pisos inferiores ya están sumergidos.

—Debemos escapar de esta habitación —asegura Ricardo, intentando forzar la puerta.

Me siento en la cama y aprieto las manos. Algunos gritos ahogados llegan hasta mis oídos, camuflados entre las paredes y el aire, pero desgarradores al fin y al cabo.

—Ven, amor mío —susurro temblando.

Se da la vuelta con el rostro desencajado y se acerca a mi encuentro. Nos tumbamos en la cama, uno al lado del otro con las manos entrelazadas mientras vemos cómo el agua va entrando poco a poco en el camarote.

Y cuando se comienzan a humedecer las sábanas de la cama, cierro los ojos para no llorar. El camarote se inunda por completo, y cuando los pulmones de mi cuerpo prestado protestan, lo abandono para no sufrir más. Ricardo hace lo mismo al ver mi verdadero cuerpo fantasmal flotando a su lado. Nos reencontramos en la oscuridad y nos abrazamos.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —le pregunto, atemorizada.

—Esperaremos a que descienda del todo y lo convertiremos en nuestro nuevo hogar —dice decidido.

Me muerdo el labio con pesar. No nos quedan más opciones. Quizás podamos salir si algún buceador experimentado desciende para recoger objetos. Podríamos meternos en uno de ellos y escapar. Pero, ¿quién nos asegura que eso vaya a ocurrir?

Mi último pensamiento antes de que el barco se hunda y toque la mullida arena es para mi querida amiga.

Alana, ¿en qué maldito momento te pareció una buena idea mandarnos a través del océano?

## Capítulo dieciséis Me intento levantar, pero siento las piernas tan entumecidas que necesito a Gabriel para que me alce.

—Shhhh —me mece, aspirando mi dolor—. Ya está, ya está —repite como en un mantra. Mis ojos no dejan de contemplar la escena. El cuerpo moribundo de Madame Ardelean bañado en una sangre tan negra como la oscuridad que la obedecía.

—Chicos... —empieza a decir Pablo, tan pálido como uno de mis queridos amigos fantasmas. Da un paso atrás, pone los ojos en blanco y se desmaya.

—Joder —masculla Gabriel, haciéndome cosquillas en la mejilla con su barba de tres días.

Me separo un poco y le miro.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunto en un suspiro.

Se encoge de hombros y frunce el ceño.

—No lo sé, nena. Pero algo tenemos que hacer para acabar con esta mierda.

Solo de pensar en que tenemos que matar a Hugo se me revuelve el estómago. Una cosa es ver un asesinato, otra muy distinta es empuñar tú el arma que lo comete.

—No puedo —gimoteo, negando con la cabeza, dejando que mi flequillo me tape los ojos enrojecidos.

Posa una mano en mi cabeza con suavidad.

—Déjame eso a mí. —Y me suena a promesa, pero mal entendida. Si yo no quiero ser una asesina, tampoco deseo que lo sea él por mí. Sí, será a Aragón a quien en realidad estemos matando, pero no deja de ser el cuerpo de Hugo.

Un gruñido y vemos que Pablo está volviendo en sí. Se apoya en el marco de la puerta del salón levantándose despacio, mareado. Se toca la frente con una expresión de aturdimiento en el rostro, cuando escuchamos pasos por el pasillo.

Me muerdo el interior del carrillo. No puede ser él. No sabe dónde estamos.

Gabriel saca el cuchillo y lo sujeta con fuerza. Compruebo que Edgar



sigue escondido tras la tupida cortina, como si nada de esto fuera con él. Como si tan solo formara parte del decorado de esta burda historia.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Pablo, tapando la entrada al salón.

Y de repente, un enorme cuchillo le atraviesa desde la espalda. El filo asoma por su estómago, y de un solo movimiento, quien quiera que esté tras él lo extrae con rabia.

Pego un grito extraño, como si lo hubiera lanzado hacia dentro de mi garganta. Gabriel gruñe y me empuja hasta su espalda alzando el triste cuchillo, como si pudiera salvarnos de lo que nos espera.

Pablo no llega a ser consciente de lo que le ha pasado. Contempla con horror la herida, toca un poco de sangre como si necesitara comprobar con sus propias manos que es real, que no es un estúpido sueño, y cae hacia delante sin emitir sonido alguno. Antes de tocar el suelo está muerto. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

Y pierdo varios latidos cuando la persona que aparece tras la caída de Pablo es mi amiga.

Nerea.

Blandiendo el cuchillo y sonriendo como una auténtica psicópata. Pisa la espalda de Pablo sin miramientos y se acerca lentamente, señalándonos con el filo manchado de sangre.

Me quedo sin respiración. La cabeza se me va. El corazón no me responde, parece que ha decidido abandonarme también.

—No... —empiezo a gimotear cuando reconozco las expresiones de Aragón en el rostro de una de mis mejores amigas—. ¡No! ¡No! ¡Nerea! ¡No!

Se acerca impasible blandiendo el enorme cuchillo ante nosotros. Pero la sonrisa se le borra cuando ve el cuerpo de la bruja a nuestro lado y el bastón partido en dos dentro del círculo de sal deshecho.

—¿Qué habéis hecho? —pregunta distorsionando la voz de mi amiga mientras contempla la botellita vacía en el suelo—. ¡Qué habéis hecho!

Gabriel se incorpora todo lo alto que es y se pone en una postura defensiva, alejándose con uno de sus brazos.

—Tu alma ya no está entre nosotros —dice altivo, como intentando provocarle—. Hemos acabado con ella.

Los ojos de Nerea se transforman dejando a un lado el último atisbo de mi amiga. Ahora ya no son azules siquiera, sino que se han tornado tan rojos como el fuego.

—Lamentaréis este día. No vais a disfrutar de una muerte tan rápida como

la de él —nos amenaza señalando un segundo a Pablo—. Os voy a desangrar despacio, cortando poco a poco cada parte de vuestro cuerpo. Os sacaré la piel mientras suplicáis la dulce muerte, pero no llegará. No será hoy ni mañana, cerdos mortales.

Una profunda arcada me sobreviene. No lo soporto más. No puedo más.

Las rodillas me flaquean, ya ni siquiera siento las manos.

—Tú serás la que más chillará, escoria lastimera —dice, señalándome con el cuchillo. Sé que es Aragán, pero también es mi amiga la que me está amenazando. La que ha dejado de ser ella.

—No te atrevas a tocarla —gruñe Gabriel entre dientes.

Todo mi mundo se viene abajo y yo con él, porque me doblo por la mitad y lucho por mantener los ojos abiertos. Empiezo a hiperventilar siendo consciente de que no vamos a salir de esta. No lo conseguiremos. Hemos tenido mucha suerte hasta ahora, pero de tanto usarla se nos ha agotado.

—Entrégame a esa ramera y te mataré deprisa. Nada tengo contra ti —dice mi amiga, escupiendo a un lado.

—Y una mierda —masculla Gabriel—. Ven a por mí si te atreves.

Se acerca con pasos decididos, y con una fuerza sobrehumana empuja y tira a Gabriel a un lado. Se golpea la cabeza con el pico de la librería y cae inconsciente al suelo.

—¡Gabriel!

No me da tiempo a correr en su ayuda cuando me sujeta con fuerza por el cuello. Mis pies se van levantando del suelo mientras lucho por soltarme de sus garras. La respiración se me escapa de entre sus dedos, que siento como bloques de hormigón presionándome las cuerdas vocales. Aprieta más y más mientras lucho por respirar.

—Ahhhh. —Es lo que escucho cada vez que intento coger aire. Los pitidos de los oídos me indican que me queda poco para perder el conocimiento. Y después, todo acabará.

—Me vas a decir qué has hecho con la bruja. Era mía. Debía ser yo quien le arrancara el corazón —sisea, con los ojos más rojos que el infierno—. Y me vas a explicar qué ha pasado con mi bastón.

Me deja caer al suelo abriendo su mano de repente.

En cuanto me libera llevo las manos a mi dolorido cuello. Abro la boca e intento coger aire, pero me ha presionado tanto la garganta que creo que me ha roto algo por dentro. No me da tiempo a arrastrarme hasta Gabriel cuando me propina una fuerte patada en el estómago.

—¡Habla! ¡Sucia ramera!

Otra patada en la boca que hace que una explosión de dolor me lacere todo el rostro. El labio me comienza a palpar, hinchándoseme por segundos.

Escupo un poco de sangre al suelo y la miro de medio lado.

—Ella... —intento decir con la garganta rasposa—. Ha sido ella sola. Se ha quitado la vida.

—Mientes.

Otra patada, esta vez en el pecho. Los pulmones me arden y la cabeza comienza a darme vueltas.

—Se ha quitado la vida —suelto entre convulsiones—, para acabar con la parte de tu alma escondida en el bastón. —Toso sangre. Creo que me ha partido un diente—. Ya no eres nadie, Aragán. Vuelves a ser mortal.

—Eso es imposible —afirma la cruel voz a través de los labios de mi amiga. A pesar del miedo, del dolor y de la angustia que siento, aún me queda una parte reservada para llorar por Nerea. Y la rabia me invade, un odio tan ciego e inconsciente que nada me importa ya.

Me obligo a sonreír. Quiero ver el miedo en sus ojos, la certeza de que quizás no yo, pero seguramente Gabriel, consiga acabar con su vida de una vez por todas.

—Nunca me importó la muerte —escupo, saboreando cada palabra—, puesto que siempre ha sido mi compañera más fiel.

—¿Cómo? —comienza a preguntar, comprendiendo poco a poco—. ¡Cómo! —chilla histérica levantando el cuchillo para asestarme el golpe final.

Cierro los ojos y me encojo en el suelo. Aprieto los labios y sollozo solo un instante. Mi último pensamiento es para él. Supongo que lo supe desde el primer momento en el que le vi. Siempre lo he sabido.

«Gabriel», pienso, justo cuando está bajando el filo ensangrentado hasta mi endeble cuerpo tembloroso.

Pero es otro el que recibe el embiste por mí.

Abro los ojos y me estremezco cuando le veo con el gigantesco filo del cuchillo atravesado en el pecho.

—Alana... —dice en un suspiro.

—¡Gabriel! —chillo, tirándome entre sus brazos.

Aún está con vida. Respira con dificultad mirando un segundo la enorme herida del pecho. Su sangre no es negra como la de bruja, es igual que la mía.

Podría jurar que es mi cuerpo es que se muere junto al suyo, y que le estoy prestando un poco de mi sangre para acabar cuanto antes.

—Shhhh —dice, intentando sonreír. Alarga el brazo y me toca un segundo el flequillo—. No pasa nada, pequeña. Estoy bien...

—No... ¡No! —gimoteo, abrazándome a su pecho, que poco a poco va relajándose—. Por favor —suplico con horror—. No me dejes, mi amor. No te vayas.

Pero su mirada está más velada cada segundo que pasa. Aunque lucha por enfocar, aunque intenta retenerme entre sus manos, la muerte va tirando del hilo de su vida con más celeridad de la que me gustaría.

—Huye, Alana —susurra entre estertores.

Niego con la cabeza. No lloro. No aparece ni una lágrima. Estoy tan absolutamente destrozada que he muerto por dentro.

—La pluma —digo de repente. Miro al cadáver de la vecina a un lado—. Pero no sé usarla... —gimoteo desesperada.

Apoyo la cabeza en su pecho y rezo porque esto no esté pasando. No puede estar pasando. No es real. No puede existir un mundo en el que pase algo así.

Algo tan injusto, tan cruel.

—Al final nos separamos, pero no te preocupes, mi amor —dice con los ojos cerrados—. Te esperaré para que nos volvamos a ver dentro de mucho tiempo. Huye. Por mí.

Y deja caer el rostro a un lado.

—¡Gabriel! —grito, destrozándome lo que me queda de garganta, sujetando su nuca, intentando que reviva, que me diga que es una broma, que no ha muerto de verdad.

Me habría quedado mil vidas llorando su muerte, pero hasta eso me lo quita Aragán. Porque desde la boca de Nerea comienza a reír a carcajadas, apoyada en la librería.

—¡Monstruo! —suelto, rota, destrozada y hundida—. ¡Te odio! ¡Te odio!

Suelta una última carcajada y se inclina, comenzando a caminar en mi dirección.

—Él ha sido más listo que tú, eso es todo —se atreve a decir señalando con repulsión el cuerpo que sujeto—. Se ha adelantado para acabar cuanto antes y no sufrir. Pero para tu desgracia, no va a ser tan rápido contigo.

Me inclino y beso sus dulces y salados labios una última vez. Mis lágrimas le golpean el rostro, los párpados con esas pestañas rubias, casi transparentes.

La nariz recta, las cejas salpicadas con alguna que otra cicatriz. Paseo mis dedos manchados de la sangre oscura de la vecina entre su dorado pelo

ensortijado, revolviéndoselo como sé que tanto le gusta hacer cuando está nervioso o preocupado. Dejo la mente en blanco un segundo al rozar su mentón que me araña con su barba de tres días. Intento entrelazar sus dedos con los míos, pero Nerea se acerca y me arrastra hasta un lado con violencia, alejándome de él.

El vacío que tengo en el pecho me asfixia, me hunde en un pozo de angustia demasiado profundo como para encontrar la salida.

Me levanto despacio pensando que ya nada me importa. Si él no está, nada tiene sentido. Me encojo de pesar al ver el rostro de mi amiga ensombrecido por tal bestia, y vuelvo a soltar una lágrima por ella también. Pero entonces pienso en Lucía, en mi madre. Y el temor a que les pase algo me encoge el estómago.

—Acaba de una vez, y púdrete en el infierno —digo sin fuerzas para luchar. Sin ganas. Cierro los ojos y rezo para que alguien más fuerte y con más suerte que yo pueda terminar lo que Alina, Gabriel y yo hemos empezado. Debo convencerme de que hemos hecho todo lo que hemos podido y que, al final, habrá merecido la pena. También me vienen a la mente, en el último segundo antes de abandonarme a la muerte, mis grandes amigos fantasmas.

«Perdóname Lili», pienso con un sollozo. «Perdóname, Ricardo». Ya no podré recogerlos en el puerto en unos días.

Nerea se acerca blandiendo el cuchillo. A pesar de todo me sigue costando creer que ya no es ella, que no la podré encontrar bajo esa capa de odio y locura que transforman su rostro. Esas facciones que tanto conozco se me antojan extrañas. Ya no la reconozco cuando la miro a los ojos. Y termino de asumir que a mi larga lista de perdidos, debo sumar el nombre de Nerea. Pase lo que pase, jamás regresará tampoco.

—¿Qué prefieres? —pregunta, ladeando el rostro a un lado—. ¿Que te saque primero los ojos o que te corte la lengua?

Voy andando hacia atrás hasta que mi espalda choca con la librería.

—Que te jodan —consigo decir, a pesar de que estoy temblando de la cabeza a los pies. Miro un segundo a Gabriel tirado en el suelo y cubierto de sangre. Su dolor me insufla fuerzas para odiar. Fuerzas para vengarme—. ¿Que te jodan!

Se carcajea echando la cabeza hacia atrás.

—Es lo mismo que me decía la necia de tu amiga cada vez que la cortaba con el filo del bastón —suelta con una mueca cruel—. Debo reconocer que tenéis valor, pero eso no la salvó, como tampoco te va a salvar a ti.

—Ya estás muerto —afirmo, deseando que en realidad sea así—. Ya no eres inmortal. Es solo cuestión de tiempo.

—Encontraré la manera, escoria —me asegura, tocando el afilado cuchillo y cortándose un dedo. Lame la sangre que brota de él y sonrío—. Habéis fracasado.

De un solo movimiento blande el cuchillo y da un salto hacia delante cortándome en un brazo. Gimo y me toco la herida.

—¿Te ha gustado? —pregunta con una sonrisa macabra—. Ha sido solo una caricia. Vas a sufrir los peores tormentos. Tendré que conformarme contigo y poner en práctica todas las torturas que tenía pensadas para la puta de la bruja.

Otra estocada y me corta en una pierna. Pego un chillido que traspasa las paredes. Este ha sido, me temo, mucho más profundo que el anterior, porque me hace caer al suelo. Me arde, me quema.

—Ahora los ojos —promete acercándose más—. En mi primera vida fui invidente, y te aseguro que eso me ayudó a desarrollar el resto de mis sentidos. Tú no tendrás tiempo para eso. Pero te prometo que el dolor será mayor cuando te falten las cuencas.

Alzo la mirada perdida toda esperanza. Ahora entiendo cuando la gente quiere morir rápido. Ahora desearía un disparo en el corazón, una estocada certera. Miro a mi alrededor desesperada, buscando algo con lo que poder terminar yo misma, antes de que este malnacido lleve a cabo todas sus macabras promesas.

Pero, sin previo aviso, Edgar aparece por detrás de Nerea, la alza en vilo y la estampa contra la pared.

—¡Edgar! ¡Huye! —grito desesperada, tirándome de nuevo al lado de Gabriel. No le abandonaré. Me quedaré junto a su cuerpo, aún caliente, hasta que todo esto acabe. Le quito su cuchillo y me humedezco los labios.

—¡Bufón! ¡Te haré filetes! —grita Aragán, levantándose—. Perro inmundo, ¡cómo te atreves!

Edgar se acerca hasta él sin prisas, despacio y sin expresión alguna en su grisáceo rostro. Las orejas de la capucha se mecen con cada paso que da acortando la distancia entre los dos sin miedo y sin dudas.

—¡Edgar!

Pero no me hace caso. Se lanza a por Aragán con las manos por delante, y el corte que el psicópata le inflige en el estómago no le hace retroceder ni un segundo. Miro el cuchillo que sujeto con dedos temblorosos. Se me resbala un

poco debido a la sangre.

¿Tendré valor para quitarme la vida? ¿Sería de valientes o de cobardes?

¿Queda aún esperanza, acaso? Bajo la mirada y veo su rostro. Es la mejor imagen con la que morir guardada en mis retinas para siempre. Me agacho y beso sus salados labios. El pecho se me encoge. No puedo respirar, me falta el aire.

—Gabriel... ¿por qué me has abandonado? —gimoteo, buscando el calor de su cuerpo, esperando que abra los ojos, me lance esa mirada canalla y me atrape entre sus brazos protegiéndome del mundo—. ¡Me lo prometiste! ¡Me prometiste que siempre estarías conmigo!

Un grito desgarrador a mis espaldas provoca que vuelva a la realidad. Con los ojos encharcados en lágrimas contemplo la escena a unos pasos de distancia: Edgar y Aragón intentando hacerse con el control del enorme cuchillo, forcejeando en la esquina.

—¿Podrás perdonarme algún día? —susurro, besando de nuevo sus labios—. ¿Podré perdonarme yo?

Otro aullido encarnizado me obliga a girarme. Edgar pasa a mi lado y cae rodando. Lleno de cortes sin sangre, golpes y magulladuras que no parecen molestarle demasiado. Sus ojos, a pesar de no tener vida, me despiertan del letargo. Sujeto el cuchillo con fuerza y me levanto.

Voy a morir, sí. Pero lo haré luchando, intentando hasta que no me quede aliento vengar a todas las personas que se han quedado atrás.

—¡Aragón! —le llamo, obligándole a que deje de perseguir a Edgar y retome su atención hacia mi persona—. Acabemos con esto.

Se retira el pelo de la cara y sonrío. Reprimo una mueca de dolor. Ella nunca habría llevado esa maraña en la cabeza.

—Será un placer, furcia barata.

Empuño el cuchillo y trago saliva esperando a que llegue, rezando para que sea rápido pase lo que pase.

Pero Edgar se me adelanta una vez más. Me coge en vilo y cruza la habitación deprisa a pasos agigantados. Me lanza y aterrizo en mitad del pasillo. He perdido el cuchillo, he dejado a Gabriel atrás. Me levanto y corro hasta él intentando pasar, pero su gigantesco cuerpo me lo impide tapando el quicio de la puerta.

—¡Tengo que entrar! —gimoteo histérica—. ¡Tengo que darle el beso de despedida!

Al otro lado de Edgar escucho cómo Aragón intenta apartarle a un lado al

igual que estoy haciendo yo. Pero el zombi no se mueve, no pestañea.

Aguanta los embistes del asesino con templanza y tranquilidad, como siempre ha hecho. Le golpeo el pecho varias veces sin saber qué estoy haciendo en realidad, cuando tendría que aprovechar la situación para huir. Pero no puedo dejarle, no puedo abandonar su cuerpo con Aragón en la misma habitación.

Él no lo habría hecho. Gabriel jamás habría huido aunque yo hubiera muerto. Él habría intentado matarle hasta su último aliento.

—¡Edgar! —grito desesperada—. ¡Déjame entrar!

El primer ataque lo recibe en el brazo derecho. Veo el filo del cuchillo entrar y salir de la carne con violencia, casi partiéndoselo en dos.

—¡Edgar! ¡No!

Ahora tiro de su cuerpo hacia mí para que huya y para que se salve.

El segundo ataque va directo a la espalda. Escucho con claridad cómo le hunde el cuchillo en la espina dorsal para retirarlo después.

Me llevo las manos a la boca y niego con la cabeza despacio. No puedo consentirlo.

—Edgar —digo con la garganta seca—. Te ordeno que te vayas. Te ordeno que huyas. —Ni me mira ni se mueve. No parpadea ni cuando le clava el cuchillo en una pierna—. ¡Te lo ordeno!

Levanta el mentón y fija en mí sus hasta ahora atolondrados ojos. Sonríe con pena y me empuja con tanta fuerza que mi culo resbala por el pasillo hasta la puerta de entrada. Abre la boca y grita.

—¡Corre! —Su voz es grave y profunda.

—¡No! —grito, corriendo de nuevo hasta él—. Vamos, huyamos juntos. — Pero alza la mano y me vuelve a empujar tan fuerte que atravieso el pasillo de nuevo.

—¡Corre! —repite Edgar, recibiendo un ataque más. El filo le pasa por el cuello y le corta la cabeza. Cae al suelo y rueda un poco con los ojos aún abiertos. Al otro lado, Nerea sonríe lamiendo la sangre que mancha el afilado cuchillo.

—Edgar...

Ya no hay tiempo para pensar. Es el momento de correr. Doy media vuelta y atravieso la puerta de entrada en un suspiro, cojeando. Bajo los escalones de dos en dos escuchando sus pasos que me siguen de cerca.

Llego hasta el portal y me dispongo a salir por la puerta principal, cuando giro a la izquierda, bajo todos los buzones de una vez y me escondo en la



puerta secreta. La termino de cerrar muy despacio cuando escucho a Nerea salir corriendo a la calle.

Me apoyo en la angosta pared del pasadizo, a oscuras y con los ojos abiertos en una muda súplica. Voy deslizándome hasta llegar al suelo, donde me abrazo las rodillas y escondo la cabeza entre las piernas.

Ya está. Se acabó. Todo ha sido por mi culpa. Todos han muerto por mi culpa. Y por desgracia soy la única que ha quedado con vida. Abro la boca e intento coger algo de oxígeno, pero la garganta se me cierra. Me empiezo a marear, veo puntitos blancos entre la oscuridad y el corazón empieza a bombear raudo, provocándome una taquicardia de infarto.

Me llevo las manos al pecho luchando por respirar un aire que no siento, cuando el cuerpo empieza a adormecerse y pierdo el conocimiento.

## Capítulo diecisiete

Abro los ojos y me pongo a gritar. Tardo unos cuantos segundos en darme cuenta de dónde estoy y lo que ha pasado. Y juro que deseo volver a dormir, si es posible para siempre, allí donde la inconsciencia te acuna y protege de tus propios demonios, de tu propia puta vida.

Me intento incorporar, pero las piernas me fallan. El tobillo me palpita y el corte de la pierna es tan profundo que creo que si acerco las yemas de los dedos puedo tocar el hueso.

Me arrastro como puedo por el pasadizo oscuro y llego hasta la puerta. Me levanto lo suficiente para tocar el botón y dejo que la puerta se abra. Aún es de noche. Asomo un poco la cabeza a través del cubo de basura, comprobando que no hay nadie.

Atravieso las calles cojeando, llorando, sentándome en el suelo a veces y escondiendo la cabeza entre las piernas cuando el dolor que siento en el alma es tan grande que me paraliza. La opresión en el pecho no disminuye, como tampoco el profundo sinsentido que se ha adueñado de mi vida en tan solo un instante. El momento en el que Gabriel dejó de respirar.

Los semáforos cambian de color ante mi mirada perdida apoyada a veces en una farola, otras en un escaparate. Mi único cometido es dar un paso después de otro, intentando no pensar en lo que pasará en el siguiente. Solo así consigo llegar hasta el piso de mis amigas. Solo así tengo el valor suficiente para llamar al telefonillo y esperar a punto del desmayo a que una Lucía dormida conteste.

—¿Quién llama a estas horas? —pregunta a través del telefonillo.

Abro la boca e intento articular palabra, pero no me sale la voz, creo que se ha quedado en el piso de la vecina junto a Gabriel.

—¿Quién es? —insiste.

Escucho que cuelga. Vuelvo a llamar con las lágrimas empañándome el rostro de nuevo.

—¡Voy a llamar a la policía! ¡Cabrones!

Gimo cuando intento hablar, pero no puedo. Y no es algo físico lo que me lo impide, es que creo que tengo tal ataque de pánico que no soy dueña de mi cuerpo. Cierro los ojos y me insulto por dentro, me enfado, me cabreo con la

persona que soy, la que fui, y la que seré a partir de ahora si no espabilo, si no reacciono.

—Soy yo —susurro entrecortadamente—. Alana.

La puerta se abre y me arrastro como puedo escaleras arriba. En cuanto veo a Lucía en el descansillo descalza y con su pijama arrugado, caigo a sus pies y me pongo a llorar.

—Alana —dice asustada. Se agacha y me abraza. A pesar de que se acaba de despertar en mitad de la noche su voz suena clara y despierta—. ¿Qué te ha pasado?

Entramos en su piso después de deshacerme en lágrimas un rato en el suelo. Sin hablar y sin explicar, tan solo deseando morir rápido, deshacer lo que ha pasado, volver a verle de nuevo de pie, riendo, soñando, tocarme el flequillo y mirarme de medio lado. Se ha ido para siempre. Y con él Nerea, Edgar y la vecina, a la que al final he cogido algo parecido al cariño. Añado a Pablo también. Y a Lili, y a Ricardo. Hugo.

Me siento en el sofá y dejo que Lucía me tape con una mantita. Acepto una taza de té caliente solo para tener algo entre las manos, porque no podré dar un sorbo. Lo último que han tocado mis labios han sido los de Gabriel, y eso serán lo último que toquen los míos también. Es la primera de las locuras que se me pasan por la cabeza. Hay otras, como ir a la cocina y cortarme las venas, o meterme en la bañera y esperar que mi cuerpo muera de inanición.

No pienso con claridad, he perdido el poco filtro mental que me quedaba. Y como si hubiera perdido al fin la cordura, río de pura desesperación y lloro sin consuelo lo que me parecen años, aunque en realidad son horas.

Ella aguanta estoica sin preguntar, tan solo acompañándome en mi dolor.

Intuye que ha ocurrido algo tan horrible como para que aparezca en mitad de la noche en su casa llena de sangre (parte mía y parte de alguien más). No me agobia con preguntas que sabe que no puedo responder, porque he perdido la voz, y ha sido reemplazada por lágrimas y sollozos. Por miradas vacías, suplicantes, enajenadas y rotas por siempre.

El amanecer nos saluda cuando consigo dar el primer sorbo de mi bebida, ya fría. Y es cuando el móvil de Lucía suena a nuestro lado, y con unos ojos cansados de tanto llorar veo que en la pantalla pone «Nerea».

Me sorprende mi capacidad de reacción, que pensaba que había perdido, cuando pongo una mano encima antes de que Lucía pueda contestar.

—No. —Me sorprende escuchar mi propia voz como si saliera de otro cuerpo.

—¿Qué ha pasado, Alana? —pregunta por segunda vez en la noche. Ha esperado a que pronunciara mi primera palabra para exigir todas las demás.

Nos miramos a los ojos mientras el móvil suena. Suena a amenaza latente, a promesa de que esto aún no ha terminado, asegurándome que habrá al menos dos víctimas más; las que precisamente están escuchando el maldito soniquete del móvil.

Al final lo cojo y lo estampo contra la pared.

El fuego del odio más profundo se enciende en mi estómago y me va quemando y lacerando mi destrozado y hundido cuerpo como lava espesa. Me quedaría a esperarle, me quedaría para intentar cobrarme la necesaria venganza, pero un solo vistazo a Lucía me basta para entender que siempre hay algo más que perder. Que las personas que dicen que han tocado fondo, por el simple de hecho de poder verbalizarlo, es que aún no lo han tocado.

Siempre queda un poco más. Y eso es porque las personas estamos hechas con polvo de esperanza.

—Tenemos que largarnos —digo con la boca seca—. ¡Ya!

No dejo que se cambie, ni siquiera que coja las llaves. Salimos al descansillo sin tomar aliento; ella descalza y asustada, yo cojeando y llena de sangre.

Bajamos las escaleras más despacio de lo que me gustaría pero todo lo rápido que me lo permite mi limitante cuerpo. Porque cada sonido me alerta y me indica que podría estar en el siguiente recodo, esperándonos para cortarnos la cabeza.

Durante un segundo me maldigo por no haber pensado en la necesidad de tener una pistola. Con ella me sentiría más segura, y ahora mismo creo que es lo único que podría salvarnos la vida. Yo, que siempre he criticado a los amantes de las armas. Y en un extraño momento de lucidez marciana, bajando otro escalón más, pienso que si todos pudiéramos tener un arma, de nada me serviría tampoco. Es la exclusividad lo que las hace tan necesarias, y por eso, ¡no tengo una maldita pistola ahora mismo!

Se me va la cabeza cuando estamos llegando al portal.

—O me dices qué coño está pasando, o te juro que... —dice al fin. A su favor he de decir que ha esperado mucho, demasiado para cualquiera. Sus ojos recorren mis heridas sangrantes con pasmo y horror. Pero es cuando cruzamos la mirada cuando traga saliva.

—Han muerto —balbuceo, temblando, apoyada en la puerta de la calle—. Todos han muerto —gimo, deseando que nada de esto fuera real.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Quiénes ha muerto?

—¡Todos! —grito, escupiendo saliva y sangre. Recorro un segundo mis agrietados y rotos labios con la lengua, mirándome las manos, que ya no me obedecen—. Y vamos a ser las siguientes.

Las piernas me fallan y caigo al suelo. Lucía se arrodilla a mi lado y me abraza, seguro que empezando a pensar que me he vuelto loca, que sufro alucinaciones y que los cortes y heridas que tengo me los he infligido yo sola.

—Perdóname. —Es lo único que consigo pronunciar mientras caigo en un profundo agujero de oscuridad—. Perdóname.

Me zarandea y se pone a llorar.

—¡Alana! ¡Me estás asustando de verdad!

No me da tiempo a decirle que más debería estarlo, cuando una sombra choca contra la puerta de cristal. El largo cuchillo que lleva en la mano es presentación suficiente para saber quién ha venido a vernos.

—¿Pero qué...? —suelta Lucía, levantándose de golpe.

—Vete —digo, desde el fondo de la garganta—. Huye.

Otro golpe en el cristal provoca que se empiece a agrietar. Llega hasta mis oídos su risa colérica y demente.

—Os he pillado —canturrea al otro lado de la puerta.

—¿Es Nerea? —pregunta Lucía.

Con gran dificultad me pongo en pie y sujeto sus manos con fuerza. Acercó su rostro al mío y la obligo a mirarme.

—Huye. Vuelve a tu piso y salta desde la ventana del comedor al patio del vecino —le ordeno—. Tienes que ir al pueblo de mi madre. Encuéntrala, por favor. Y desapareced.

Otro golpe hace estallar el cristal. Cientos de trocitos me golpean en las piernas. Lucía me observa con los ojos desorbitados, sin dar crédito a lo que está viendo. Y más aún cuando Nerea asoma un poco la cabeza, sonriendo como una psicópata.

—¿Nerea?

—¡Ya no es Nerea! —grito, empujándola hacia las escaleras—. ¡Haz lo que te he dicho! ¡Lárgate de aquí!

Parece que nadie me escucha, porque cuando Nerea consigue pasar a través de los restos del cristal, Lucía sigue impertérrita, sin entender nada.

—¡Que te vayas! —grito, histérica, interponiéndome entre las dos.

—¡Pero qué está pasando aquí! ¡Nerea! ¿Qué coño estás haciendo?

Nerea, es decir, Aragón, me empuja a un lado y caigo al suelo con las manos por delante.

—No... —gimoteo cuando escucho cómo el filo del cuchillo se ensarta en el cuerpo de Lucía. Levanto la vista despacio, lo suficiente para ver cómo mi amiga va perdiendo el brillo en los ojos, mirándome con algo parecido al desconcierto mientras cae al suelo atravesada por el cuchillo—. ¡No!

Me levanto y me tiro hacia Nerea, que sonrío con un aire de demencia.

—Ahora me falta tu madre, puta —dice, recibíendome con los brazos abiertos, esperándome.

—¡Te odio! ¡Te odio! —grito, intentando arañar su cara. Una cara tan conocida y familiar como la mía misma, pero que ya no consigo reconocer.

Me inmoviliza y me da un cabezazo que hace que pierda la vista durante unos segundos. Caigo al suelo de rodillas, sujetándome la nariz, que creo que se me ha partido en dos.

—Nunca os entenderé. Sois tan patéticos —dice, soltándome una patada al estómago. Se inclina para sacar el cuchillo del cuerpo inerte de Lucía y me hace un corte en el pecho—. No será una herida mortal, pero es lo suficientemente profunda como para que te vayas desangrando poco a poco —explica mientras me llevo las manos al corte, que me atraviesa de lado a lado.

Si dijera que me duele estaría mintiendo. Más me duele el corazón. Más me duele la culpabilidad que siento. Sufriría todos los tormentos del mundo si pudiera reparar el daño causado, si pudiera...

—Te voy a llevar hasta tu casa arrastrándote por los pies —empieza a decir lentamente pasando el dedo por el filo despacio, cortándose con él—. Te voy a cortar trocito a trocito, y me vas a explicar cómo has descubierto mi secreto.

La sangre empieza a manchar el escote de mi vestido. Me palpo la herida con los ojos anegados en lágrimas, y de repente, toco el colgante del gitano.

Lo saco y veo que está lleno de sangre, con todas las gemas que tiene ensartadas a lo largo de su contorno brillando con intensidad.

—¿Qué es eso? —pregunta, ladeando la cabeza.

Alzo la cabeza y miro a Aragón, que tiene los ojos tan rojos como el propio infierno. Es una locura, pero ya no tengo nada que perder.

—Es lo que te va a mandar a la mierda —mascullo cerrando los ojos, pensando un día concreto, un momento exacto de mi vida.

Justo antes de que se abra el suelo a mis pies le escucho gritar blandiendo el arma encima de mi cabeza. Justo cuando voy a caer derecha al pasado

pienso que lo que voy a hacer está prohibido, y que quizás no sea posible. No sé cuántas gotas se han vertido en el interior del colgante, no sé qué pasará.

Pero me da igual.

Justo antes de desaparecer en el pasado me permito despegar los párpados para, espero que por última vez, contemplar los ojos de mi peor enemigo y con suerte, enmendar todo el daño causado.

## Capítulo dieciocho

Abro los ojos y me incorporo con un grito ahogado.

Mis antiguas sábanas, mi antigua y querida habitación.

«Lo he conseguido», pienso con un soplo de esperanza en el pecho. Sujeto el colgante, que está suspendido en mi cuello por una delicada cadenita de oro. Con las luces apagadas, la persiana bajada y las cortinas echadas, compruebo con total claridad que todas las gemas que lo envuelven han dejado de brillar.

Pongo un pie fuera de la cama, despacio, conteniendo un gemido, después el otro, mordiéndome el labio partido. Doy unos cuantos pasos vacilantes hasta el escritorio y agarro el móvil temblando. Tengo que comprobarlo, porque aún no me creo que esté donde creo estar.

Quizás he muerto. Quizás Aragón consiguió atravesarme con su asqueroso y afilado cuchillo y esto no sea más que una especie de «Nirvana», donde recreo mis absurdos y patéticos deseos.

El móvil me dice que son las cinco de la mañana. Me confirma que he regresado a la madrugada previa a mi primera visita a la casa. Tengo que sujetarme a la mesa del escritorio, allí donde descansa mi portátil y algunas velas que perdí en la mudanza, para darme cuenta de lo que he hecho.

Estoy en el pasado.

Me giro asustada buscando a mi antigua yo que quizás entre de repente tras una fugaz visita al cuarto de baño, o entre las sábanas durmiendo sin sospechar que otra Alana ha llegado para invadir su presente.

Pero no, estoy sola.

Cierro los ojos con fuerza y aprieto los labios. Porque, a pesar de saber que mi madre está al final del pasillo, estoy más sola que nunca. Son muchos los secretos que arrastro, las muertes que he presenciado y los amigos que he dejado atrás. Entonces, la imagen de Gabriel colocándome un cabello suelto tras la oreja me asalta, recordándome por qué estoy aquí, por qué he vuelto a este momento.

Me levanto con un quejido, apoyándome en todo lo que encuentro a mi paso. Abro la puerta despacio, intentando no hacer ruido, y atravieso el pasillo de puntillas. Voy hasta el baño, y una vez allí cierro la puerta, enciendo



la luz y contemplo mi reflejo en el espejo.

Tengo que tomar aire para comprender lo que ha pasado, porque mi rostro, mis ojos, mis labios... han vuelto a ser los que eran antes de conocer la casa de mis sueños, o de mis pesadillas, según cómo se mire. A pesar de que mi interior llora por el luto de todos los que he dejado atrás, mis ojos tan solo se muestran adormilados. Las ojeras que se fueron instalando poco a poco debido a las preocupaciones de estos meses ya no están. Me acerco al espejo para mirar a la persona que me observa con interés. Ya no me reconozco.

Supongo que porque traspasar la puerta de esa casa ha supuesto un antes y un después en mi vida. Y la Alana que me mira aún no ha conocido lo que es el amor. Tampoco el miedo, ni un dolor tan profundo que te corta la respiración y te encoge en el suelo.

Dos horas más tarde, estoy en la cocina preparando café cargado. Ya estoy vestida, escondiendo tras mis vaqueros y mi jersey de cuello alto preferido el colgante y el dolor de corazón. Necesito llorar hasta que me sangre la garganta, pero eso tendrá que esperar un poco más, porque no sé el tiempo que podré estar en este momento de mi vida pasada, será el que el colgante me conceda y debo aprovecharlo.

—¡Pero bueno! —suelta mi madre, sorprendiéndome por la espalda—. ¡Qué madrugadora!

Pego un brinco y veo su cara de recién levantada. La bata anudada con fuerza a su cintura. No me lo pienso dos veces, corro hasta sus brazos y me hundo en el hueco de su cuello aspirando con fuerza su olor a hogar.

—Mamá... —gimoteo, luchando por controlar las lágrimas. Para ella tan solo hemos estado unas horas sin vernos. Para mí han sido días y más días repletos de pesadillas y horrores.

—Pero bueno, Alana —dice riéndose y apartándose con cariño—, ¿a qué se debe...?

—Es que tengo muchas ganas de ver la casa.

La primera vez que sucedió este momento estaba nerviosa, histérica, arrastrando por la calle a mi madre como alma que lleva el diablo. No podía esperar para verla por dentro, para girar la llave en la cerradura, para contemplar con mis propios ojos la escalinata de entrada, la inmensa biblioteca.

Pero ahora abrazo con fuerza el brazo de mi madre y camino despacio, pensando y calculando muy bien lo que debo hacer o decir a continuación. En el metro estoy en silencio recordando las palabras del gitano. Ya he

incumplido la norma de «no regresar a tu propia vida pasada», y ahora sopeso la norma de «cambiar el pasado». Por muchas vueltas que le dé debo hacerlo, porque si no me atrevo ya conozco lo que me depara el futuro, y no me gusta.

Mi madre va sentada a mi lado, distraída con una de sus novelas preferidas sin sospechar que la hija que la acompaña ya ha vivido este momento, y que ya es una anciana en experiencias. Invisibles arrugas recorren el interior de mi cuerpo, una por cada lágrima derramada.

Debo incumplir la norma. Es absolutamente necesario que lo haga. He de cambiar el pasado para que mi presente real se transforme, se arregle, me lo traiga de vuelta a mi lado y pueda seguir besándole por las noches y abrazándole durante el día. Que se meta con mi flequillo y que me acaricie con la mirada.

No me olvido de mis amigas, a las que debo salvar de la muerte también. Y a la bruja, y a Pablo. Hugo también. Tampoco me olvido de Edgar, al que nunca debí convertir en un zombi.

Llegamos a nuestra parada.

Nos bajamos del vagón y encaminamos nuestros pasos hacia la salida.

—¿Estás nerviosa? —pregunta mi madre a mi lado, apretándome el brazo y sonriendo como una colegiala. La primera vez no me di cuenta de su entusiasmo, ya que mi locura arrasaba con todo.

Mantengo su mirada y sonrío con ganas de llorar.

—Sí, mamá, estoy nerviosa.

En cuanto llegamos a la plaza una corriente de aire polar me golpea las mejillas con fuerza. Me refugio en mi enorme bufanda y suspiro al verla de nuevo. No importa las veces que lo haga, siempre hay un detalle nuevo que me sorprende y me maravilla. No sé qué es lo que tiene esta casa, pero su poder me atrae hacia ella. Dan igual todos los oscuros momentos vividos en su interior, todo se borra cuando me acerco hasta la verja y acaricio sus barrotes de hierro mientras busco a Lili con la mirada entre las cortinas de las ventanas.

—Alana, ¿estás bien?

Me giro y me encuentro con los ojos de mi madre que, inquisitivos, buscan el motivo de mi inusual silencio y calma.

Un amago de sonrisa se crea en mi rostro.

—¿Entramos?

Me pasa las llaves, pletórica y con los ojos iluminados por la expectación. Siento su peso en la mano cuando escojo la correcta y la introduzco en la

cerradura. Esta vez no me asusto, como me ocurrió la primera vez, cuando la vecina me sorprende por la espalda.

—Buenos días —nos saluda con su marcado acento rumano.

Me doy la vuelta y la veo de nuevo. Aunque no debería sonreír, no puedo evitarlo. Hemos vivido demasiadas cosas juntas. Al final puedo decir que nos hemos hecho algo así como amigas.

—Buenos días —responde mi madre ajustándose el bolso al hombro.

—¿Sois las nuevas propietarias? —pregunta, señalando la casa y haciendo sonar todas las pulseras que adornan su muñeca. Mi mirada se clava en el bastón en el que apoya parte de su peso.

—En realidad, la casa es de mi hija —suelta mi madre muy pizpireta—. En cuanto esté acondicionada, yo me voy a vivir al pueblo. Ella se quedará aquí con sus amigas.

«Mamá», pienso, frunciendo el ceño.«No deberías dar tantas explicaciones a los desconocidos, que luego te mandan un conjuro que hace que te quedes durmiendo la mona durante demasiado tiempo».

—Muy interesante —murmura Madame Ardelean exactamente igual que la primera vez—. Si alguna vez queréis tomar té, mi piso está aquí al lado, en ese bloque. El primero izquierda.

Reprimo un escalofrío cuando nombra su maravilloso «té». No, gracias, no pienso darle ni un puto sorbito.

Abro la puerta y entro en el jardín: el columpio vuelve a estar oxidado, las malas hierbas campan a sus anchas. Cierro los ojos un segundo con fastidio, porque empiezo a recordar los días que nos pegamos mi madre y yo de limpieza y no, no me apetece repetir todo eso.

—¿Quiere acompañarnos? —le invita mi madre—. Mi hija está como loca por ver el interior de la casa.

—No, gracias —contesta la vecina—. En otra ocasión.

Se aleja y veo que regresa a su portal. En cuanto despiste a mi madre en la biblioteca, le haré una visita.

Mi madre me persigue saltando entre algunos cardos y me arranca el manojito de llaves.

—¿Entramos de una vez? —me pregunta, nerviosa—. No puedo esperar.

Tenemos que descorchar esto —dice, sacando una botella de champán de su bolso.

Me la quedo mirando perpleja. Cuando viví esto hace meses, aunque a mí me parece otra vida, la que estaba histérica era yo y ella no hacía más que

calmarme y pedirme que me relajara. Y ahora soy yo la que quiere saborear y paladear cada segundo, retener cada momento especial. Porque esos instantes que te dejan sin respiración son únicos y, si no los atrapas, se van sin más.

Va probando una a una todas las llaves hasta que da con la adecuada. Tengo que contenerme para decirle cual es. La puerta se abre despacio, con los goznes protestando. Chirría y cruje, necesitada con urgencia de un buen aceite lubricante.

—Qué oscuro está todo —murmura, asomando la cabeza.

Paso sin pensar. Voy hasta la escalera y acaricio un segundo el pasamanos.

Alzo la vista y veo los cuadros cambiantes. Un pinchazo en el corazón, una especie de nostalgia. Cuántas cosas he vivido aquí dentro... No cambiaría muchas, tan solo las justas y necesarias para ser feliz.

—Dios santo, es increíble —escucho que dice mi madre, que ya está en la biblioteca—. Aquí debe haber cientos de libros, cielo.

Sonrío con tristeza, como el característico pesar de los ancianos que lo han vivido todo. Que ya no se sorprenden por nada, que nada les queda ya por vivir.

Paseo distraída hasta la cocina. Joder, qué horror. Sí, hice bien en cambiarla, porque estos muebles, por mucho que los pinten, son una puta mierda. Me asomo a la ventana un segundo, quitando con asco un par de telarañas, cuando la puerta se cierra de golpe a mis espaldas.

Es Lili.

Reprimo una sonrisilla y me giro, buscándola por la habitación. Su característico frío invade la estancia, pero la muy listilla debe de haberse mimetizado en alguna esquina oscura.

Voy hasta la puerta, y tal y como me pasó la primera vez, está atascada. No se puede abrir. Pongo los ojos en blanco y suspiro. Voy hasta una silla y me enciendo un cigarrillo, esperando a que se canse de hacer el tonto. Al final es mi madre la que me abre desde el otro lado cuando estoy apagando la colilla en el suelo.

—¡Alana! —me reprende muy seria con varios tomos entre sus brazos. «Sí, mamá», pienso, cruzándome de brazos, «haces bien en llevártelos, porque seguramente acaben todos hechos trizas»—. ¡No manches el suelo!

Subimos las escaleras. Yo despacio, agarrándome al pasamanos mientras mi nuca protesta. Es Lili de nuevo que me está siguiendo. Pero aún no puedo decirle nada, aún tengo que disimular un poco más.

Vuelvo a perder a mi madre cuando llegamos a los retratos.

—Mamá —intento llamar su atención tirando de su brazo—. Mamá, voy a hacer una llamada fuera. Ahora vuelvo.

Mueve la mano a mi lado diciéndome que la deje tranquila. Desciendo las escaleras y me giro cuando estoy casi abajo.

—¡Mamá!

—¿Qué?

Se acerca y se asoma.

—No vayas al baño. Ni al desván.

—¿Qué desván? —pregunta apretando los libros contra su pecho.

Salgo por la puerta todo lo deprisa que puedo, porque es ahora cuando no me puedo retrasar. Meto la mano un segundo bajo el jersey y compruebo que el colgante sigue igual: con las gemas apagadas, opacas, casi sin su habitual brillo. Me muerdo el labio inferior, preocupada, porque no sé lo que va a pasar. No sé si me voy a quedar encerrada en el pasado para siempre por haber incumplido dos de las tres normas que nos indicó el patriarca gitano.

Llego hasta el portal de la vecina y abro la puerta mirando un segundo mi casa. En la ventana de la que será mi habitación percibo un ligero movimiento de las cortinas. Debe ser Lili, que me está espiando.

Subo las escaleras del portal de la vecina despacio. Cuando llego frente a la puerta del piso en el que suele estar, en ese donde tiene encerrado a Ricardo, en ese donde intentó matarme la primera vez, tomo aire y llamo con los nudillos.

Escucho sus pasos acercándose por el pasillo. Siento que comprueba la mirilla antes de abrir. Me peino un poco el flequillo y me obligo a olvidar el dolor que me atenaza las entrañas y el corazón.

La puerta se abre despacio y su silueta se perfila en el recibidor.

—¿Querida? —me pregunta algo descolocada. La conozco lo suficiente como reconocer la expresión de su rostro. No se esperaba que su «nueva» vecina se pasara a visitarla tan pronto.

—Buenos días —saludo intentando sonreír—. ¿Puedo pasar?

—Pues ahora mismo salía para el mercado...

—Es importante —aseguro, cambiando el peso de mi cuerpo de un pie a otro.

Nos miramos un segundo a los ojos, y supongo que la determinación que ve en los míos la convence de que en realidad sí que es importante.

—De acuerdo. Pasa —me invita haciéndose a un lado y señalando el pasillo con la mano—. Ve hasta el salón, que voy a preparar un poco de té.

Entro y mil sensaciones y recuerdos me asaltan de golpe. Un fogonazo. La mirada de Gabriel advirtiéndome sobre ella. Sus manos manchadas de sangre. Sus labios salados y dulces al mismo tiempo.

Doy un paso y después otro, hasta que llego al salón. Me siento con dificultad en el sofá y estornudo al segundo debido al polvo. En la estantería, el espíritu de Ricardo flota nervioso, parece que avisándome del peligro que corro en presencia de la bruja. Sus manos se me muestran a través de la urna de cristal, y me obligo a cerrar los ojos un segundo y recordarme por qué estoy aquí, y qué es lo que debo hacer. Como en un acto inconsciente, llevo la mano al interior del cuello del jersey y toco un momento el colgante, asegurándome de que estoy aquí, que es real y que no he perdido la cabeza.

La mujer aparece con una bandejita portando su famoso té mortal. Espero a que me sirva una taza mientras me recuerdo que debo ser convincente. Que mi voz no debe temblar.

—Dime, niña —dice pasándome una de las tazas—, qué te trae por aquí.

Acepto la taza y la apoyo en mi regazo. Alzo las pestañas y decido que no tiene sentido andarse con rodeos.

—Madame Ardelean —comienzo con el corazón a mil por hora. Las manos me tiemblan tanto que temo derramar el té caliente sobre mis piernas—. No me conoce aún, pero yo a usted sí.

Asiente despacio, procesando mis palabras.

—Continúa, por favor. Da un sorbito antes de que se enfríe.

Sonrío de medio lado casi imperceptiblemente y obvio su último comentario por mi bien.

—Le va a sonar muy raro lo que tengo que decirle, pero le pido que me escuche y que crea en mis palabras —continúo pensando que esto es otra de mis locuras. En mi cabeza tienen sentido hasta que las pongo en práctica y veo todos los cabos sueltos. Pero esta es, sin duda, la más importante de todas—. Verá...

Las palabras se me atragantan en la garganta. ¿Por dónde empiezo? «¿Sé que es una bruja come-fantasmas a la que le gusta la bisutería horterera?»

—Seguro que alguien me ha recomendado —comenta soplando con lentitud su taza, taladrándome con sus oscuros ojos negros—. ¿Ha sido Belén, la del estanco de la esquina?

—No —contesto negando con la cabeza—. No ha sido ella.

Me levanto, porque no soporto estar sentada frente a ella, frente a alguien que sé a ciencia cierta que, o cambio un par de cosas, o acabará muerta. Me

acercó hasta la librería y tocó la urna de cristal donde está mi amigo Ricardo.

El corazón se me encoje un poquito al pensar que en mis manos está el destino de todos nosotros. Se me espachurra en el pecho cuando me doy cuenta de lo mal que me suelen salir las cosas, principalmente por mi característica estupidez y por mis absurdecos.

—Es una urna muy bonita —comento, acariciando el cristal. Mis manos se deslizan por ella, pero después, intento coger un puñal que parece mellado. Al colocar los dedos sobre él, me atraviesa la carne y pego un grito.

—¿Quieres una tirita? —me pregunta.

—También sé que usted podría curarme —continúo dándome la vuelta.

—Sí, tengo unas hierbas que...

—No —la corto—. Prefiero su pluma. Esa pluma tan especial que le dio su madre, esa pluma tan negra como sus ojos.

Sus manos se detienen a medio camino, sujetando la taza en dirección a sus labios. Nuestros ojos se encuentran. Su mirada indica advertencia, la mía, supongo que cansancio.

—¿Cómo has dicho?

Me acercó de nuevo hasta el sofá y me siento despacio.

—Su pluma. Me vendría de perlas ahora mismo. Pero tendríamos que subir al piso de arriba, porque supongo que no la tiene aquí, ¿verdad?

Me llevo el dedo cortado a los labios, y el sabor a sangre invade mi paladar.

Ella deja la taza en la bandeja y se inclina hacia mí, entrecerrando los ojos.

—Dime, niña, dime cómo sabes eso —me ordena en un tono nada amigable. Ya empieza a ser la bruja que he conocido. Solo por eso sonrío, porque la echaba de menos.

—Sé muchas cosas más —aseguro, colocándome un mechón tras la oreja—. Por eso he venido, porque le voy a contar algo y tiene que creerme.

—¿Por qué es tan importante que te crea?

—Porque solo usted es capaz de hacerlo, solo usted tiene ese poder.

El silencio se instala en la habitación, tan solo el tic tac del antiguo reloj colgado en la pared a mi espalda lo rompe.

—¿Quién eres?

—Me llamo Alana.

—No te he preguntado eso. ¿Quién te envía?

Veó que mete la mano en el interior de su falda.

—No es necesario, Alina, no tienes que sacar tu puñal.

Sus ojos se abren hasta la imposible. Pero tal y como me temía, solo tarda dos segundos en colocar su afilado filo en mi garganta.

—¿Qué quieres? —me pregunta, apretándome más y más el arma. Si trago un poco de saliva, me cortaré.

—Quiero lo mismo que tú —murmuro con cuidado de no mover mucho los labios—. Quiero acabar con Aragán.

El puñal se le cae de las manos. Se echa hacia atrás y casi parece que se va a santiguar. Vuelve a sentarse en uno de sus tresillos y agarra posesivamente el bastón.

—Este no es mi tiempo —digo sacando el colgante de mi cuello—. ¿Me creería si le dijera que usted y yo nos hicimos algo así como amigas?

Niega con la cabeza despacio, observando el colgante con interés.

—¿Me creería si le dijera que sé lo que la obliga a convertir a las personas en fantasmas? ¿Qué sé lo que tiene escondido en una petaca bajando las escaleras tras esa estantería? —pregunto, señalando el lugar exacto donde se forma el primer escalón—. Que Ricardo espera ser liberado para reunirse de nuevo con Lili —continúo señalando la urna de cristal—. Que, en mi tiempo, usted acaba de morir.

Se ha quedado muda. Ni parpadea siquiera.

—Es imposible... imposible...

Vuelvo a esconder el colgante.

—No sé el tiempo que me queda. No me atrevo a alargarlo derramando más gotas de sangre, porque ya he incumplido dos de las tres reglas. Y no me quiero quedar encerrada en el pasado —digo, olvidando que ella no es la mujer que yo conocí. Que faltan meses y muchas cosas vividas para serlo, para que pueda comprender lo que estoy diciendo. Miro su expresión y, en efecto, no sabe qué coño estoy balbuceando—. El colgante. Es el que me permite viajar en el tiempo. He vuelto al pasado para enmendar todo el daño causado y acabar con Aragán cuando aún era posible hacerlo.

—¿Cómo conoces el último nombre de esa bestia?

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Voy a resumir porque, como le he dicho, no sé el tiempo del que dispongo.

Asiente con la cabeza y manosea compulsivamente el mango del bastón.

—Para acabar con Aragán, debemos pronunciar las últimas palabras que dijo justo antes de morir. Debemos...



Pierdo la voz. La contemplo horrorizada cayendo en la cuenta de repente de lo que debo dar a cambio. Creo que desde que empezó todo esto siempre lo he sabido. Y si existe el destino, me estaba reservando este final, supongo.

—¿Qué ocurre, niña? ¡Continúa hablando!

La miro a través de las pestañas. Mi cuerpo entero empieza a temblar. Mi mente va comprendiéndolo todo, adelantándose dos pasos por delante, decidiendo si debo fiarme de ella como hice en el pasado.

—Las dos mitades de Aragán están bajo este mismo techo —explico, pronunciando en exceso cada palabra, cada sentencia de muerte.

Me pregunto qué pasará cuando ya no esté. ¿Cómo será mi futuro sin mí?

—No, niña. Solo tengo una parte de su alma encerrada, pero me falta la otra —me asegura, negando con la cabeza—. Y tampoco conozco esas palabras. Las he buscado durante años, pero no las he encontrado.

Señalo el bastón, asido con fuerza entre sus enjoyados dedos.

—La otra parte está ahí.

Al principio no entiende lo que quiero decir hasta que sigue la dirección de mi mirada. Pero la que se sorprende soy yo cuando no encuentro la reacción que esperaba.

—Siempre lo ha sabido —digo sin preguntar, asimilando mis propias palabras.

Baja la cabeza.

—Siempre lo he sospechado. Y por eso ha sido aún más duro no poder acabar con él. Sus últimas palabras son la clave, querida. Sin ellas, nada podemos hacer.

A pesar del dolor, de la pérdida, del horror. A pesar de todo eso aún me quedan sonrisas guardadas. Pero no de las que esconden rencor o ironía.

Sonrisas auténticas, fruto de la alegría.

—Vecina, yo conozco esas palabras.

## Capítulo diecinueve

—¿Es cierto todo lo que me has contado? —me pregunta Madame Ardelean después de escucharme hablar más de una hora. He tenido que llamar a mi madre para mentirle inventándome la excusa de que me han llamado para un evento de última hora y que no les he podido decir que no. Se ha ido de nuevo a nuestro piso asegurándome que la casa quedará perfecta después de un lavado de cara.

—Todo —aseguro sin despegar los ojos de los suyos—. Y por ello ya sabes que no tenemos mucho tiempo. Debemos acabar con él cuanto antes.

—Debe hacerse por separado —me explica, levantándose de golpe y dirigiéndose a la estantería. Abre uno de los cajones y saca una bolsita de sal—. Si unimos sus dos mitades, se haría tan poderoso que no podríamos aplacarle.

Dibuja un círculo en el suelo esparciendo sal con destreza.

Sale de él para coger dos botellitas de cristal de uno de los aparadores.

Después agarra el bastón, que había dejado apoyado en el tresillo. Puedo ver cómo su cabeza va pensando en los pasos a dar, y sus ojos me indican que llega a la misma conclusión que yo. Los cierra con fuerza un segundo y suspira. Sí, vecina, parece que será nuestro destino. Parece que se ha de cobrar dos últimas víctimas para que todo esto acabe. Y parece que deberemos ser nosotras dos.

—Yo seré la primera —sugiero, levantándome despacio. Me acerco hasta ella y le quito una de las botellitas. La aprieto contra mi pecho y lucho por no llorar, por no derramar ni una sola lágrima.

Me voy a dar la vuelta cuando me sujeta del brazo. Nuestras miradas se vuelven a encontrar. Aún no me conoce, y ya no habrá tiempo para que lo haga, pero yo a ella sí. Y si quiero ser la primera es porque no soportaría verla morir dos veces. Creo que ya no puedo presenciar ni una muerte más.

—No hay otro modo —me asegura sonriendo con tristeza.

—Lo sé.

Se queda pensativa unos segundos, ladeando un poco la cabeza.

—Primero su parte más débil, la que está encerrada en la petaca —dice acercándose hasta la librería y moviendo el libro que activa los engranajes de

apertura. Desaparece escaleras abajo—. Enseguida vuelvo —asegura, dejándome sola en el salón.

Me pongo a pasear nerviosa manoseando la maldita botellita de cristal. ¿De verdad voy a tener que hacer esto? ¿De verdad voy a tener que dar mi vida para acabar con el asqueroso de Aragón?

Durante un segundo me quedo sin respiración, porque sí, de verdad lo voy a tener que hacer.

Me mareo un poco, así que me dejo caer en el sofá y cierro los ojos. La imagen de Gabriel me asalta de nuevo, hundiéndome aún más en ese pozo de oscuridad en el que lucho cada segundo para no caer. Me sujeto el pecho porque me duele. Y entonces lo comprendo: solo así él vivirá. Él, Lucía, Nerea, Hugo, el pesado de Pablo, mi querido Edgar... Todos, todos menos Madame Ardelean y yo.

Pego un respingo y me levanto. Voy hasta la estantería y cojo la urna de cristal. Soy estúpida. Por un segundo me había olvidado de Ricardo y, si lo hubiera hecho, el pobre se habría quedado encerrado para siempre en este lúgubre y polvoriento piso.

—Tranquilo, Ricardo, te voy a llevar con Lili.

Me acerco hasta el primer escalón de las escaleras y asomo la cabeza.

—¡Vecina! —grito con la urna entre mis brazos—. ¡Ahora mismo vuelvo!

No espero respuesta. Atravieso el pasillo, salgo por la puerta y bajo las escaleras todo lo rápido que puedo. Joder, soy anormal. Me he entretenido demasiado tiempo y ahora vuelvo a poner en peligro todo el plan.

Salgo a la calle y recorro los pocos metros que separan el portal de la vecina de mi casa. Bueno, ya no será mi casa. Será la de mi madre o la de otros compradores, cuando la pobre decida venderla ante la muerte prematura de su única hija. Me quedo paralizada un segundo cuando comprendo que las decisiones que tomo no solo me afectan a mí, y si supiera cuánto tiempo me queda en el pasado lo aprovecharía para despedirme de ella como Dios manda, pero por desgracia lo desconozco.

Llego hasta la puerta de hierro de la verja.

Está cerrada.

—¡Mierda!

Sopeso mis opciones, pero como son pocas empiezo a escalar la maldita verja. Por supuesto, primero dejo en el suelo la urna, más que nada porque necesito las dos manos libres. Como un jodido mono araña asciendo poco a poco, resbalando gracias a la escarcha que invade el congelado hierro. El

vaho me sale por la nariz y por la boca cada vez que respiro. No me lo creo cuando llego arriba. Primero paso una pierna, y después viene lo difícil, cuando tengo que pasar la otra. No es fácil, pero dicen que no hay más poder que la determinación, o la desesperación, en mi caso.

Cuando consigo pasar la otra pierna mi mano derecha resbala fruto de la congelación de mis dedos, y caigo de lado hasta el suelo, que está más duro que una piedra.

Me quedo varios minutos en esa postura, hecha un ovillo, pensando que me he partido la espalda en dos, que me he quedado parálitica de la forma más absurda posible. Pero entonces recuerdo el colgante, y la premura me hace levantarme cagándome en todo. Creo que se me ha dislocado el brazo derecho, porque apenas lo puedo mover.

Paso la mano a través de la verja y recupero la urna. Cojeo arrastrando un pie hasta la casa. Ni intento comprobar que la puerta de entrada está cerrada, porque sé que lo va a estar, así que me agacho un momento y recojo una piedra del jardín. Cierro los ojos cuando la estrella contra la ventana de la cocina. Los cristalitos saltan en todas direcciones y se hacen añicos sobre mi rostro desnudo.

Dejo la urna en el alféizar y me intento subir. Esa es mi intención, pero parece que mi cuerpo se pone definitivamente en huelga. Lloriqueo cuando consigo alzar el torso, y al final se me escapan un par de lágrimas cuando caigo al interior de la casa, chocando contra el sucio fregadero.

Una corriente de aire gélido me atraviesa. Me incorporo a duras penas y abrazo la urna contra mi pecho deseando acabar con esto de una vez por todas.

—Ya queda menos, Ricardo.

Me arrastro hasta la entrada y me siento en el primer escalón, cagándome en todo. De repente algo pasa a mi lado raudo y veloz para quedarse instalado a mis espaldas, congelándome la nuca.

Sonrío con pesar, porque esta será la última vez que la pueda ver. Después de hoy, el futuro se torna demasiado incierto y oscuro. ¿Querré ser un fantasma como ellos, diciendo unas últimas palabras para no terminar de morir? Lo sopeso unos instantes, porque la idea de desaparecer para siempre se me torna insoportable y tan vacía que me ahogo. Sin embargo, habré de ingerir una parte del alma de Aragón para después quitarme la vida, buscando así liberar al mundo de su maldad. Por lo tanto, ni siquiera se me ofrece la posibilidad de ser un maldito fantasma lastimero.

Abrazo más la urna y dejo que unas cuantas lágrimas recorran mis mejillas

desnudas. Tengo miedo, al fin lo reconozco. Tanto, que siento que desaparezco.

La puerta de la cocina, a mi derecha, se cierra de golpe de un portazo. Al igual que la de la biblioteca, a mi izquierda. La lámpara de araña comienza a temblar, y cuando me quiero dar cuenta, vuelvo a respirar vaho del frío que provoca a su alrededor.

—Lili, es suficiente —digo, castañeando los dientes—. No es necesario que montes un espectáculo.

Veo cómo su figura se me muestra en la esquina más alejada, con su eterno camisón blanco, su cabello plateado tapándole la mitad del rostro y sus pies desnudos flotando por la estancia. Se acerca despacio pretendiendo asustarme.

La muy cabrona hasta pone los ojos en blanco para darle más teatralidad al asunto.

Yo también los pongo en blanco un segundo y suspiro de resignación. No tengo tiempo para esto. He de regresar con la vecina y acabar con el psicópata de los cojones.

Levita hasta quedar a un palmo de distancia y acerca su atractivo rostro al mío con una mueca bastante desagradable.

No debería hacerlo, pero es que está tan ridícula con el labio torcido y los ojos en blanco... Así que me empiezo a descojonar. Hasta me tengo que sujetar el estómago, que parece que se me va a partir en dos.

La pobre no se lo esperaba, porque abre sus hermosos ojos hasta lo imposible y frunce el ceño, enfadada. Las puertas se abren de golpe, la lámpara se agita, haciendo tintinear todos los maravillosos cristalitos que penden de ella. Y yo sigo riéndome, presa de una enajenación mental transitoria mezcla del miedo y la desesperación.

—¿De qué te ríes? —termina por preguntar, poniendo los brazos en jarras—. ¡Esta es mi casa! ¡Largo! —ruge endemoniada.

Me calmo y me seco algunas lágrimas. Sonrío con dulzura al verla de nuevo. La he echado tanto de menos...

—Tranquila, Lili, me voy enseguida —digo intentando que se calme—. Pero antes tenía que traerte un regalo.

Vuela hasta la puerta de entrada y me mira dudosa, retorciéndose un mechón de pelo entre sus finos dedos.

—¿Cómo conoces mi nombre?

—Te conozco muy bien, y tú también a mí. Si las circunstancias fueran diferentes, nos haríamos amigas.

—Yo no tengo amigos vivos —asegura, chasqueando la lengua con esa voz metálica, tan característica de los que se encuentran en el plano entre la vida y la muerte.

—Pues yo te considero mi amiga —comento despreocupada. Le enseño la vasija y sonrío—. Y aquí dentro hay alguien muy especial que también lo es.

El brillo se instala en su mirada y poco a poco se acerca de nuevo. Pero parece que recuerda algo, y vuelve a alejarse.

—Te he visto con la vecina. Es una bruja, no deberías acercarte a ella —me avisa, temerosa de ella, y ahora también de mí. Seguro que piensa que soy otra bruja, y que ha venido para raptarla, tal y como lo intenta Madame Ardelean con su odiosa oscuridad.

—No debes preocuparte por eso. Pronto serás libre, Lili —le prometo con un sollozo. Ya no podré disfrutar de sus encantadoras locuras ni de su incómodo pero al mismo tiempo reconfortante frío polar.

—¿Quién eres? —me pregunta de medio lado, como si estuviera sopesando sus opciones, decidiendo si merece la pena seguir hablando conmigo—. ¿Qué quieres?

—Soy Alana, y solo quiero hacerte feliz.

Dicho eso tiro la urna de cristal al suelo. Se rompe en mil pedazos liberando un brillo cegador que me obliga a cerrar los ojos un segundo.

—¡Liliana! —grita Ricardo, ya libre de su obligado encarcelamiento.

—¡Ricardo! —grita ella, volando hasta él y rompiendo la distancia que los separa para fundirse en un profundo abrazo.

Me levanto despacio, temblando, con miedo, mucho miedo. Si hubiera otra forma, otra manera que no conllevara dar mi queridísima vida a cambio...

Decido salir de aquí antes de que me lo piense dos veces. Antes de que me dé cuenta de todas las cosas que dejo atrás, los amigos que perderé, el amor de mi vida que nunca me conocerá. Nunca sabrá que un día nos amamos, nunca recordará los momentos vividos.

Estoy saliendo por la puerta escuchando de fondo los gritos, sollozos, palabras de amor y alegría que mis dos fantasmas favoritos están proclamando a los cuatro vientos, cuando una mano de hielo me toca el brazo.

Me giro. Es ella. Y sin que se lo espere, me lanzo a darle un abrazo que espero que recuerde para toda la eternidad.

—Sé feliz por las dos, Lili —susurro en su translúcido oído.

Me separo con todo el cuerpo adormecido, lo que casi es una bendición, porque si no siento nada, no siento dolor.

—¡Espera! —dice, alargando una mano. En la puerta, ya con los pies fuera de la casa, me giro para contemplarles por última vez. Su estampa me reconforta y aporta calor a mi cansado corazón: cogidos de la mano, juntos para siempre.

Cierro ignorando sus gritos y sus palabras lanzadas al aire, las tantas preguntas que quedarán sin contestar. Atravieso el jardín sollozando casi en silencio, despidiéndome de todas las cosas que adoro del mundo: el chocolate encabeza la lista, por supuesto, pero también la amistad, el amor, la alegría, la locura, la anarquía en pequeñas porciones bien administradas... Salto la verja y apoyo mi húmeda mejilla en el frío hierro desconchado. Mi casa. La que tantos problemas me ha traído. Al final, será la causa de mi muerte. Pero es mirar su tejado de pizarra negro, la chimenea puntiaguda, la piedra coronando la entrada...

Casi merece la pena dar la vida por algo así, que perdurará en el tiempo, que se mantendrá en pie cuando todos los que ahora respiramos hayamos desaparecido.

Casi lo merece.

Solo casi.

Por un segundo pienso en derramar unas cuantas gotas más en el colgante y viajar atrás un año, cuando nada de esto había ocurrido. Cuando mi vida era mucho más simple, aunque también estaba bastante más vacía. Ahora soy anciana en experiencias vividas, supongo que eso es lo que me llevo.

Pero entonces rechazo la idea, porque algo me dice que aun regresando cinco años atrás, volvería al lugar donde ahora mismo me encuentro, porque retrocedería recordando todo esto, y una punzada de culpabilidad en el pecho me impediría continuar.

Me despido de mi sueño lanzando un beso al aire que espero que quede estampado entre las viejas paredes de piedra, y que como seguro que han hecho otros antes que yo, aporte un poco más de historia y de magia a esta increíble casa encantada.

Le doy la espalda a mi pasado, y me enfrento a mi futuro de frente, encaminando mis cansados pasos hasta el portal de la vecina. Subo hasta el primer piso pensando en cada escalón que no, que debería dar media vuelta y volver por donde he venido. Pero mi conciencia me obliga a subir un poquito más, y cuando me quiero dar cuenta, estoy entrando de nuevo.

Atravieso el pasillo cabizbaja, con la mente en blanco, con el corazón martilleándome en el pecho y un pitido en los oídos que me avisa de que, si no

me siento, me voy a desmayar de un momento a otro.

—¿Dónde estabas? —me pregunta la vecina, con la petaca en la mano.

—Tenía que liberar a Ricardo —explico acariciando el colgante escondido bajo el cuello de mi grueso jersey—. Tenía que dejarle en la casa junto a Lili.

Asiente en silencio.

—Solo me queda un fantasma más —comenta comprobando el círculo de sal—. Debería liberarla también, ahora que no la voy a necesitar. Está en...

—Sé dónde está —la interrumpo—. Me obligaste a acompañarte y vi cómo te la comías.

Me mira con el ceño fruncido.

—No me gusta que sepas tantas cosas de mí cuando yo ni siquiera te conozco.

Me encojo de hombros. Poco importa eso ahora mismo.

—Veamos —comienza a decir, claramente nerviosa, masajeándose las manos llenas de anillos—. Voy a abrir la petaca dentro del círculo de sal, y cuando el espíritu quede liberado, le obligaré a entrar en la botella de cristal.

Asiento tragando saliva.

—No te muevas hasta que te lo ordene —dice, alargando la mano dentro del círculo y abriendo la tapa.

Un fogonazo de luz me obliga a cubrirme los ojos con las manos. El ya conocido humo negro se escapa de su obligado cautiverio y una siniestra risa invade mis oídos. Es él, ha regresado para atormentarme, para socavar mis fuerzas, para proclamar lo invencible e indestructible que es.

La vecina se pone con la espalda erguida frente al círculo, echa la cabeza hacia atrás y entona un extraño cántico. Reprimo un escalofrío cuando lo reconozco.

—Tenebris —comienza a decir moviendo las manos en círculos y con los ojos en blanco—. Et beatos vos. Veni ad me, et capiunt impidium dictitans meam. Furatus fuerit essentia ejus in sempiternum.

La temida mancha de oscuridad aparece de repente, ataca al humo negro y le obliga a entrar en la pequeña botella de cristal. Aunque intenta escapar, el círculo de sal se lo impide. Con manos diestras, Madame Ardelean cierra el tapón de la botellita y mueve de nuevo las manos, deshaciendo el hechizo de oscuridad.

Solo cuando el ya conocido sonido de enjambre de abejas enfurecidas desaparece, solo entonces, vuelvo a respirar.



Gira la cabeza y me insta a acercarme.

—Entra ahí dentro y bébete el contenido de la botella —me ordena casi sin mirarme. Parece una petición sencilla, simple e inofensiva, pero ella y yo sabemos que eso será mi sentencia de muerte.

Suspiro y me pongo a temblar de nuevo. No estoy lista para morir. Aún no.

Me quedan tantas cosas por hacer... Pero sus oscuros ojos me apremian, me recuerdan que no hay tiempo que perder. Así que me despido de todos a los que quiero con una caída de pestañas que casi no llega a ser pestañeo y doy un paso adelante, entrando en el círculo.

Me agacho para agarrar la botella y justo antes de abrirla para ingerir el contenido, dejo que una sola lágrima me humedezca la mejilla. Me la seco con un movimiento distraído e intento sonreír a la que en otro tiempo y en otra vida fue algo así como mi amiga.

—Te veo en el otro lado —susurro.

Su semblante es una máscara opaca que no puedo traspasar para ver sus verdaderos pensamientos. Supongo que es un momento tan importante que nada importa salvo acabar con esto de una santa vez.

Alzo la botella y trago.

Un profundo ardor se instala en mi estómago. Me arde, me taladra los intestinos. Me doblo en dos cuando la espalda me pega un latigazo, obligándome a arquearla hasta lo imposible. Abro la boca para gritar, pero el mal que invade mi cuerpo llega a mi garganta para acallarme, para ahogarme y silenciarme con su fuego. Caigo de rodillas al suelo y juro que deseo llorar, gritar, maldecir. Cualquier cosa para que esta profunda agonía se acabe.

Porque cada célula de mi cuerpo está ardiendo lentamente como si unas brasas me lacerasen la piel, como si mi interior se estuviera derritiendo y convirtiéndose en una lava espesa y dolorosa.

En un momento de lucidez pienso que debo pronunciar las últimas palabras de Aragán antes de clavarme una daga en el corazón y acabar con este sufrimiento. Abro los ojos e intento enfocar, pero solo veo sombras donde antes había luz y color. Alzo una mano pidiendo ayuda, que alguien se apiade de mí y acorte mi final.

Entonces veo sus manos empuñando el bastón dentro del círculo. Un profundo chasquido me avisa de que lo ha partido en dos, y lo que queda de mi corazón comienza a bombear deprisa cuando siento que la otra parte de su alma, la que supuestamente quedaba reservada para Madame Ardelean, entra por mi boca y termina de quemarme.

La miro sin entender por qué. Quiero hablar, pero las palabras se me olvidan antes de llegar a pronunciarlas. Como en una película de blanco y negro, veo cómo sus labios ascienden creando una sonrisa que se me antoja cruel y envenenada.

Le siento dentro recorriendo cada centímetro de mi piel, invadiendo mi ser, mi existencia, mi conciencia y hasta mi pensamiento. Si no lo hago ya, nada quedará de mí. Utilizará mi cuerpo a su antojo como si fuera una carcasa vacía, un instrumento.

Unas manos me sujetan la cabeza. Los ojos me bailan en las cuencas, la espalda se arquea, siento cómo mis labios escupen saliva, sangre y dolor.

—¡Las palabras! ¡Di las palabras antes de que sea demasiado tarde! — creo que dice la vecina a mi lado, palmeándome las mejillas. Pero ya estoy lejos, y su voz resuena en mi cabeza como si estuviera hundida a más de un metro bajo el agua. Algo embota mis sentidos cada vez más, y ese algo es Aragán.

Un bofetón me otorga unos segundos de lucidez. Enfoco y la miro a los ojos.

—¿Por qué? —consigo pronunciar con tremenda dificultad. Atascadas se me quedan más preguntas como: ¿por qué me has engañado? ¿Por qué me has traicionado?

—Las palabras —ruge fuera de sí—. ¡Di las palabras!

—Nunca me importó la muerte, puesto que siempre ha sido mi compañera más fiel —balbuceo, cerrando los ojos y concentrando cada célula de mi cuerpo en pronunciar esa frase.

Y de repente, un cuchillo empuñado por la vecina me atraviesa el pecho de un único y certero golpe.

Caigo de espaldas y siento que el alma de Aragán ruge de rabia en mi interior. Poco a poco siento cómo se va descomponiendo, desapareciendo por fin de este mundo. Abro los ojos y percibo de nuevo la cortina de terciopelo verde, el tresillo naranja. El pelo negro de la vecina suspendido sobre mi rostro y haciéndome cosquillas en la nariz.

—¿Por qué? —consigo susurrar entre estertores manchados de muerte. Me estoy atragantando con mi propia sangre.

—Porque era lo mejor que se podía hacer —responde muy seria sujetando mi moribundo cuerpo. Alarga una mano y saca el colgante de mi jersey para contemplarlo durante un segundo.

Así que eso es lo que quiere. Matar dos pájaros de un tiro, y de regalo,

llevarse un poderoso colgante que le permite viajar en el tiempo.

Cierro los ojos con fuerza, tosiendo y retorciéndome entre sus brazos. No quiero morir así, sujeta por una traidora. Deberíamos haber muerto las dos.

Ahora mismo ya no me parece tan mala idea eso de verla morir a ella primero.

Y la vida, que dicen que es un misterio, se me muestra como es en realidad.

Justo cuando la estoy perdiendo, justo cuando abandona mi cuerpo, soy consciente de lo que significa: es el motor que hace que mis pestañas bailen, que mis dedos sujeten el brazo de Madame Ardelean. Se está yendo a otro lugar, diciéndome adiós mientras siento que solo queda mi cuerpo desangrado.

La última imagen que consigo distinguir antes de que se me nuble la vista es a la vecina dejándome en el suelo y dándome la espalda.

Alejándose de mi lado.

## Capítulo veinte

Doy mi último aliento sola y tirada en el suelo rodeada por un círculo de sal.

El mundo se vuelve negro, vacío, aséptico. Ni siquiera tengo conciencia de ser yo misma; ahora formo parte del todo y la nada, cayendo en un agujero de oscuridad que no tiene final.

Pero incluso ahora, mi último pensamiento consciente es para él.

Y de repente, vuelvo a sentir algo. Un cosquilleo en mi brazo derecho. Un pinchazo que poco a poco va volviéndose más y más insoportable.

No sé el tiempo que pasa, pero las fuerzas regresan. La vida se va posando de nuevo en mi piel como si pudiera atravesar mis poros. El corazón vuelve a latir en mi pecho, mis pulmones se llenan de aire.

Y dejo de sentir dolor.

—Despacio —dice la vecina a mi lado.

Abro los ojos y me incorporo de golpe con un sollozo. Me llevo las manos al pecho buscando la herida mortal, pero ya no hay nada. Eso sí, el jersey está roto allí donde el puñal me ha atravesado. No entiendo nada hasta que me miro el brazo derecho. Una frase tatuada, profunda, me recorre el antebrazo desde el interior de la muñeca hasta la parte interior del codo. Es una lengua extraña que me recuerda un poco al libro con el que desperté a Edgar y está escrita encima del otro tatuaje que me hizo para curarme, que era más pequeño y pasaba desapercibido.

—Me has engañado —siseo enfadada.

—Si te hubiera contado mi plan desde el principio —dice levantándose despacio—, ¿habrías confiado en mí?

Entrecierro los ojos atravesándola con la mirada.

—No lo sé, pero podrías haberlo intentado.

—¿Cómo iba a traerte de vuelta si yo también me atravesaba el pecho con el puñal? —pregunta con ironía sonriendo de oreja a oreja y acariciando su pluma negra—. Por lo visto tú me conoces, pero yo a ti no, y no me podía arriesgar.

Me incorporo, maravillada del poder curativo de la pluma. Estoy perfecta.

Ya no siento dolor, todo lo contrario, es como si resplandeciera. Admiro

mis manos que no tienen ni un solo rasguño, toco mis mejillas, mis labios perfectos. Y giro la cabeza y le sonrío con todo mi cuerpo.

—Lo hemos conseguido —empiezo a murmurar, procesando mis propias palabras. Me da miedo decirlo demasiado alto y que de repente aparezca de detrás de las cortinas convertido en... no sé, ¿un paraguas poseído?

—Lo hemos hecho, niña —me asegura con un brillo en los ojos que nunca antes me había mostrado—. Lo hemos hecho.

Y son tantas las emociones que me invaden en un solo segundo que no sé si reír, llorar, gritar, lanzarme a sus brazos, ponerme a hacer la ola o tirarme desde la ventana tan solo por el placer de saber que, si me parto las piernas, ella llegará con su pluma mágica y me las curará.

Me pongo a dar saltos de alegría y a gritar como si estuviera en mitad de un concierto. Me tiro al suelo de rodillas y me río hasta que me duele la mandíbula. Ella me imita y durante un buen rato parecemos dos yonkis colocadas de algo fuerte, muy fuerte.

Al final me llevo las manos al pecho y sujeto el colgante apagado entre mis dedos, como si estuviera roto, como si ya no fuera a funcionar nunca más para dejarme encerrada en un pasado que poco a poco se me va mostrando más y más irreal, y contengo la respiración.

—Y ahora, ¿qué?

Paso la tarde tomando té con pastas. Pero no del que te convierte en fantasma. No. Es poleo menta que ha sacado de un envoltorio bien cerrado y que ha abierto delante de mí ante mi constante exigencia. Hasta compruebo el sobrecito de azúcar que me tiende sospechando que en su interior haya algo así como «cocaína de brujas».

Las pastas también son compradas, y mordisqueo una con lentitud mientras me recupero mentalmente del shock de haber pasado por algo tan traumático como una posesión demoníaca y que una bruja te atravesase el corazón con un puñal.

Sí, creo que me merezco un momento de paz y tranquilidad, así que doy ligeros sorbitos a mi poleo mientras me fumo un cigarrillo tras otro. Creo que llevo veinte en menos de tres horas. A la mierda. También me lo merezco.

—Vecina —digo escupiendo un trocito de pasta. Se me están haciendo bola. Demasiado secas, demasiada pasta, incluso para mí—. Saca algo fuerte, que se está haciendo de noche.

Le mando un mensaje a mi madre diciéndole que llegaré tarde y que no me espere despierta.

Se levanta sonriendo y se acerca hasta el aparador. Me muestra una botella de aguardiente. Asiento con un profundo pestañeo y abre el tapón. Me sirve una copa, que me trago sin pestañear. El líquido me quema la garganta mientras va descendiendo, pero juro que es lo mejor que he probado en mi puta vida.

Cuatro copazos más tarde meneo mi minúsculo trasero en el sofá y la señalo enérgicamente con la copa hasta arriba en una mano, y un cigarrillo casi consumido entre los dedos. Derramo aguardiente en la alfombra con el gesto, pero ella, en vez de enfadarse, se ríe sonoramente con unas carcajadas secas y profundas.

—Te loo digo deee verrrrdadddd —escupo arrastrando las palabras—. Tienesss que redecoraaarr este salón de mierrdaa. Y limpiaarrlo, so guarrraaa.

Se cruza de piernas, o al menos lo intenta, pero sus rodillas fofas se lo impiden. Me troncho de risa cuando le veo unas enaguas pasadísimas de moda bajo la falda.

—Y tú regresar a tu tiempo, niña estúpida —ataca dando buena cuenta de su copa. Ella lleva el doble que yo, pero parece que no le hace tanto efecto como a mí.

Me río con desdén, con un ojo piripi y el otro entrecerrado en contra de mi voluntad. Joder, estoy borrachísima. El suelo se me viene encima de vez en cuando, y las paredes giran a mi alrededor como si estuviera metida en un tiiovivo.

—Bufff —resoplo, escupiendo saliva—. Eso me gussstaría a mí. Peroooo pareceeee, pareceee que se ha roto —. Un momento de lucidez me asalta y entorno los ojos—. Oyee, sabíass que me ibaass a curar despuésss de matarme, que funcionaría... ¿verdad?

Parpadeo mucho mientras intento enfocar, mientras lucho por ver su cara a través de la melopea que llevo encima.

—No lo sabía, no siempre funciona. La muerte es quien decide quién regresa, y quién se queda.

Abro la boca hasta que mi barbilla toca mis rodillas. Bueno, estoy exagerando un poco.

—Serásss puta.

Y me voy inclinando un poco hacia delante, otro poquito más, hasta que me como la mesita de centro con las pastas de té incluidas.

Amanezco de buena mañana con la resaca del siglo, tirada en el sofá con la baba colgando de la comisura del labio, el cuello tronchado y la espalda haciendo un doloroso zigzag.

—Joder —me quejo, protegiéndome los ojos de los rayos de sol que me taladran los sesos.

La bruja aparece por la puerta más fresca que una lechuga y, como si me leyera el pensamiento, me tiende una taza de café recién hecho. Lo acepto con la boca tan pastosa que, al paladear, un regusto a aguardiente me provoca una arcada.

—No sabes beber —dice, sentándose en el tresillo.

—Y tú deberías comprar alcohol de buena calidad, tacaña —suelto de mal humor.

Por un segundo me asusto, cojo el colgante y lo miro, comprobando si sigo en el pasado, o si por el contrario me ha devuelto a mi presente real mientras

dormía la mona.

—Sigues atrapada —comenta cruzándose de brazos.

—Eso me temía...

Alargo el brazo izquierdo hacia ella.

—¿Qué haces?

—Saca la pluma y quítame la resaca —digo cerrando los ojos—. El dolor de cabeza y las náuseas.

Me aparta la mano con brusquedad, ofendida.

—No se usa para estas tonterías. La próxima vez, no bebas si no eres capaz de soportarlo.

Frunzo el ceño y busco el móvil entre los cojines para comprobar la hora.

Son las nueve. Debería llamar a mi madre, debería pensar qué cojones voy a hacer hasta que el colgante reaccione y me lleve de vuelta... Debería...



## Capítulo veintiuno

Pasan dos días más. Lo reconozco: estoy empezando a ponerme muy, pero que muy nerviosa. No dejo de mirar el colgante guardado sobre mi pecho esperando ver algo que me indique que sigue funcionando, que no me he quedado atrapada en el pasado.

—Hija, dale con más brío —me reprende mi madre con la escoba. Remojo la bayeta en el cubo de agua con jabón y sigo frotando los azulejos del baño.

Como me temía, han llegado esos días en los que, en mi pasado y ahora presente inmediato, no hicimos más que limpiar y limpiar. La primera vez no me importó porque era la novedad, estaba ilusionada con la nueva casa... pero ahora, después de pasar por tantas cosas... Ahora miro la bayeta llena de mierda y la tiro al suelo con rabia.

Salgo a la calle y me enciendo un cigarrillo. No dejo de pensar en él. Tengo que controlarme para no ir hasta su piso y tirarme a sus brazos, sollozar en el dulce hueco de su cuello y aspirar con fuerza su olor. O ir a su trabajo, sentarme en la barra y pedir una cerveza, por ejemplo. Ver si hay alguna reacción por su parte al verme. Pero me da tanto miedo lo que pueda suceder si cambio el pasado... No con él. Lo cambiaría todo, me la jugaría, pero con Gabriel no puedo, no soporto la idea de pensar que si modifico algo, cualquier tontería, nuestra historia se borre, desaparezca y le pierda para siempre.

Porque, si no me fallan las matemáticas, en tres semanas vendrá a mí junto con sus amigos a la despedida de soltero de uno de ellos. Si el colgante no me devuelve a mi verdadero tiempo antes de tres semanas, le veré de nuevo. Para él será la primera vez que nos encontremos.

Doy la última calada al cigarrillo y lo tiro con desgana al suelo.

No puedo esperar tres semanas. Se pueden cambiar muchas cosas en todo ese tiempo, y que nuestro destino cambie de carril y nos separe para siempre.

Entro con paso decidido en el recibidor y me choco con mi madre, que lleva unas cortinas sucias entre los brazos.

—Mamá —digo ayudándola con toda esa tela—. Tengo que irme un rato.

Es un evento.

—Pero Alana —se queja secándose el sudor de la frente con la mano libre—. Tenemos muchas cosas que hacer aquí.

Llegamos hasta la cocina y metemos las cortinas en la lavadora nueva.

—Tengo que irme. No tardaré mucho.

Subo las escaleras de dos en dos desoyendo sus quejas. Voy hasta lo que será mi habitación, que aún sigue sucia y sin mis queridos accesorios, y comienzo a desvestirme con prisas. Voy dejando el pantalón vaquero y el jersey sucio de polvo en el suelo, y justo cuando me estoy poniendo mi ropa limpia, el frío que acompaña a mis amigos me pone la piel de gallina.

Corro a meterme la camiseta por la cabeza y a abrocharme el botón del pantalón. Me estoy atando los cordones de las zapatillas cuando veo aparecer la cabecita de Lili por el techo.

—¿Dónde vas? —me pregunta, con esa voz tan metálica y especial.

Sonrío. Su frío es un precio muy bajo a pagar por tenerla de nuevo a mi lado. Aunque nuestra relación aún es distante, ya que ella no se termina de fiar de mí, yo adoro su compañía. Eso sí, desde el momento en el que regresé de casa de la bruja hace ya dos días, les hice prometerme que dejarían a mi madre en paz.

Por suerte, Ricardo la puso al corriente de todo, porque el muy listillo estuvo escuchando toda mi conversación con la vecina cuando aún no habíamos acabado con Aragón y él seguía encerrado en la urna.

Además, el hecho de que le devolviera a Ricardo me ha dado muchos puntos, todo hay que decirlo. Pero aún sigue intentando asustarme de vez en cuando. Dice que debo irme, que es peligroso.

—Me voy un momento, pero en un par de horas espero estar de vuelta.

Me callo mis verdaderas intenciones. Que espero no regresar a esta casa en este tiempo.

—Es mejor que no vuelvas —comienza a decir, mientras se toca un mechón de pelo plateado. Va descendiendo hasta mi lado, y los pétalos que tiene por labios se fruncen en una mueca desagradable—. Vete con tu amiga, con la mujer malvada.

Pongo los ojos en blanco y cojo el abrigo.

—Lili, ella no es malvada. No os va a hacer ningún daño.

Sus ojos se convierten en dos rendijas.

—Eso no lo sabes. Por lo que me ha contado Ricardo, ella necesita comer.

Me doy la vuelta sin responderle. Sí, ella necesita comer fantasmas para seguir viva. Si no lo hace irá desapareciendo poco a poco. Me acerco hasta ella e intento tocar su mano, pero se retira como asustada.

—No permitiré que te ocurra nada malo, ¿me has entendido?

Me mira a través de sus largas pestañas y me taladra con su mirada, aún desconfiada, aún distante.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: somos amigas.

Llego hasta la puerta y salgo al pasillo.

—Portaos bien mientras no estoy. ¡Y no asustes a mi madre! —le pido justo antes de cerrar.

Bajo las escaleras de dos en dos y cruzo la plaza en dirección al portal de la vecina. Como siempre, la puerta del portal está abierta, así que nada me impide llegar hasta su piso. Golpeo la madera con los nudillos esperando que me abra.

Acerco el oído a la puerta, pero no escucho sus pasos.

—¡Vecina! —grito aporreando la puerta—. ¡Madame Ardelean!

Nada. Creo que es la primera vez que no está en casa.

La espero durante media hora sentada en las escaleras. Después me levanto decidida a resolver mi problema sin su ayuda. Salgo de nuevo a la calle y me encamino hacia la plaza del Sol. Voy tiritando, porque me he dejado la bufanda.

Estoy subiendo la calle Montera cuando me da un vuelco el corazón. Una sonrisa ilumina mi rostro y, como enajenada, me acerco hasta él y tiro de su brazo.

—¡Edgar! —grito entusiasmada. Le abrazo y le palmeo sus rechonchas mejillas un segundo.

Pero Edgar está muy raro... Demasiado color en los mofletes, no huele a muerto, ya no lleva su disfraz de peluche....

—¡Se puede saber qué estás haciendo! —dice Edgar con una voz muy extraña, muy viva. Me aleja de un manotazo y vuelve a mirar a una de las prostitutas, con la que parece que mantenía una entretenida conversación hasta el momento en que yo le he interrumpido.

—Pero... Edgar... —balbuceo con congoja.

—¡Que no me llamo Edgar, loca de los cojones! ¡Largo!

Voy andando hacia atrás con una mano en la boca, tapando la grandiosa «o» que se ha formado en mis labios.

Me doy la vuelta y reprimo una lagrimilla traicionera. Mi Edgar, mi queridísimo Edgar... Soy gilipollas. Por un momento había olvidado dónde estoy, joder. Y aunque debería alegrarme por comprobar que este hombre inocente está vivito y coleando, una gran parte de mí, la más egoísta, lamenta

haber perdido a su zombi especial. De repente la bombillita ilumina mi flequillo, me giro y le grito:

—¡Si ves un osito de peluche en las escaleras de una iglesia no lo cojas! —vocifero—. ¿Me has oído? —Me hace aspavientos con las manos, como para que me calle de una puta vez y le deje en paz—. ¡En serio! ¡Si lo coges, será tu perdición!

—¡Estás como una puta regadera! —me grita a su vez, haciéndome un corte de mangas.

Me encojo de hombros. Ya está avisado, por si las moscas. Aunque en teoría no sucederá nada de lo que ya hemos vivido, no puedo predecir las consecuencias de todos los cambios que estoy haciendo. Algunos sutiles, como decidir que ya no quiero los viejos muebles de la cocina, otros más drásticos y necesarios, como haber acabado con el asqueroso de Aragón.

Sigo mi camino abrazando mi cuerpo temblón. Busco a las gitanas con la mirada en medio de la plaza del Sol, sorteando turistas de todas las nacionalidades y a los muñecos descoloridos que invaden los rincones en busca de niños con quien poder hacerse una foto o venderles un globito.

Las gitanas no están.

Así que suspiro y me encamino hacia el barrio donde vive el patriarca: un lugar donde no son bien recibidos los turistas y que, si te descuidas, te roban la cartera. Sola y con un frío de mil demonios. Mantengo el móvil en la palma de mi mano por si necesito llamar a la policía. Pero después pienso que tan solo se lo estoy poniendo más fácil a posibles ladrones, así que lo vuelvo a guardar en el bolso y aprieto el paso.

Tras caminar y caminar intentando recordar el bloque de casas bajas que atravesé la primera vez, me encuentro con la buscada al doblar una esquina.

—Vamos, Alana. Tú puedes —me digo temblando.

Llego y toco con los nudillos. No hay timbre. Tan solo una puerta verde con una cerradura y una mirilla.

Espero y espero. Hasta que al final comienza a abrirse y una gitana asoma la cabeza.

—¿Quién va?

¿Qué le digo? En un segundo pasan mil pensamientos por mi cabeza, todos con la intención de que me deje entrar y pueda hablar con el patriarca. Pero las palabras se niegan a salir.

Al final me decido. Meto la mano dentro del cuello de mi jersey y le enseño el colgante.

—Dile al patriarca que tengo esto.

Abre los ojos como platos y me abre la puerta del todo. Me coge del brazo y me arrastra a través de un pasillo oscuro desde el cual se vislumbra la claridad al otro lado. Llegamos al patio interior donde un montón de chiquillos juegan con peonzas y pelotas. Algunos van descalzos a pesar de que estamos en invierno.

Me empuja en una silla de mimbre y se santigua.

—Espera aquí —me ordena muy seria.

La veo alejarse cruzando el patio para entrar por una de las puertas. Con su moño deshecho y sus zapatillas de andar por casa. Me miro las manos pensando cómo coño voy a abordar este tema. Cómo le explico lo que he hecho cuando precisamente él me advirtió y prohibió exactamente lo que me he visto obligada a hacer. Era esto o morir a manos de ese sanguinario psicópata. Levanto la barbilla y me obligo a infundirme fuerzas y seguridad en mí misma. El patriarca lo tiene que entender y me tiene que ayudar a regresar a mi verdadero tiempo.

En todo eso estoy pensando cuando siento algo frío y duro apretarse contra mi nuca.

—Levántate —escucho que dice un hombre en mi espalda.

Hago lo me pide, y me guía hasta una de las puertas. Con disimulo miro un momento hacia arriba, a las ventanas. Varios gitanos están asomados con cara de pocos amigos. Llego hasta el salón donde Madame Ardelean y yo estuvimos la primera vez: con espejos, sofás recargados y demás decoración ostentosa y aparentemente costosa, nada que te puedas imaginar viendo la fachada desconchada del edificio.

Tengo que entrecerrar un poco los ojos y acostumbrarme a la falta de luz, a la penumbra que crea sombras en cada recodo y esquina.

La puerta se cierra tras nosotros de un brusco portazo y varias manos me empujan hasta una silla. Muevo los dedos nerviosa, preguntándome si venir aquí sola y sin decir a nadie a dónde iba ha sido una buena idea.

El patriarca aparece por un lado: vestido de blanco, con una camisa desabrochada varios botones de más, cinturón de cuero oscuro y zapatos de punta. Su pelo negro salpicado de algunas canas recogido en una coleta, su rostro tan serio que trago saliva.

—Mi mujer me ha dicho que llevas algo en tu cuello. Algo que me pertenece —dice, sentándose frente a mí. Alguien continúa apuntándome con la pistola en la nuca, haciendo que, aunque lo intente, me resulte imposible

relajarme un poco.

—Sí, usted me lo dio —balbuceo, mirando la punta de sus zapatos.

—¡Eso es imposible! Si te hubiera dado ese colgante, ¡me acordaría! —vocifera dando una palmada muy fuerte en una de sus piernas.

—Es que no soy de este tiempo...

Sus cejas se alzan perceptiblemente.

—¿Cómo has dicho?

—Que he retrocedido en el pasado. Estamos en enero, y usted me dio el colgante en primavera. Por eso no se acuerda, porque «aún» no ha sucedido.

Sus ojos se van abriendo poco a poco hasta que su rictus me asusta de verdad.

—¿Has viajado en tu propia vida? ¿Es que has perdido la cabeza?

Bajo el mentón y trago saliva.

—Vine con una mujer... —Hago una pausa cuando le escucho blasfemar.

He estado a punto de decir el nombre de la vecina, pero algo en el último momento me hace callar—. Vinimos pidiéndole ayuda porque estábamos desesperadas. Lo necesitábamos para acabar con un demonio.

—¿Dices que solicitasteis mi ayuda?

—Sí. Estuvimos en este mismo salón. Usted me dio el colgante y me explicó cómo utilizarlo.

El silencio se instala a nuestro alrededor. Incluso el que tengo tras de mí ha dejado de respirar.

—¿Te expliqué las normas, verdad? ¿Te expliqué que no podías retroceder en tu propia vida? —me pregunta, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en sus rodillas.

Bajo la cabeza y me miro las manos.

—Sí, pero no tuve más remedio.

Escucho que se da otro golpe con la mano abierta. Como siga así, se va a poner las piernas llenas de moratones. Me callo que ya he incumplido dos de las tres reglas. Solo he respetado esa de «no robar nada al pasado».

—Y ahora... —empiezo a decir, cada vez más nerviosa— parece que el colgante se ha roto. —Lo saco de debajo de mi jersey sin quitármelo y se lo muestro. Se levanta con brío, alarga la mano y lo observa a través de sus penetrantes ojos negros. Chasquea la lengua contra el paladar. Y sin previo aviso, me da un guantazo que me tira al suelo.

Me lo esperaba. Que me pegaran por lo que he hecho entraba dentro de las posibilidades. Lo que no me esperaba es que me explotara la mejilla de dolor,

que me clavara el anillo que lleva en la sien y que los ojos se me inundaran de lágrimas.

—Si te lo di es porque supongo que consideré que era lo correcto. Sin embargo, en nuestra comunidad, el que incumple las reglas es castigado — empieza a decir con tranquilidad. Con terrible tranquilidad. Me llevo la mano a la mejilla golpeada y me empiezo a enfadar.

—Yo no formo parte de tu comunidad. Así que no te creas con ese derecho —le advierto a pesar de estar muerta de miedo. Intento que mi voz suene segura, lucho porque no me tiemble. Me levanto y estiro la espalda, irguiéndome a su lado—. Conseguí acabar con ese demonio, y eso también os beneficia. No he venido hasta aquí para escuchar sermones, he venido pidiendo ayuda. Quiero regresar a mi tiempo y poder devolverte el colgante.

Sonríe de medio lado y se mete un palillo en la boca.

—Parece que la paya tiene cojones... Pero no es de mí de quien te tienes que preocupar. Has incumplido las normas, y el propio tiempo se encargará de tu castigo.

—No he pasado por un verdadero calvario para que me maltrates ni me amenaces. Dime cómo puedo regresar —le pido, intentando ignorar sus amenazas.

Se encoje de hombros. Ladea la cabeza y escupe al suelo. Reprimo una mueca de asco y me obligo a permanecer erguida, a no encogerme a su lado.

—¿Cuántas gotas derramaste en su interior? —me pregunta, un poco más calmado. Ahora me mira con un poquito más de respeto.

Mierda...

—Me estaba desangrando, y toda esa sangre fue a parar al colgante. No lo sé. Desconozco las gotas que entraron por el orificio.

Levanta la mano como si fuera a golpearme de nuevo. No pestañeo. No entrecierro los ojos. Aprieto los puños y le mantengo la mirada.

—Jamás regresarás.

Ahora la que abre los ojos hasta lo imposible soy yo. Me sobreviene un escalofrío, y las palmas de las manos me empiezan a sudar.

—¿No puedo hacer nada? —pregunto desesperada.

Niega despacio, muy serio. Incluso parece que hasta algo preocupado.

—No. —Se acerca de nuevo y me saca el colgante despacio por la cabeza.

Me lo enseña, y me estremezco cuando veo que va desapareciendo poco a poco—. Te has condenado desde que regresaste a tu propia vida. Te lo advertí, según por lo que me has contado.

Bajo la cabeza derrotada y rota, igual que el colgante volatilizado.

—Entonces...

—Las normas existen por un motivo, paya —dice atusándose el bigote—. Ahora tu tiempo es este, te guste o no. Procura que lo que vayas a vivir dos veces sea exactamente igual que...

—¿La primera vez?

—Sí.

Me recorre un escalofrío que no se me quita mientras me acompañan hasta la puerta principal. Justo cuando estoy saliendo a la calle me retiene un segundo tirando de mi brazo.

—No vuelvas por aquí —me avisa.

—No lo haré —le prometo.



Capítulo veintidós Ya ha pasado una semana más. La casa está casi terminada, y yo, viviendo un eterno *déjà vu*, me dejo llevar intentando hacer las cosas exactamente igual que la primera vez. Las advertencias del gitano se me han quedado grabadas en el cerebelo, y por ello me pienso dos veces cada decisión que tomo, por estúpida que parezca: el color de las cortinas, muy a mi pesar dejar los muebles de la cocina y pintarlos de nuevo... Me preocupa que por mucho que lo intente, algo ha cambiado: Aragán no está. Y eso precipitará que tantas cosas sucedan de forma diferente: Edgar nunca existirá, la bruja ya es mi amiga, ya no me da miedo Lili, la oscuridad no aparecerá para torturarnos...

Dejo la fregona apoyada en la pared de la cocina y me seco el sudor de la frente.

—Alana —me llama mi madre desde la entrada—. Ven aquí un momento.

Mientras me acerco a ella adivino sus intenciones. Ya sé lo que va a decirme.

—Cielo... —empieza a decir, suavizando la mirada—. Es hora de que me vaya.

La primera vez me enfadé, luché, argumenté que era una madre desconsiderada que abandonaba a su hija treintañera... Ahora la entiendo.

Tiene que hacer su vida. Buscar su propia felicidad. Y tal y como ella me dijo, yo también debo volar del nido, ser más independiente y encontrar mi futuro.

—Vale, mamá —contesto, sonriendo un poco triste. Aún ahora me gustaría que se quedase. Pero no puede ser.

Arruga el entrecejo y se acerca a comprobar la temperatura de mi frente.

—¿Estás bien, hija? —me pregunta preocupada—. Llevas unos días muy

rara.

Sonrí con pesar. Para ella han sido días, para mí los meses más difíciles de toda mi vida. Mi punto de inflexión, mi «antes y después».

—Me da pena que te vayas. Te voy a echar mucho de menos.

Nos abrazamos y deo escapar algunas lagrimillas. Estoy asustada, asustada de verdad. Tal y como ha dicho el gitano, este tiempo ya no me pertenece.

Soy una intrusa, algo antinatural que, quizás, si tira de la cadena tres veces en vez de cuatro, desencadene el segundo diluvio universal, por ejemplo.

Sal de casa con el bolso diciendo que tiene que hacer algunas compras.

Aprovecho para subir a darme una ducha tranquila intentando destensar los músculos agarrotados, luchando por que desaparezca esa presión que siento constantemente en la nuca.

Me estoy desnudando en el baño cuando los pezones se me ponen de punta y todo el vello de mi cuerpo se eriza. Me tapo con una toalla justo cuando aparecen Lili y Ricardo atravesando la puerta.

—¡Un poco de intimidad! —grito, exasperada. A pesar de que se mantienen un poco al margen, ya que mi madre está todo el día trabajando en la casa, aprovechan los escasos momentos que sale para venir a verme. De verdad que aprecio el gesto, pero de vez en cuando necesito estar sola.

—Mi gran salvadora —empieza a decir Ricardo, tan apuesto como siempre. Se tapa los ojos con las manos y me hace una de sus reverencias a ciegas—. Disculpad nuestra intromisión.

—Deja de llamarla así —le reprende Lili—. Aún no sabemos qué quiere —apunta, entrecerrando sus preciosos ojos y taladrándome con la mirada.

Me anudo la toalla en el pecho y pongo los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces te lo tengo que decir, Lili? Somos amigas. No hay segundas intenciones.

—Eres amiga de la bruja.

—Y también soy tu amiga. Y de Ricardo.

—Un amigo mío no puede ser al mismo tiempo amigo de esa mujer malvada —explica, haciendo ondear su eterno camisón a varios centímetros del suelo. Sus pies descalzos flotan con elegancia, y de verdad que me dan ganas de agarrar uno y lanzarla a tomar por culo volando.

—Pero mi ocaso —interviene Ricardo—. Ya te lo he explicado...

—Tú te callas —le corta Lili, más tajante que un sargento. Vuelve a dirigir su mirada hacia mí y me señala con un dedo acusador—. No me fío de ti. Lo

mejor es que te vayas. Lo mejor para todos es que desaparezcas, que te lleves contigo ese halo de misterio que te envuelve el brazo y abandones nuestra casa.

—No me voy a ir. Es mi casa también —digo tapándome el tatuaje que la bruja escribió en mi piel para salvarme la vida.

La veo apretar las manos en dos puños, y de repente, el espejo del baño explota en mil pedazos. Los cristales no me han dado en los ojos de puro milagro.

—¡Lili! —la reprendo, enfadada—. ¡Ya verás cuando lo veo mi madre!

¡Con lo que le gusta este espejo!

—¡Mi ocaso! ¿Qué haces? —me ayuda Ricardo, tirando de su mano e intentando alejarla de mí.

Se suelta y vuela hasta mi lado. Pega su etérea nariz a la mía y utiliza esa voz de ultratumba que reserva para las ocasiones especiales.

—Fuera de nuestra casa. ¡Lárgate!

Me echo hacia atrás cuando dejo de sentir la punta de la nariz. No me lo puedo creer. Es que no me lo puedo creer. Libero a su novio, la protejo de la bruja para que la oscuridad no vuelva a por ellos... y ¿así me lo agradece?

—¡Eres una maldita desagradecida! —grito enfadada—. De no ser por mí, Ricardo seguiría encerrado y tú, antes o después, acabarías siendo absorbida por la oscuridad.

—¡No me fío de ti! ¡No te conozco!

Ese golpe me duele. La amistad y la confianza no se forjan en dos semanas.

No puedes llegar a una persona y decirle: «¡Hola! Vengo del futuro. Aunque no me conoces, somos amigos del alma. Confía en mí».

Sin embargo, a Ricardo me lo gané desde el mismo momento en que lo liberé. Él tiene otro carácter. Es más afable, más fácil de llevar. A diferencia de la puta loca que tengo enfrente, amenazando con destrozar todo a su paso para que me largue de su propiedad.

—Pero mi amor... —empieza a decir Ricardo—. Ya te he contado lo que hablaron la bruja y ella mientras seguía encerrado en la urna...

—Ella puede decir misa, si quiere. No sabemos si nos está engañando. No sabemos si esto es una trampa. Si te liberó para que confiáramos en ella, y ahora pretende capturarnos juntos.

Me llevo las manos a la cabeza. Madre mía, qué dramas se monta en la cabeza.

—Llevaba un colgante raro. No era un colgante normal —dice señalando

con uno de sus pálidos dedos el lugar donde lo llevaba hasta hace una semana—. Yo creo que es una bruja, igual que la vecina malvada.

—¡Era un colgante mágico! ¡Ya te lo he dicho! —me intento defender, exasperada. Es que da igual lo que le diga, no confía en mis palabras. No hemos tenido el tiempo suficiente para que ese sentimiento se cree entre dos personas—. Pero no era mío, Lili. Era prestado. Soy una chica normal, te lo juro.

—Y esas letras grabadas en tu antebrazo... —dice la muy listilla—. Eso no parece algo que tenga una chica normal...

Joder. Siempre atenta a los malditos detalles.

—La vecina utilizó su pluma para devolverme a la vida —contesto, tapándome de nuevo lo que parece un tatuaje extraño.

Menea la cabeza y sus cabellos plateados bailan al son de una música que no llego a escuchar.

—Lo mejor para todos es que te vayas.

Dicho eso tira del brazo de Ricardo y desaparecen.

## Capítulo veintitrés Dos días después ha llegado el momento: mi madre me abandona de nuevo.

Menuda madre más despegada que tengo...

Me despido de ella en la estación de autobús, diciéndole adiós con la mano y una lagrimita descendiendo por mi mejilla. A mi favor diré que esta vez no he montado ningún espectáculo.

Regreso a casa cabizbaja. Tengo que controlarme para no ir al pub donde trabaja Gabriel, para no esconderme detrás de un árbol frente a su portal, para no hacerme pasar por un testigo de Jehová que se presenta frente a su puerta ofreciéndole una nueva vida plagada de creencias y demás historias casi más fantásticas que las que estoy viviendo en mis propias carnes.

Pero no, me he mantenido firme y estoica esperando que llegue el momento. Tachando los días mentalmente para que nos volvamos a ver de nuevo en la despedida de soltero.

Introduzco la llave en la cerradura y me recibe una bofetada de frío. Ya está otra vez la pesada de los huevos. Ahora se dedica a congelarme cuando estoy en casa, a ver si la encuentro poco confortable y decido irme.

—¡Que no me voy a ir! —grito, buscándola entre las paredes.

Un cojín sobrevuela el aire y se me estampa en toda la cara.

—¡Que pesadita, madre de mi vida! —me quejo, rumbo a la cocina a servirme mi segundo café del día.

Y suena mi móvil. Es Nerea.

—¡Alana! —grita al otro lado del auricular.

Un nudo se me cierra en la garganta al escuchar su voz. Ya hemos hablado por teléfono varias veces y durante mucho rato cuando les dije que se vinieran a vivir conmigo hace unos días, pero aún no las he visto en persona. Necesito abrazarlas bien fuerte, porque en mi último recuerdo de Nerea se había convertido en la semilla del mal mientras Lucía se desangraba a mi lado.

—Dime, Nerea —consigo decir cuando me trago las lágrimas.

—Ya lo tenemos todo listo y empaquetado. Mañana estamos allí a eso de las once, ¿vale?

Se la escucha entusiasmada. Y yo también lo estoy a pesar de que me noto un poco depre. Tengo una segunda oportunidad para hacer las cosas bien, por

fin ser feliz y dueña de mi propia vida. Y, sin embargo, no me encuentro en mi propio cuerpo. Me falta algo. Ese algo que me quita el sueño por las noches, que me hace soñar durante el día y que...

—¿Alana? ¡Oye! —me grita Nerea—. ¿Sigues ahí?

Le hago un ruido extraño que sale desde el fondo de mi garganta como asentimiento y me enciendo un cigarrillo.

—Sí, a las once.

Cuelgo y cierro los ojos. Miro a mi alrededor. Es mi cocina. Joder, es mi casa. Entonces, ¿por qué la noto diferente? ¿Por qué estoy desubicada?

Será porque ya he vivido su ruina, su reforma, he visto y tocado los nuevos y preciosos muebles que la hacían parecer más moderna. Será que veo cosas que ya no existen, que nunca han existido, al menos ahora. Y creo que mi mente no está preparada para esto. No estamos hechos para viajar en el tiempo. Sin duda, es algo totalmente antinatural.

Mi estado de ánimo no mejora cuando el cuerpecito de Lili se va materializando en una esquina despacio, con extremada lentitud.

Pongo los ojos en blanco.

—Lili, no me asustas —aclaro dando un sorbo a mi café—. Para ya.

Frunce el ceño y desaparece.

¿Cómo te puedes sentir cuando la persona, o en este caso el fantasma de tu amiga, no te conoce? Con todas las cosas que hemos vivido, con todo lo que hemos pasado... Se ha borrado. Y desconozco lo que vendrá ahora, pero es como si estuviera de luto por todos los recuerdos de aventuras juntas que ahora solo atesora mi cabeza, y que después de un tiempo, hasta yo dudaré de su verdadera existencia. No tengo nada que pueda tocar, oler o sentir como prueba de todos los meses que ya he vivido. Ni una foto...

Nunca me había sentido tan sola.

Paso el día tumbada en la cama demasiado cansada como para hacer nada más que no sea mirar el techo recién pintado. Cuando cierro los ojos un torrente de imágenes desagradables me asalta: Hugo cortándose con una cuchara, las pupilas rojas de Nerea, Lucía agonizando a mi lado... Y la cara de Gabriel justo antes de morir.

El móvil me quema en la mano. Su número grabado a fuego en mi mente.

Tan cerca de poder escucharle...

Le llamo con número oculto. Un tono. Dos tonos. El corazón desbocado, las palmas de las manos tan sudadas que se me resbala un segundo... Y contesta.

—¿Diga?

Se escucha música de fondo. Seguro que está trabajando en el pub.

—¿Quién es? ¿Hola? —repite, cada vez más alto.

Le quiero decir que soy yo, que he vuelto, que le quiero, que me perdone por todo lo que le ha pasado desde el momento en el que me conoció.

Y cuelga.

Me giro a un lado y abrazo una almohada. La primera lágrima sale tímida, como pidiendo permiso. Pero las siguientes me atropellan arqueando la espalda en continuos sollozos que me nublan la vista y atontan mi mente.

La piel se me pone de gallina cuando empieza a salirme vaho por la boca cada vez que pego un gritito desde el fondo de mi garganta. Abro los ojos y parpadeo, porque Lili me observa desde una esquina con la cabeza ladeada y la muñeca de mis peores pesadillas entre sus pálidos brazos.

—¡Eso sí que no! ¡Aleja esa cosa de mi vista! —grito, sacando fuerzas para incorporarme en la cama y tirarle el cojín babeado y manchado de rímel.

—¿Qué pasa? Es mi posesión más querida —dice la muy perra sonriendo de medio lado. Será...

Ya está. Ya ha encontrado mi puñetero talón de Aquiles. Si tengo que presenciar esa muñeca de porcelana tendré que sacarme los ojos... O robársela cuando menos se lo espere, despedazarla y enterrarla lejos, muy lejos.

Y cierro los ojos de nuevo para que este tiempo prestado pase rápido, raudo y veloz, y pueda por fin regresar a mi vida.

## Capítulo veinticuatro

La luz de un nuevo día me sobresalta abrazada a un cojín, temblando de frío y con los ojos hinchados y doloridos. Salto de la cama y bajo las escaleras somnolienta para buscar mi dosis diaria de cafeína. Una vez más, la pesada de Lili intenta asustarme cambiando los retratos y dando la vuelta a alguno.

Pongo los ojos en blanco y llego hasta la cocina, donde enciendo la cafetera.

Un mensaje de Nerea informándome de que están a punto de llegar. Sonrío a pesar de todo y unas mariposas comienzan a revolotear en mi estómago. Por fin volvemos a estar las tres juntas.

Media hora más tarde suena el timbre. Justo cuando voy a abrir la puerta, Lili se interpone en mi camino y se cruza de brazos.

—¿Quién llama? —pregunta con prepotencia y superioridad.

—Las dos nuevas inquilinas —respondo con tranquilidad—. Mucho cuidado, porque la primera vez que esto ocurrió ya sospecharon que pasaban cosas raras en esta casa. Y a punto estuvieron de llamar a un exorcista. Así que quietecita con los retratos y demás tonterías.

Me saca la lengua y desaparece.

Giro el pomo.... Y mis dos mejores amigas, de nuevo vivas, normales y sin estar poseídas por un demonio asesino, me reciben con gritos y saltitos.

Bueno, en realidad todo eso lo ha hecho Nerea, Lucía solo ha entrado con los ojos como platos y la boca abierta.

Los ojos se me humedecen de nuevo y las estrecho entre mis brazos.

Aprieto muy fuerte mientras Nerea lucha por escapar de mis garras y Lucía se hace un poco la fría. No le va mucho eso del contacto físico, a no ser que seas una pelirroja pechugona, claro.

—Alana... —se queja Nerea—. Me estás aplastando las tetas...

Las suelto y me pongo a llorar. Pero no en plan disimulado o con estilo, sino haciendo pucheros y escupiendo lagrimones.

—Os quiero tanto... —empiezo a balbucear como una gilipollas—. Os he echado tanto de menos.

Ambas ponen cara de lechuga y se echan miraditas.



—Alana, nos vimos hace como quince días... —apunta Lucía mirándome de arriba abajo con extrañeza.

—Es que... tengo la regla...

Ponen la típica cara de «ahora lo entiendo todo» y pasan de mis dramas empezando a inspeccionar lo que será a partir de ahora su nuevo hogar. Tal y como ya ocurrió se pelean por la habitación, Nerea comenta que los retratos le dan mal rollo, que si sube la calefacción que hace mucho frío... Cuando me quiero dar cuenta ya ha pasado todo el día y nos estamos calentando unas pizzas en el horno mientras les planteo la idea completa de la «Casa Encantada». Omito que tendremos a dos actores fantasmas, porque saldrían escopetadas de la casa sin mirar atrás. Se muestran tan entusiasmadas como la primera vez, y me aseguro muy mucho en fijar una fecha exacta para el lanzamiento de la página web. Hay una reserva que no podemos perder...

Me acerco varias veces al piso de la vecina, pero ha desaparecido. Es como si se la hubiera tragado la tierra. Ella y su grandiosa idea de no tener móvil...

Necesito decirle que no puedo regresar a mi tiempo, que me he quedado atrapada en el pasado. Pero es como si intentara esquivarme, porque no soy capaz de encontrarla.

Unos días más tarde seguimos con los preparativos. Yo lo hago con los ojos vendados, porque me sé de memoria hasta cuántas velas se consumen en una cena, pero noto a Nerea y a Lucía un poco perdidas. No me había dado cuenta hasta ahora, pero les asusta tanto como me asustaba a mí que esta aventura no saliera bien. Ahora yo cuento con ventaja, y por eso estoy «tranquila». Si a tranquila te refieres llamando con número oculto a Gabriel todas las noches y rindiéndome y yendo a verle al pub hace dos días a través de las ventanas de la calle sin encontrarle.

Y sí, también he paseado por enfrente de su portal. Me he cruzado con una vecina y con su hermano como tres veces, pero nunca con él. Faltan cuatro días para que Nerea nos diga que tenemos la primera reserva, y yo ya estoy que me subo por las paredes. Necesito verle de nuevo, comprobar con mis propios ojos que sigue vivo y que «nunca murió».

Y de repente, como si el tiempo volase... llega el día.

Nerea y Lucía están histéricas, y no es para menos, porque nuestra primera cena temática es en unas pocas horas. Como no las soporto dando vueltas por la casa como pollos sin cabeza, les doy dinero para que se vayan a escoger disfraces (porque me niego a pasar dos veces por el drama de Nerea chillando

a los cuatro vientos la mierda que se tiene que poner) y las echo de casa pidiéndoles que se tranquilicen un poco, que todo va a salir bien.

—No sé por qué estás tan tranquila —se queja Nerea poniendo morritos—. ¿Es que le estás dando a la maría a escondidas? Si es así, ya te vale. Eso se comparte, tía.

Cuento mentalmente hasta tres y les cierro la puerta en las narices.

—¡Lili! ¡Ricardo! —les llamo comprobando que nos quedan tres horas para que llegue Gabriel con el resto de invitados.

Un estela de frío me indica que se acercan. Ricardo me hace una reverencia y Lili me taladra con su mirada velada.

—Mi señora, ¿nos ha llamado?

Desde que mis amigas entraron por la puerta, me han hecho caso y se han mantenido quietecitos y tranquilos en el desván. Solo me han venido a visitar cuando estábamos solos en la casa.

—Sí, Ricardo, os he llamado —respondo con tonito cansado. Siempre con preguntas absurdas este hombre...

—No le hables así a mi novio —me advierte Lili, con la puñetera muñeca entre los brazos. Desde que vio mi máscara de horror en la cara, la pasea por la casa como si fuera su sombra.

—Esta noche tenemos a los primeros clientes. Ya lo hemos hablado, así que, por favor, ceñíos al guión y no hagáis nada raro, ¿de acuerdo?

—¿Por qué tenemos que trabajar? Es que no lo entiendo. Estamos muertos —se queja Lili.

—Porque la casa no se mantiene sola, y necesitamos dinero —le explico cruzando los brazos.

—Yo no necesito electricidad, ni comida, ni ropa —responde echándose el largo cabello a un lado—. Trabaja tú, plebeya. Mi clase no se preocupa por cosas tan proletarias como el dinero.

Me dan ganas de abofetearla, pero Ricardo acude en mi ayuda e intercede.

—Flor de loto, será divertido —dice, sujetando sus manos y sonriéndole con dulzura—. Nos mantendrá entretenidos.

—Eso, que estar todo el día en el desván debe ser un coñazo —digo para que no se lo piensen más—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Me doy la vuelta y me sobreviene un escalofrío cuando miro sin querer a la muñeca. Es que no la soporto...

Dos horas más tarde compruebo que las pistas están en su sitio, recibimos el pedido de catering, colocamos las bandejas, enciendo las velas de la

biblioteca, compruebo la música de fondo... Y el timbre suena.

Las tres pegamos un brinco, porque aún queda una hora para que lleguen los invitados. Aún no me he puesto mi nuevo disfraz, más ajustado que el primero y con todo el escote que puedo lucir siendo el ama de llaves. Mi cara sigue sin una pizca de maquillaje, y mi pelo aún sin peinar.

Abro la puerta con el corazón a punto de salirme de la garganta, a pesar de que Nerea insiste que ella y su candil son los que deben recibir a los clientes.

Y me encuentro cara a cara con la vecina.

—Madame Ardelean —balbuceo, procesando su imagen y explicándole a mi tembloroso cuerpo que Gabriel aún no ha llegado, así que se tranquilice y vuelva a bombear sangre con normalidad.

—Niña, menos mal que aún estás aquí —suelta, visiblemente aliviada—. Vamos, tienes que acompañarme de inmediato.

—Pero... los invitados...

Me suelto y me giro para ver que Nerea y Lucía están detrás de mí.

—Alana, ¿quién es? —pregunta Lucía.

—La vecina de al lado. Es por un tema de la comunidad. Ahora mismo vuelvo —respondo, caminando a trompicones arrastrada por las fuertes garras de la mujer.

Llegamos hasta su piso en silencio, subiendo los escalones atropelladamente. Ya en su salón, me empuja hacia el sofá, donde me dejo caer y cruzo las piernas, nerviosa. Tengo muchas cosas que decirle, y la primera de ellas es que ya no puedo regresar a mi tiempo, que soy una prisionera del pasado. Pero ella se me adelanta sentándose en su tresillo frente a mí.

—Mi vida se agota, niña —dice sin preámbulos. Me muestra las manos, que comienzan a verse algo desdibujadas. Está desapareciendo.

—Madame Ardelean —digo con un estremecimiento. Ella y los fantasmas son los únicos que saben todo lo que ha ocurrido. No quiero que se vaya, no quiero que me deje en este mundo de locos más sola de lo que ya me siento.

—Así es, muchacha. Me temo que no hemos tenido mucho tiempo para conocernos, he de confiar en las cosas que me has contado para saber que es a ti a quien debo traspasarle mis poderes —me explica, toqueteándose los pesados anillos que lleva en cada uno de sus dedos.

Frunzo el ceño y me toco el pelo. ¿Qué ha dicho?

—No te entiendo...

—Mi hija murió, y no quiero irme sin perpetuar lo que mi familia ha pasado de generación en generación. Y algo más... fruto de mi culpa y

vergüenza.

Me levanto y voy hasta la librería. Algunos volúmenes más viejos y polvorientos que otros, y entre todos ellos, «Lo que el viento se llevó». Solo que ahora sé que en realidad no se trata de una novela histórica. No, en realidad bajo esa cubierta hay un libro de hechizos. Y cuando recuerdo lo que hice... me sobreviene un escalofrío.

—Niña —me llama mientras estoy pasando los dedos por su lomo y quitando el polvo que lo cubre—. Ven aquí.

Me acerco y me hace señas para que me arrodille a su lado. Su falda está algo levantada y sus rodillas me muestran que lleva algún tiempo sin comerse espectros. Supongo que desde que acabamos con Aragón. El cometido que le obligó a alargar su propia vida se ha cumplido, y ahora ya no quiere seguir formando parte de un tiempo que no le corresponde. Cuánto la entiendo...

Se saca un puñal de uno de los bolsillos y se hace un corte que le atraviesa toda la palma de la mano. Acerca esa mano hasta mi frente, y me embadurna de sangre negra mi querido flequillo. Arrugo el ceño y le sujeto la mano.

—¿Qué haces?

—Nombrarte mi sucesora —responde con voz grave—. Ahora cierra los ojos y estate quieta, a ver si eres capaz de hacerlo durante dos minutos seguidos.

Durante un fracción de segundo pienso que esto no es buena idea, que en menos de una hora llegarán los invitados, que necesito lavarme la cabeza antes de ver de nuevo a Gabriel, que no me quiero convertir en una bruja come-fantasmas... Pero todo eso desaparece cuando pone los ojos en blanco y comienza a hablar.

—Alana —dice, tocándome el rostro con su mano herida—, te cedo y traspaso mis poderes, como antes hizo conmigo mi madre, y antes a ella, mi abuela .

Un calor intenso me recorre desde las puntas de los pies hasta el último pelo de la cabeza. Me empiezan a pitar los oídos y comienzo a marearme.

Extiendo la mano cuando saca su pluma negra y me la acerca, posándola con delicadeza entre mis dedos.

—Te cedo la pluma negra, fuente de sanación y poder. Tan solo tienes que escribir las mismas palabras que llevas tatuadas en el brazo de la persona enferma. Si la Muerte la reclama, nada podrás hacer. Si no es así, la curarás —relata con los ojos en blanco—. Nunca deberás cobrar por este servicio, ya que nos fue encomendado cuando aún no existían las monedas de oro, pero el

trueque siempre nos ha sido de mucha utilidad, por si te interesa saberlo.

Me encojo de hombros. ¿Trueque? ¿Qué podría pedir a cambio de hacer tatuajes «cura almorranas»? ¿Una mula? ¿Un Iphone?

—Nunca desveles tus poderes a menos que sea necesario, ya que serás perseguida y castigada injustamente cuando la Muerte reclame un cuerpo — continúa diciendo.

«Genial», pienso, haciendo una mueca con la boca y torciendo el gesto.

—Y ahora —dice, recuperando la normalidad en sus pupilas—. Mi particular misión.

—¿Misión? —pregunto desconfiada.

Sonríe. Y me sobreviene otro escalofrío cuando veo que su rostro comienza a disolverse también.

—Debes encontrar a todos los espíritus que convertí y que no pude atrapar.

Debes encontrarlos y liberarles. Debes hacer eso por mí, para que tanto yo como ellos podamos descansar en paz.

—Qué bonito —suelto sin poder contenerme—. Tú vas jodiendo la vida a los demás, y ahora yo tengo que ir limpiando tu mierda...

Me suelta una bofetada con la mano abierta.

—Te he dejado una lista —dice, pasándome una libreta más vieja que mi difunta abuela—. Están los nombres y las direcciones de los que he podido rastrear estos días. De otros, solo tengo algunas pistas... Encuéntralos y libéralos.

—¿Cómo lo hago?

—Se puede hacer de dos formas: o sabes las últimas palabras que dijeron antes de morir, o utilizas la pluma. Si escribes en su brazo los símbolos que tú también llevas, pasarán al otro mundo. Pero solo funcionará si ellos quieren, si confían en ti. Estas semanas he intentado hacerlo yo, pero no he encontrado ni a la mitad de ellos, y al resto... ni siquiera se presentaban ante mí —se lamenta con pesar.

Por eso ha estado ausente, por eso no he podido dar con ella.

—No me extraña. Es como si pretendieras que Lili o Ricardo se fieran de ti.

—Por eso debes ser tú. Tendrás que llevarte a tus amigos fantasmas contigo, porque solo un muerto puede convocar a otro muerto.

Miro la libreta cerrada. Acaricio sus márgenes, su desgastada cubierta.

—De acuerdo —le prometo—. Lo haré.

Me sonrío, con el rostro comenzando a diluirse también.

—Hay algo que llevo días queriendo decirte —susurro encogida, con miedo, mucho miedo—. Fui a visitar al gitano... y me confirmó lo que yo ya comenzaba a sospechar.

Se inclina hacia delante y contrae el gesto. No le queda mucho tiempo. Lo veo en sus ojos, que están perdiendo el brillo.

—No puedo regresar a mi verdadero presente.

Cierra los ojos un segundo y vuelve a sonreír.

—Yo también lo sospechaba, si te sirve de consuelo. Pero no te preocupes, estarás ocupada y entretenida. Te dejo en herencia todas mis posesiones. Este edificio y todo lo que contiene. Los papeles están en ese arcón —dice, señalando un destartalado cajón de madera bajo la estantería—. Cuídalo bien, niña.

Sus manos desaparecen como cuando la oscuridad se intentaba tragar a Lili.

Dejo la pluma en el suelo y alargo una mano. Quiero retenerla. No la quiero perder. No ahora, cuando por fin nos hemos entendido. Cuando por fin la he comprendido.

—Madame Ardelean —sollozo cuando mis dedos no aciertan a tocar los suyos.

—Shhhhh. Tranquila, niña —me susurra—. No sufras por mí. Iré al lugar en el que deseo estar desde hace mucho tiempo.

Sujeto su falda. Me abrazo a sus piernas hinchadas. Pone una mano en mi cabeza y me da suaves palmaditas, que poco a poco, dejo de notar. Cierro los ojos, de rodillas en el suelo y abrazada a sus piernas, hasta que llega un momento que solo me rodea el aire.

Abro los ojos.

Parpadeo confusa.

Ha desaparecido.

—Adiós, vecina. Buen viaje.

Me levanto soltando alguna lágrima que me seco con el dorso de la mano, distraída. Cojo la pluma y la miro con detenimiento, aunque en realidad mi mente está lejos, concretamente unos meses más adelante en el futuro. Le prometimos esta pluma al gitano por prestarnos su colgante, y ahora, ni él lo recuerda ni yo tengo el dorado y mágico objeto, así que sopeso durante unos instantes qué hacer, si cumplir nuestra promesa o no, hasta que cierro los ojos un segundo con fuerza con la decisión tomada.

No puedo ir en contra de los deseos de la vecina, porque temo que me persiga desde el Más Allá si no lo hago.

## Capítulo veinticinco

Ya está. Se ha ido, y esta vez para siempre. Me levanto y miro a mi alrededor. Dios mío, qué voy a hacer con todo esto...

Voy hasta el arcón y lo abro. Una carpeta roja me acelera el corazón. Tras leer por encima lo que pone, la cierro y la abrazo contra el pecho. Mi DNI también está en la carpeta. Ni siquiera me había dado cuenta de que me faltaba e ignoro en qué momento me lo quitó.

Me lo ha dejado todo. Ahora es mío, y no sé si lo quiero.

Me recompongo en cuanto recuerdo que en poco tiempo llegará Gabriel.

Atravieso el pasillo corriendo con la pluma en una mano y la carpeta en la otra. Bajo las escaleras de dos en dos temiendo tropezar y romperme las piernas. Pero después recuerdo que tengo una pluma mágica, y prácticamente salto por encima de los escalones.

Recorro el camino empedrado que separa el portal de la puerta de la verja de mi casa y entro como alma que lleva el diablo.

—¡Alana! —grita Nerea, histérica. Lleva la cofia ladeada y una fina película de sudor sobre el labio superior—. ¡Que van a llegar ya! ¿Qué tienes en el flequillo? —me pregunta arrugando la nariz—. Es como petróleo...

—Lucía —digo, con el corazón a mil por hora, jadeante y con las manos temblorosas mientras doy un manotazo a Nerea, que intenta tocarme el pelo—. Ve a la cocina y espera allí. Nerea, tú coge el candil y ponte en la puerta.

Ahora mismo vengo.

Subo las escaleras y paro al lado de los retratos. Ya nadie me espionará desde ellos. Y aunque parezca mentira, mi corazoncito se encoge al pensar que ella ha desaparecido. Aunque no tengo tiempo, me paro delante de la mujer uniceja y sonrío con tristeza mientras me ladeo el flequillo a un lado; lo he dejado crecer demasiado y ahora me molesta en los ojos.

—La vamos a echar mucho de menos, ¿verdad? —susurro al óleo. Gracias a Dios no me contesta.

Encamino mis pasos hasta mi dormitorio. Allí me esperan Lili y Ricardo, y en cuanto cierro la puerta, mi respiración se condensa y me sale vaho cada vez que suelto el aire.

—Están a punto de llegar —les aviso, guardando la pluma negra y la



carpeta roja en uno de los cajones de mi mesita de noche—. Por favor —les pido, incorporándome y acercándome hasta ellos. Están cogidos de la mano en una esquina—, no me falléis.

Ricardo me hace un movimiento de mano que me transporta a otro siglo por un instante y me mira fijamente a los ojos.

—Por mi alma eterna os juro que desempeñaremos nuestro papel a la más absoluta perfección.

—Muchas gracias, Ricardo. Eres un encanto —digo, aclarándome la garganta. Demasiadas emociones en tan poco tiempo.

—Habla por ti, amor. Yo no pienso participar en este fanteche —añade Lili pestañeando hasta la extenuación.

No me apetece discutir. Ahora no, así que le sonrío y salgo de la habitación hacia el cuarto de baño. Abro el grifo y me lavo la cara y el flequillo con ímpetu intentando borrar la sangre y las lágrimas que he derramado por la vecina, mi enemiga, la que me intentó matar en varias ocasiones, y que al final se ha convertido en una amiga, en una compañera.

Me miro en el espejo. Mi rostro no ha cambiado. Sigo pareciendo un putito teleñeco trasnochado. Lo único que demuestra el verdadero paso del tiempo por mi cuerpo es mi flequillo, que me tengo que abrir en el centro para que no se me enrede con las pestañas.

Me seco la cara despacio pensando si maquillarme o no. La primera vez que viví todo esto recuerdo que no tuve tiempo, y solo llevaba un poco de rímel. Mi disfraz también era más feo, y creo recordar que hasta tenía un poco sucio el pelo de lo mucho que sudé ese día, tan nerviosa que pensaba que me iba a dar un ictus.

Suspiro y abro mi neceser. Me aplico base, algo de rubor, sombra de ojos de un tono natural y me aplico máscara de pestañas como para parar un tren.

Un poco de color en los labios... y sonrío. Mi mirada brilla gracias a la expectación.

Voy a peinarme un poco mejor el flequillo... cuando suena el timbre.

Me apoyo en la puerta un segundo y me llevo las manos al pecho.

—Tranquila, Alana —susurro con mil mariposas en el estómago—. Respira.

Atravieso el pasillo mirándome los pies y llego hasta la entrada, donde Nerea me hace aspavientos para que me acerque.

—¿Les abro ya? —me pregunta en un susurro.

—Espera, voy a la biblioteca.

Asiente y se muerde el labio. Desde aquí veo a Lucía en la cocina comprobando que todo está en orden, que las bandejas brillan y que las copas no tienen marcas. Otra vez esos nervios justo antes del «espectáculo».

Corro hasta la puerta y un reconfortante calor me invade al ver el fuego encendido de la chimenea. Me pongo delante de él y me caliento las manos.

Tengo que tranquilizarme, porque estoy temblando.

La puerta se abre, y los saludos, las risas contenidas, y los murmullos ya conocidos me hacen contener el aire en mis pulmones. Un segundo de quietud, donde solo escucho el crepitar de las llamas en la chimenea cuando reconozco su voz dando las buenas noches a Nerea.

—Podéis pasar a la biblioteca —escucho que dice mi amiga con gran ceremonia después de darles la bienvenida y recoger sus abrigos.

Voy hasta la mesa y tengo que sujetarme a la templada y rugosa madera para no desmayarme ahora mismo. El chico con cara de ratón, Alejandro, el moreno al que Nerea rompió el corazón, el gordito, el que se va a casar...

Todos van entrando despacio, animados y divertidos. Y de repente, él.

Otra vez esa mirada de descaró. Esa mirada de medio lado y esa sonrisilla de suficiencia. Recuerdo que la primera vez le detesté por su actitud, porque estaba nerviosa y temía que el juego no estuviera a la altura. No sé con qué cara le miré, pero ahora solo puedo abrir mucho los ojos y contener el aliento, y cuando me quiero dar cuenta de lo que estoy haciendo, he llegado hasta su lado con las manos ligeramente extendidas para tocarle. Me pongo de puntillas sonriendo como una gilipuetas e intento darle un beso en los labios.

—¿Qué haces? —me pregunta algo borde haciéndome la cobra y apartándose de mi contacto.

Una mirada interrogante y el silencio en la biblioteca me devuelven a la realidad. Parpadeo y él carraspea, visiblemente incómodo.

—Ya tienes una admiradora más —dice uno de ellos, seguro que un gilipollas.

Todos rompen a reír y yo siento que mis mejillas comienzan a tornarse del color de los tomates pochos. Me atrevo a levantar la cabeza y mirar su reacción, y no me gusta lo que veo en sus ojos. No me reconoce, pero eso ya lo sabía. Aunque me duele tanto como si me arrancaran el corazón con una cuchara, lo que me termina de matar es que veo un poco de burla, indiferencia, incluso hastío en su mirada. Se piensa que soy una jodida loca, pero no de las locas graciosas... No. De las malas. De las que te espían, te persiguen, te roban los calzoncillos para olerlos a escondidas y que tienen una foto con tu

cara pegada en la pared, manoseada y con babas de tanto besarla.

Me doy la vuelta y dejo que se siente como todos los demás.

Ahora me toca decir eso de «Bienvenidos a la Casa Encantada. Han sido convocados porque...» Y me quedo en blanco.

Voy a hablar y me falla la voz, así que rodeo la mesa con urgencia y salgo de la biblioteca escuchando las risitas de los allí reunidos. En la cocina me siento en una banqueta y me enciendo un cigarrillo. Lucía y Nerea están peleando por la posición de los canapés. No se percatan de mi presencia hasta que me sirvo una copa de vino blanco con el pulso descontrolado.

—Alana —me llama Lucía—. ¿Todo bien?

Tengo ganas de llorar. No puedo hacer esto. No puedo.

—No...

Se acercan y me miran acojonadas. He sido yo la que lo ha montado todo, la que les ha dado su papel, preparado el juego y las pistas... La que estaba tranquila y serena cuando ellas entraban en pánico. Y supongo que necesitan mi seguridad para que ellas puedan sentirla también.

—No me jodas, tía —suelta Nerea, ajustándose la cofia—. Que son los primeros clientes. Como la caguemos, tendremos que cerrar el chiringuito.

La miro a través de las pestañas. Tiene razón. Tenemos que hacer que funcione. Yo sé que lo hará, porque ya lo he vivido, pero ellas no. Ellas desconocen su futuro, y las envidio tanto por ello...

—Perdonadme, me he puesto nerviosa.

Me levanto, aplasto el cigarrillo en el cenicero y dejo la copa en la mesa.

Voy hasta uno de los cajones y cojo el abrecartas. Regreso a la biblioteca avergonzada y con un nudo en la garganta. Este es mi castigo, ahora lo sé. Mi castigo por jugar con las leyes del tiempo es tener que mirarle y ver en sus ojos que no me reconoce, que no me quiere como yo le quiero a él. Y duele.

Duele tanto que me quita las fuerzas y me deja vacía.

Pero ya no podré regresar. Ahora este es mi tiempo. Y tendré que vivirlo todo de nuevo y esperar hasta que los minutos, las horas y los días me devuelvan a la realidad de forma natural. Y mientras tanto, tendré que hacer las cosas exactamente igual que la primera vez, al menos he de intentarlo.

Me coloco en la cabecera de la mesa y sujeto el abrecartas a mi espalda.

Tomo aire y digo sin mucha ceremonia:

—Bienvenidos a la Casa Encantada. —Trago saliva un instante. Todos me miran esperando que haga el ridículo de nuevo—. Han sido convocados porque se ha cometido un crimen. Delante de cada uno, en la mesa, tenéis una

carta. Por favor, abridla y leedla en silencio.

Todos buscan la suya en la mesa y la abren en silencio. Estoy esperando que Gabriel me pida el abrecartas y que tal y como ya hizo, intente hacerse el gracioso y empiece a vacilarme. Pero para mi sorpresa, veo que coge también la suya y la abre con los dedos. ¿Por qué no me ha pedido el abrecartas? ¿Por qué no está haciendo lo mismo que la primera vez? ¿Será que le he avergonzado tanto que ya no quiere llamar la atención?

Lo dejo encima de la mesa, por si alguno lo quiere, y regreso a la cocina con la mirada clavada en el suelo. Doy otro sorbito a mi copa y le digo a Nerea que puede ir sacando los entrantes mientras me hundo en mis recuerdos, intentando descubrir qué hice exactamente la primera vez que vi a Gabriel. Debo hacer lo mismo, porque si no, supongo que las cosas no seguirán el cauce que siguieron entre nosotros. Pero tantas cosas vividas desde entonces enturbian mis recuerdos, y supongo que es imposible recordar hasta las expresiones faciales que lucía ese día, más cuando soy de esas personas impulsivas que no pueden esconder lo que en realidad están pensando. Vamos, que mi cara es un libro abierto. Y ya he empezado con mal pie, haciendo un ridículo espantoso al lanzarme a sus brazos con cara de loca e intentar acariciar su apuesto rostro mientras acercaba mis desesperados labios a los suyos. ¡Por Dios! ¡Me ha rechazado!

Siento la mano de Lucía en el hombro.

—Alana, ¿estás bien? —me pregunta. Levanto la vista y la veo algo pálida, supongo que fruto de los nervios.

Intento sonreír, y creo que lo consigo, porque ella levanta la comisura de los labios y me pega con un paño de cocina en la mano.

—A trabajar, vaga —bromea, rodeando la mesa y empezando a montar el primer plato—. Solo son personas, no te van a comer.

Eso me provoca una risa nerviosa. Lucía, querida amiga, he lidiado con algo más que «personas», no es por eso por lo que mi corazón está encogido, y lo que más me duele es que ni siquiera puedo contártelo.

Me levanto y me doy una bofetada mental con inventados anillos incluidos.

¡Espabila, jodida gilipueñas! ¡Gabriel está al otro lado del recibidor esperando que vuelvas a enamorarle!

Esos pensamientos (no sé si del todo acertados) me impulsan fuera de la banqueta y me arrastran hasta la biblioteca. Desde la puerta veo las miraditas divertidas de los chicos contemplando el culo respingón y travieso de Nerea mientras se inclina para repartir los entrantes en la mesa. Doy un suspiro de

alivio cuando veo que Gabriel ni se inmuta cuando acerca sus turgentes pechugas a su lado para dejarle los canapés.

La melena rubia de Nerea le roza sin querer en el hombro, y contengo un segundo el aliento cuando él mueve los ojos hacia la dirección de mi queridísima amiga. El nuevo disfraz es precioso: acentúa sus curvas, sus caderas, su estrecha cintura de avispa.

«Dios mío, como se fije en Nerea muero aquí mismo», pienso un segundo mientras me apoyo en el marco de la puerta.

Pero la mirada de Gabriel pasa de largo y se dirige hacia el amigo que está sentado a su lado. Están bromeando sobre algo del juego, sobre las cartas que les han tocado. Recuerdo que Gabriel tenía la de la pitonisa. Y entro en la biblioteca algo más animada, porque me apetece verle hacer algunas bromas.

Les pido que vayan presentándose según los personajes que les han tocado, cuando llega el turno de Gabriel. Estoy esperando su actuación... cuando con voz queda y como apagado dice que es el enterrador.

Abro los ojos confundida mientras Nerea le pasa una pequeña pala de juguete. ¿Cómo que el enterrador? ¡Debía ser la pitonisa!

Me empiezo a enfadar. No por el personaje que le ha tocado. Es porque las cosas no están pasando exactamente igual, y eso significa que quizás ahora...

—Soy... la pitonisa —dice el compañero que tiene al lado.

Todos rompen en carcajadas y la atención se desvía a su persona. Empieza a bromear mientras le llueven servilletas y demás bolitas hechas con los restos de las cartas rotas.

Deben de haberse intercambiado las cartas, o yo no las coloqué en la posición correcta... o están sentados en un orden distinto a la primera vez...

Estoy tan concentrada intentando averiguar qué coño está pasando, que no veo en qué momento llega Nerea con los primeros platos. Frunzo el ceño, porque aún no han terminado los entrantes. Pero no la puedo interrumpir ahora porque quedaría poco profesional de nuestra parte, así que me quedo de pie en la cabecera de la mesa, algo aturdida, cuando mi mirada se desplaza hacia Gabriel.

Y cuando me quiero dar cuenta, me devuelve la mirada y pone un gesto...

¿Cómo explico la cara que pone? No puedo, porque es humillante y vergonzoso. Es la cara que pone un chico guapo cuando una don nadie babea por él. La cara que pone el popular de clase cuando la empollona suspira al pasar por su lado mientras abraza su cuaderno pintarrajeado con corazoncitos.

Es la puta cara que estoy poniendo de gilipollas enamorada de un chico

que se piensa que soy una friki.

Inclina la cabeza hacia su plato y me ignora. Como siga así pide una orden de alejamiento antes de que acabe la noche.

Salgo de la biblioteca con ganas de llorar y subo las escaleras con un nudo en la garganta. Entro en mi habitación y me siento un segundo en la cama.

Algo ha cambiado, y ha sido desde el momento en el que ha puesto un pie en la casa. ¿Cómo fue ese primer instante en el que nos vimos por primera vez?

¿Qué he hecho diferente, aparte de acosarle nada más llegar? ¿Cómo se pueden controlar las expresiones, los gestos, las miradas? ¿Cómo te controlas cuando tienes al chico al que quieres más que a tu propia vida a unos metros de ti, y al que ya has visto morir? ¿Cómo coño se puede disimular algo así sin que él note algo raro?

Me empieza a salir vaho por la boca y sé que estoy siendo observada.

—Preparaos —les digo sin verles aún—. Os toca.

La cara de Lili aparece de repente a unos centímetros de la mía.

—No pienso ser tu marioneta —dice con la muñeca entre los brazos.

—Mi salvadora, no os preocupéis —añade Ricardo volando en una esquina—. Yo lo haré.

Me levanto sin contestarles y salgo de la habitación. En el baño vuelvo a mirar mi reflejo en el espejo. Mi cara está algo pálida y ojerosa, mis ojos sin brillo. Y empiezo a comprender hasta dónde llegaban las advertencias del gitano.

Regreso a la biblioteca cabizbaja y triste. Voy hasta la mesa y carraspeo antes de hablar.

—Muchas gracias por presentaros. Ahora empieza el juego. Os dividiréis en dos grupos y empezareis a buscar pistas por la casa. En el piso de arriba también encontraréis los lugares marcados para investigar. A partir de ahora tenéis dos horas para encontrar el cadáver y desenmascarar al asesino. Tened cuidado, vigilad vuestras espaldas, pues el peligro se esconde en cada esquina de esta casa —digo sin entonación, como quien recita un poema ensayado y repetido durante horas, que pierde su significado de tanto pronunciarlo.

Por el rabillo del ojo veo que Gabriel termina su plato y se limpia las comisuras de los labios con la servilleta. Le da una palmadita en la espalda a su compañero y se levanta, listo para liderar uno de los grupos.

Es el momento de Ricardo. Si no lo hace bien, el juego, además de mi corazón, se van irremediabilmente a la mierda.

Salen por la puerta empezando a buscar pistas. Voy a la cocina y me sirvo una copa de vino blanco, que engullo por inercia intentando animarme un poquito.

—¿Cómo va? ¿Les está gustando la cena? —me pregunta Lucía, fregando las bandejas de los entrantes.

—A mí el que me gusta es un moreno con los ojos más dulces que he visto en mi vida —suelta Nerea pizpireta secando platos—. Le voy a pedir el teléfono.

No me molesto en decirle que sea después del juego, no malgasto saliva advirtiéndole que no le rompa el corazón, que no es de los que les gustan las relaciones abiertas. No abro la boca, porque sería inútil.

Y un grito en el piso de arriba me despierta de nuevo.

—Chicas —digo, dejando la copa en la encimera—. He añadido unos cuantos efectos especiales. Nada importante.

—¿Cómo que efectos especiales? —quiere saber Lucía, ladeando la cabeza.

—Palabras en el espejo, las velas que se consumen... —explico moviendo la mano para quitarle importancia—. Dos tonterías que compré por internet.

Se encogen de hombros y siguen a lo suyo. Y entonces recuerdo que en este momento del pasado Gabriel entró en mi habitación a buscar pistas bajo mi cama. Ahí empezamos a discutir... lo que supongo que comenzó a acercarnos.

Me levanto de un salto y subo las escaleras deprisa, cruzándome con varios chicos. Uno de ellos me felicita por los efectos especiales del baño. Sonrío, porque Ricardo debe haber empezado a hacer su trabajo. Justo cuando voy a tocar el pomo de la puerta de mi habitación, alguien al otro lado se me adelanta y abre primero.

Es Gabriel. He llegado tarde. Nos quedamos un segundo en silencio, yo recorriendo con la vista sus ojos que me recuerdan al océano, su nariz perfecta, sus carnosos labios. Y él se aprieta los nudillos visiblemente incómodo y pasa por mi lado deprisa.

Le voy a decir que no puede entrar aquí, que esta habitación no forma parte del juego. Pero entonces miro la puerta y me doy cuenta de que se me ha olvidado poner un cartel que indique que este espacio no forma parte del juego. Las palabras mueren entre mis labios, porque no hay nada que pueda utilizar para entablar una conversación con él. Le veo alejarse a través del pasillo, buscando pistas detrás de los retratos. Y aunque está a unos metros de mí, le siento tan lejos que me falta el aire y me fallan las rodillas.

Nuestro momento pasó. Supongo que hay cosas en la vida que solo suceden una vez, y que no se pueden repetir. Pasa que, a veces, la vida nos regala instantes que solo sabemos apreciar cuando ya han pasado, cuando se han escurrido de entre nuestros dedos, y ahora entiendo que solo la ignorancia del presente es lo que permite que puedan llegar a suceder.

Me paseo por las habitaciones destinadas al juego con la mirada perdida y sin disfrutar de lo que era «mi sueño». Tengo que repetirme varias veces que esta casa y este maldito juego era lo que más deseaba del mundo, y que, como ya pasó antes, debo dejar que el destino baraje de nuevo las cartas que me han tocado.

Y como no podía ser de otro modo, reprimo un gritito cuando me encuentro con la muñeca de Lili retorcida y casi levitando en la esquina del cuarto de baño.

¡Será malnacida!

Compruebo la hora y les digo que tienen que regresar a la biblioteca. Me uno al grupo que baja las escaleras. Todos me sonrían animados, algunos me felicitan por el juego y yo solo tengo ganas de llorar, porque Gabriel ha pasado por mi lado y no me ha dedicado ni una sola mirada.

Les servimos el segundo plato. Cuando me inclino sobre el hombro de Gabriel para colocar su salmón a la plancha con patatas panaderas aspiró un segundo su aroma particular. Y creo que me pilló, porque se echó hacia el otro lado y suelta una especie de gruñido muy bajito.

Cierro los ojos y aprieto los labios.

«No llores», pienso, mientras me alejo de su lado y dejo el plato a su compañero. «No llores», pienso, tragándome las lágrimas.

Voy hasta la cabecera de la mesa y carraspeo para aclararme la garganta.

—Tenéis una hora para encontrar al verdadero asesino y el cuerpo —digo, luchando por no dirigir mi mirada hacia Gabriel. Para no incomodarle de nuevo, para no terminar de espantarlo. Porque le conozco, y he visto lo que hace con las chicas que le persiguen, que le buscan y se muestran como corderitos a su lado. Sé que no le gustan, y que las rechaza tras haberse acostado con ellas. Es como un cazador, y si se lo sirves en bandeja de plata, engulle deprisa y tira los restos sin mirar atrás.

Nerea y yo les dejamos probar el segundo plato y nos dirigimos a la cocina para ayudar a Lucía con los postres.

—Alana, ¿podrías ir un momento a la biblioteca? —me pide Lucía espolvoreando chocolate en polvo encima del tiramisú—. Me he dejado la



paleta.

—Claro. —Me limpio las manos en un paño de cocina que ya empieza a oler mal y camino despacio a través del recibidor. La puerta de la biblioteca está abierta de par en par y, sin querer, llega hasta mis oídos una conversación que me hace parar en seco antes de entrar.

—¿Pero la has visto? —dice uno de los chicos—. Le ha faltado meterte un mordisco en el cuello, tío.

Creo que están hablando de mí, y mis sospechas se confirman cuando escucho su voz.

—Deja ya el tema —dice Gabriel.

—¡Le vas a tener que hacer uno de tus trucos de magia para que nos hagan precio especial! —bromea otro.

Me apoyo en la pared más alejada de la puerta y me empiezo a enfadar.

Bueno, para ser sinceros, diré que estoy más avergonzada que enfadada. Y dolida, y triste.

—Callaos de una puta vez —gruñe Gabriel—. A ver si nos va a escuchar.

Me pego más a la pared.

—Pues yo me trajinaba a la rubia. Y hay una morena en la cocina que no está nada mal —suelta Alejandro.

—¿Y a ti cuál te gusta? —pregunta Gabriel—. Es tu despedida, así que aprovecha. Dinos cuál es tu preferida y podemos intentar algo...

Risas, más bromas. Escucho que golpean la mesa con los nudillos y hacen entrechocar sus copas.

—Pues yo me quedaría con la castaña. —Creo que es el novio—. Pero me parece que ya se ha fijado en ti.

—Paso. Te la puedes quedar tú—responde Gabriel—. Solo un rato...

porque mañana te casas.

Más risas.

Se me para el corazón. Se me congela en el pecho. Me doy la vuelta y regreso a la cocina. Me apoyo en la mesa y balbuceo:

—Ahora vuelvo. Tengo que tomar el aire.

Salgo por la puerta sin mirar atrás y cierro lentamente a mis espaldas.

Cruzo la plaza y entro al portal. Subo las escaleras sin prisas, escuchando cada una de mis pisadas. Como siempre, y porque he querido respetar la costumbre de mi amiga la vecina, la puerta está abierta. Entro y llego hasta el polvoriento salón. Sin saber en realidad qué estoy haciendo, me acerco hasta la librería y cojo el volumen de «Lo que el viento se llevó».

Abro el libro, y unas extrañas palabras se comienzan a formar en la primera página.

Lo cierro de un golpe.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿Qué quiero? ¿Que el libro me proporcione un hechizo que haga que Gabriel se enamore de mí? ¿Convertirlo en mi esclavo?

Lo vuelvo a dejar en la estantería y me siento en el tresillo gastado de la vecina.

En realidad quería buscar ayuda, pero me temo que nadie puede ayudarme con esto.

Regreso a casa después de un rato. No me apetece enfrentarme a todos ellos y a sus miraditas cómplices y burlonas, así que le explico a Nerea lo que debe decir y me escondo con Lucía en la cocina, ayudándola a fregar los platos sucios.

—Estás muy callada —suelta, pasándome una bandeja para que la seque.

—Me duele la cabeza —miento, con ganas de contarle la verdad.

De repente se escuchan gritos de sorpresa, y sé que es Ricardo, que ha hecho que se eleven las llamas de la chimenea para después consumirlas por completo.

—¿Por qué no quieres hacer tu parte? —me pregunta Lucía secándose las manos en el mandil y buscando un cigarrillo en su bolso.

—Es mejor que aprendamos las tres, para que nos podamos turnar y descansar —le explico despacio—. Como vamos a encargarnos de la comida, podremos trabajar dos y librar una.

Se echa a reír.

—Aún no sabemos si vamos a tener tantas reservas.

Es de lo único que estoy totalmente segura ahora mismo.

—Las tendremos, confía en mí. Y no quiero que contratemos a nadie más.

Esto es de las tres, solo de nosotras.

Les escucho salir por la puerta. Por un segundo me dan ganas de acercarme y ver de nuevo a Gabriel, pero después recuerdo lo que ha dicho... y decido que es mejor no volver a hacer el ridículo.

Nerea entra sonriente con varios billetes de cincuenta en la mano.

—¡Nos han dado propina! —celebra exultante. Deja el dinero en la mesa y coge su bolso, que se cuelga con un enérgico movimiento—. Me voy con Alejandro. ¿Os unís a la fiesta?

Yo niego con la cabeza incluso antes de que termine de formular la pregunta, y Lucía masculla un «paso de trogloditas» expulsando con gracia el

humo de su cigarrillo.

Capítulo veintiséis Me despierto con un nudo en la boca del estómago. Bajo a desayunar pensando que mis amigos fantasmas no vinieron a visitarme anoche, y tampoco lo han hecho esta mañana. Seguro que Lili está enfadada por pedirles que trabajen conmigo en las cenas temáticas. Y en cuanto miro al armario abierto se me escapa una sonrisa; la muy graciosa ya me ha robado mi pijama favorito.

Ya en la cocina me cruzo con una Lucía animada y feliz, todo lo contrario a mí. Me estoy tomando el café de pie frente a la ventana, respondiendo con monosílabos a las preguntas que me hace, cuando Nerea aparece pletórica y ojerosa al mismo tiempo.

—¡Tenemos otra reserva! —celebra dando saltitos. Lucía se ríe y yo asiento solo con un movimiento de cabeza.

Tras unos minutos donde todo son los ruidos propios de la cocina una mañana cualquiera: microondas calentando una taza de leche, tostadora expulsando pan, grifo que limpia un cuchillo embadurnado de mantequilla...

Nerea vuelve al ataque mientras se hace un moño deshecho en la coronilla.

—¿Puede quedarse Alejandro a dormir algún día?

Lucía ni se inmuta, concentrada en su móvil. El semblante le cambia cuando ve algo que yo ya sé: Miriam tiene nueva novia.

—Claro que sí —contesto distraída, contemplando los rayos de sol invernal golpeando el empedrado de la plaza.

Pasamos el día preparando de nuevo la cena y esperando a los invitados. Ya he consolado a Lucía, y esta vez, que los dioses del tiempo me perdonen, la he puesto sobre aviso de que llegará el día en el que Miriam quiera volver con ella, y que esta vez debe ser tajante y no darle una segunda oportunidad. Y mis pensamientos me atacan sin piedad susurrándome al oído que yo también necesito una segunda oportunidad, y que quizás yo tampoco la merezca.

Mientras coloco de nuevo las pistas, me pregunto si no será este el mejor de los destinos posibles. Porque, quizás, Gabriel esté mejor sin mí. Su vida se truncó al conocerme y al poner un pie dentro de esta maldita casa. Quizás yo

he tenido la oportunidad de empezar de nuevo y hacer las cosas bien, y puede ser que a él también se le haya concedido un nuevo futuro mejor, sin que yo se lo enturbie con mis problemas.

Las clientas llegan y todo marcha sobre ruedas. Ricardo es fiel a su palabra, Lili a la suya haciéndose a un lado, tan solo torturándome a mí con la muñeca de los cojones, y en cuanto despedimos a las chicas en la puerta, Nerea propone celebrar nuestro éxito.

Me quiero negar en rotundo, porque sé a quién tendré que ver. Y sinceramente, no estoy preparada para sentirme rechazada de nuevo. La primera vez me molestaba su actitud, pero ahora su mirada de indiferencia me atraviesa el cuerpo como mil cuchillas al rojo vivo quemándome lentamente mientras una voz cruel y acertada me susurra que ya no es para mí, que nunca lo será, y que el recuerdo de nuestro amor se irá diluyendo poco a poco hasta que yo tampoco lo pueda revivir en mi cabeza. Pero... ¿a quién pretendo engañar? Jamás le olvidaré, pase lo que pase.

Y como no me atrevo a cambiar más las cosas, subo las escaleras hacia mi habitación pensando qué coño voy a ponerme para verle de nuevo. Muevo con lentitud la ropa colgada en perchas, y me rindo una vez más cruzando el pasillo hasta la habitación de Nerea.

—¿Me prestas tu falda vaquera y tu camiseta negra? —le pido asomada a su puerta.

Media hora más tarde atravesamos el empedrado de la plaza. Me he atrevido a no ponerme los taconazos que lucí la primera vez, porque el recuerdo de sus ampollas me sigue atormentando. Y también nos hemos tomado unos cuantos chupitos más, ya que necesito alcohol, todo el que mi pequeño cuerpo pueda soportar para contemplar un rostro que ya no me reconoce ni me quiere. Que ya no suspira de alivio cuando nos tocamos, que ya no tiembla ligeramente cuando nos besamos.

Entramos en el garito tras fumarnos nuestro cigarrillo sagrado. Deberíamos dejar de fumar ahora que no creo que vayamos a morir dentro de unos meses por un psicópata con ciertos aires de travesti enajenado.

La música me golpea sin piedad en los oídos, y como si lo viera todo a cámara lenta, observo que el culito respingón de Nerea se aleja hasta elevarse alrededor de la cintura de Alejandro. Por su parte, Lucía gira la cabeza hacia la chica tetona y se aleja también. Me encojo de hombros, porque sabía lo que iba a pasar. Así que me acerco a la barra y me inclino para pedir algo de beber. El camarero tarda en llegar, pero cuando lo hace pido solo para mí. Le

pongo una pajita y espero. Espero y espero, y casi llevo la mitad de la copa ingerida cuando me giro buscándole con la mirada.

Mis ojos atraviesan el lugar hasta que le encuentro tonteando con una chica. Y mi corazón se encoge de nuevo, porque esta vez no ha venido a hablar conmigo, aunque fuera para vacilarme un rato. Esta vez me está ignorando por completo. Ya no hay cruce de miradas, ya no hay juego de palabras enrevesadas, ni dobles sentidos, ni su dulce ironía que esconde sentimientos más profundos.

Me pido otra copa y esquivo a varios chicos que intentan entablar una conversación conmigo. Incluso niego la compañía del muchacho canario, ese que me acompañó a casa la primera vez que viví todo esto. Hoy no estoy para tonterías. Hoy no tengo ganas de seguirle el juego al cruel tiempo.

Cuando salgo a fumar a la calle no me lo encuentro, y empiezo a pensar que todas las veces que nos cruzábamos por «casualidad» en realidad eran provocadas por él. Para hablar conmigo, para hacerme rabiar. Para conocerme. Para quererme.

Voy al baño y me echo agua en la cara. A la mierda el maquillaje. Estoy demasiado borracha como para seguir bebiendo, y el famoso «puntillo» ha pasado a la siguiente fase: depresión alcohólica. Salgo algo tambaleante y veo a Gabriel hablando con dos chicas más. Tocándoles el brazo con suavidad, apartándoles el pelo para susurrarles al oído. Las chicas se ríen de sus gracias, le siguen el juego... y el mundo gira para todos excepto para mí.

Cierro las manos en dos puños y me voy a casa.

En cuanto entro por la puerta un gélido aliento me echa para atrás. El rostro de Lili a dos centímetros del mío. Atravieso su cuerpo sin más, apenas sintiendo la quemazón y el adormecimiento, porque ya lo traigo esta noche de serie gracias al ron que me he metido entre pecho y espalda.

—Ya me estás devolviendo el pijama, pesada —digo, arrastrando un poco las palabras mientras me dejo caer en el sofá de la cocina.

—No sé de lo que hablas —dice, revoloteando a mi alrededor.

Me empiezo a reír. Pero tras unas cuantas carcajadas, la risa se convierte en llanto. Me abrazo a un cojín y me limpio el rímel en él. A la mierda, ya me compraré otro cojín, y ojalá también se pudieran comprar corazones. Pero no de esos que venden en las casquerías y que su solo olor me provoca náuseas.

Necesito comprarme sentimientos nuevos.

—¿Y ahora por qué lloras? —quiere saber, acercándose hasta mi lado.

—Porque me siento sola...

Si no hubiera retrocedido en el pasado, Lili me habría asegurado que no estoy sola, que ella está conmigo. Pero por desgracia ladea la cabeza y no me consuela, tan solo me observa con sus enormes ojos grises.

—Debes irte. Todas debéis hacerlo —dice de nuevo. En lo que no noto diferencias es en lo pesadita que se pone cuando quiere.

—Trae a la muñeca, a ver si así te hago más caso —replico, fulminándola con la mirada. Me seco la nariz y aspiro con fuerza controlando los sollozos.

—Es peligroso.

Pongo los ojos en blanco y pierdo la paciencia.

—¡Que no, Lili! ¡Que no! —grito, exasperada y borracha. Le escupo sin querer al intentar pronunciar bien y su cara me saca una carcajada histérica.

—Qué asco... —dice, haciendo que se seca un rostro que apenas puede tocarse.

—La bruja se ha ido para siempre, ya nadie te intentará hacer daño —susurro con la mirada perdida y recostada en el sofá con la cara como un mapache trasnochado.

Y de repente se incorpora y desaparece. La puerta se abre. Y una procesión de gente comienza a traspasar el umbral: Nerea y Alejandro, Lucía y su ligue, varios chicos de la despedida... y él. Él y la chica rubia.

Me levanto como puedo y me seco la cara a manotazos. Mierda, que no se note que he estado llorando. Como ya sabía que pasaría, arrasan con todo lo que contiene alcohol, y de verdad que siento cómo se me parte el corazón cuando el amor de mi vida pasa a mi lado sin mirarme, como si no existiera.

Nuestros brazos se rozan un instante. Despego los labios, levanto la cabeza para buscar su mirada... Y nada. El momento se esfuma sin llegar a crearse siquiera. Sujeta a su acompañante de la cintura y se unen a los demás, que están apoyados en la mesa de madera mientras se sirven chupitos.

Ni siquiera mis amigas reparan en mi ausencia cuando subo las escaleras algo tambaleante. Nadie me persigue ni me impide entrar en mi habitación. Y cuando escucho ruidos en el baño, seguramente de Gabriel, cierro los ojos tumbándome de lado en la cama y recordando cómo nos chocamos en la puerta la primera vez en este mismo instante, yo en ropa interior y él devolviéndome una mirada burlona. Cómo le solté un débil bofetón para que él me cogiera entre sus brazos amenazando con mostrarme casi desnuda ante todos. Después Lili le golpeó con algo en la cabeza... y ahí empezó todo: solos en la inmensidad de las sábanas, rozando nuestros cuerpos sumidos en un duermevela lánguido y acogedor. Me abrazo las rodillas y gimoteo al recordar

su cálido aliento en mi nuca, sus gruñidos al despertar. Sus ásperas manos envolviendo mi cintura y recorriendo mi cuerpo sin pedir permiso.

Pasos que se alejan y que van descendiendo los escalones.

Ya está. Nuestro momento ha pasado.

¿Será que mis ojos ya no son inocentes? ¿Será que en mi mirada se puede ver todo el sufrimiento y el horror que llevo sobre los hombros como una gran lápida? ¿Será que por eso ya no se fija en mí?

¿O será que algo en su interior le advierte y le dice que no soy buena para él, que es mejor si gira la cara y no me presta atención?

Me quedo dormida envuelta en todas esas preguntas sin respuesta. Nunca sabré qué he hecho mal. Nunca sabré si es cosa del destino, o si dos personas se enamoran por un instante en concreto desapercibido para los ojos pero no para el corazón. Por un instante que no he sabido recrear a la perfección.

Será que ya no soy la misma persona que vio la primera vez que cruzó mi puerta. Esa persona murió con él sujetando su cuerpo moribundo, y lo que queda de ella es la carcasa vacía de alguien que ha visto demasiadas cosas.



## Capítulo veintisiete

Paso el día hablando por teléfono con mi madre y escondiéndome de la visión del trasero de Nerea y los calzoncillos de Alejandro correteando por la casa. Lucía también tiene resaca, como yo, y me dan ganas de vomitar cada vez que recuerdo los chupitos que me tragué anoche.

Una noche más que tengo que abrazarme las rodillas para que no se escuchen mis sollozos. Dios... cómo le echo de menos. Es un dolor tan profundo que me quedo sin respiración. Ni las tonterías de Lili ni las ocurrencias de Ricardo me consiguen sacar ya ni una triste y falsa sonrisa.

Amanezco de mala mañana al día siguiente. Y es un mal día, lo sé desde que abro los ojos y apago la puta alarma del móvil. Porque si los cálculos y la memoria no me fallan... hoy por la tarde tendré que ver cómo me ignora de nuevo.

Paso la mañana limpiando la casa, histérica, ordenando pistas, reorganizando mi desastroso armario... todo para no pensar qué voy a hacer esta tarde.

Y el momento llega cuando recibo una llamada de Lucía:

—En media hora en nuestro bar —me dice como un sargento al que no se le pueden rebatir las órdenes.

Me pongo mis vaqueros preferidos, un jersey prácticamente a estrenar y mi abrigo gigantesco. Me enfundo la kilométrica bufanda y me digo que hoy irá mejor. Que seguro que puedo encauzar todo este desastre. Me despido de Lili y Ricardo, ya que mis dos queridas amigas ya están en el bar a tercios, y cierro la puerta con un nudo en la boca del estómago.

Llego a Alonso Martínez temblando de frío. Entro en el bar conteniendo el aliento y lo suelto de golpe cuando me lo encuentro apoyado en la barra a escasos centímetros de mí.

—Hola —saludo tímida, triste, tremendamente enamorada y asustada por su reacción.

—Qué tal —dice, distraído, devolviendo su atención a su cerveza. Varios de sus amigos que vinieron a la despedida se lanzan miraditas y sonrían.

Comparten un chiste que temo que conozco, y como nunca me ha gustado que se burlen de mí, agacho la cabeza y busco a mis amigas en nuestra mesa.

Solo está Lucía. Nerea se encuentra muy ocupada entrelazando su boca con la de Alejandro. Madre mía, qué mala vida deben de llevar los adivinos.

Conocer el futuro de las personas y no poder hacer nada para evitarles el seguro hosti3n que se van a meter. Alejandro tan cari3oso, tan atento... y la maldita de Nerea ya pensando en su siguiente presa.

Le robo un sorbito a la cerveza de Lucía y espío de reajo a Gabriel. Lleva uno de sus pantalones preferidos: vaqueros azul oscuro que le sientan como un guante. Un jersey a rayas que le resalta el azul de sus ojos, su maravilloso pelo rubio reflejando destellos dorados. Sus grandes y ásperas manos rodeando su cerveza, acariciando distraído el cristal. Cierro las piernas en un acto inconsciente al recordar cuando esos hábiles y cálidos dedos bailaban sobre mi piel.

Nunca llegamos a acostarnos. Nunca llegué a sentirlo dentro de mí. Y ahora me pregunto por qué. ¿Por qué no aproveché el momento? ¿Por qué no me subí sobre sus piernas y apoyé mis pequeñas manos en su pecho? ¿Por qué?

—He quedado con la chica de la discoteca —me informa Lucía, terminando su cerveza. Me sonrío de medio lado como pidiéndome perd3n por algo que no debería hacer. Querida amiga, vive la vida, exprímela hasta dejarla seca. Porque el ma3ana nos es desconocido, y solo tenemos el presente, el aquí y ahora.

—Pásatelo muy bien —respondo, intentando devolverle una sonrisa sincera.

Frunce el ceño y arruga los labios.

—Te noto rara, Alana. Llevas unos días... bueno, en realidad semanas que....

—Estoy bien, no te preocupes —le aseguro con un gesto de la mano para dejar el tema.

Se levanta y me da un beso en la frente.

—No me esperes levantada —me susurra al oído—. Llegaré tarde, si es que llego.

Recuerdo que esta noche fue la que Lili me torturó con especial saña. Hizo volar todo dentro de la casa, y yo supliqué a las desconsideradas de mis amigas que regresaran pronto. Al final Alejandro envió a Gabriel para ver qué me pasaba, o al menos eso es lo que él me contó. Me pregunto si vendría de nuevo, me pregunto si en realidad no fue él mismo quién en esa ocasi3n se ofreció voluntario.

Me giro para ver cómo Lucía abandona el bar y de paso observo un segundo a Gabriel, besándose con la chica morena. Esa que me dijo que no era «su chica».

Contengo un profundo suspiro que podría convertirse en sollozo cuando sé que conozco la respuesta: no vendría. El Gabriel de hoy, el que he perdido, no vendría.

Me levanto, recojo mi abrigo y salgo del bar despacio, sumergiéndome entre la gente que se apelotona en la salida. Nadie sale detrás de mí, nadie me pregunta por qué me voy tan pronto. Ni siquiera un adiós con la mano, ni siquiera un leve movimiento de cabeza para demostrarme que existo.

Y de camino a casa empiezo a enfadarme. Primero es conmigo misma, por todas las cosas que he hecho mal y que han provocado esta situación. Pero tras un rato de mirarme los pies en movimiento, ese enfado se va trasladando hacia su persona.

Me prometió que siempre me querría. Me dijo que nuestro amor era más fuerte, que lo soportaría todo. Y el Gabriel que murió me juró que me esperaría.

Y por primera vez, me arrepiento un poquito de haber provocado que ese Gabriel desapareciera, porque permití que se reinventara, que tuviera otra oportunidad para decidir no escogerme.

Ya no conozco al Gabriel de ahora, el que gira la cara al pasar, el que no siente ningún tipo de atracción hacia mí, ni siquiera para insultarme o burlarse de mi flequillo.

¿Dónde estás?

¿Dónde te has metido?

## Capítulo veintiocho

Pasan los días y las semanas. Entro en una rutina gris y vacía donde solo me muevo para sacar adelante la empresa. Ejecuto mis funciones sin ilusión ni vida, como si fuera un robot programado para no sentir.

Lucía y Nerea notan que me ocurre algo, pero tras contestarles varias veces, ya de malas maneras que no me pasa nada, deciden atacar con largos silencios y significativas miradas.

No puedo explicarles lo que en realidad me está matando poco a poco. No puedo narrarles los pesos que ahora caen sobre mis hombros. Las pesadillas que se repiten cada noche, que me despiertan sobresaltada y que me obligan a abrazarme las rodillas y a llorar en silencio: a veces tratan sobre Gabriel, o muriéndose o queriéndome de nuevo. Y de verdad que no sé cuál de las dos me resulta más dolorosa al despertar, aún con el recuerdo del sueño en mi mente, torturándome hasta dejarme sin aliento. A veces la pesadilla trata sobre ellas. Sus ojos cambian de color hasta tornarse más rojos que el infierno.

Otras veces son sobre la vecina comiéndose mi cuerpo convertido en un fantasma. Otras sobre la muñeca de porcelana encima de mí con un cuchillo levantado por encima de sus asquerosos rizos.

Por desgracia, mis pesadillas no tienen límite. Mi mente posee suficiente material como para torturarme durante años sin necesidad de que se repitan demasiado los escenarios.

Lili y Ricardo me buscan cuando mis amigas no están en casa. Poco a poco, mi querida Lili va aceptando que es cierto lo que le he contado, y que la vecina ha desaparecido. Y que no, que no he aceptado sus malvados poderes para destruirla, tal y como dice de vez en cuando mientras me congela la nuca.

Mi vida se va construyendo a mi alrededor sin que sienta que soy realmente partícipe. Las piezas se van juntando y moldeándose a mi nueva realidad, y aunque debería estar agradecida y feliz, porque tengo «todo» lo que quería, algo me falta. Algo que tiene nombre, algo que ya no me quiere, bueno, en realidad, en este tiempo que ahora es el mío de nuevo, nunca me ha querido.

Y no lo hará, porque el camino de nuestros destinos se ha desviado y nos va alejando poco a poco, cada vez más.

Porque llegará el día en que Nerea se cansará de Alejandro, y cuando eso pase, no habrá «excusas» para encontrarnos de vez en cuando como sus respectivos amigos.

Me termino el café mirando por la ventana. Hay un tema que he estado evitando, pero que cada vez me va pesando más en la conciencia: le hice una promesa a la vecina, y creo que debería empezar a cumplirla.

Esta noche no tenemos reserva. Nerea ha quedado con Alejandro y Lucía también ha quedado con su nuevo ligue. Me despido de ellas pensando en lo que debo hacer. Y lo tengo claro, a pesar de que algo en mi interior me dice que no desentierre antiguos problemas, antiguos fantasmas que intento olvidar cada vez que cierro los ojos por la noche, siempre en vano.

—Lili, Ricardo —les llamo, dejando la taza en el fregadero.

Aparecen levitando desde el techo de la cocina cogidos de la mano.

Empiezo a envidiarles. Siempre estarán juntos. Han pasado separados mucho tiempo, y aun así, ambos han tenido claro que su único destino es estar unidos. Gabriel y yo nos separamos unas semanas... y es como si no nos conociéramos. No es justo, ya que la situación no se puede comparar. Pero mi cruel subconsciente es así, separa «la paja» y se queda con lo que más le duele.

—Vos diréis, fiel salvadora —dice Ricardo, haciéndome una de sus reverencias imposibles.

Lili se aleja volando hasta una esquina y se esconde un poco. Aún no se termina de fiar de mí, y no la culpo.

—Os voy a pedir un favor, y no podéis decirme que no —les aviso, abriendo una caja que tengo encima de la mesa.

—Eso lo decidiremos nosotros, si no te importa —apunta Lili, tan ácida como siempre.

Saco la pluma negra y se la muestro.

—La vecina me dio esto antes de morir —les explico. Ambos retroceden como si esperaran que de ella saliera un rayo que los fulminara o la propia oscuridad para comérselos—. Es una pluma mágica. Cura a las personas, y... digamos que libera a los fantasmas.

—¿Libera?—pregunta Lili acercándose poco a poco. Su camisón ondea sobre sus pálidos y mortecinos pies descalzos. Su melena plateada cae en cascada a un lado de su hermoso rostro—. ¿Qué quiere decir eso?

—Para que un fantasma deje este mundo, y viaje... a lo que haya al otro lado, digamos que hay dos formas para hacerlo. O conoce las últimas palabras

que dijo antes de morir, o se utiliza esta pluma.

—¿Cómo que sus últimas palabras? —quiere saber Ricardo—. Yo ni siquiera las recuerdo...

—Yo sí —afirma Lili, levantando el mentón.

—Si recuerdas tus últimas palabras —empiezo a decir lentamente—, podrías ser libre.

—Yo no quiero ser libre —dice retrocediendo, algo asustada—. Yo no quiero irme de aquí. Esta es mi casa.

—Tranquila —le pido moviendo las manos—. No es por eso por lo que os estoy contando esto. No quiero que os vayáis. Es que necesito vuestra ayuda.

Se van acercando poco a poco para escuchar mis atropelladas palabras mientras acaricio un segundo mi «tatuaje».

Varias horas más tarde estamos entrando en el Palacio Real. En mi mochila cargo con dos pesos que me atormentan al mismo tiempo que me tranquilizan.

Paseo por los jardines y llego hasta el almendro. Me arrodillo al lado de sus raíces y saco el osito de peluche con Ricardo dentro de él y la muñeca de porcelana con Lili en su interior.

—Lavandera —susurro muy bajito mientras compruebo que nadie nos escucha—. Lavandera, somos nosotros.

El osito se levanta despacio y se acerca hasta el tronco. Lo toca con su rechoncha y peluda mano sin dedos y dice:

—Muéstrate ante nosotros.

Y como si estuviera en una de mis pesadillas, unos enormes ojos redondos se van formando en la corteza. Una grieta se pronuncia y se abre bajo ellos y sale una voz de esa especie de labios que empiezan a moverse con dificultad.

—¿Quién osa molestarme? —ruge, haciendo temblar el suelo bajo nuestros pies.

La odiosa muñeca se tira a mis brazos y empieza a temblar, haciendo que sus rizos se meneen y me hagan cosquillas en la nariz.

—El demonio de Aragón ha desaparecido por fin, lavandera —digo, dejando la muñeca en el suelo de nuevo. Aunque sé que es Lili quien está dentro, no puedo evitar que me siga dando muy mal rollo. Será cuestión de tiempo que me acostumbre a ella de nuevo, pero por ahora no la quiero cerca.

Sus ojos se abren y me escudriñan. Su mirada traspasa mi cuerpo, buscando la verdad de mis palabras.

—¿Es eso cierto, muchacha?

—Lo es. Ya puedes regresar con tus seres queridos, lavandera.

Me acerco al tronco y escribo las mismas extrañas palabras que marcarán para siempre mi piel. Me alejo unos pasos y cojo al osito. Lo aprieto entre mis brazos cuando la muñeca tira de mi abrigo desde el suelo para que la alce también a ella.

—Muchas gracias —susurra con voz grave.

Juntos vemos cómo el almendro sonrío, cierra los ojos y sus facciones humanas van desapareciendo para mostrarnos de nuevo un simple tronco algo atrofiado y torcido. Las hojas se tornan marrones poco a poco, marchitándose y cayendo a mis pies. La madera se va pudriendo ante nuestros ojos y, tras varios minutos, el árbol se muestra seco, muerto, sin la vida de la lavandera para alimentar sus raíces.

Metó a mis amigos en la mochila y encamino mis pasos hasta la salida.

Debería sentirme aliviada y feliz, pero por alguna extraña razón acabo de despedirme de otra parte de mi pasado. Y solo yo recordaré el momento en que le pedí ayuda para acabar con Aragón. De alguna manera, estoy borrando y boicoteando mi propia vida, destruyendo las pruebas de que alguna vez existió, y me da miedo, porque tengo una memoria pésima. Me da miedo que dentro de unos años ni siquiera recuerde dónde estaba plantado este árbol, que pase a su lado y no lo reconozca.

Contengo las lágrimas y atravieso Madrid deprisa.

—«Y la niña se fue, se fue, se fue, con su perro también, también, también...» —canturrea Lili dentro de la mochila. Pongo los ojos en blanco cuando Ricardo le hace el bis.

—¡Callaos de una puta vez! —grito, en mitad de la calle.

Varios transeúntes se paran y me miran pensando que estoy loca. O seguro que lo piensan, por la cara que están poniendo.

—¡¿Qué coño estáis mirando?!

Cuando una madre protege a su bebé, me exaspero esperando el semáforo en rojo.

—No hace falta que le esconda, no me voy comiendo a los niños —suelto a la mujer, que se aleja mientras mis amigos fantasmas siguen con su concierto.

Un rato después estoy en el portal adecuado. Llamo al timbre y espero a que contesten comprobando que ya son las tres de la tarde. El estómago me ruge de hambre.

—¿Quién es? —preguntan desde el telefonillo.

—He venido a la ver a la señora de la casa.

Espero. Y se abre la puerta.

Subo las escaleras despacio, con el peso de la mochila a mis espaldas. Por suerte, los cansinos están guardando silencio, pero no sé el tiempo que durará la paz.

Me abre la puerta la señora que trabaja para la viejecilla. En cuanto me ve intenta cerrar, pero adelanto un pie y bloqueo la puerta.

—Necesito ver a la señora. —Joder, ya no recuerdo su nombre.

—No me habían avisado de que tenía ninguna visita hoy.

Suspiro y la aparto a un lado. No tengo tiempo de tantas tonterías. Me dan ganas de decirle: «vengo del futuro, por eso no te han avisado».

Atravieso el pasillo y llego hasta el salón. La encuentro exactamente igual que la primera vez que la vi: sentada al lado de la ventana, con las manos juntas y acariciando su alianza.

No me da tiempo a presentarme cuando la trabajadora me hace un placaje por la espalda.

—¡Voy a llamar a la policía! —grita a dos centímetros de mis oídos mientras intenta empujarme hacia el pasillo de nuevo.

—¡Es importante! ¡Se trata de su marido!

La viejecilla entorna los ojos y me busca en la distancia. Las cataratas que tiene le impiden verme bien, pero levanta una mano y me hace una seña para que me acerque.

Me libero de las garras de su fiel sirvienta y me arrodillo a su lado.

—Vivo en la casa que usted vendió antes de que su hijo la heredase.

Conozco la maldición que una vez hubo en ella, y sé que su marido murió a causa de la vecina, Madame Ardelean.

Abre los ojos y su mentón empieza a temblar.

—Mi querido esposo...

—Deje de importunarla con sus inventos. Ahorita mismo llamo a la policía —suelta la mujer a mis espaldas.

—No le hagas caso —dice la viejecilla, cogiéndome la mano—. Dime qué te ha traído hasta aquí.

Aprieto los labios. Deseo contarle la verdad, pero no quiero que su trabajadora se entere, llame a los de Cuarto Milenio y ya la tenemos liada de nuevo, ahora que he conseguido darles esquinazo.

—Solo quien ha vivido en esa casa puede entender y comprender a qué me refiero... —empiezo a decir, haciéndole gestos con los ojos para que le pida a la trabajadora que se vaya a comprar medicinas, verdura, o lo que quiera que compren las sirvientas a las viejecillas como ella.



—Déjanos solas —dice al fin.

La mujer se rebela, por supuesto, pero tras un par de órdenes más accede a salir de la habitación y cerrar la puerta a sus espaldas. Espero que no se quede cotilleando al otro lado, pero si lo hace peor para ella, porque escuchará cosas que no le dejarán dormir tranquila para el resto de su vida.

—Y bien —dice la mujer—. ¿Por qué has venido a verme? ¿Qué quieres?

Trago saliva mientras me toco un momento el tatuaje.

—Su esposo nunca la abandonó. Siempre ha estado a su lado, y ahora, puedo liberarle para que descanse al fin.

Sonríe con sus ojos y con sus facciones arrugadas.

—Le llevo aquí —dice, señalando su pecho con manos temblorosas.

Me muerdo el labio. Es tan mayor que me da miedo contarle que en realidad donde se encuentra su esposo es en el anillo de bodas que luce en su dedo. Tardo dos segundos en comprender que he venido demasiado pronto.

—Sí, lo lleva en el corazón —susurro débilmente.

Me incorporo y me ajusto la mochila a la espalda.

—Vendré a visitarla una vez al mes, si no le importa.

Ella levanta la vista y asiente con la cabeza.

«Y cuando llegue el momento, liberaré a su marido», pienso con un estremecimiento.

Salgo del piso con la sirvienta pisándome los talones. El portazo es tan fuerte que no hace falta que me diga que no soy bien recibida, al menos en lo que a ella se refiere.

Ya en la calle saco la vieja agenda de uno de mis bolsillos. Es la lista que me dio Madame Ardelean: nombres y direcciones de fantasmas que convirtió y que nunca consiguió atrapar. Hay unos veinte y, por desgracia, aún no puedo tachar a ninguno.

Suspiro y compruebo que casi es mediodía. El estómago me ruge de hambre, y aunque me daría tiempo a visitar a dos fantasmas más si me compro un bocadillo y atravieso Madrid andando, estoy tan deprimida que decido volver a casa.

## Capítulo veintinueve

Pasa el tiempo. Aunque quieras detenerlo, siempre pasa. Los días se hacen semanas, y las semanas se convierten en meses. El frío se va haciendo cada vez menos insoportable, los días son más largos, el sol se muestra más radiante. La primavera celebra su llegada prometiendo un cálido verano a la vuelta de la esquina.

Y cuando me quiero dar cuenta, llego al punto en el que tuve que volver atrás. Lo tenía marcado en un calendario escondido en mi mesita. El día rodeado con un círculo rojo, ese día que pensé que nunca llegaría, ese día por el que lloraba maldiciendo mi seguramente locura, es hoy.

Ya han quedado atrás todas las cosas que viví «la primera vez»: Aragán, Edgar, el coma de mi madre, olvidar y recordar a Gabriel, nuestros viajes en el tiempo, el dolor, el miedo, la muerte. Todo eso se ha borrado excepto para mí. Sigo teniendo pesadillas cada noche, sigo llorando en la cama a veces, cuando mi interior me grita exigiendo que despierte de una maldita vez, que vuelva a reír como hacía antes, que vuelva a enfadarme tanto que me dolían hasta los dientes de tanto apretarlos. Que recupere la ilusión por las pequeñas cosas, que avive y alimente de nuevo mis sueños. Que vuelva a sentir, al fin y al cabo. Pero lo que ha quedado de mí le dice que eso también duele, que te hace daño, que te vuelve débil.

Me levanto de la cama y me quedo sentada, con las sábanas arrugadas a mis pies, el pelo encrespado y los ojos abiertos como platos.

He vuelto a mi tiempo, a mi vida. Poco a poco, día a día, he conseguido regresar. Pero no ha sido fácil, todo lo contrario. Supongo que es uno de mis muchos castigos por infringir las normas del colgante. He perdido mucho, empezando por mi corazón, pero también he conseguido mantenernos a todos con vida, exceptuando a la vecina, claro. Si ella me viera ahora mismo me daría dos bofetones.

Me arrastro hasta que mis pies tocan el suelo. Salgo de la habitación y voy hasta el baño. Mientras me lavo la cara contemplo mi reflejo un segundo.

Tengo varias arruguitas de expresión bajo mis ojos que antes no estaban.

Supongo que ver muertos, psicópatas y perder al amor de tu vida deja rastros en la piel.

Apago la alarma del móvil y voy hasta los contactos de la agenda. Acaricio con un dedo el nombre de Gabriel. Se ha convertido en un ritual cada mañana.

Me permito recordarle unos segundos, para después dejarlo a un lado y continuar con mi vida. Porque al final he comprendido que nuestro destino no era estar juntos, que era y soy dañina para él. Porque aunque he intentado mantenerme alejada y dejar que viva su vida sin mí, no he podido evitar en todo este tiempo espiar un poco sus avances. Aunque no he ido a ver sus combates, sí que he seguido por internet sus victorias. He pasado por delante del pub donde trabaja alguna noche, cuando necesitaba comprobar con mis propios ojos que era real y no un invento de mi mente. Pero nunca me he atrevido a entrar, a contemplarle de cerca ni a pedir una cerveza. No he podido. Al principio porque me dolía demasiado su indiferencia, pero después, poco a poco, la idea de que le estoy protegiendo se ha ido anidando en mi interior.

Y todo ha ido a peor cuando un día dejé de verlo en el pub. Esperé también en su portal, sentada tras la ventana de la cafetería de enfrente. No le vi ni a él ni a su hermano. Y entonces lo comprendí: se ha ido. Ese viaje a Australia junto con su hermano. Esa gira que le iba a alejar un tiempo de Madrid.

Me quito el pijama de verano y abro el grifo de la ducha. Dejo el agua correr hasta que sale a la temperatura adecuada. Entro dentro y dejo que el chorro de agua templada descienda por mi piel. Levanto la cabeza y cierro los ojos suplicando que todo esto deje de torturarme algún día. Me da demasiado miedo no volver a sentir lo que sentí con él. Me da miedo no volver a enamorarme. No volver a saber lo que significa la felicidad.

Me enjabono de forma mecánica, me lavo el pelo y me echo mascarilla en las puntas. Suspiro. ¿A quién voy a engañar? Ahora más que nunca estoy convencida que solo tienes un gran amor en la vida, y que suele ser ese con el que nunca terminas. El que nunca te llamó, el que nunca te besó. O como es mi caso, el que dejó de hacerlo porque me olvidó.

Salgo salpicando el suelo de agua. Me seco con una toalla distraída pensando que, en el fondo, Gabriel está enfadado conmigo. Él no lo sabe, no puede saberlo, pero algo en su interior le debe decir que soy mala. Que tuvo que dar la vida por mí. Y de verdad que hay veces que me odio por pensar que casi prefería su recuerdo amándome que su vida ignorándome.

Meneo la cabeza enfadada. No. No puedo pensar así. Déjale ir, Alana.

Déjale que haga su vida.

«Y si me perdonas, Gabriel...», pienso soltando la primera lágrima. «Si tú me perdonas, te prometo que te olvidaré».

Y me quedo sin respiración sollozando en silencio cuando me doy cuenta de que tengo que ser yo quien se perdona por dejarle morir. Aún no lo he hecho. Aún lloro su muerte, a pesar de que sé que sigue vivo, porque el Gabriel que yo conocí murió. Y no me lo perdono. Si él no hubiera muerto, jamás habría mirado atrás. Jamás habría vuelto al pasado.

Me pongo un vestido y unas sandalias y desciendo por las escaleras bajo la atenta mirada de los retratos. Ya no cambian de sitio, sus ojos ya no me persiguen inquietos. Y aunque en teoría eso es bueno, no puedo evitar sentir un pellizco de añoranza en mi interior.

En la cocina me preparo un café. Lucía está con su nueva chica y Nerea con un antiguo compañero de la universidad. Cada vez pasan más noches fuera, siempre que no tenemos reservas. Todos continúan con sus vidas.

Todos excepto yo, que me he quedado anclada en el pasado, incapaz de seguir adelante.

Una bofetada de frío me da en toda la cara y aparece Lili sonriendo.

—Buenos días —me saluda, volando a mi alrededor.

Ya somos amigas de nuevo. Vuelve a confiar en mí. Colabora en las cenas temáticas y poco a poco vuelve a ser la misma chica fantasma que un día conocí.

—Tenemos que salir —le digo, encendiéndome un cigarrillo—. Avisa a Ricardo y traed el osito y la muñeca.

Me peino el flequillo con los dedos y dejo que el cabello, aún húmedo, se me vaya secando al aire. Hay días que no tengo fuerzas ni para enchufar el secador. Hace semanas que no me maquillo. Y aunque no lo quiero reconocer, la ropa cada día me queda más holgada, el hueso de la cadera se me ve marcando más y las costillas me van avisando de que debería comer más y fumar menos.

Al poco rato les veo entrar por la puerta. Las piernecitas de la muñeca me siguen provocando escalofríos en la nuca. El osito y ella avanzan juntos, uno al lado del otro dados de la mano.

—Es el día, no podemos esperar más.

Salgo a la calle respirando hondo. Dentro de la mochila me acompañan Lili y Ricardo. Acaricio la pluma en el interior de mi liviana chaqueta. A pesar de que el calor está llegando, aún refresca por las mañanas.

Cojo el autobús hasta el hospital Gregorio Marañón. Mis amigos se están portando bien y no han sacado sus cabecitas a través de la cremallera. A veces se revuelven un poco, o sueltan alguna tontería, pero nada más.

Entro en el hospital y arrugo la nariz. Detesto estos lugares, donde ni siquiera los conductos de ventilación consiguen eliminar el olor a enfermedad. Aún sigo recordando cuando tenía que ir a visitar a mi madre en coma, y aún siento ganas de coger el móvil y llamarla para escuchar su voz cada vez que lo recuerdo.

Voy hasta la habitación 312 y llamo a la puerta. Nadie contesta, así que abro despacio. Me asomo. La cara de la viejecilla girada hacia la ventana. Sus arrugadas manos cruzadas, una encima de la otra, sobre la sábana que la cubre.

—Alana —susurra débilmente—. Has venido otra vez a verme.

Me acerco hasta ella y compruebo que su sirvienta no debe estar muy lejos, porque su bolso descansa sobre una silla. Dejo la mochila con cuidado en el suelo y me acerco hasta ella. Pongo una de mis pequeñas manos sobre las suyas y sonrío.

—Se lo prometí.

Y sin que se dé cuenta, ya que está medio drogada con los calmantes, deslizo su alianza despacio a través de su dedo mientras simulo que le estoy acariciando con fuerza las manos para infundirle ánimos.

—Voy un momento al aseo. Ahora mismo vuelvo.

Recojo la mochila con la alianza en mi mano. Atravieso el pasillo y entro en el primer baño que encuentro. Cierro con pestillo y saco a mis amigos. La muñeca se me engancha en el cuello como si fuera un bebé que solo quiere estar en los brazos de su madre. El osito se sienta en el lavabo y mueve las piernas contento.

Dejo la alianza al lado de Ricardo y me alejo un poco mientras me saco los pelos sintéticos de la muñeca de la boca.

—Chicos, haced que salga —les pido.

—Fantasma, muéstrate ante nosotros —dice Ricardo dentro del peluche.

Una voluta de humo blanco va ascendiendo hasta que comienza a formarse la imagen de un hombre bien vestido. Peinado con la raya a un lado y con un profundo pesar en su semblante. No nos conoce, ya que el tiempo se atrasó y borró nuestro primer encuentro.

—Me llamo Alana. Ellos son mis amigos —me presento—. Sabemos que se encuentra encerrado entre la vida y la muerte. Hemos venido para ayudarle a que pase esa invisible frontera.

—Mi querida esposa... —comienza a balbucear—. Está sufriendo...

—Sí, y por eso ya no podemos esperar más tiempo. Debe pasar al otro lado y esperarla allí. Recibirla como es debido cuando llegue su momento, que por lo que me han dicho los médicos, será en esta misma semana —le explico adelantando un paso.

—No puedo abandonarla —suelta levantando la mirada y atravesándome con ella—. No puedo irme aún.

Deposito a Lili en el suelo y saco la pluma de mi bolsillo.

—Es mejor que se vaya ya. Si esperamos demasiado, quizás no la pueda encontrar después —digo despacio. En realidad no tengo ni idea de lo que pasa cuando mueres. No sé lo que significa «el otro lado». Ni siquiera sé si en realidad existe. Lo único que sé es que este hombre no pertenece a nuestro mundo, y que está sufriendo mientras ve cómo se consume la vida de su amada. Le entiendo demasiado bien como para no compartir su dolor.

—Ella le necesitará allá donde van a ir —dice Lili ayudándome—. Aquí no puede hacer nada más.

El fantasma nos recorre con la mirada. Se ajusta el traje y suspira.

—No le queda mucho tiempo. No creo que pase de esta noche —dice al fin.

Me acerco y le enseño la pluma.

—Esto solo funcionará si usted desea que lo haga. Le voy a escribir unas palabras en el brazo, y después, viajará hasta el otro lado.

—Quiero que la entierren con la alianza. No se olvide de devolvérsela —me pide.

—No lo haré.

Extiende el brazo y deslizo la pluma sobre su imagen espectral. Las palabras van apareciendo como por arte de magia, dejando un rastro legible que va brillando a medida que voy escribiendo. Una vez he terminado me alejo dos pasos y vuelvo a coger a la muñeca entre mis brazos. A pesar de sus quejas la abrazo con fuerza.

—Decidle que la quiero. Decidle que la estaré esperando —murmura, mientras su imagen va desapareciendo ante nuestros ojos.

Regresamos a la habitación y la encuentro dormida. Su acompañante aún no ha regresado. Le vuelvo a colocar el anillo despacio para no despertarla, y cuando toco sus manos, las siento más frías que de costumbre. Me asusto y pongo la mano en su pecho.

Ha dejado de respirar.

Le doy un beso en la mejilla y le susurro un: «adiós, buen viaje» en el oído.

Salgo de la habitación antes de que venga nadie. Dejo a mis espaldas el hospital y sigo caminando con la mirada en el suelo. Ya puedo tachar otro nombre de mi lista. No es fácil, la verdad. En estas semanas solo he podido liberar a dos fantasmas escondidos en pisos abandonados y tan perdidos y solitarios que necesitaban escapar hacia donde fuera, les daba igual dónde.

El fantasma del edificio de Telefónica ha sido harina de otro costal. Solicité una visita con un comercial de la planta seis. Hice el paripé un rato, sin saber muy bien qué decirle, pedí ir un momento al baño y ahí empezamos a buscar por los ascensores, que según dicen, es por donde suele merodear. Le encontramos en la planta ocho, en la esquina del *hall*. No hubo manera. Dice que le encanta ser un fantasma, jugar con los trabajadores haciendo que los ascensores suban y bajen sin sentido y que no quiere oír hablar de eso del «otro lado».

Escapé del edificio cuando nos amenazó con perseguirnos si no le dejábamos en paz.

Llegamos a casa a la hora de comer. Salen de la muñeca y del osito y me pongo a preparar la comida. Otro día más que cocinaré algo de pasta. He descubierto que lo único que consigue levantarme la moral es el chocolate y los macarrones a la carbonara con cantidades ingentes de queso derretido.

Canturreo un poco sin ganas mientras corto un poco de bacon cuando el gélido aliento de Lili me golpea en la nuca.

—Alana...

Pego un brinco que casi hace que se me caiga el cuchillo al suelo y se me clave en mis pies descalzos.

—¡Joder! ¿Cuántas veces te he dicho que no hagas eso?

Se mesa el cabello con tranquilidad y me mira a través de sus largas pestañas plateadas.

—Ricardo me ha propuesto matrimonio.

Ahora la que suelta el cuchillo soy yo, y por poco no me amputa el dedo gordo del pie.

—Te lo voy a dejar muy claro, Lili —empiezo a decir, señalándola con un dedo—. ¡No pienso secuestrar a un cura!

Porque en mis andanzas del pasado-futuro, nunca les he contado algunos detalles, como que Edgar y yo cometimos un delito episcopal. Hay algunas cositas que es mejor guardar en secreto para toda la puta vida.

—¿Secuestrar? ¿Quién ha dicho que lo secuestres? Seguro que podemos ir a una Iglesia y que nos case un sacerdote.

Me llevo las manos al flequillo y no me lo arranco por muy poco. Otra vez no, por favor. Otra vez no.

—Me sacó la licencia por internet y os caso yo, ¿vale? —propongo intentando sonreír para que le parezca una buena idea.

Arruga el ceño y se cruza de brazos. Joder. Me lo temía.

—Ya lo hablaremos cuando estés más calmada —me dice la hija de perra —. Quiero que este santo sacramento sea bien visto a ojos de nuestro Señor.

—¡Pero si sois fantasmas! Lili, ¡ningún sacerdote aprobaría esta boda!

Métetelo en esa cabezota que tienes.

—¡Te odioooooooooo!

Se aleja volando escaleras arriba gritando y simulando que llora. Que nos conocemos, Lili. No me trago tus lágrimas de cocodrilo.

Voy a seguir cortando bacon cuando me llama Lucía al móvil.

—¡Guapa! A las cinco en nuestro bar.

Pongo los ojos en blanco. Me gustaría decirle que estoy deprimida, que no quiero salir de casa a no ser que tenga que liberar a fantasmas o ir a comprar cosas para las cenas temáticas. Que los panchitos y las patatas fritas que nos ponen cada vez me saben más a rancio. Que empiezo a odiar a la gente. Que me estoy rodeando de muertos, y que me estoy asustando, porque empiezan a gustarme más que los vivos.

Pero al final me muerdo la lengua y le digo:

—Nos vemos a las cinco.

Como sin ganas a pesar de que le he puesto ración triple de queso. Me tiro en el sofá con una tabla de chocolate, y antes de darle el primer mordisco, la miro y le digo:

—Ya me puedes aportar calorías, maldita tableta asquerosa, que tengo las tetas dadas la vuelta.

Escuché decir en algún sitio que la comida sabe si te gusta o no. Y que si te gusta, se quiere quedar contigo en forma de cartucheras o papada. Si por el contrario no te gusta, desea salir de ti cuanto antes, y no deja ni un rastro suyo en tu cuerpo. Y debe ser cierto, porque por mucho que como alimentos que ya deberían haberme convertido en una de esos que salen en el programa de televisión donde los tienen que operar del estómago, o esos que se ponen un reto con un entrenador personal que les hace vomitar el primer día después de hacer dos flexiones, mis huesos se ven cada día más. Mis pómulos han pasado



de estar realzados a cadavéricos. Bueno, quizás estoy exagerando un poco.

Paso la tarde frente a la tele, sin ver nada en realidad, pasando un canal tras otro mientras Lili no hace más que congelarme los dedos de los pies cada media hora. A ratos levita a mi lado malhumorada, a ratos se mete en el cuerpo de la muñeca para arrastrarse debajo del sofá y agarrarme los tobillos con unos dedos que no tiene.

—¡Joder! —grito tras el tercer susto—. ¡Que me dejes en paz!

—Es que me aburro —dice con esa voz metálica que me acompaña en mis peores pesadillas—. Ricardo lleva todo el día en el desván con los preparativos de la boda. Tienes que buscar un sacerdote.

Me levanto de un salto y me alejo escaleras arriba. Me pongo otro vestido un poco más bonito y menos arrugado y manchado de chocolate y me voy al baño para adecentarme poco.

Estoy pintándome los labios de rojo, a ver si me animo un poco, cuando el espejo se empaña y las palabras «te odio» aparecen en el cristal.

Lo borro de un manotazo y me pongo a gritar. Estoy cansada, harta, agotada de todo esto. Y lo de la boda me duele más que otras cosas, porque me recuerda a mi amigo zombi Edgar, ese que por suerte para él y desgracia para mí está vivo y coleando con una prostituta de la calle Montera. La de veces que le acaricié la calva para tranquilizarme...

Me olvido de peinarme y agarro el bolso al vuelo. Salgo por la puerta dando un portazo viendo que Lili vuela escaleras abajo con cara de loca poseída.

Un golpe al otro lado de la puerta me avisa de que está cada vez más enfadada.

—¡Que te he dicho que no! —grito, ajustándome el bolso en el hombro—. Por Dios, qué mujer más pesada.

Me voy alejando pensando que quizás, si me disfrazo de cura... quizás no se dieran cuenta...

Llego a nuestro bar antes de las cinco. Compruebo en el móvil que aún falta media hora para que lleguen mis amigas. Me apoyo en la pared al lado de la puerta, y me enciendo un cigarrillo pensando que lo que debería hacer es encontrar un sacerdote fantasma. Lo podría traer hasta casa y seguro que él sí que los casaría...

—Hola —dice alguien a mi lado, haciendo que pegue un respingo.

Giro la cabeza y le veo plantado delante de mí, sonriendo de medio lado y con las manos en los bolsillos. Lleva una camiseta de manga corta, así que me

recreo medio segundo en sus numerosos tatuajes de colores que le recorren todo el brazo.

—Gabriel —consigo balbucear, medio atontada. Corro a peinarme el flequillo y por poco no me chamusco las pestañas con el cigarrillo.

—Veo que te acuerdas de mi nombre —dice con una mirada bromista—. Lo siento, pero vas a tener que recordarme el tuyo.

Y algo en mi interior se enciende. Pero no es una chispa de amor o pasión precisamente. Es fruto de un cabreo monumental. Esa mirada chulesca, altiva, con esos hoyuelos marcados solo a medias, porque no es capaz de sonreírme como lo hacía antes, abiertamente y sin tapujos ni tonterías. Se piensa que soy una friki rarita que no me como un rosco (algo totalmente cierto), que me comporté como una babosa «la primera vez» que nos vimos (cierto también), y que su sola presencia hace que me tiemblen las piernas (cierto de nuevo).

—He quedado con estos —me explica deprisa mirando la terraza un segundo, comprobando que no han llegado aún—. Por lo visto el tonto de Alejandro quiere intentarlo otra vez con tu amiga Nerea.

Paso por alto eso de «el tonto de Alejandro», porque cualquier chico daría lo que fuera por estar con mi maravillosa e increíble amiga. Paso por alto el tonito con el que ha dicho «Nerea», y paso por alto que no me está dirigiendo ni una sola mirada que dure más de un escaso segundo.

Lo que no paso por alto es lo que yo sé pero él no: que me prometió que siempre me querría, que en otro tiempo que ya no existe me cuidaba y se preocupaba por mí. ¡Que dio su vida por mí, joder! Y ahora, a pesar de que le miro y es la misma persona, ya no reconozco su mirada. Me mira como mira a las chicas en general. Y eso no lo soporto.

He pasado el duelo, o al menos estoy en ello, he pasado por el profundo y asfixiante dolor de no tenerle, ese que me obligaba a tumbarme en la cama y llorar y llorar hasta quedarme seca. He pasado por todo eso para que ahora me mire de medio lado y suelte un comentario pasajero. Para esto se podía haber quedado en Australia y follarse a un canguro.

Así que tiro el cigarrillo al suelo y lo aplasto de un pisotón.

—Voy a esperar a mis amigas dentro, no te molesto más —suelto, más cabreada que un mono con hambre.

Saludo a nuestro camarero preferido, ese que ya es como parte de nuestra segunda familia, y me siento tan fuerte en una silla que casi me parto el hueso del culo.

—¿Qué te pongo, Alana? —me pregunta desde detrás de la barra. No tiene

que gritar, porque el bar todavía está vacío. Solo hay dos mujeres en la mesa de al lado tomando café con hielo.

—Pues no sé si pedirte un sol y sombra o una tila —digo, soltando lo primero que se me pasa por la cabeza. Se piensa que es una broma y se ríe con la boca abierta—. Ponme una Coca-Cola.

Me levanto para coger la bebida cuando aparece Gabriel a mi espalda.

—Yo quiero una cervecita bien fría.

Se apoya en la barra a mi lado comprobando algo en su móvil, como distraído. No sé si he dejado de sentir los latidos de mi corazón porque ha explotado, o es que ha dejado de latir y punto. Es insoportable, es una cruel tortura que me llegue su olor a suavizante mezclado con el de su piel y aderezado con su perfume.

En cuanto me sirve el vaso y la botellita de cristal lo cojo todo, dejando el plato de panchitos hasta arriba en la barra, y me siento en mi mesa dándole la espalda. Doy un trago tan largo que casi me trago también los hielos y el limón, y como soy absurda y ridícula por naturaleza, me atraganto y empiezo a toser tan fuerte que parece que se me van a salir los pulmones por la boca.

Siento unas palmaditas en mi espalda. Sigo tosiendo como si no hubiera mañana, los ojos me empiezan a llorar con el resultado de que el poco rímel que me he echado empieza a descender por mis mejillas como dos ríos de lava negra y, para terminar de apañarlo, siento que me meo un poco encima.

Muy poco, unas pequeñas gotitas que se me escapan pero que son suficientes para que me quiera morir ahora mismo.

—¿Estás bien? —me pregunta Gabriel cuando dejo de toser, cuando solo emito unos pequeños estertores para recuperar la respiración.

Se sienta a mi lado mientras yo cierro y aprieto las piernas y corro a secarme y limpiarme las ennegrecidas mejillas.

—Sí —consigo decir, recuperando el aliento.

—¡Chiquilla! —grita mi amigo el camarero—. ¡Que casi te me mueres!

Solo te ha faltado cagarte encima—. Amigo al que le estamparía los quicos en la cara.

Veo que deja su cerveza en la mesa y se sienta a mi lado.

—Joder, estoy con un jet lag... —se queja, pasándose la mano por el pelo.

Se lo deja perfectamente despeinado—. Acabo de volver de Sidney, y estoy que me caigo.

Hago un gesto con la cara que intenta ser una sonrisa pero que se queda en una mueca extraña. Me lo confirman sus ojos, que parece que se alejan un

poco. Joder, Alana, deja de asustarle. Se va a pensar que eres *borderline*.

Miro mi vaso de Coca-Cola medio vacío para no mirarle a él. Para que no descubra mis sentimientos, para que no vea lo mucho que le he querido, y lo mucho que intento odiarle para que duela menos.

—¿Te llamabas...? —me pregunta, intentando entablar una conversación.

Pero no deja de comprobar su móvil ni de mover una pierna compulsivamente. No está cómodo, se le nota.

—No hace falta que hables conmigo. Puedes hacer como que no existo, que se te da muy bien —suelto sin querer. ¡Filtro, Alana! ¡Cómprate un puto filtro para hablar!

Suelta una carcajada y se cruje los nudillos.

—No sé por qué dices eso...

«Mi amor», pienso un segundo mirando mis dedos. «Creo que te conozco bastante bien, no hace falta que disimules. Conmigo no, por favor».

—Pues porque es lo que has hecho. Pero no te preocupes, no te lo he tomado en cuenta.

«¡Y una mierda! Cada mirada que me has esquivado se me ha clavado como un puto puñal entre las costillas», pienso, arrancando la pegatina de la botellita de cristal.

—Me asustaste un poco cuando nos conocimos —reconoce levantando un poco la ceja—. Viniste a por mí con cara de loca.

Ahora sí le miro, pero con ganas de soltarle un guantazo.

—Te confundí con otro chico, perdona. Por eso fui a saludarte así —miento a medias, pensando que sí que era otro chico, era uno que me quería—. Lo que no era necesario fueron las burlas que os trajisteis a mi costa.

—Ya sabes cómo somos cuando nos juntamos —se disculpa, dando un sorbo a su cerveza—. Me lo podías haber dicho. Joder, ¿de verdad me parezco tanto a ese chico?

Alzo la mirada, que hasta ahora había tenido clavada en uno de los hielos de mi bebida con la firme intención de hacerlo levitar, y me estremezco cuando reconozco esos labios mullidos que esconden una de las sonrisas más bonitas que he visto nunca, sus ojos, que aunque siguen sin mirarme con ese brillo tan especial, empiezan a ser un poco más cercanos.

—La verdad es que eres clavadito.

—Pues me lo tienes que presentar, tengo curiosidad por conocer a mi doble.

Me muerdo el labio y bajo de nuevo la mirada.

—Murió.

El que se atraganta ahora es él, y empieza a toser y escupir cerveza. Me mancha el vestido y me salpica la cara. Porque es su saliva y no la de otro, que si no me daría tanto asco que iría corriendo al baño a lavarme la cara y el cuello.

La que le da palmaditas en la espalda ahora soy yo a él, y he de reconocer que disfruto palpando sus músculos en tensión mientras se inclina hacia delante.

—Joder... casi me muero —se queja, tocándose el pecho—. Ha sido culpa tuya —bromea mirándome un segundo. Me estoy secando la cara con una servilleta, de esas que escupen en vez de absorber. Y que si te descuidas, te arranca la piel de lo ásperas que son—. Perdona, te he manchado.

—No es lo peor que me han hecho, te lo aseguro.

Da otro trago, esta vez más contenido.

—¿De verdad murió? ¿O era una broma? —me pregunta, observando un segundo mi flequillo. Alarga la mano y me quita un trocito de servilleta que se ha quedado pegada.

Y con ese gesto tan íntimo y familiar, creo que se me viene el mundo encima y empiezo a sollozar sin remedio. Los ojos se me empañan y comienzo a hacer pucheros.

Acerca más la silla y me abraza un poco con un brazo.

—Perdona, no quería ponerte triste. He sido un gilipollas.

—Sí que lo has sido —le reconozco, entre riendo y llorando.

Pasan unos segundos en los que yo me tranquilizo y él vuelve a su sitio algo incómodo. Vuelve a comprobar algo en su móvil. Vuelve a mover la pierna inquieto. Saco el mío del bolso y veo que solo faltan diez minutos para que lleguen nuestros respectivos amigos.

—Pues tuviste que flipar cuando me viste, debiste de pensar que estabas viendo a un fantasma —bromea, dejando a un lado de la mesa el móvil.

—Algo así.

De repente entran Nerea y Lucía, y se quedan petrificadas en la puerta cuando ven que estoy al lado del amigo de Alejandro. Corren a sentarse a nuestro lado y Nerea le asalta.

—¿Dónde está Alejandro? —le pregunta, mascando chicle.

—Estará al caer —contesta estirándose un poco en la silla.

Empiezan una acalorada discusión donde Nerea opina que ella puede hacer lo que le salga del higo, mientras que Gabriel argumenta que siempre y

cuando no vaya jodiendo la vida de los demás. Lucía y yo nos lanzamos miraditas pidiendo auxilio.

Por suerte los chicos no tardan en llegar. Nerea se levanta y saca a Alejandro del bar, Lucía hace mutis por el foro cuando llega su nueva novieta, y cómo no, a mí me dejan de nuevo más sola que la una, con un vaso de hielo derretido y un cuenco de panchitos hasta arriba.

—¿Para eso me llamas? —le pregunto a Lucía, justo antes de irse—. ¿Para dejarme sola?

Se acerca con cara de pena y me da un beso en la mejilla.

—Mañana te lo recompensaré preparando tu tarta de chocolate preferida.

Gabriel y los demás se sientan en la barra y empiezan a hablar de sus cosas.

Miro el móvil. Las seis de la tarde. Suspiro. Y vuelvo a suspirar cuando la rubia que trajo Gabriel una noche a casa aparece con tres amigas.

¿Pero esto qué coño es?

La rubia, ni corta ni perezosa, se abalanza sobre Gabriel, y es en ese mismo instante cuando me levanto, cojo el móvil y salgo por la puerta sin mirar atrás.

Ya he cruzado a la acera de enfrente cuando siento que alguien me sujeta del brazo por detrás. Me giro y le veo, y juro que por un segundo me parece reconocer en su mirada a aquel que perdí y que dejé atrás.

Ha vuelto a por mí. Ha salido para impedir que me vaya. Quizás empiece a sentir algo... Quizás....

—Te lo has dejado en el bar —dice, tendiéndome el bolso.

Lo recojo y mascullo un «gracias» bastante malhumorado. Va a decirme algo más, pero no quiero escucharlo. No me interesa ser tu «conocida», ni siquiera me interesa ser tu «amiga». Te quiero lo suficiente como para que me parta el corazón que me trates como a una más. Así que me giro y sigo andando.

—¿Cómo te llamabas? —me pregunta desde lejos.

Me dan ganas de darme la vuelta, acercarme, tirarle de las orejas y gritarle:

«¡Alana! ¡Me llamo Alana!». Pero no me molesto, porque lo volvería a olvidar.

Llego a casa y me tiro en el sofá, desolada. El dolor, el miedo, ese desazón en la boca del estómago... Todo regresa una vez más para atormentarme. Y empiezo a odiarle. Primero me enfado tanto que tiro los cojines a tomar por

culo, intentando acertar a una Lili que vuela a mi alrededor recordándome que le tengo que encontrar un cura. Después subo hasta mi cuarto para tirarme en la cama boca abajo y poder llorar a gusto. Pero Lili tampoco me concede ese momento de intimidad. Así que al final me toca desnudarme en el baño y meterme en la bañera.

—¡Estoy cagando! —grito, para que a la pesada de mi amiga fantasma no se le ocurra aparecer.

Me tiro una hora en el agua jugando sin ganas con las pompas de jabón, con los dedos arrugados y con los ojos hinchados de tanto llorar. De repente, la cabecita de Lili asoma por la puerta.

—Ya sabía yo que te estabas tomando demasiado tiempo... —suelta desapareciendo un segundo—. Ricardo, mi amor, no entres que está dándose un baño de espuma.

Pongo los ojos en blanco. Y entra atravesando la puerta. Se acerca poco a poco levitando con sus descalzos pies a pocos centímetros del suelo, con su eterno camisón ondeando, suspendido en el aire.

—Tienes visita.

Y desaparece.

¿Visita? ¿Quién podrá ser?

Salgo y me seco con una toalla. No me miro en el espejo, porque no me gustaría ver lo que me devolvería mi reflejo ahora mismo. Atravieso el pasillo y saco un poco la cabeza por las escaleras. La chica rubia se pasea por mi *hall* como si estuviera en su maldita casa, de repente veo a Nerea con dos botellas de ginebra en dirección a la biblioteca... y cuando escucho la voz de Gabriel... entonces corro hasta mi habitación a esconderme.

Cojo el móvil y le escribo a Nerea un escueto pero conciso mensaje:

«No vuelvas a traer gente a casa sin avisarme primero».

Lo envió, pero ni siquiera lo leerá. Lo hará mañana con la resaca del siglo, me vendrá a abrazar y me dirá lo mucho que me quiere. Y claro, como somos amigas de toda la vida, tendré que perdonarla y dejarlo pasar. Dios... ¡cómo la odio ahora mismo!

Son las ocho de la tarde, es muy pronto para meterme en la cama e intentar dormir, pero no soporto verle con otra chica, no puedo bajar, así que me pongo el pijama, bajo la persiana, y me meto entre las sábanas. Cierro los ojos y los aprieto muy fuerte cuando los empiezo a escuchar abajo. Así que me incorporo un segundo y busco en la mesilla mis tapones para los oídos. En cuanto me los pongo, el calmante silencio me embarga. Desciendo los párpados y suplico a

quien quiera que me esté escuchando que me regale una noche sin pesadillas.



## Capítulo treinta

Me encojo un poquito más en la cama, como siempre que sueño que Aragón regresa en forma de tostadora poseída y siento que la cama se aplasta a mi lado. Abro despacio los ojos. Y percibo a una figura oscura entre las sombras, sentada en la cama y dándome la espalda.

Pego un grito y termino de despertarme. Como no escucho nada, me quito los tapones y enciendo la luz de la mesita aprovechando el movimiento para coger el cuchillo que tengo escondido debajo de la cama.

—¡Joder! —grita Gabriel, claramente borracho, levantándose de golpe.

Y me veo de rodillas encima de la cama, con unos pelos de loca que prefiero ni saber cómo los tengo y con el cuchillo en la mano.

—¿Qué haces aquí? —consigo decir, bajando la mano con el arma, cuando los latidos de mi cansado corazón empiezan a latir cada vez más fuerte. Sí, así de rara soy, me asusto más si le tengo cerca que si un desconocido me asalta en mitad de la noche.

Se le ve claramente avergonzado. No quiere ni mirarme, se cruje un segundo los nudillos y baja la mirada.

—Tu amiga me ha dicho que me podía quedar a dormir en la habitación de invitados —me explica sin mirarme.

—La habitación de invitados está al otro lado del pasillo. Puedes levantar la cabeza, sé que estoy despeinada y ojerosa, pero no creo que sea para tanto —comento molesta, cruzando los brazos con cuidado de no cortarme con el filo del cuchillo.

—Es que se te ve un pezón —dice, mirando sus zapatos—. Pues si es la de enfrente, ya está ocupada. Me iré a casa.

Corro a colocarme de nuevo el camisón en su sitio. Le miro, me mira. Dios, le echo tanto de menos...

—Ven, podemos compartir la cama —le invito haciéndome a un lado y señalándole el suyo.

Le veo dudar. Me mira un segundo, mira las sábanas arrugadas y retorcidas fruto de mis pesadillas. Frunce el ceño. Y me enfado otra vez.

—¿O es que también estás buscando sitio para la rubia?

Ahora sí que me mira. Levanta la ceja y sonrío de medio lado de esa forma

tan canalla que le marca los hoyuelos.

—¿Es que estás celosa?

Como respuesta le tiro un cojín a la cara.

—¡Eres un maldito estúpido, creído y...! —Se me acaban los insultos. Es capaz de cabrearme en medio segundo, pero se me pasa igual de rápido.

Se acerca y me quita el cuchillo de la mano.

—Cuidado con eso... —susurra a dos centímetros de mi boca—. Estás un poco loca, ¿no? ¿Quién tiene un cuchillo en la cama?

Su aliento huele a una mezcla de alcohol y su olor, y me embriaga tanto que tengo que cerrar un segundo los ojos. Aún recuerdo a qué saben sus labios, tan suaves y demandantes, y siempre que nos besábamos dejaba escapar un suspiro de alivio contenido. Me echo hacia atrás un poco, solo un poco, porque aunque le deseo más que nunca, también soy consciente de que él a mí no.

—Alguien que sufre de pesadillas —contesto, callándome que, en la mayoría de las ocasiones, él es el protagonista. Que verle morir desangrado en mis brazos una noche tras otra me ha provocado las ojeras perpetuas que últimamente luzco.

Su mirada se suaviza, y sin esperarlo, se inclina para quitarse las zapatillas y la camiseta.

—Estoy muy borracho. ¿Te importa si me pongo en este lado y duermo aquí? —me pregunta, tumbándose todo lo largo que es en la esquina, al otro lado de la cama—. Te prometo que no invadiré tu espacio.

Yo también me tumbo y, nerviosa, alargo la mano para apagar la luz de la mesita. La habitación queda de nuevo en penumbra. Siento el calor que emana su cuerpo a pocos centímetros del mío. Trago saliva y me obligo a no acercarme, a no tocarle, a no sentarme a horcajadas encima de su cadera, poner mis pequeñas manos sobre su pecho desnudo y besarle.

—Buenas noches —susurro, respirando con dificultad. Tan cerca y a la vez tan lejos. Siento ganas de llorar de nuevo, pero me trago las lágrimas y me giro, dándole la espalda.

—Buenas noches.

Cierro los ojos y rezo para que no me escuche gritar su nombre en sueños.

Un débil y tímido haz de luz empieza a entrar por la ventana. Me intento revolver un poco entre las sábanas y siento que alguien me está tocando la cadera. En realidad me tiene abrazada, sujetando tan fuerte mi cintura que no me puedo mover. No tardo mucho en recordar que ese «alguien» es «él». Que

es él quien está respirando en mi espalda y haciéndome cosquillas en la nuca.

Gruñe un poquito y se acerca más a mí. Pega su cuerpo al mío y empieza a mover la mano de arriba abajo, recorriendo la curvatura de mi cadera hacia arriba para luego descender y llegar hasta mi trasero.

—Ummmm —vuelve a gruñir, haciendo que su garganta retumbe.

Un ya conocido calor se asienta en mi estómago y empieza a recorrer todas mis terminaciones nerviosas. Me quedo muy quieta disfrutando de su cercanía, del ritmo acompasado de su respiración, de sus caricias inconscientes. Dios, si existes y me estás viendo ahora mismo, detén este instante, alárgalo todo lo que puedas, impide que los segundos y los minutos avancen. Regálame este momento y haz que perdure en el tiempo.

Pero supongo que sigue enfadado por haber secuestrado a uno de sus trabajadores no hace demasiado tiempo, así que le siento despertar poco a poco a mi lado. Cierro los ojos de nuevo e intento simular que sigo dormida, y que aunque sea por no despertarme, que se quede un ratito más a mi lado.

—Buenos días —dice, con la voz algo rasposa, a mi espalda.

Ya está despierto, pero sus manos no se apartan de mi cuerpo. Me sigue acariciando como si fuéramos dos amantes que están acostumbrados a la piel del otro.

No le contesto. No podría, porque un «buenos días» es demasiado frío para mí, que le sigo queriendo, que le necesito por mucho que me duela admitirlo.

—Eres tan suave... —dice, juntándose aún más, acortando los pocos huecos que quedaban entre nuestros cuerpos.

Es lo mismo que me dijo la primera vez. Y una chispa de esperanza se enciende en mi pecho, porque quizás esto es lo que provocó que se fijara en mí. Dormir juntos. Compartir ese momento tan íntimo. Estoy empezando a sonreír cuando suena su móvil.

Se incorpora y la magia se rompe. Contesta.

—¿Sí?

Escucho la voz de una chica al otro lado. Le pregunta dónde ha pasado la noche. Y la ira que mantengo guardada bajo llave consigue escapar de su imaginaria prisión para invadirme por completo.

—He dormido fuera... —contesta, resoplando.

Al otro lado una chica grita. La entiendo perfectamente. Pero la odio un poquito, porque me ha robado «mi momento». Me levanto. Salgo de la habitación dejándole sentado en la cama con el móvil en el oído y una

expresión de fastidio en ese rostro tan jodidamente apuesto que tiene.

En el baño me lavo la cara con ímpetu y me miro en el espejo. Bueno, podía estar peor. Los ojos un poco hinchados y el flequillo cada vez más largo, abierto en el centro. Tendría que cortármelo ya.

Bajo hasta la cocina con la casa sumida en un profundo silencio. Todas las puertas del pasillo cerradas. Todos durmiendo la resaca.

Estoy encendiendo la cafetera cuando los dedos de los pies empiezan a congelarse. Y no tengo que darme la vuelta para saber quién anda cerca.

—¿Es que ahora esto es un lupanar? —pregunta Lili en mi nuca.

—¿Y Ricardo? —suelto para cambiar de tema.

—Con los preparativos de la boda.

Pero desaparece cuando escuchamos unos pasos bajando las escaleras. Me giro y le veo aparecer ya con la camiseta puesta y una expresión de disculpa en el rostro.

—¿Puedo?

Asiento con la cabeza y le tiendo una taza de café humeante.

—Delicioso —dice, después de darle un sorbo bien largo.

Estoy esperando un ácido comentario, una burla irónica. Algo. Pero se sienta en silencio en una banqueta frente a mí y me mira sin decir ni una sola palabra. Pasamos unos minutos en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que abre la boca y me dice:

—Anoche no hacías más que llorar y hablar en sueños. Por eso te abracé.

Perdona si te he molestado.

Tomo aire y busco un cigarrillo. Me lo enciendo sin mirarle. No podría. No quiero que me pida perdón por algo que llevo esperando tanto tiempo.

—¿Quién te ha llamado? ¿Tu novia? —pregunto muy seca.

—No tengo novia.

—Pues yo creo que tienes muchas.

—¿Y eso a qué viene?

Me doy la vuelta y miro por la ventana. El empedrado de la calle siempre me ha tranquilizado. Me recuerda que no somos más que polvo, que pisamos el suelo que ya pisaron otros como nosotros hace muchos, muchos años, y que cuando muramos, ese suelo quedará para los que nos sobrevivan.

—A nada. —Dejo la taza en el fregadero y me doy la vuelta. Nos mantenemos la mirada un segundo, pero soy yo la que la baja primero.

—Bueno, creo que debería irme ya —dice, levantándose. Se cruje los nudillos y me roba un cigarrillo de mi paquete—. Deberías cortarte ese

flequillo, se te mete en los ojos. Y desayuna algo.

Abro los ojos furiosa y le lanzo lo primero que tengo a mano, que es el mechero. Le acierto en un ojo y se dobla en dos inclinándose hacia delante.

—¡Joder! —se queja con las manos en la cara—. ¡Serás bruta! ¡Estás loca!

—¡Largo de mi casa!

—¡Me has dejado ciego! —gruñe, comprobando que tiene el ojo en su sitio.

—No seas exagerado, que apenas te he rozado —suelto con las manos en la cintura. Como si no supiera que ha recibido golpes peores boxeando...

—Ya me avisó Alejandro de que eras una rarita de cuidado. Recuérdame que no vuelva a aparecer por aquí.

Rodeo la mesa de madera que nos separa y levanto la mano para asestarle una bofetada. No consiento que él precisamente me insulte e intente menospreciarme. Hemos pasado demasiado juntos. Está mancillando el recuerdo que aún me queda de él y, aunque sea solo por eso, no puedo consentir que me trate de esta forma.

Pero claro, está entrenado para ser rápido de reflejos. Así que me para la mano en movimiento y me apresa la muñeca sin llegar a hacerme daño, pero sí lo suficientemente fuerte como para inmovilizarme. Con la otra mano rodea mi estrecha cintura y me acerca hasta que nuestros cuerpos están unidos y encajando a la perfección.

—No vuelvas a atacarme, ¿me has oído, pequeña?

No debería. No debería salvar la pequeña distancia que separa nuestros labios, pero escuchar su «pequeña» me traslada a otro tiempo, a otro momento donde era feliz, donde me sentía completa a pesar de todos mis paranormales problemas. Y como si estuviera en trance me pongo de puntillas y le beso.

Rozo mis labios con los suyos, húmedos y con sabor a café. Al principio no se lo esperaba, porque supongo que es de lo que suelen dar el primer paso.

Pero después me recibe con deseo, suelta mi muñeca y me sujeta la nuca, apretándome más y más contra su cuerpo. Me alza en vilo y le rodeo las caderas. Abrimos las bocas a la vez con alivio y nos respiramos juntando nuestros alientos contenidos. Buceo en el interior de su boca entrelazando su lengua con la mía, que está sedienta de su sabor, buscando cada uno de sus rincones para calmar la agonía.

No sé el tiempo que pasamos enredados, solo sé que avanza un poco hasta que me sienta en la mesa de madera con la intención de utilizar sus manos para recorrer mi cuerpo. Aprieta mi trasero y lo estruja hasta que suelto un gemido

mezcla de dolor y pasión. Le muerdo, le arañó los brazos pidiendo que se acerque más y más, que me sujete para que no me caiga en ese pozo tan oscuro del que voy saliendo con cada beso, con cada caricia, con cada palabra susurrada en el oído.

—No puedo, pequeña... si sigues así...

—Llévame a mi habitación —le pido, desesperada, mientras mis labios se humedecen junto a los suyos.

Me coge en vilo y sube las escaleras despacio, con cuidado de no perder el equilibrio. No le facilito la tarea, porque no hago más que morderle el cuello, aspirar su aroma, exigir sus cálidos besos. Se ríe un poquito cuando casi no consigue subir un escalón más.

—Shhhhh, que al final nos caemos...

Me da igual. Sé que Lili nos salvaría. Sé que Ricardo no permitiría que nos abriésemos la cabeza escaleras abajo. Y si fuera así, aún tendría la pluma negra para curarnos.

Llegamos hasta mi habitación, que abre de una patada. Me deja caer en la cama mientras se saca las zapatillas y se quita la camiseta. Se tumba encima de mí sujetándose solo con los brazos y me besa despacio en la nariz.

—Si no quieres... —empieza a decir, muy caballeroso.

Pero ya he esperado demasiado. Y me di cuenta muy tarde de que no debería haberlo hecho. Así que le silencio con un beso mientras le bajo los pantalones.

—Por cierto —gimo mientras voy quitándole el bóxer despacio—. Me llamo Alana.

## Epílogo

*Un mes después...*

Estoy en el baño, retocándome el maquillaje. Gabriel está a punto de llegar, así que no me puedo retrasar más. Ya he perdido demasiado tiempo depilándome con esmero, perfumando mi cuello, hidratándome entera...

Ahora toca correr.

Intento aplicarme rímel sin sacarme un ojo en el intento, cuando todo el espejo se empaña. Suspiro de frustración y chasqueo la lengua contra el paladar.

—¡Lili! ¡No me entretengas!

Desde que le dejé más que claro que no voy a raptar a ningún cura «de nuevo», y que ninguno va a venir por propia voluntad para casarles, está algo impertinente. Me tortura siempre que encuentra oportunidad y, cómo no, utiliza el chantaje emocional.

—Claro, como tú no estás muerta, no me entiendes... —dice, con la cara entre los azulejos—. ¡Qué más da lo que quiera un pobre chica fantasma...!

¡Qué más da... porque no tiene derecho a nada! Ni siquiera a casarse...

Apoyo la frente en el espejo y cierro los ojos con fastidio. Por Dios, otra vez no... Y lo peor de todo es que sé que no me va a quedar más remedio que hacerlo. Ya conozco a un cura, y me parece que tendré que hacerle una visita... Pero no será hoy, ni tampoco mañana. Ahora me toca ser feliz, recuperar el tiempo perdido con Gabriel, y espero que por última vez, volver a enamorarle.

El sonido de un claxon me hace pegar un brinco.

—¡Me voy! —grito entusiasmada, y con esos nervios en el estómago que sientes cuando sabes que vas a pasar unas horas con «ese chico especial».

Este mes nos lo hemos tomado con calma. Bueno, en todos los sentidos excepto en la cama. Demasiada tensión sexual acumulada durante meses, al menos por mi parte.

—Mantén las piernas cerradas en esta ocasión —escucho que susurra, justo cuando estoy cerrando la puerta. Creo que Lili y Ricardo están escandalizados, los pobres—, porque al final tendremos un bastardo

lloriqueando por las esquinas. ¡Y no le pienso cuidar yo! ¡Eres una sinvergüenza!

Bajo los escalones de dos en dos, y se me pinta una sonrisa en la cara en cuanto le veo a través de la ventana, apoyado en el coche. Con los brazos cruzados y las gafas de sol puestas. Tomo aire, y salgo a su encuentro. No se hace de rogar, se adelanta dos pasos y rodea mi cintura con sus manos.

—Buenas tardes, pequeña —dice, tras darme uno de sus besos, tan dulces y fieros al mismo tiempo.

Aún no hemos llegado a decirnos que nos queremos, aunque en un par de ocasiones casi se me escapa después de besarnos durante horas en mi cama.

Desnudos, con mis pequeñas manos apoyadas en su pecho, balanceándome sobre sus caderas y gimiendo de placer. O sobre mí, empujando en mi interior mientras me besaba, con sus brazos alrededor de mi cabeza echada hacia atrás, y mi espalda arqueada. Con sus dedos entre mis pliegues, buscando ese punto de locura que me hace gritar. O con sus dientes mordisqueando mis pezones, mientras me penetra hasta el fondo con fuerza, dejando soltar el aire despacio, para después vaciarse en mi interior entre gruñidos.

Aún no nos hemos dicho las palabras mágicas, pero el momento llegará, más que nada porque el destino me lo debe.

Nos montamos en el coche y arranca el motor. Apoya su mano derecha en mi muslo, y salimos de la plaza. Le miro de reojo, y vuelvo a sonreír, porque está acercando los dedos hasta el vértice entre mis piernas.

—Que me vas a desgastar... —murmura con la boca ladeada. Sigue siendo él. Irónico, divertido, fuerte, y con esa labia que Dios le ha dado.

—¿Dónde vamos? —pregunto mientras me recuesto en el asiento. Que me lleve al final del mundo, me da igual, siempre que sea a su lado.

—Es una sorpresa. —Separa un segundo la vista de la carretera y me mira.

Le quito las gafas de sol, porque necesito ver sus ojos. Esos que son del color del océano embravecido. Esos que vi apagarse un día. Y que, ahora, vuelven a contemplarme con algo que empieza a parecer amor.

—Mira para delante, que nos vamos a matar —le pido con una sonrisilla.

Un ratito después, se detiene delante de su portal. Supuestamente, es la primera vez que me trae a su casa. «Aún» no conozco a su hermano, ni su habitación de cortinas azules, ni tampoco su cocina con ese banco de madera tan bonito.

—¿Dónde estamos? —pregunto, intentando disimular. Que me traiga aquí dice mucho sobre nuestra relación, porque una vez me contó que nunca



mezclaba sus ligues con su vida real.

—En mi casa. Quiero que conozcas a mis padres.

Esto sí que es nuevo. Sonríe de oreja a oreja y me quito el cinturón. Me abre la puerta, y me ayuda a bajar.

—Eres tan pequeñita... —murmura, cuando casi me tropiezo con el bordillo de la acera y, en cuanto sus brazos me atrapan al vuelo, hunde su nariz en mi cuello y aspira—. No te rías de mí. Pero creo que me estoy enamorando.

Parpadeo varias veces y le aprieto con todas mis fuerzas.

—¡Que me ahogas, bruta! —se carcajea.

—Dímelo otra vez —le pido—. Dímelo.

—¿El qué? —bromea, levantando una ceja divertido.

Le pego un pellizco en el brazo y se queja entre carcajadas.

—Que eres la cosa más bonita del mundo —me dice, de nuevo entre sus brazos—. No sé qué me has hecho, Alana, pero me tienes embrujado.

Creo que me voy a poner a llorar porque, de repente, su mirada se transforma. Vuelve a ser «él». Ya no hay más barreras. Parece que cuando he dejado que el tiempo pusiera las cosas en su sitio sin intentar intervenir, han vuelto a encarrilarse por completo.

—Yo también te quie... —confieso. Pero entonces me doy cuenta de lo que acabo de decir, e intento arreglarlo, más que nada para que no se asuste.

Espero haberme callado a tiempo—, a pesar de que eres más feo que un pie —suelto con una sonrisilla traviesa. Me muerde el labio, y me exige que le explique eso de que es «feo»—. Eres tan feo que me derrito por tus huesos —empiezo a decir—. Eres tan feo... que volvería a nacer solo para conocerte otra vez.

—Joder... —se lamenta—. Estás loca. Y por eso, yo también te quie...

Le silencio con un beso. Aún no quiero escucharlo. Nos debemos todas esas «primeras veces».

La primera cena con velas, la primera película en el cine, los toqueteos en el coche con sus manos demasiado largas y mi falda más corta de lo normal; las escapadas de dos días a cualquier sitio, los domingos entre las sábanas...

Quizás nuestro primer bebé, nuestra boda en secreto, solo nosotros y el juez, sin un anillo que nos oprima el dedo.

Esas primeras veces nos fueron negadas, y ahora, quiero saborearlas todas y cada una de ellas despacio. Quiero volver a vivir los nervios en cada cita, y quiero sentirme joven, despreocupada, e inmensamente feliz. Me miro un segundo el tatuaje del brazo. Alina me devolvió a la vida para que la viviera,

y eso es lo que pienso hacer.

Y llegará el día en que Gabriel tenga que conocer a Lili y a Ricardo.

Llegará el día, antes o después, que sabrá la verdad sobre nuestra historia de amor. Por completo, no solo esta última parte.

Espero que no se desmaye.

FIN

Agradecimientos Cierro esta historia con pena, pero también con muchos nervios e ilusión, porque Alana, Gabriel, Lili, Ricardo, Madame Ardelean y Edgar, entre otros, han conseguido robarme risas de madrugada, cuando escribía al amparo del silencio, alguna que otra lagrimilla cuando sabía que no todo podía acabar bien, por mucho que me doliera, y algún que otro suspiro. Así que GRACIAS, queridos personajes. Quizás es difícil de entender, pero cuando empiezas a escribir una historia, eres tú la que decide lo que va a pasar a continuación.

Pero llega un momento en que los personajes cobran vida y deciden por sí mismos. Y es ahí cuando sabes que estás perdida.

Agradezco a mi familia, como siempre, su apoyo incondicional. Los enanos cada vez están más grandes, los mayores, un poco más cascados, y la vida, que no se puede detener, nos recuerda que siempre queda algo que vivir. Y por eso, por compartir esos preciados y escasos momentos conmigo, GRACIAS. No puedo expresar en palabras lo que cada uno de vosotros significa para mí.

A mi marido Ángel. Nosotros tampoco tuvimos anillos, y la verdad es que no lo necesito, porque con que duermas cada noche a mi lado, y me despiertes con un beso cada mañana, tengo todo lo que necesito.

A mis amigos. En esta ocasión no os voy a nombrar, porque me repito demasiado. La vida es más divertida con vosotros a mi lado. Deberíamos hacer un pacto para no cambiar. Para no envejecer. Para seguir quedando a tomar algo y reírnos los unos de los otros sin pelos en la lengua. Y sí, tenéis que seguir comprando mis novelas, malditos cabrones. Y sí, mucho mejor en preventa.

Añado en estos agradecimientos a:

Anaís Garzoli de @romanticaadicta, Silvia García Azpiazu (Silvia GarAz) de @briathran\_books, Nidia Olivia Ruiz, que siempre tiene las mejores

palabras de ánimo, a pesar de estar al otro lado del mundo, Angie Romero de @adictaaloslibrosanrocri, Paula Orduña Gracia de @loslibrosdepaula, Aroa Rubio López de @losmundosdeblue, Marina Molinos Gracia de @librosparaleer123, y por último, pero no por ello menos importante, Nora Aznar de @noraaznar, desde Buenos Aires, Argentina.

Me habéis apoyado muchísimo en las redes, promocionando mis novelas y dándome la necesaria visibilidad. GRACIAS A TODAS.

Como siempre, María José de Miguel, de la agencia literaria Mdm. Fuiste la primera desconocida que confió en mí, y por eso, te estoy inmensamente agradecida.

Gracias, Selecta. Gracias a todo el equipo que lo forma, en especial a Lola Gude y a Pilar Alonso. Lola, no sé cómo lo haces, porque somos muchos, pero consigues que cada uno de nosotros se sienta único. Pilar, gracias por corregir esta historia y devolverle la sensatez cuando la había perdido, algo que me pasa muy a menudo. Gracias a todos los que, de nuevo, materializáis mis sueños y los lanzáis al mundo.

Y por último, mis mayores agradecimientos a las lectoras y lectores. Sin vosotros, esto no tendría sentido. Sí, tú, el/la que está ahora mismo leyendo esto.

Gracias a ti, yo escribo.

*Selecta*

BESOS DE  
*vértigo*

MARIAN ARPA

Si te ha gustado

*Y si tú me perdonas*

Te recomendamos comenzar a leer

Besos de vértigo

de

*Marian Arpa*

## Prólogo Querida Dany:

*Lamento mucho haber estado tanto tiempo sin escribirte ni una letra, pero he tenido algunos problemas. No te preocupes; ya está todo solucionado.*

*Me secuestraron unos narcotraficantes y por poco no lo cuento. Me volvía loca al pensar en mi pequeñín. Suerte que todo se solucionó. Me rescataron antes de que esos delincuentes me hicieran lo que tenían planeado para mí.*

*Luego, el destino me tenía otra de sus jugarretas guardadas: el padre de mi hijo vino a trabajar a la aldea donde estaba y, al enterarse que tenía un hijo, me declaró la guerra; pensó que lo había engañado. Viví un infierno al verlo con otra. Yo que pensaba que no era celosa, pues reconozco que sí lo soy. Le hubiese sacado los ojos a esa lagarta con mis propias uñas. No lo resistí y volví a España.*

*Víctor me siguió y me demostró que todo lo que había hecho en Colombia era por el mismo motivo que yo: estaba celoso de Antón.*

*Pensaba que él y yo, ya sabes, que éramos pareja.*

*Cuando me lo contó y nos dimos cuenta de lo idiotas que habíamos sido, del tiempo que habíamos perdido, todo cambio. Soy muy feliz con él, vamos a casarnos dentro de poco, me gustaría que te pudieras escapar de las garras de papá para asistir a mi boda. mamá ya me ha dicho que vendrá, así podríamos estar las tres juntas otra vez, aunque fuera por unas pocas horas.*

\*\*\*

*Cariño, deje la carta a medias y hasta hoy no he podido volver a ponerme en ello. Mamá y yo te echamos mucho de menos el día de mi boda, pero no quiero que te preocupes por nosotras; comprendo que te fue imposible despistar a papá. Ya llegará el día en que puedas hacer lo que quieras sin tener que darle explicaciones.*

*Tengo la gran alegría de decirte que volverás a ser tía: Víctor y yo hemos decidido volver a Kenia antes de que me sea imposible viajar. Él se*

*dedicará a su profesión y yo seguiré trabajando para la revista.*

*Espero que pronto puedas ir a visitarme; aquello te encantará. Esa tierra es fantástica, y las personas que viven allí son muy amables y encantadoras, te gustarán.*

*Además, ya es hora de que tu sobrino conozca a su tía.*

*Te quiero hermana.*



*Claudia*

Unas semanas más tarde, ya en Kenia, Claudia recibía la carta de su hermana.

*Querida Claudia:*

*Me alegro mucho de tu reciente boda, espero que seas muy feliz. Y estoy deseando conocer a este pequeño sobrino que has traído de América y ahora te has llevado a la otra punta del mundo; y soy feliz por la gran noticia de que pronto me harás tía de nuevo.*

*Lo que lamento es no haber podido escaparme para asistir a tu boda, pero últimamente papá pasa mucho tiempo en casa, dice que le deben vacaciones. Y me tiene agobiada con sus continuas exigencias de que termine más y más cuadros.*

*Ya no lo aguanto más. En cuanto cumpla dieciocho años, me largo.*

*Papá se está volviendo cada vez más tirano, me controla, aunque él lo niega.*

*El otro día mis amigas me entretuvieron en la calle y lo vi espiándome a lo lejos cuando estaba a punto de entrar en clase. Lo he pensado mucho y no aguanto más; en cuanto sea mayor de edad, me vuelvo a España con mamá.*

*Y ya que entonces seré dueña de todo lo que he trabajado, del dinero que han producido mis cuadros, espero poder convencer a mamá para que vayamos las dos a visitarte.*

*Mucho me temo que este año escaso que me queda para mi cumpleaños se me hará eterno. Estoy deseando conocer estas tierras de las que tanto me hablas. El otro día, estaba en la biblioteca y entre en internet, busqué «Kenia», me pasé varias horas viendo unos maravillosos paisajes y lo que cuentan las personas que han estado allí. Cuando vaya, llevaré la maleta cargada de lienzos; solo de ver las fotografías me entraban ganas de ponerme a pintar.*

*Ya es hora de que conozca algo más que estas cuatro paredes en las que vivo.*

*Espero con ansias el momento en que podamos estar juntas de nuevo.*

*Te quiero. Dale un beso muy grande a mi sobrino.*

*Dany*

*Selecta*

Iris Romero Bermejo



*Y si tú me perdonas*  
*Trilogía Alana 3*

«Cuando todo acabe podremos estar juntos»

Eso es lo que se repite Alana una y otra vez en su cabeza sin saber si en

realidad será posible, sin saber si tendrá un final feliz junto a Gabriel.

La maldición del olvido se rompe y Alana recuerda a Gabriel. También la bruja ha sido liberada y, ahora, deberán unir sus fuerzas para combatir al demonio que amenaza con acabar con todos ellos. Y aunque Alana quiere mantener al margen de todo eso a Gabriel, el boxeador le deja muy claro que le ayudará y protegerá con su vida si es necesario.

¿Tendrá que hacerlo?

Acompaña a Alana en esta trepidante aventura donde deberá poner en peligro su propia vida para salvar a sus seres queridos, y quizás, recuperar al amor de su vida.

**Iris Romero Bermejo.** Compagino mi trabajo en una empresa de catering con la razón que me impulsa a levantarme por las mañanas, que es escribir. Si quieres saber quién soy, solo tienes que buscarme cualquier mañana en el metro rumbo al trabajo con las gafas puestas y un libro entre mis pequeñas manos. Estudié Educación Social y Caracterización, con la intención de “maquillar” un poco la sociedad, pero tras años intentando encontrarme en los más variopintos trabajos, tuve que rendirme ante lo inevitable. Me gusta escribir. Me puedes encontrar en las redes sociales como “*La Rata Careta Escritora*” .

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Iris Romero Bermejo © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-84-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

[Y si tú me perdonas](#)

[Prólogo. Madrid, hace veintitantos años](#)

[Capítulo 1. Un crucero en mitad del Mediterráneo](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)



[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo. Un mes después...](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Iris Romero Bermejo](#)

[Créditos](#)